

A woman with long, dark, flowing hair is performing a pole dance. She is wearing a long, flowing, light pink or rose-colored dress. She is holding a vertical pole with both hands, one high and one low. The background is a classical building with arches and columns, possibly a museum or a grand hall. The lighting is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is elegant and dramatic.

FRAN BARRERO

El *Corazón  
ángel*

del último

El corazón del último ángel

—

Fran Barrero

Primera edición: Marzo de 2019

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

[www.venus-publicaciones.com](http://www.venus-publicaciones.com)

[www.franbarrero.es](http://www.franbarrero.es)

**AVISO LEGAL:** Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dibujo de la portada: Mónica Gallart

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

## Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

*Alfil Blanco*

*Alfil Rojo*

*Anatomía de un suicidio*

*Bloody Mary y Bloody Mary 2*

*Wanda y el robo del cristal*

*El otro lado del retrato*

*Herencia de Cenizas*

*Lluvia de Otoño*

*Amurao: El purgatorio de los niños perdidos*

*Amurao: Monstruos en la oscuridad*

*Amurao: La soberbia de los nonatos*

[www.franbarrero.com](http://www.franbarrero.com)

[www.facebook.com/VenusPublicaciones/](https://www.facebook.com/VenusPublicaciones/)

[@VenusFranB](https://www.instagram.com/VenusFranB)

# Índice de contenido

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

Epílogo  
Agradecimientos y recomendaciones

*«No podíamos vernos. Sin embargo, nos hemos estado queriendo todo el tiempo.»*

F. Scott Fitzgerald

*«Si por besarte tuviera que ir luego al infierno, lo haría. Así podré presumir a los demonios de haber estado en el paraíso sin nunca entrar.»*

William Shakespeare

Para quienes viven eternamente enamorados

El intenso olor de las margaritas inundaba el salón, y mientras la ligera brisa primaveral agitaba los árboles tras la ventana, yo me sumergía entre los cabellos de mamá, que desprendían la sutil y delicada fragancia de las lilas.

Apoyada luego en su hombro, observaba atentamente los gestos que siempre repetía a la vez que el sonido del televisor traía las conversaciones entre los protagonistas. Yo me incorporaba y, cerrando los ojos, me ponía los dedos sobre los párpados, como si quisiera almacenar para siempre ese recuerdo: un encantador sueño del que temía despertar. Me gustaba esperar al instante mágico que se producía cuando la princesa abandona al periodista y entra al palacio. Mamá dejaba escapar una tímida lágrima y yo aprovechaba para preguntarle, sin saber muy bien si lo había hecho realmente: «¿Me quieres?». Ella nunca respondía.



# Prefacio

Anoche volví a soñar que regresaba a sus brazos, que tenía cinco años de nuevo y podía sentir el calor de su pecho y el compás excitado de su corazón mientras sus ojos atravesaban océanos de ilusiones y esperanzas a través de la televisión.

Había visto esa película más veces de las que podía recordar, pero aún se le encendía la mirada como si fuese la primera vez, brotando perlas de cristal que recorrían sus mejillas al imaginar que era ella la princesa que despertaba en el apartamento cochambroso del periodista.

«—*He soñado... he soñado...* —La princesa aún no había recuperado la conciencia del todo y su voz no era más que un susurro.

—*¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué habéis soñado?*

—*Soñé que estaba durmiendo en la calle, y que de pronto se acercó un joven, alto y fuerte, y me trató bruscamente.*

—*¿De veras?*

—*Un sueño maravilloso...».*

Mamá abría la boca pero ninguna exclamación arruinaba el momento. Aún hoy me preguntó cómo podía sentirse tan embriagada ante una escena que ya la había cautivado cientos de veces antes. ¿Qué extraño embrujo incitaban las imágenes en su mente? ¿Qué experiencias anteriores en su vida provocaban esa reacción?

«—*¿Y el doctor Bannochhoven?* —preguntaba la joven y bella princesa, aún algo dormida y desconcertada. Su larga y negra melena, idéntica a la mía, descansaba impecablemente peinada sobre la almohada».

Mamá jugaba con sus cabellos y reía como una adolescente enamorada. Luego me preguntaba si había oído este o aquel comentario, los había oído

docenas de veces, yo respondía siempre que sí. Afirmaría ante cualquier pregunta que me hiciese con tal de verla sonreír mientras me sumergía entre sus brazos y disfrutaba una vez más del aroma que desprendía su pecho. Yo no observaba el televisor, me sabía de memoria cada escena y sus diálogos; prefería acariciar con la mirada las curvas de sus facciones, estar atenta a los instantes en que reía, al temblor de sus labios cuando susurraba cada palabra que pronunciaba la protagonista, a cada gota de felicidad que brotaba de sus ojos. Sí, felicidad, porque durante las dos horas que duraba la película ella era más feliz que nunca, durante esas dos horas no existían la soledad, el hambre, el frío, las deudas ni los remordimientos. Era su momento más íntimo, su pequeña cápsula en la que podía encerrarse y vivir una vida plena y feliz, llena de aventuras y romances en una ciudad tan lejana como mágica. Y en la que yo tenía cabida mientras me acurrucaba junto a ella. Una vida de solo dos horas, más que suficientes.

En algunas ocasiones, cuando pasaban los créditos finales, aún embobada y suspirando, me solía preguntar si sabía el porqué de mi nombre; yo afirmaba. Entonces ella desviaba por única vez la vista de la pantalla para sonreír y abrazarme.

He soñado más veces con mamá, recuerdos vacíos y entremezclados o situaciones que jamás ocurrieron; casi siempre sumidos en la melancolía que rodeó su alma en vida, como si del brillo de una pequeña estrella se tratase, parpadeando sin cesar hasta apagar definitivamente su luz. Ahora solo recuerdo con nitidez su sonrisa, su felicidad, durante esas dos horas que duraba la película y que veíamos sin falta cada sábado por la tarde.

Aquellos fueron años de felicidad en blanco y negro, y de llanto a color.

## Capítulo 1

Lo que observaba por la ventanilla del avión no se asemejaba mucho al destino idílico que había imaginado durante los últimos días. El sol parecía debatirse entre la pereza y la timidez, oculto tras densas nubes en el horizonte y reacio a dar la bienvenida a Audrey a su ansiado destino. La chica no había logrado dormir durante las casi dos horas y media del trayecto, y no era debido al café que había tomado en la terminal del aeropuerto de Madrid mientras esperaba impaciente ante las pantallas la información de salida del vuelo.

Los días anteriores habían sido una locura. «Dos semanas —pensó—, parece increíble que ya hayan pasado dos semanas desde que encontré la carta de mamá». Observaba a través de la ventanilla la elaborada maqueta que se extendía un kilómetro más abajo; buscó el Coliseo y el Vaticano, pero recordó que el aeropuerto no estaba en la capital, sino en Fiumicino. Suspiró hondo varias veces para tratar de calmar los nervios, sin embargo, no logró más que recibir la mirada de asombro del pasajero del asiento de al lado.

Cuarenta minutos más tarde caminaba con su maleta bajo la interminable estructura tubular blanca del techo del aeropuerto. Las indicaciones no distaban mucho de lo que estaba acostumbrada en Madrid y localizó rápidamente la entrada al metro y los transbordos de líneas que debía tomar para llegar al hotel. Era muy temprano, pero el lugar ya estaba atestado de gente y sumido en un ensordecedor bullicio. Un señor de mediana edad y amplia sonrisa le ofreció su asiento en el metro, ella rechazó devolviendo el gesto y un *grazie* con nefasto acento, era de las pocas palabras que había aprendido del italiano. El caballero, tras insistir una vez más, sin éxito, se encogió de hombros y la obsequió con un *bella signorina* antes de volver a la lectura de su libro.

¿Bella?

En el cristal de la ventana, sobre las cabezas de quienes iban sentados, observó con satisfacción su reflejo. Había preferido arreglarse para un momento tan especial como aquel en lugar de buscar ropa cómoda para el viaje. Lucía un vestido negro de esos que María, su mejor amiga y compañera de universidad, aseguraba que estaban pasados de moda desde que Sofía Loren era joven. A Audrey no le importaba aquella opinión, en ese momento

se veía impecable y elegante como nunca al lucir el entallado vestido sobre unos zapatos de tacón alto que la elevaban sobre el metro ochenta; completaba el conjunto con medias de costura trasera y un abrigo rojo con forma de capa. No era habitual que cuidase tanto su vestuario, incluso parecía diez años mayor de los dieciocho que acababa de cumplir, pero estaba completamente segura de que aquella sería la ropa que habría elegido su madre en el momento más importante de su vida. Estaba deseando que saliese el sol para colocarse las enormes gafas negras que llevaba en el bolso y sentirse como una moderna princesa Anne paseando por las calles empedradas de la ciudad.

—*Buogiorno*

—*Buongiorno, signorina. Hai fatto una prenotazione?*

—Lo siento, no hablo italiano.

—¿Española?

Había llegado al hotel antes de las diez y preguntó al recepcionista si cabría la posibilidad de que tuviesen lista su habitación a pesar de faltar más de dos horas para la entrada programada. El chico se sentó para hacer una llamada entre susurros; y tras desaparecer al otro lado del mostrador, ella aprovechó para acariciar con la mirada la decoración del vestíbulo, de color vainilla casi por completo. Una enorme lámpara que combinaba cristales con tulipas cálidas presidía la estancia, y un arco tras el mostrador haría pensar en el posible uso del edificio como antiguo convento si no fuese por el gran reloj de forja negro que ocupaba el hueco. Sobre la mesa reposaba un busto del emperador Adriano, que daba nombre al hotel e hizo volar la imaginación de Audrey al pensar que quizá el edificio fuera la casa de tan ilustre personaje dos milenios atrás. Cuando observaba el bar cafetería tras la apertura en una cortina color burdeos a su izquierda, el recepcionista se levantó de la silla y llamó su atención.

—Disculpe, *signorina*, podemos tener su habitación lista en media hora. Si no le importa esperar, puede hacerlo aquí mismo o pasar a la cafetería.

—Le agradezco su atención —susurró ella mientras lo obsequiaba con su mejor sonrisa.

—Permita que me haga cargo de su maleta.

Justo media hora más tarde apreciaba el sol radiante, que por fin había decidido aparecer, a través del ventanal de su habitación. Corrió las cortinas y colocó la ropa en el original armario, sin una sola puerta y confeccionado

como salientes de la propia pared. Encendió el televisor por inercia y, cuando oyó la voz de un presentador de noticias en italiano, buscó un canal internacional español. Nada. Entre apagar o silenciar el aparato, eligió lo primero y se sentó en el escritorio, sacó del bolso su iPad e introdujo la contraseña de la red Wi-Fi que le habían proporcionado en recepción.

Solo tenía que cruzar el río Tíber, muy cerca del hotel, para poder visitar el Castel Sant'Angelo, y caminar diez minutos más para visitar la ciudad del Vaticano, pero no eran esos los destinos que aparecían en primer lugar en su agenda. Ni siquiera estaban en la lista. No había ido a hacer turismo. Tras comprobar por pura inercia la ruta, ya que la había memorizado de tanto leerla, respondió un correo electrónico de María y llamó por teléfono a sus padres, a todos les dijo que había llegado bien, que ya estaba en el hotel y que partía a dar un paseo para aprovechar el buen día.

Apagó la tableta y se tumbó en la cama. Hasta el techo de la habitación le parecía especial, a pesar de ser igual que el de su dormitorio en Madrid. Pero es que estaba en Roma, ¡en Roma! No podía creérselo aún.

«Mira, mamá, desde la ventana no se puede apreciar, pero estoy a unos minutos de visitar el apartamento de Joe Bradley».

Una risa nerviosa brotó de su estómago y se hizo consciente por fin de la situación que estaba viviendo. Entonces llegó el recuerdo de su último cumpleaños, justo dos semanas atrás.

—Vamos, abre el mío. Vamos, vamos, vamos... Ya verás cómo te encanta. ¡Venga, por Dios. Qué lenta eres!

María está tan nerviosa que parece ella la protagonista de la tarde. Audrey ha desenvuelto unas entradas para un concierto, regalo de sus padres adoptivos; un precioso abrigo negro, de sus abuelos; y ahora ve aparecer tras el papel de colores unos pendientes de plata largos y con incrustaciones, muy del estilo de su amiga.

—Cómo sabía que me regalarías estos pendientes. Te enamoraste de ellos cuando los viste hace semanas en el escaparate de aquella joyería.

—Ya me conoces. Por cierto, si no te los vas a poner esta noche, podías prestármelos.

—Claro que sí —responde entre risas. Supo que se los pediría en cuanto apreció que llevaba las orejas desnudas esa tarde.

Tras soplar las velas y tomar un trozo de tarta, María y Audrey se marchan a celebrarlo con más amigos. Esa noche cenan en una hamburguesería del centro y luego van a bailar a un local de moda. Audrey regresa a casa a las doce en punto, aún con la sensación agridulce de haber tenido que rechazar a Marcos, un amigo que se le ha declarado, justo de quien está enamorada María.

Entra descalza para no despertar a sus padres y, tras desmaquillarse en el baño, pasa al dormitorio para ponerse el pijama. Sobre la cama observa una caja de zapatos muy antigua, rodeada por un lazo deshilachado y con dos sobres en la tapa, uno de ellos algo amarillento y con un mensaje escrito: «Entregar a Audrey el día de su dieciocho cumpleaños».

Se lleva las manos a la boca para tratar de evitar el llanto en cuanto reconoce la caligrafía. ¿Mamá? Despacio, se sienta en la cama y toma entre sus manos temblorosas el sobre más nuevo, el que no lleva mensaje alguno, en su interior hay una nota escrita por su padre adoptivo.

*«Cariño, tu madre y yo hemos pensado que debías abrir esta caja en la intimidad».*

Gira el papel, no hay nada más escrito. La vista vuela hacia el otro sobre, del que mana una extraña energía, y se pregunta si reunirá el valor de tocarlo siquiera. Así permanece durante largos minutos, llorando en silencio y tratando de adivinar lo que habrá allí escrito y el contenido de la caja. El pasado ha vuelto a ella en forma de enigma y no se siente con fuerzas para afrontar su desenlace. Pero no va a solucionar nada con miedo y conjeturas, así que, en un arrebato, toma el sobre y extrae del interior un folio que también acusa el paso del tiempo.

*«Tenemos que despedirnos. Voy a doblar aquella esquina y tú debes quedarte en el coche y marcharte. Prométeme que no me seguirás más allá de la esquina, sino que te marcharás y me dejarás igual que yo te dejo».*

*¿Recuerdas esas palabras, mi vida, mi Audrey, mi pequeña princesa Anne?*

*Llevo horas frente a esta hoja en blanco. Porque, aún sabiendo todo lo que deseo contarte y desearte para el futuro, no alcanzo a encontrar las palabras adecuadas. Qué difícil es expresar lo que una siente, aunque le queme el alma por hacerlo.*

*Quiero empezar con una disculpa, aunque no hay perdón alguno que pudiera iluminar mi corazón en este triste momento en que recuerdo los años que pasamos juntas y no pude darte la vida que merecías, la infancia que una niña debe disfrutar; a veces porque el dinero no daba casi para comer, otras porque te exigía más de lo que yo merecía recibir, y casi siempre porque mi actitud ensombrecía de forma injusta el brillo de tu bondad y tus intenciones. A pesar de no merecerlo, ruego tu perdón por no haber sido la madre que debió velar por tu bienestar y felicidad.*

*Durante once años he permanecido sin comprender, o tal vez sin querer hacerlo, la dicha que suponía tu existencia y el cariño que me profesabas sin esperar nada a cambio, sin recibir nada a cambio... Durante once años te he visto crecer sin regar tu alma ni abonar tu felicidad (esa frase la leí en algún sitio y sentí que la habían escrito para describirme). Durante once años he cultivado lo que somos ahora, una anciana de veintiocho que se muere por dejar pudrirse su corazón y una niña que jamás ha sabido lo que significa serlo.*

*Dejarte sola en el mundo es el mayor fracaso que cometeré en mi vida, a pesar de que, durante mucho tiempo, demasiado, creí que mi mayor error fue tenerte a mi lado. Como ves, una vez más debo pedirte perdón. Lo único que esta inútil madre desea en estos momentos finales, cuando ya casi no logro sostener el bolígrafo sobre el papel, y la vista se muestra cansada hasta casi no distinguir el rastro de tinta que desprende el mismo, es que una nueva familia aprecie tu infinita valía y sepa darte el cariño, amor, educación y valores que yo no quise ni hubiera sabido darte.*

*Que la fortuna me fuese esquiva durante el camino no era motivo para que tú pagases el peaje.*

*He pasado esta infeliz existencia que llamo vida buscando una vía de escape que me hiciese olvidar los problemas y los errores cometidos. Y así me refugié en la película. Cada sábado por la tarde me conformaba con mi dosis de ficción, con una droga que durante dos horas me mostraba un supuesto paraíso ante el infierno que creía vivir. ¿Cómo he podido ser tan ciega y no comprender que aquel mundo en blanco y negro no era más que una ilusión absurda? ¿Cómo he podido ser tan cruel y no adivinar que el*

*paraíso verdadero me envolvía las veinticuatro horas del día? Tú has sido mi mayor logro, mi vida y mi legado al mundo. Y no he sabido corresponderte ni con la milésima parte de amor y atención que merecías.*

*¿Sabes hasta qué extremo fui la peor madre del mundo? Pues hasta el de pensar en abandonarte y marcharme a Roma, para tal fin estuve ahorrando durante años. No, no llores al leer estas líneas, ni se te ocurra hacerlo, no me merezco siquiera eso. Porque ahora he comprendido que Roma siempre fue tuyo, siempre fuiste tú la protagonista, mi egoísmo no pudo verlo (no pudo asimilarlo) y ahora me castiga con un final de novela de terror.*

*Vive. Vive, mi niña, ríe, grita, salta, disfruta, viaja; haz todo aquello para lo que has nacido y que no pudiste disfrutar por mi culpa. Ni se te ocurra limitarte a soñar como lo hizo la boba de tu madre, debes luchar por cumplir tus deseos, tus sueños, por hacerlos realidad. Y si no lo haces por ti misma, hazlo por esta fracasada que ha comprendido demasiado tarde cuáles son las cosas importantes en la vida.*

*Vete a Roma, vive una aventura como la princesa Anne que eres, como mi Audrey querida. Pero vive tu aventura, olvida la película y dirige tus propios pasos. Nunca aceptes límites a tu capacidad y a tus sueños, y menos impuestos por ti misma. No mires atrás y vuela alto, compensando los años que fueron tan difíciles e injustos para ti. Y no pienses en mí, salvo para tomarme como ejemplo de lo que nunca debes hacer y en quien nunca debes convertirte.*

*El dinero que ahorré durante estos años no es gran cosa, pero espero que te sirva para salir de la ciudad y viajar adonde te apetezca, hacia donde tus sueños te lleven. Olvida a esta vieja gruñona y disfruta de la vida y de lo que ella te obsequie.*

*Prométeme... prométeme que no mirarás atrás, que no recordarás mi rostro ni mi nombre, que no volverás a sentir mis gritos, regañinas y azotes por cosas insignificantes, por pagar contigo mis miserias. Prométeme que te olvidarás de esta bruja que nunca te ha merecido y que ha buscado lejos de ti, en una absurda película, la felicidad que tú le brindabas ansiosa cada segundo de tu vida.*

*Prométeme que vivirás, que te sentirás viva... por mí. Y por ti.*

*Isabel*



Las dos caras del amarillento folio están salpicadas por numerosas máculas que han corrido la tinta. Audrey no imagina cuánto habría llorado su madre al escribir tan dura confesión a la vez que carta de despedida, pero empieza a comprenderlo al observar marcas nuevas, tan recientes como que se trata de sus propias lágrimas tras haber leído la carta dos veces. Se limpia el rostro con las mangas del pijama y suspira al extraer de sus recuerdos todo el infierno que supuso el cáncer repentino que se llevó a su madre y la hizo ingresar a ella en un hospicio; de allí partió hacia un hogar de acogida y luego tuvo la fortuna de acabar entre los brazos de quienes le han dado todo el amor que nunca antes había recibido. Isabel, su verdadera madre, sonreiría desde el cielo si pudiera verla en este momentos, disfrutando de la vida que deseó para ella en su último aliento.

Abre la caja con el mismo temor y respeto con que ha extraído la carta, en el interior encuentra innumerables fotos que no recordaba, desde que era un bebé hasta que se podían apreciar los estragos de la enfermedad en las facciones del rostro de su madre, las últimas con un pañuelo cubriendo su cabeza. También encuentra un fajo de billetes. No le pasa por alto el estado deteriorado de unos seiscientos euros y luego otros mil cuatrocientos más en billetes nuevos. Seguro que sus padres adoptivos han leído la carta, a saber cuándo, pero han respetado la voluntad de Isabel y se la han entregado en su dieciocho cumpleaños, además de contribuir económicamente para que cumpliera su último deseo con más solvencia.

Su mente regresó a la habitación del hotel Adriano. Audrey estaba frente al espejo del armario, espectacular con su ropa elegante, pero no visualizaba en ese momento su rostro sino el de su madre biológica. «¿De dónde había sacado aquellos seiscientos euros? Le costaría una eternidad reunir tanto dinero cuando no teníamos para comer la mitad de los días». El caso es que allí estaba por ella, por las dos, sin rencor y para cumplir un sueño nunca logrado y que aún podía hacer realidad. Suspiró para contener las lágrimas, guiñó un ojo a su reflejo, dirigido sin duda a su madre, y salió por la puerta.

## Capítulo 2

El sol se abría paso a duras penas desde el final de la estrecha calle, frente a la puerta del hotel se topaba uno con el muro trasero o lateral de algún antiguo palacio, hoy pintado de amarillo y con gruesas rejas de hierro cubriendo los enormes ventanales del piso inferior. Los adoquines del suelo eran idénticos a los de la calle Mayor de Madrid, pero adoptaban un aura de misterio y magia impredecible al respirar el aroma a... ¿orina? El centro de Roma no olía diferente al resto de grandes y turísticas ciudades europeas. La polución y los desechos, junto al estruendo cercano del denso tráfico y los gritos de los turistas y nativos, formaban un cóctel que hizo pensar a Audrey que había despertado de repente de un sueño maravilloso para comprender que la vida era igual de dura y realista en cualquier parte del mundo.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y decidió rotundamente que iba a vivir unos días de ensueño como había organizado, como hubiera deseado vivir su madre. Un chico que pasaba montado en una motocicleta le gritó algo que sonaba a cumplido y ella esbozó una sonrisa, luego paró un taxi y pronunció como había ensayado: vía Marguitta, 51. El taxista la miró de arriba abajo con pesar y respondió en un castellano más que correcto: «esa parte de la película se rodó en un escenario en América, lo siento señorita». Ella no mostró decepción alguna, se limitó a responder que ya lo sabía, pero quería conocer igualmente la plaza del Popolo.

Al haber llegado al hotel en metro, no había visto las calles hasta ese momento. A través de la ventanilla trasera pudo observar todo a su alrededor: la forma de vestir de los romanos, los pequeños comercios, los coches que no paraban de pitar, los hermosos edificios de la zona antigua, casi todos iglesias, avenidas con altos árboles y plazas que ya estaban atestadas de turistas con mapas en las manos.

Tardó media hora en llegar a su destino, bajó del taxi tras pagar y se adentró en el entramado de callejuelas que, adornadas por grandes maceteros y paredes desgastadas a un lado y cubiertas de hiedra al otro, daban acceso a la conocida como fuente de los artistas, en la que la actriz Audrey Hepburn se refrescó varias veces durante los descansos de la película. Tardó varios minutos en atreverse a tocar el agua de la fuente y llevarla a sus mejillas para

sentir el frescor mágico que alivió, más de sesenta años atrás, a quien había inspirado su nombre. No pudo evitar las lágrimas al recordar las escenas.

—Es lo más parecido a un bautismo que puedo sentir, al menos, al bautismo que hubieses deseado para mí —susurró mirando hacia arriba. Las nubes se apartaban para dejar ver un profundo cielo cobalto.

Recogió su largo cabello en un moño para paliar el calor que comenzaba a castigar la ciudad y puso rumbo hacia su siguiente destino, no sin antes lanzar una última mirada, acompañada de un suspiro, hacia un fascinante lugar que hasta ese momento solo conocía en blanco y negro.

Como escapando a toda prisa de un apartamento cochambroso y ocupado por un periodista guapo pero interesado, y de su desagradable asistente, Audrey enfiló la vía del Babuino, aún a la sombra, para dirigirse a la plaza de España. Le hubiese gustado seguir el itinerario de la actriz en la película, pero la fontana di Trevi se encuentra más lejos, aunque en la misma dirección; y eso fue lo que forzó que ella cambiase el orden de los lugares a visitar. Se detuvo a los pocos minutos para observar a unos niños jugando con un balón, a sus madres vociferando desde las ventanas y al sinfín de turistas desorientados que trataban de averiguar dónde estaba esta o aquella iglesia. No encontró a su paso ningún mercado callejero de fruta y flores, aunque tampoco pensaba comprar una sandía... Ya contaba con que el lugar estaría muy cambiado tras el paso de tantas décadas, pero se desilusionaba al no encontrar ninguna pintoresca barbería como la que usó la princesa para cortar su cabello. ¿Qué habría sido de la peluquería original? ¿Sería ahora un restaurante de comida basura o una tienda de ropa? Pensar en eso desgarró con rabia sus sueños de turista melancólica, aunque jamás hubiera accedido a cortar su larga cabellera negra, o ¿quién sabe? Todo dependía de la magia que la embargase en esos momentos... y de la simpatía del dueño del establecimiento.

*«—Belisimo cabello, Belisimo. ¿Lavar y marcar?*

*—Cortarlo, por favor.*

*—¿Solo cortarlo? Bene, cortar... ¿così?*

*—Más corto.*

*—Piu corto, ¿così?*

*—Más.*

*—¿Così?*

*—Aún más.*

—¿Dónde corto?

—Aquí».

Audrey siempre se sobresaltaba, desde el sofá de casa, al ver cómo la actriz perdía su larga y preciosa cabellera, como la suya propia, aunque seguía quedando igual de bella tras el cambio de imagen. Y se preguntaba si ella también sería hermosa al cortarse el pelo. Pero ese pensamiento duraba poco, su madre la habría azotado hasta cansar sus manos si la encontrase un día, tras volver del trabajo, con el cabello corto.

A su derecha, justo antes de llegar a la plaza con las escaleras más bellas del mundo, los escaparates de una inesperada joyería le provocaron una sonrisa. «Qué pequeño es el mundo», susurró. Y dejó atrás la sucursal de Tiffany & Co. para adentrarse en un enorme espacio rebosante de turistas, coches de caballos y un gran kiosco floristería a la izquierda. A su alrededor podía observar una representación de Naciones Unidas, no muy diferente a la que solía ver por la Puerta del Sol o la plaza de España en Madrid; y con el mismo estruendo ensordecedor. Un chico guapo, moreno, alto y con cara de sinvergüenza le lanzó una sonrisa y un guiño de ojo. Ella fingió no haberlo visto y continuó su camino hacia el vendedor de helados de cucurucho que caminaba despacio entre la gente, pidió uno de vainilla y se sentó donde pudo, ya que no había mucho espacio donde elegir. ¿A qué hora debía comenzar su itinerario la mañana siguiente para no tener que pelear por apoyar el trasero sobre un escueto rincón de piedra? Ya había visto turistas extranjeros, especialmente del norte de Europa, paseando por Madrid antes incluso de que sonase el despertador de la mayoría de los españoles que debían partir hacia su jornada de trabajo o Universidad. «Benditas costumbres, cómo aprovechan el día».

Miró a su alrededor y no pudo evitar el pensamiento de que aquel lugar, que había contemplado a través del televisor y con el que había soñado cientos de veces, debería transmitirle sensaciones muy diferentes a las que estaba experimentando en ese momento. Ella siempre lo imaginó sumido en una fragancia de flores y perfumes caros, bajo un suave murmullo de admiración, halagos y cantos de pájaros, con la temperatura de una primavera temprana y los nervios que se sienten ante un beso robado. Pero un ensordecedor griterío en mil idiomas enfrentados, unido al calor infernal del verano, y no era aún la una de la tarde, más el olor de mochileros y residuos arrojados por todas

partes, rompían la magia que ella esperaba embargase su recorrido por la Ciudad Eterna.

Quienes la rodeaban no parecían ser partícipes de tal decepción, sonreían y hacían fotos sin parar. Tal vez ella era la única que se sentía defraudada; y no tuvo que terminar el helado para comprender por fin que sus expectativas eran imposibles de cumplir. Porque no se trataba solo de la cantidad de años que habían pasado desde el rodaje de la película, el motivo principal era la magia o sensaciones que provocaban su niñez y el recuerdo de su madre sobre los lugares que estaba visitando. No podía exigir que todo lo soñado fuese a recibirla en el mismo estado que su mente lo había dibujado durante su vida. Si deseaba disfrutar del viaje, rendir homenaje a la película que marcó su niñez, y a la madre que había ansiado que ella viviese la aventura más maravillosa que pudiera imaginarse, tendría que adaptarse al año 2019 en que vivía.

«No debería ser tan tiquismiquis. Llevo toda la vida viviendo en una ciudad idéntica a esta y nunca me había importado el ruido, el tráfico o los olores. Si no cambio el chip lo antes posible, habré venido solo para decepcionarme y enturbiar la imagen de esta ciudad que está tan ligada a los recuerdos de mamá».

Se levantó, completamente decidida a aceptar de buen agrado lo que Roma pudiera ofrecerle, y bajó las escaleras hasta dar con una cara conocida. El chico de cabello largo moreno y mirada de sinvergüenza aparecía de nuevo ante ella, obsequiándola con otro gesto de suficiencia que hizo temblar la mano en la que sostenía el resto del helado, aunque jamás hubiera admitido tal logro. Ya había oído hablar, y la habían advertido, de la actitud de los italianos hacia las chicas jóvenes y bonitas, de su forma de perseguirlas para tratar de conquistarlas. Aquellas amigas que previnieron a Audrey se quedaron cortas al describir el físico de los chicos, con total seguridad no conocían al espécimen que se había mostrado, cual pavo real, ya en dos ocasiones ante ella.

Hacía calor y tocaba ver la fontana di Trevi antes de buscar un sitio donde almorzar, y eso que ya sentía el hambre mordiendo su estómago desde hacía dos horas. El helado no había hecho más que aumentar el apetito que la ausencia de un desayuno decente había provocado. Siguiendo el itinerario fijado en su iPad, enfiló la vía di Propaganda, girándose cada pocos minutos de forma disimulada por si veía entre los transeúntes a su acosador particular, hasta llegar a la plaza Poli; de ahí partía una estrecha calle con el mismo

nombre que desembocaba en el lugar más conocido de la ciudad, con el permiso del Vaticano y el Coliseo.

Dejando a la izquierda la enorme roca que forma parte de la fuente, se adentró en la pequeña plaza di Trevi. Y por tercera vez en las escasas horas que llevaba en Roma, percibió un entorno que no esperaba en absoluto, pero se había propuesto aislar todo lo negativo, meterlo en una bolsa hermética y no dejar que afectase a su percepción de los bellos lugares que visitaba. La plaza era aún más pequeña de lo que había imaginado, la fuente ante la bella fachada del palacio Poli quedaba a su izquierda, mientras al fondo se asomaba tímido en una esquina el frontal de la iglesia de San Vincenzo, aquella esquina fue la que tomó la actriz en la película.

Un aroma a tomate, orégano y albahaca la golpeó de lleno, no iba a tardar mucho en buscar un lugar menos atestado y degustar las especialidades culinarias del país. Observó que el nivel inferior de la plaza se mostraba imposible, cientos de personas se hacían fotos con el teléfono, arrojaban monedas o se limitaban a tocar el agua. Audrey rodeó la zona por el exterior y logró colocarse, no sin esfuerzo, ni tan cerca como le hubiese gustado, frente a la fuente que más deseos ha recibido en el mundo. Fue a sacar su teléfono para hacer una foto de recuerdo, pero tras observar unos segundos a su alrededor decidió limitarse a disfrutar del momento, de la magia que transmitía el conjunto, de la fuerza del agua transparente brotando de cada recoveco de las estatuas que conforman la fuente. Mucho mejor atesorarlo con mimo en sus recuerdos, tanto la imagen como las sensaciones que transmitía, que vivirlo a través de la pantalla de un teléfono.

El océano —y no Neptuno, como pensaba la mayoría a su alrededor— gobierna su carroza en forma de concha, con ayuda de dos tritones y tirada por dos hipocampos, uno manso que representa el mar en calma y otro desbocado que hace alusión a las aguas bravas. Un espectáculo visual asentado sobre una docena de pequeñas cascadas que fluyen de entre las rocas.

Y entonces sucedió.

La turba se hizo invisible, tanto los turistas como sus teléfonos ensartados en palos de metal. Los mil olores de la ciudad desaparecieron, incluso los de la pizzería y heladería de la plaza. El estruendo de la infinidad de conversaciones, discusiones y llantos de niños pequeños, se sumió en un celestial silencio. Solo quedaron ella y la fuente, conectadas de alguna forma mística, y por fin pudo acercarse, volando a través de su imaginación sobre las barandillas de forja, para sentir el frescor del agua en su rostro, apreciar el

magnífico detalle de la albina escultura e impregnarse de lo que debió sentir Anita Ekberg al fusionarse con su Marcello en la *Dolce Vita*.

—Tranquila, Audrey, que te sales de la película.

Sonrió al darse cuenta de que ella también llevaba un vestido negro y, tras volver a la realidad, partió hacia su derecha, adentrándose en la vía del Lavatore. Las necesidades fisiológicas mandaban. Dejó a su espalda varias heladerías y eligió un discreto restaurante que se ubicaba en un ensanche de la calle, justo tras un puesto callejero de sombreros, bolsas y gorros con propaganda de la ciudad, además de algunos bolsos de dudosa calidad en la imitación de la firma Louis Vuitton.

Bajo una carpa blanca mitigó el sol del mediodía, sentada a una minúscula mesa con mantel rojo y blanco y la carta del restaurante impresa en italiano, inglés y alemán. Se decidió por unos tallarines con verduras y parmesano; y aprovechó para llamar a sus padres a Madrid mientras calmaba la sed con un refresco y esperaba la llegada de la comida. Les dijo que se encontraba bien, disfrutando de un clima fantástico y de lugares muy bellos, que les echaba de menos y que les llamaría de nuevo a la noche desde el hotel. Luego miró en el iPad el itinerario a seguir a continuación y sacó una libreta en la que apuntó detalles que consideraba importantes como:

«Fantasía en el vuelo, realidad al llegar».

«Hotel precioso, habitación funcional y con aspecto cómodo».

«Calles estrechas, empedradas y repletas de historia y magia».

«Calor, hambre y dolor de pies. Mañana me pongo otra ropa».

«El olor a comida de estos restaurantes debería estar prohibido».

«La calle del apartamento de Joe Bradley tiene mejor aspecto hoy que entonces».

«La plaza de España huele a humanidad y sabe a vainilla».

«¿Cuándo demonios viene mi comida?».

«La fontana di Trevi es... un viaje en color hacia un sueño en blanco y negro».

«Mamá, lo que daría porque estuvieras aquí conmigo».

«Un chico guapo entre el tumulto».

¿De dónde había salido esa última frase? Fue a tacharla con el bolígrafo de su particular diario, que su amiga María siempre catalogaba como «cuaderno de vitácora» o «mensaje de telégrafo», cuando el camarero apareció con el humeante plato de pasta que esperaba con todo el vacío de sus entrañas. Pidió otro refresco y comenzó a devorar la comida como si llevase una eternidad sin

probar bocado, justo desde las nueve de la noche del día anterior, en que cenó algo ligero con sus padres en Madrid. La comida estaba muy caliente, pero eso no le importó, comía a dos carrillos mientras esperaba la llegada de su nuevo refresco, pensando en lo buena que estaba la pasta y en el calor que pasaría durante la tarde al cargar con el abrigo en las manos mientras el elegante vestido negro alcanzaba los cuarenta grados al sol.

—Tampoco hubiera decepcionado mucho la memoria de mamá por venir con camiseta de tirantes y minifalda o pantalón corto, como el resto del mundo —murmuró.

—*Sì, è possibile, ti starebbe con il tuo corpo fantastico.*

—¿Perdona?

Audrey respondió a duras penas, más por rabia e incertidumbre que por el comentario inapropiado que no había entendido del todo, pero que le había sonado muy indiscreto. Y, con los carrillos llenos de comida y toda la cara pringada de tomate y queso fundido, levantó la cara para dedicar su mirada más áspera al maleducado de turno.

Y allí estaba él de nuevo.

La chica se atragantó con la comida y el joven gritó algo en italiano al camarero a la vez que se acercó para dar golpes en su espalda. Un vaso de agua apareció ante ella mientras aún trataba de bajar la comida y se moría de vergüenza, todo a la vez que sentía al guapo italiano tocando su cuerpo, aunque fuese para ayudarla y con tan poca delicadeza. Tosió con fuerza y por fin pudo respirar, pero solo durante un segundo, el que tardó en ver la enorme bola de pasta masticada que impactó en el centro del mantel, parecía un plato de diseño, de esos «deconstruidos» que cuestan una fortuna. Se puso roja como un tomate. Aún sentía lágrimas por el esfuerzo rodando por sus mejillas, seguro que arrastrando el impecable maquillaje, y la boca pringada como la de un cerdo que hubiese metido la cabeza entera en el comedero.

—*Stai bene, signorina?*

«Joder, de cerca es más guapo aún, y menuda voz... A ver qué respondo yo ahora y con estas pintas».

—Sí, gracias... *grazie* por... su ayuda.

—¿Spag... española? ¿Te encuentras mejor? Siéntate y bebe un poco de agua.

El chico exhibía un castellano impecable, sin acento alguno. Audrey se sintió estúpida al no saber hablar más que un poco de inglés. ¿Sería siempre así? Cuando viajase, le gustaría poder defenderse con el idioma.



—Sí, solo me siento avergon... solo necesito una servilleta, gracias. —Sin levantar la mirada, trató de limpiarse la boca y las mejillas con la servilleta que el chico le ofreció al instante.

—¿Mejor?

—Sí, muchas gracias. Bueno, ¿qué digo? Si todo lo has provocado tú. ¿Qué haces siguiéndome? ¿Me has confundido con una famosa o eres un simple acosador de turistas?

El chico la miró algo sorprendido, pero sin variar su gesto divertido a la vez que desafiante.

—No te quedes ahí pasmado, di algo —añadió ella.

—No imaginaba ese carácter tras esa cara tan bonita.

—Bienvenido al siglo veintiuno. Y aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué me sigues?

—Cuando te vi en los alrededores de la plaza de España, pensé que eras la chica más bonita que había visto nunca. No me atreví a acercarme hasta ahora, me daba... ¿como se dice? ¿Vergüenza?

—Sí, seguro que eres muy vergonzoso, se te nota.

—¿Me darás tu teléfono o permitirás que te invite a un café?

—No, gracias. Puedo pagarlo yo. En fin, ha sido un placer. Siento que no te haya funcionado esta vez, más suerte la próxima.

—Está bien, acepto la derrota —se inclinó para hacer un cómico ademán de saludo—. Una pena, pensaba llevarte en la moto a tu siguiente lugar o monumento turístico. Caminar con este calor es asfixiante.

Audrey observó que se refería a una Vespa clásica de color blanco aparcada entre el restaurante y el kiosco de los bolsos y sombreros. Solo tuvo que imaginarse durante un segundo montada sobre ella y con sus gafas negras —tal vez el chico le permitiese conducirla— para hacer volar su imaginación y las ganas de lanzarse a aceptar la propuesta. Incluso perdió el apetito ante la idea.

—¡Espera! —El chico se giró al oír el grito—. Quizás haya cambiado de parecer...

—Me llamo Angelo —dijo tras regresar al restaurante con un gesto triunfal en la mirada que a Audrey no le sentó nada bien, y se sentó a la mesa sin pedir permiso.

—Audrey.

—¿Cómo has dicho?

—Audrey, mi nombre.

—¿Como la actriz?

—Sí, ¿te molesta?

—Tranquila, tranquila. Veo que no hemos empezado con buen pie. Me gustaría disculparme por todo lo sucedido, por seguirte y por abordarte aquí y casi provocar que te ahogaras. Si me permites que te lleve a los lugares que desees..., así podría compensarte. Quizá pueda enseñarte rincones mágicos que no conoces y no aparecen en las guías turísticas.

—Me conformaría con que me llevaras a los que tengo apuntados en mi itinerario. Y, ya de paso, si me dejaras llevar la moto un rato...

—Vaya —contuvo una carcajada—, veo que estás muy decidida a seguir los pasos de la actriz en la película.

—Te veo todo un entendido en cine clásico. ¿No eres demasiado joven para conocer la película tan al detalle?

Angelo pareció dudar unos segundos, luego regresó a su semblante burlón.

—En Italia la repiten veinte veces al año, los domingos por la tarde es un clásico que nunca falla.

Audrey pensó que el chico no tenía aspecto, ni por asomo, de pasar los domingos por la tarde en casa viendo clásicos en la televisión con su familia. Prefirió hacer como que se había creído aquella excusa.

—Vamos —añadía Angelo—, no desconfíes tanto de mí. Aunque parezca duro por fuera, tengo el interior blando y amigable, como un bombón. —Acompañó sus palabras con un guiño de ojos que pretendía ser seductor.

—Pues yo te veo más como una cebolla —replicó ella—, bajo la primera capa de niñato engreído se encuentran muchas más igual de patéticas y desagradables.

—Vaya, otro paso atrás. Eso que has dicho es muy feo, ¿tratabas de herir mis sentimientos?

—No creo que tú tengas de eso.

—Empecemos de nuevo, y espero no haberte cortado el apetito.

—¿Cómo? ¿Te refieres a la comida? No, ya estoy llena. —Tras la experiencia anterior, ni loca volvía a meterse más pasta en la boca, y menos aún comiendo sola, algo que le incomodaba mucho.

—Podemos tomar un café aquí o puedo llevarte a...

—¿Al café Rocca? —interrumpió ella. No le importaba la verborrea o el intento patético de ligar si lograba a cambio tener un guía y vehículo emblemático a sus servicios.

—Sí, claro, podemos ir. ¿Partimos ya?

—Espera, tengo que pagar la cuenta y... esto... Aguarda un momento. —  
Tomó su bolso y entró en el restaurante.

El interior del local era más pequeño de lo que se imaginaba desde la calle, tenía una barra a la derecha y un pasillo a la izquierda que conducía a las cocinas y los aseos. Se dirigió a estos últimos.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo se me pasa por la cabeza irme con un desconocido en una moto estando a miles de kilómetros de mi casa? Bueno, tampoco creo que pase nada, Italia es como España, y voy a ir en una moto, no en el maletero de un coche por Libia. Aún así no debería fiarme de ese engatusador, con la de chicas guapas que hay en Italia y me dice que nunca ha visto una más bella, ¿cómo se puede ser tan mentiroso y descarado? Cómo se lo trabajan aquí para ligar... Cuánto tienen que aprender los españoles aún... Bueno Audrey, sal del baño o pensará que has estado haciendo aguas mayores».

Se dirigió a la barra para pagar la comida y, mientras el empleado preparaba el ticket con la cuenta, ella buscó su monedero en el bolso.

—Es imposible.

—*Che cosa dici, signorina?*

Siguió buscando cada vez más asustada, sentía un calor subir hasta su cuello y asfixiarla...

—La cartera no está. ¿Cómo...?

Corrió hacia la puerta, desoyendo las voces del camarero a su espalda. Angelo ya no estaba, ni su moto.

## Capítulo 3

El mundo se hizo muy pequeño a su alrededor, el calor era más asfixiante que nunca, los olores de la comida habían desaparecido para dar lugar al denso aroma de la angustia y la incertidumbre. ¿Dónde estaban sus padres? Necesitaba más que nunca a sus padres. Aun rodeada de gente, casi todos mirándola, seguro que portaba un gesto desencajado en el rostro, se sentía más sola y desamparada que ningún otro día de su vida. El camarero, a su espalda, no paraba de hablar a una velocidad asombrosa y cada vez en un tono más alto, con gusto le hubiese dado un buen puñetazo en la cara.

—*Dove sei...* ¿Hacia dónde se ha ido el chico que estaba aquí conmigo? —preguntó al camarero y a los que estaban sentados en las mesas de al lado. Nadie respondió, los comensales solo murmuraban en varios idiomas. El mundo se le veía encima. Miraba en todas direcciones sin lograr ver nada en concreto ni saber ya qué es lo que buscaba. Los nervios hicieron que volviese a llorar.

—*Mi scusi signorina, cosa succede?* —dijo un señor que parecía el dueño o encargado del lugar.

—¿Habla... habla usted castellano?

—¿Español? ¿Española?

—Sí, por favor —murmuró entre lágrimas. Por fin algo de ayuda.

—¿Se encuentra bien?

—No, no me encuentro bien. Un chico se ha sentado a mi mesa y me ha robado la cartera, la ha sacado del bolso mientras hablábamos. Tengo allí toda mi documentación, dinero... No podré regresar a España sin el DNI ni continuar con el viaje sin el dinero.

—¿No tiene dinero? ¿No puede pagar?

—¡Disculpe que no pueda pagarle los veinte euros de su comida! ¡Y gracias por su comprensión!

—*Prego, prego...* No es necesario gritar, entiéndalo, los clientes...

—Tranquilo, no gritaré más, solo llamaré a la policía para poner una denuncia.

—¿La policía? No, no, no. La policía siempre da mala imagen a un restaurante —miró apurado en todas direcciones—, y son las tres de la tarde. Por favor, está usted invitada. Le mostraré en el mapa la dirección de la

comisararía más cercana, los carabinieri la ayudarán con un certificado para poder regresar a España. Disculpe, pero este tipo de incidentes son desagradables pero habituales en esta zona de la ciudad.

—¿Cómo dice? ¿Saben ustedes que son ladrones profesionales y no hacen nada por detenerlos?

—*Signorina, prego...* Algunas veces hemos intervenido, pero las turistas han defendido a los chicos que las halagaban. No sabe usted... Además, a ese chico no lo habíamos visto antes, no sabíamos que podría...

—Está bien, olvídalo. Gracias por el almuerzo. Buscaré en el iPad la dirección por mi cuenta... ¡Mierda!

—¿Le han robado más cosas?

Audrey se dejó caer sobre la silla que antes había ocupado, entonces ilusionada por escribir en su diario y por probar la pasta que tan bien olía desde la calle. No podía creer que aquel chico tan guapo solo quisiera robarle, cuando ella se defendía con uñas y dientes de una conquista. Ahora el tal Angelo, si es que se llamaba así, estaría riéndose a carcajada limpia por la idiota española que se había creído la más bella de la ciudad. Aunque esa sensación solo duró unos segundos. Regresó a la realidad, en la que no disponía de dinero para pagar el hotel y sus gastos durante esos días.

—¡Maldita sea! Se ha llevado incluso el carnet de la universidad. ¡Espera! —Buscó más nerviosa aún, si cabe—. ¡Joder! Menos mal, no se ha llevado el teléfono.

—¿Cómo dice? —El gerente o dueño del restaurante aún seguía a su lado.

—Nada, olvídalo. ¿Sería tan amable de indicarme la dirección hacia esa comisaría?

Cada paso supuso un esfuerzo titánico, no por la fortaleza física que necesitara para darlo o por el sol de justicia de aquella tarde sobre las empedradas calles de la ciudad, sino por las ilusiones y ganas que habían quedado sumidas definitivamente en la absoluta decepción que empañaría para siempre el viaje más mágico y especial que podría afrontar. Ni siquiera quería pensar en su madre o en los cientos de veces que vieron juntas una película en la que todo salía bien, en la que no existían los robos, las multitudes ruidosas, los desagradables olores de la ciudad o el llanto. Ni la seguridad de haber cometido el error más tonto de su vida.

Un desconocido, por muy guapo que fuese... y adulator, había bajado sus defensas, logrando suprimir su férreo carácter feminista hasta lograr hacerle el timo de la estampita sin siquiera tener que usar más de unos minutos y dos sonrisas de sinvergüenza que jamás olvidaría.

Sus pies la llevaron hacia un pequeño edificio custodiado por dos carabineros y, al llegar su turno, tras esperar más de hora y media en una sala llena de turistas desesperados y quejumbrosos por el mismo motivo que la había conducido a ella, expuso su experiencia a un agente que no encontraba la mitad de las letras en su teclado. Audrey no imaginaba cómo encontraría al ladrón de turno entre los centenares que, según el mismo carabinero apostilló, poblaban las calles del centro de la ciudad.

Tras comprobar su nombre, apellidos y DNI, el agente tramitó un documento oficial sellado por la propia policía que le permitiría volar de regreso a España, además de entregarle veinte euros en metálico para desplazamientos y la copia de la denuncia. Salió del edificio decidida a volver al hotel. ¿A dónde si no?, pensó. Hizo una bola de papel con la denuncia y la arrojó a una papelera frente a la comisaría, donde ya había dos docenas de bolas idénticas, y partió en busca de una parada de taxis.

Llamas anaranjadas prendían en el cielo sobre los tejados de los edificios que observaba a través de la ventanilla. La ciudad parecía regresar a épocas de la vieja gloria imperial gracias al aspecto que el atardecer provocaba en las fachadas de piedra. Una canción americana de moda sonaba muy suave por los altavoces del taxi cuando el aroma a manzanas verdes del ambientador sumió a Audrey en un estado a mitad de camino entre la desidia y un sueño de esos que uno no logra conciliar más allá de una mera vigilia.

La sensación de haber sido superada por la ciudad, de no ser tan adulta como se creía a sus dieciocho años, la había abordado como un cruel tsunami de realidad. Se arrepentía de haber rechazado las insistentes peticiones de su madre adoptiva para acompañarla y así velar por su seguridad. ¡Qué estúpida se sentía en ese momento! Deseaba llorar con todas sus fuerzas, gritar hasta vaciarse de rabia y proferir todos los insultos que merecía ella mucho más que el miserable niño que la había engañado. Pero esperaría a estar a solas en la habitación, cuyo coste aún no sabía cómo pagar sin pedir prestado dinero a sus padres. La tarde y la noche serían muy largas.

—Espere... *excusami*... ¿Puede detener el coche?

—*Sì, stai bene?*

—Sí, pero no tengo más de veinte euros y el taxímetro ya llegó a esa cifra.

El taxista miró su ropa elegante, sin comprender la situación.

—Me han robado hace unas horas. Los veinte euros me los han dado los *carabinieri* —añadió ella al adivinar sus pensamientos.

—*Capisco*. No importa, solo quedan tres calles, la acercaré hasta su hotel.

—Gracias, no sabe cómo se lo agradezco, pero no puedo aceptar su ayuda.

—No, no. *La discussione è finita*. Mi hija, *la mia figlia* tiene su edad, y me gustaría que la ayudasen si alguna vez se encuentra en... *¿capisci?*

No pudo evitar las lágrimas al contemplar la mirada del taxista a través del espejo retrovisor. Una figura bondadosa y paternal justo cuando más la necesitaba. Este le pidió que se calmase y que se tomase la experiencia como lo que era, algo de lo que aprender para hacerse más fuerte. Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y se limpió las mejillas. Unos minutos después tuvo que insistir varias veces hasta lograr que el buen hombre aceptase los veinte euros; le dio las gracias de nuevo y observó cómo el taxi se perdía entre el tráfico antes de entrar en el vestíbulo del hotel.

A la izquierda del mostrador, el burlón espejo enmarcado en madera oscura decidió recordarle, aunque no lo necesitaba, el día desastroso que acababa de vivir. El reflejo fue magnánimo con su conjunto, aún impecable, incluso el abrigo recogido en su brazo izquierdo; pero no tanto con el maniquí que sudaba dentro, portando un semblante envejecido y derrotado. El maquillaje corrido en su rostro, la mueca que había quedado en sus facciones tras llorar, la tristeza en los ojos, el brillo del sudor, los cabellos revueltos, la espalda algo encorvada... No se reconocía. Apartó la mirada antes de volver a llorar y tomó la llave que le tendía el conserje sin acordarse de darle las gracias.

—Hola, cariño. ¿Cómo te lo estás pasando? Son las nueve y media aquí en España, no esperábamos tu llamada tan pronto.

No había sido capaz de llamar a sus padres tras entrar en la habitación, estos se habrían preocupado por su tono alterado tras el robo. Necesitaba relajarse y calmar los ánimos para no alarmarles, que supiesen que ya se encontraba bien. Se desnudó mientras llenaba la bañera con agua casi al punto de ebullición, luego se sumergió despacio, con un canal de música en la televisión de fondo, y no salió hasta que el agua se enfrió por completo.

—Aquí es la misma hora, mamá. Es que he tenido un percance, pero no te asustes, estoy bien.

—¿Cómo? ¿Qué te ha pasado? —Era su padre.

—Mientras paseaba por el centro, alguien ha debido meter la mano en el bolso y se ha llevado la cartera y el iPad.

—Pero ¿tú estás bien? No te habrá hecho daño, ¿verdad? ¿Fuiste a la policía? ¿Qué pasará con tu viaje de regreso si no tienes DNI?

—Tranquila, mamá, no te pongas nerviosa. No me han hecho daño, ni siquiera me di cuenta de que me robaba hasta que tuve que pagar la comida en un restaurante. El dueño me invitó e indicó el camino a la comisaría. Ahora estoy en el hotel y tengo un documento oficial que me permite regresar sin problemas a casa.

—Debí acompañarte, cariño.

—Lo sé, fui una tonta. Me creí una adulta, cuando todavía...

—No, cielo. Hiciste bien, tomaste una decisión adulta, igual que ahora te veo muy entera ante lo que acaba de sucederte.

—Claro, eso es lo que parece, pero me muero de vergüenza por ser tan estúpida y por tener que pedir ayuda.

—Para eso estamos, no te preocupes. Mañana a primera hora estaremos en el banco para ordenar un giro que podrás cobrar en la sucursal que tengas más cerca del hotel. Pero no salgas a la calle con tanto dinero.

—Es que en la habitación no me fiaba de dejarlo.

—Busca el altillo del armario y metes ahí un calcetín negro con el dinero dentro.

—Es que el armario no es como... Déjalo, no importa.

Audrey tuvo que morderse el labio para reprimir las ganas de llorar. Sus padres hacían un gran esfuerzo por pagarle la universidad y habían contribuido con casi todo el importe del viaje, ahora volvían a hacer un gran desembolso. ¿Estaba descuidándolos al marcharse a Roma para vivir una aventura que no le pertenecía? ¿Pensar en Isabel, su madre biológica, era un gesto egoísta?

—No sabéis lo mal que me siento al saber que os sacrificáis por mí. No debería estar aquí.

—No digas eso.

—Sí, es la verdad. Bajaré ahora para llegar a un acuerdo con el hotel y trataré de regresar mañana a Madrid. A ver si no sale muy caro adelantar el vuelo.

—Ni se te ocurra. —Era su padre de nuevo—. Te mereces esas vacaciones, has estudiado todo el año para aprobar todas las asignaturas y es el viaje con el que llevas soñando toda tu vida.

—No, era el sueño de mi... de ella. Esta no es mi aventura.



—Ya vemos que lo tienes muy decidido, pero no es bueno meditar en caliente, con la experiencia tan fresca. Hablas desde el rencor por lo sucedido, mejor tómate unas horas para meditarlo con calma. Consulta esta noche con la almohada y decide mañana por la mañana lo que quieres hacer. ¿De acuerdo?

Prometió hacerles caso y se vistió con ropa cómoda, pantalones vaqueros azules y una camiseta blanca, para bajar a comer algo al hotel. Era el único lugar donde podría cenar, ya que no disponía de dinero en efectivo ni tarjetas de crédito. Otro palo más. Le hubiese gustado ir a comprar un bocadillo a un supermercado o una hamburguesa al McDonalds y así no encarecer la cuenta del hotel más de lo necesario.

«Decidido, buscaré un empleo a tiempo parcial en cuanto regrese a España, no pienso irme de vacaciones a la playa como había planeado. No pararé hasta haber devuelto todo el dinero que se han gastado mis padres en este estúpido viaje», pensó mientras escribía unas notas más en su particular diario:

«¿Qué hace una chica como yo en un lugar como este?».

«Roma, Madrid, Roma, Madrid, ¿qué hacer con mi vida?».

«Maldito y miserable dinero, que saca lo peor de quienes lo ansían...».

«La belleza está sobrevalorada, salvo como engaño para los ingenuos».

«Los ángeles no siempre son buenos».

«Angelo, Angelo, Angelo. Angelo y Audrey».

Tachó con furia esa última frase antes de arrojar el cuaderno con todas sus fuerzas al interior del bolso.

Absorta en sus pensamientos, descubrió al camarero del restaurante observándola fijamente desde detrás de la barra. No sabría adivinar sus intenciones, si trataba de ligar, de robarle lo poco que le quedase, si tenía alguna mancha de mayonesa en la cara o es que debía marcharse y dejar libre la mesa. No le importó lo más mínimo. Se levantó para regresar a la habitación, pero una vez en el recibidor, tras haber pulsado el botón del ascensor, decidió no subir y salió por la puerta del hotel.

Y sin saber adónde ir, comenzó a caminar.

La noche caía densa y húmeda sobre las calles de la ciudad, el calor aún era reacio a abandonar los adoquines y las fachadas de piedra; y los transeúntes, cuya media de edad había descendido a la misma velocidad que lo hizo la luz del sol, parecían buscar algún local de moda donde tomar una copa y disfrutar de la noche romana. No se percibía tanto tráfico ni el estrés de la mañana, y el olor a comida lo invadía todo. Claro que Audrey era ajena a

esas sensaciones, como si su mente se hubiese evadido hacia otra dimensión mientras sus pies tomaban el control y la arrastraran por las callejuelas cercanas al río Tíber. Los grupos de jóvenes y de turistas rezagados pasaban de largo ante ella a la vez que las farolas alumbraban callejuelas que se retorcían sin sentido aparente. Dejó atrás el Panteón, la plaza Venecia, el foro Trajano y el Altar de la Patria, sin apenas prestar atención a las maravillas que reposaban ante ella tras un agotador y caluroso día. Se sentó en un banco de piedra ante el arco del emperador Septimio Severo cuando ya las fuerzas la habían abandonado, y sus ojos se cerraron sin poder evitarlo.

—¿Sabes que las almas perdidas que se encuentran a medianoche se necesitan las unas a las otras más que a sí mismas? Porque yo sí sabía que te encontraría aquí.

Audrey volvió a la realidad como si hubiese recibido un jarro de agua fría sobre la cara. ¿Dónde estaba? ¿Soñaba en ese momento? ¿Cómo había llegado allí? ¿A qué distancia y en qué dirección estaba el hotel? Todas sus alarmas se encendieron de golpe y sintió ganas de gritar. Se giró hacia donde había oído la voz y quedó petrificada.

—¿Tú? ¡Hijo de puta! ¡Policía, policía!

—Tranquila, tranquila, no voy a hacerte daño.

—¿Daño? Me has robado todo mi dinero, mi iPad y la documentación. Voy a denunciarte ahora mismo.

—He venido a devolverte tu cartera y el iPad

—¿Cómo? —Estaba aún aturdida, observó su monedero y la tableta en las manos de Angelo, que se acercaba despacio.

—Sabía que te encontraría aquí, llevo esperando algo más de una hora.

—¿Aquí? ¿Qué tiene de especial este sitio? ¿Por qué...?

—Es donde se conocen la princesa Anne y el periodista. Es curioso que te hayas quedado dormida como lo hizo ella, y en el mismo banco.

Audrey observó a su alrededor y fue consciente de dónde se encontraba. ¿Qué extraña jugada del destino la había conducido hasta allí? Incluso, al igual que la princesa, había caminado sin conocer su destino y con los bolsillos vacíos. Se estremeció al pensarlo.

Angelo se apartó un paso atrás cuando ella tomó, con algo de temor, sus objetos personales. ¡Dios! Allí estaban su DNI, tarjetas de crédito, incluso el carnet de la biblioteca. Pero...

—Lo siento, necesitaba el dinero.

—¿Tú necesitabas mi dinero? —Se puso en pie, desafiante.

—Cálmate. Hay una explicación para todo esto.

—¿Y esa explicación termina con la frase: aquí te devuelvo tu dinero? Porque lo necesito también, ¿sabes?

—Déjame compensarte, te he comprado este colgante.

—¿Me has comprado? ¿Lo has comprado con mi dinero y tienes la poca vergüenza de intentar quedar como un príncipe azul haciendo un regalo?

—Bueno..., mi intención no era esa, claro, pero me gustaría que lo aceptases, es importante para mí. —Se acercó despacio y se puso a su espalda. Mientras le anudaba el colgante tras el cuello, sintió como la piel de Audrey se erizaba.

Entonces ella se apartó de forma brusca.

—¿No me digas? Pues no te lo vas a creer, pero mi dinero era también muy importante para mí y te lo has quedado, ¡convirtiendo mi viaje de ensueño en una mierda de pesadilla! ¡Algo que no solucionarás con una baratija enganchada a una cadena!

—Por favor, no grites. —Angelo se mostraba angustiado, mirando en todas direcciones.

—¿Qué pasa? ¿Acaso te persigue la policía por robar a los turistas?

Audrey vio aparecer un coche grande y negro a toda velocidad, este frenó en mitad de la calle con un estruendo que desgarró la calma de la noche. Angelo se sobresaltó al observarlo y gritó a la chica.

—¡Corre, tenemos que irnos!

—¿Pero qué dices? No voy a ningún sitio contigo.

—No estarás segura si te quedas aquí. Confía en... Ya sé que no puedes confiar en mí, pero trata de usar tu instinto. Ven, corre, tengo la moto aquí detrás.

—Ni hablar. No sé en qué andas metido, pero a mi no me importa que te detenga la policía o te pase lo que sea.

—Esos no son policías, y te han visto conmigo, ¿no lo comprendes? Debes huir, rápido.

Audrey se zafó de las manos de Angelo y se apartó unos metros. El chico corría hacia una calle cercana cuando vio a los dos tipos enormes que se habían bajado del coche pasar a su lado. Entonces se giraron hacia ella.

—*Dove è andato?*

—¿Cómo? ¿Qué dice? No sé dónde ha ido. Me ha robado mi dinero.

La observaron durante varios segundos, se miraron entre sí y luego la levantaron en peso como si fuese una pluma. La llevaron al coche, abrieron el

portón de maletero y la metieron dentro sin hacer caso a sus gritos y súplicas.

## Capítulo 4

Se sentía como en el interior de unas maracas que un músico no parase de agitar, saltando sin control en la oscuridad y golpeándose contra las paredes del maletero. Las calles empedradas y la velocidad del coche estaban convirtiendo su cuerpo en puré. Si tardaban mucho en llegar a su destino, no lograría hacerlo consciente ni con todos los huesos intactos. Además de eso, y durante unos primeros minutos que se hicieron eternos, solo pudo pensar en qué sería de su vida, qué querrían hacer con ella, qué tenía que ver el chico en todo aquello, por qué no se había quedado en el hotel, con lo bien que estaría ahora durmiendo en la enorme cama. Luego llegaron pensamientos aún más angustiosos, relacionados con la oscuridad que la embargaba y con recuerdos de películas de bandidos en los que, tras el viaje en maletero, llegaba la muerte por un disparo y un entierro en el desierto o una ciénaga apestosa. ¿Volvería a ver a sus padres, a sus compañeros de Universidad, a sus amigos? ¿Qué posibilidades tenía de salir de allí con vida? Lloró y suplicó en voz baja que todo fuese una pesadilla y despertase lo antes posible.

No supo si el sonido de las puertas del coche abriéndose, tras frenar definitivamente, era una buena o mala señal. Llevaba interminables minutos deseando salir del maletero, pero ahora no estaba tan segura de que fuese la mejor idea. Los dos tipos enormes la sacaron y, sin miramientos ni hacer caso a sus protestas y gritos, la llevaron casi a rastras al interior de una nave industrial que parecía abandonada, allí la esperaba un tercer hombre sentado en una de las dos sillas que iluminaba un foco polvoriento. Por el aspecto ruinoso del lugar y lo poco que les importaban sus gritos, dedujo que estaba lejos de la ciudad, lejos de poder recibir ayuda.

Le señalaron la otra silla y ella obedeció, tampoco sería muy inteligente enfadarlos. Tratándose de una equivocación, porque ella no tenía ninguna relación con Angelo, solo debía mantener la calma y explicarlo todo. La sucia bombilla se balanceaba sobre sus cabezas, iluminándola a ella y al tipo de unos sesenta años que tenía enfrente, vestido muy elegante y que no se había dignado a mirarla aún. Su cabellera era más oscura y frondosa de lo que habría esperado de un señor de esa edad, quizá gracias a un peluquín; aunque su rostro estaba surcado de innumerables marcas producidas por el paso del

tiempo, demasiadas alrededor de dos ojos oscuros y tenebrosos. No sabría explicarlo, pero tenía un semblante que le recordaba a alguien.

—Disculpen, no desearía hacerles perder más el tiempo. No sé si hablan castellano, soy una turista española y desconozco el motivo por el me han traído aquí. Si me dejan marchar, no haré ninguna denuncia; después de todo, no les conozco ni sé dónde estoy.

El que debía de ser el jefe de los dos gorilas sonrió, miró a sus esbirros con complicidad y luego, por fin, se dirigió a ella.

—*Dov'è l'angelo?*

—¿Angelo? Ni idea. Estará por ahí robando turistas o en su casa, supongo.

Una sonrisa que no presagiaba nada bueno surgió de los labios del tipo; este entrelazó sus manos, una de ellas llevaba tatuada una M entre los dedos pulgar e índice, miró a uno de sus esbirros y este se colocó detrás de Audrey, demasiado cerca para su gusto.

—¿Le parece esto un juego, señorita? —preguntó en un castellano aceptable.

Ella miró a su alrededor, con la esperanza de ver aparecer algún policía o al propio Angelo, pero no pudo ver nada más allá de la poca luz que emitía la bombilla sobre sus cabezas.

—Por supuesto que no —dijo por fin—, pero no sé qué quiere de mí. No sé dónde está Angelo, ni siquiera sabía que ese fuera su verdadero nombre. Solo lo conozco porque me ha robado esta tarde todo mi dinero. No me vendría mal echarle las manos al cuello.

—No es esa la información que tenemos sobre usted. Al mediodía han almorzado juntos en un restaurante del centro.

—No, era yo la que almorzaba. Él apareció para distraerme y robarme la cartera y mi iPad.

—¿Y por qué se han citado de nuevo en el arco de Septimio?

—No me he citado con nadie. —Resopló con impaciencia a la vez que desgana—. Sin dinero ni ganas de seguir en esta ciudad ruidosa y llena de delincuentes, no se ofendan, decidí marcharme mañana por la mañana. Solo salí a dar un paseo porque no sería capaz de dormir esta noche en el hotel después de la experiencia con ese imbécil que, de alguna forma, logró encontrarme de nuevo.

—Una historia un tanto fantasiosa, ¿no cree?

—Me da igual lo que piense. Si sus esbirros se han molestado en investigarme, sabrán que es todo cierto. Yo solo quiero regresar a Madrid con

mis padres. En serio, se lo ruego —de la furia había pasado a la impotencia y ahora estaba a punto de llorar—, déjenme volver al hotel.

—Quizá cuando sepamos dónde está el *angelo*. Aún no la creo, señorita. Necesitamos algo que el tiene y es muy valioso para nosotros. —El tipo parecía atento a los gestos que ella emitiese, a su reacción tras esas últimas palabras.

—Ya les he dicho que no tengo ni idea de dónde está ni conozco qué se traen ustedes entre manos. Por favor, solo quiero volver a mi casa.

Audrey lloraba, cansada y derrotada, mientras la contemplaban impasibles. El jefe parecía sopesar cuánto de verdad o mentira había en sus palabras. Tras unos segundos de incertidumbre, se levantó y desapareció entre la oscuridad del local. Ella no albergaba muchas esperanzas de salir de allí con vida, los dos tipos enormes de detrás la matarían y arrojarían su cuerpo en algún vertedero donde nunca sería encontrada. Sus padres removerían cielo y tierra para buscarla, y todo en vano. Lloró desconsolada pensando en los errores cometidos, en su falta de sensatez, en lo absurdo de caminar en mitad de la noche por un lugar desconocido, de viajar a otro país sola con dieciocho años, de perseguir un estúpido sueño surgido de las frustraciones de su... No, ella no tenía culpa de nada. Había tomado la decisión por sí misma, era mayor de edad, eligió vivir la aventura de su madre en lugar de buscar la suya propia, no aceptó que su madre adoptiva la acompañase. Era todo culpa suya. Pero, ¿cuándo la matarían o se la llevarían de allí? ¿Por qué tardaban tanto?

Se giró con algo de temor y comprobó que los dos esbirros no eran silenciosos, simplemente ya no estaban. Se levantó despacio de la silla y salió del círculo de luz que la bombilla proyectaba e impedía ver nada más allá. Cuando su vista se adaptó a la penumbra de la noche, se encontró sola en mitad de la nave abandonada. Caminó, aún temerosa de recibir un disparo o una agresión, hacia la gran puerta por la que había entrado, tras ella no había rastro alguno del coche negro.

—¿Hay alguien ahí? ¿Es esto algún tipo de juego macabro y sin ninguna gracia?

No recibió ni la respuesta del eco.

—Pero... es imposible. ¿Dónde estoy?

Al girarse pudo ver a lo lejos el arco de Septimio Severo. No habría más de un kilómetro en línea recta, pero aquello era un monte cuesta arriba y ella no tenía fuerzas siquiera para caminar más de veinte pasos seguidos

—¡Joder con la aventura de las narices! Más me hubiera valido irme de safari a África o a beber mojitos al Caribe.

Cansada, sucia, decepcionada, sudada y disgustada, se sorprendió al ver aparecer, unas dos horas más tarde, las luces de la fachada de su hotel. No sabía de dónde había sacado la energía suficiente para que su cuerpo la llevase a su destino, sin duda de las ganas de dormir unas horas antes de dejar atrás la loca ciudad que había estado a punto de acabar con ella en menos de veinticuatro horas. Parecía haber pasado una semana desde que llegó en el vuelo con su vestido negro, maquillaje y peinado impecables, abrigo rojo de diseño y todas las ganas de arrasar en la capital italiana; sin sentirse menos que la princesa Anne al recorrer los mismos lugares, claro que no disponía de un equipo de tres mil personas a su alrededor para el rodaje de la película.

El vestíbulo del hotel estaba sumido en la silenciosa penumbra de unos puntos de luz anaranjados en las paredes. Frente a ella pudo ver la coronilla del chico que hacía el turno de noche tras el mostrador de la recepción, en unos segundos le pediría la llave para darse una ducha en la habitación y luego caer rendida en la cama. La decisión sobre lo que haría al despertar estaba más que tomada.

—Buenas noches.

No, no podía ser.

—¿Qué coño haces aquí?

El recepcionista la miró extrañado, casi con enfado por levantar la voz. Audrey tampoco comprendía por qué no echaba a aquel ladrón del hotel. ¿Por qué la miraba de malos modos a ella cuando debía velar por la seguridad y bienestar de sus huéspedes?

—No levantes la voz, hay quienes duermen y este es un establecimiento decente.

—No lo suficiente, no te permitirían la entrada si fuese así. ¿No te ha bastado con robarme y luego hacer que casi me matasen? ¿Qué más quieres?

—No te pongas a la defensiva, relájate... Te he devuelto el iPad y la cartera.

—Pero sin dinero.

—Una niña rica como tú lo necesita menos que los pobres de la ciudad.

—No soy ninguna niña rica y dudo que hayas dado el dinero a los mendigos o familias necesitadas.



—Tranquila, Audrey Hepburn, que no me conoces como para juzgarme de ese modo.

—¿Cómo dices?

—Nadie viaja con casi dos mil euros en la cartera si no es de una familia adinerada.

—Ese dinero es de mis padres, hicieron un gran esfuerzo durante años para que yo viniese aquí.

—¿En serio? ¿Qué tiene de especial la ciudad para que alguien ahorre durante años y mande a una chica a buscar los lugares donde se hizo una estúpida película antigua?

—¿Estúpida? ¿Antigua? Eres... ¡Eres...!

—¿Un ángel?

Abrió los ojos y vio cómo la luz entraba tímida por los resquicios de la cortina. Se sentía aún cansada pero no tenía más sueño ¿Se había despertado sola? ¿Por qué no había sonado el despertador? Quizá olvidó activarlo antes de acostarse, o se quedó sin batería el móvil.

Qué extraño sueño acababa de tener, había sido tan real... Un chico guapo, aunque arrogante y descarado, unos mafiosos, el maletero de un coche..., ¿por qué no tenía sueños tan interesantes en Madrid? Roma era más especial de lo que había imaginado, estaba obrando en ella una magia asombrosa. Se estiró hasta oír cómo crujía su espalda y emitió un gemido que seguro escucharon los demás clientes del hotel. Se moría de ganas de desayunar un zumo de naranja, una tostada enorme con tomate y un café bien cargado.

—¡Dios, qué hambre!

—No le gusta que tomen su nombre en vano.

Ni un segundo duró la escena. Fue oír su voz, verlo sentado en la silla del escritorio ante ella y meterse bajo la sábana hasta cubrirse incluso la cabeza. Ya le habría gustado desaparecer de verdad.

«Pero... ¿cómo? ¿Qué hace Angelo en la habitación? ¿Cómo ha entrado? ¿Ha pasado algo entre nosotros?»

Palpó rápidamente su cuerpo, camiseta amplia y braga, llevaba su pijama habitual, aunque no recordaba haberse cambiado la noche anterior.

—¿Hola? ¿Sigues ahí debajo?

—¿Qué haces en mi habitación? ¿Cómo has entrado? —preguntó ella sin atreverse a asomar la cabeza.

—Me invitaste a subir anoche.

—Eso quisieras tú. Voy a llamar a recepción si no te largas.

—¿Sigues con la misma hostilidad de ayer o es porque tienes mal despertar?

—¿Eres imbécil o solo disfrutas molestando y persiguiendo a las chicas? Además de robarles, claro.

—Me gusta ese carácter tuyo.

—¿Debería sonrojarme? —Sacó la cabeza de entre las sábanas y lo miró con ira—. ¿Qué haces aquí? No tengo nada más que puedas robar, y me tienes que explicar a qué vino lo de tus amigos anoche, con ese rollo de asustarme y luego dejarme tirada en una asquerosa nave abandonada.

—No son amigos míos, es lo que traté de decirte cuando aparecieron. Te podían haber hecho daño, incluso matarte. —El chico había cambiado su semblante habitual, despreocupado y cínico, por uno alarmado.

—No me lo trago, es otra de tus mentiras.

—En absoluto, hablo muy en serio. Por eso volví a tu hotel, quería comprobar si regresabas.

Audrey estudió su rostro mientras pronunciaba esas últimas palabras. No podía creer lo que su instinto afirmaba. Angelo hablaba en serio.

—¿Podían haberme matado? Pero ¿quién eres tú para que esos mafiosos maten por encontrarte? ¿Qué digo? ¿Por qué tengo yo que verme implicada en lo que sea que andes metido tú? ¿No te ha bastado con robarme y arruinarme las vacaciones? ¿Y cómo sabías en qué hotel me hospedaba?

—Son muchas preguntas, empiezo por la última. En tu iPad tienes todo el itinerario del viaje.

—¿Has husmeado en mis cosas?

Angelo se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, apartó la cortina y la luz de la mañana inundó la estancia. Desde la cama el chico se veía como un ser etéreo, con un aura alrededor de su cuerpo. Entonces volvió a sonreír con ese gesto que Audrey cada vez detestaba más.

—Estabas más bonita en el restaurante. Poco receptiva y desconfiada, pero mejor que con este enfado.

—¿Te funciona la zalamería y ese rollo de chico malo con las mujeres?

—Zalamería, husmeado... Un vocabulario algo extenso para una niña tan joven. Reconozco que te puse más edad la primera vez que te vi.

—Debes de considerarte muy mayor, no te fastidia... Por cierto, tú hablas demasiado bien el castellano, casi sin acento. ¿Dónde lo aprendiste?

—Estuve una temporada en España, de aquí para allá. Hace mucho de eso.

—Claro, décadas, pero si no tendrás mucha más edad que yo.

—Me gustaría invitarte a desayunar.

—¿Invitarme? Si es con mi dinero, soy yo la que invita; pero ni muerta voy contigo a ningún lado. Regreso hoy mismo a Madrid. ¿Te importa marcharte para que pueda vestirme? Por cierto, no recuerdo haberme cambiado de ropa anoche. ¿No habrás sido capaz...?

—Soy un caballero, te doy mi palabra de que te he respetado.

—Claro... —No estaba ella muy convencida del todo.

—Pero, si te marchas a Madrid, no podré devolverte el dinero.

—No, no me darás el dinero. Ya lo habrías hecho cuando me entregaste la cartera y el iPad. ¿Qué interés tienes en mí? ¿Por qué sigues aquí y no en busca de otra turista despistada?

—No soy lo que piensas.

—Claro que sí. Eres un vulgar ladronzuelo de centro de ciudad, un sinvergüenza sin oficio ni futuro que sobrevive y se divierte a costa de ingenuas chicas que confían en tu sonrisa.

—Ya sabía que te gustaba mi sonrisa. —Guiñó un ojo con seguridad y soberbia, ella parecía más furiosa que nunca—. Te lo digo en serio, te devolveré el dinero.

Audrey quería olvidar aquella pesadilla y regresar a casa, dejar atrás el fiasco que había supuesto su viaje; pero si existía una remota posibilidad de recuperar el dinero para devolvérselo a sus padres... ¿O se trataba del chico y la extraña sensación que recorría su estómago cuando conectaba la mirada con él? Se llevó la mano al colgante que él le había regalado y puesto al cuello la noche anterior, aún seguía ahí. Lo acarició de forma inconsciente mientras pensaba en sus opciones. ¿Qué más descubriría si decidía seguir por la madriguera al conejo blanco?

—¿Por qué no me das el dinero ahora?

—No lo llevo encima, está en mi casa.

—Suponía que dirías algo así. ¿Por qué iba a fiarme de ti y acompañarte a casa o a donde me llevaras?

—No tienes por qué hacerlo, me marcharé si me lo pides una última vez. Pero te doy mi palabra de que te devolveré el dinero si me acompañas.

Audrey debía llamar a sus padres para comunicarles la decisión tomada con respecto a seguir en Roma o regresar. Necesitaba también acercarse a una sucursal bancaria para retirar el dinero enviado por ellos y así afrontar sus

gastos. Gestionar el pago del hotel y el cambio de fecha de regreso con la compañía aérea, o seguir con su programa de visitas a lugares míticos de la película, ahí estaba su dilema. Pero, a pesar de la importancia de sus responsabilidades inmediatas, solo lograba pensar en los ojos verdes de Angelo y la intrigante propuesta de añadir una tercera opción a su vida.

No, no sería tan estúpida como para dejarse llevar una vez más por aquel caradura...

## Capítulo 5

La ducha le sentó de maravilla, aunque aún debía saciar el hambre que la aventura de la noche anterior había le provocado para sentirse repuesta del todo, y así pensar con claridad. Mientras se peinaba, el espejo del baño le devolvió una mirada que no supo definir, quizá extrañada por lo inusual de la situación: el robo, la angustia, la preocupación de sus padres, la incertidumbre al estar sola y desamparada en una ciudad extraña, el secuestro e interrogatorio...; curiosamente, nada de eso había frenado su apetito. La importante decisión sobre lo que deseaba hacer estaba tomada, llamó a sus padres antes incluso de vestirse, esta vez con ropa cómoda. Se acabó el viajar elegante pero sufriendo los inconvenientes de tacones y vestidos ajustados. Tras pasar por la recepción para dejar la llave de la habitación, salió a la calle, donde recibió un día más el impacto de la ciudad a modo de ruido y estrés, y se encaminó decidida a su derecha, pasando desapercibida entre romanos y turistas. Tardó algo menos de diez minutos en seguir las indicaciones y encontrar el Caffè Gótico, en una mesa al fondo la esperaban Angelo y un completo desayuno continental.

—¿Has pedido otro para mí?

—Yo ya he desayunado, este es el tuyo.

Audrey no pudo evitar la sonrisa y se sentó a devorar las tostadas sin importarle los modales. Tras engullir las dos y terminarse el zumo de naranja, decidió atacar un bollo que parecía relleno de chocolate, pero se frenó ante la curiosidad de Angelo.

—¿Cuántos años dijiste que tenías?

—No lo he dicho, ¿a ti qué te importa? Además, seguro que lo viste en mi DNI cuando me quitaste el bolso.

—Lo cierto es que no, y te lo preguntaba porque pareces una niña de instituto con ese pantalón vaquero y la camiseta.

—¿Y quién te ha dicho que no vaya aún al instituto? Pero mejor dejemos la conversación y vayamos al grano. ¿Dónde tienes mi dinero?

—Tendremos que ir a mi casa.

Audrey arrancó un trozo del bollo y lo metió en la pequeñísima taza del café, absorbiendo todo el líquido al instante. «Los italianos deberían aprender de los españoles o norteamericanos, que usamos tazas y vasos de un tamaño

bien generoso en lugar de estos dedales de porcelana», pensó, y se metió el goteante trozo de bollo en la boca.

—Espero que no sea un truco para intentar ligar o meterme en otra encerrona —dijo con la boca llena.

—No te diré que confíes en mí, sería estúpido. Pero ya comprobarás que no te engaño. Puedo pedirte más café, si lo deseas.

Ella negó con un gesto de su mano.

Solo había dos clientes más en el pequeño local, ambos en la barra de la entrada y con aspecto de parroquianos habituales. La escasa luz de la callejuela, pasando a través de los cristales de la puerta, apenas llegaba a la zona del fondo en la que se encontraba la pareja, lo que justificaba que estuvieran encendidos los pequeños apliques de las paredes; estas, pintadas de verde oscuro, y los muebles casi negros ayudaban a dar un aspecto sombrío, antiguo y demasiado fresco, aunque Audrey no prestó atención al lugar, se centraba en exclusiva en terminar el desayuno. Cuando hubiese cubierto esa necesidad fisiológica, comenzaría a evaluar las posibilidades de recuperar su dinero. Por ahora no se fiaba lo más mínimo del chico, incluso desconfiaba de que pagase la cuenta en la cafetería. No se extrañaría si saliese corriendo cuando ella hubiese terminado.

—Aún no me has dicho el motivo para que esos tipos te sigan. Ellos dijeron que querían algo de ti.

Angelo sonrió, pero no dijo nada.

—¿Es cierto? ¿También les has robado a ellos? Esos no parecen turistas desvalidas. Supongo que te has metido en un buen lío.

—Mi relación con ellos viene de muchos años atrás, demasiados... Quizá te lo cuente más adelante, cuando tengamos tiempo.

—¿No lo tenemos ahora? ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Más del que imaginas.

Audrey, tras terminar de un sorbo su café, pensó que, más que al tiempo, se refería al valor suficiente para confesarle sus acciones o meteduras de pata. Fue a preguntarle a qué se dedicaba, aunque estaba segura de que no se lo diría. Entonces habló él.

—¿Has terminado?

—Vaya, es la primera vez que te veo perder ese semblante divertido y de seguridad. La historia de tu vida debe de ser interesante.

Angelo no respondió, se levantó de la mesa tras dejar un billete de veinte euros bajo la taza del café y se dirigió a la puerta. Audrey pensó que era fácil

dejar una buena propina cuando se pagaba con el dinero de otro, pero no dijo nada; se limitó a seguirle sin comprender ese cambio de actitud, pero convencida de que bajo aquel caparazón de autosuficiencia reposaba un alma atormentada. A pesar de su juventud, el chico parecía mucho más maduro, al menos cuando no jugaba con ella a seducirla.

¿Estaba segura de que seguirle a su casa era la mejor opción? ¿Y si fuese la boca de un lobo en lugar de una madriguera de conejo blanco? No podía arriesgarse de nuevo, pero la posibilidad de recuperar el dinero, y que sus padres no gastasen más en ella, la atraía tanto como seguir descubriendo detalles sobre el enigmático chico que estaba protagonizando su viaje, incluso eclipsando los lugares que tantos años había deseado visitar.

Audrey se colocó sus gafas de sol y, esquivando a dos turistas que perdían su mirada en un mapa turístico desplegable, se acercó a la Vespa que ya había visto el día antes. Angelo quitó la cadena que ataba la rueda delantera a una señal de tráfico, se subió de un salto y dio una palmadita a la parte trasera del asiento para que ella lo acompañase. La chica subió sin protestar. Le hacía ilusión conducirla, pero pensó que ya llegaría su oportunidad.

El ronroneo y la vibración del motor la sumieron en un sueño de calles que iban quedando atrás mientras sorteaban viandantes en pantalón corto y puestos de golosinas y helados a ambos lados de las estrechas vías. Tuvo la sensación de que todo avanzaba tan deprisa como en una película muda. La espalda de Angelo emitía un calor reconfortante a esas horas de la mañana, aún bajo la sombra de los altos edificios, y la vergüenza por agarrarse a su cintura desapareció a los pocos segundos de comenzar la travesía. Llegaron a la plaza Navona unos minutos después, ya atestada de turistas contemplando las fuentes de La Oscuridad, de Los Cuatro Ríos y de Neptuno, y se escabulleron por una callejuela hacia la vía Giuseppe Zanardelli, que comunicaba con el río Tíber.

Frente a ellos y al otro lado del puente Umberto I, la estatua de la cuadriga de la justicia se mostraba desbocada sobre el majestuoso edificio de la Corte de Casación. Giraron a la derecha y la ciudad se convirtió en un hermoso pasadizo sumergido bajo altos abedules, cuyas ramas y hojas filtraban los rayos de sol de la mañana. El tráfico era denso y Angelo decidió zigzaguear entre los coches y furgonetas, un momento divertido que logró arrancar algunas carcajadas a Audrey, ya casi olvidada de su objetivo final. Quizá apareciese ante ella alguno de los lugares que le faltaba por ver de su itinerario, sería una oportunidad mágica de reconciliarse con el viaje que había emprendido hacía ya una eternidad. Justo el día anterior.

Un camión de helados con un cucurucho gigante de fresa, vainilla y chocolate sobre el techo quedaba a la izquierda, un repartidor de flores a la derecha; romanos enfadados por el atasco a ambos lados, generando un estruendo que desaparecía como por arte de magia a los oídos de Audrey cada vez que el chico giraba la cara para decirle cuál era este o aquel edificio o monumento; ante lo que ella asentía con una sonrisa. El sol castigaba con más saña cada minuto, lo percibieron al pasar junto a la iglesia de San Rocco, en la que casi no había árboles para mitigar el calor.

—¿Falta mucho? —preguntó ella cuando pensaba que acabarían saliendo de la ciudad antes de llegar a la supuesta casa del chico.

Un giro de cabeza, mostrando una mueca de sonrisa, fue la única respuesta de Angelo. Y tras volver a fijar la mirada en el tráfico, el chico comenzó a acelerar como nadie hubiera imaginado que la Vespa pudiera hacerlo. Audrey se aferró a su cintura como si la vida le fuera en ello.

—¿Qué haces? ¡No vayas tan deprisa! —le gritó con todas sus fuerzas mientras sorteaban el tráfico.

Solo logró escuchar un balbuceo del chico: «imposible, es de día, no pueden acercarse tanto durante el día...». Eso, al menos, creyó oír. De soslayo pudo reconocer a dos esbirros que jamás conseguiría olvidar en un coche negro cuyo maletero conocía demasiado bien.

Tras avanzar entre los coches atascados, a veces parados ante un semáforo y otras en un lento avance por la avenida, se desviaron a la izquierda. La via della Penna se abría ante ellos con sus enormes edificios, aunque se habían adentrado en dirección contraria. La chica gritó al ver a los coches y furgonetas con los que iba a chocar. Angelo le pidió que cerrase los ojos, asegurándole que todo saldría bien. Eso dijo, eso prometió, en eso confió ella.

Y Audrey cerró los ojos...

En un instante, el ruido del tráfico se hizo mucho menor, pero el del griterío de la gente se había multiplicado considerablemente. Abrió los ojos y comprobó que se encontraban en la ciudad del Vaticano, con la plaza de San Pedro a su derecha. Había miles de personas haciendo fotos o en una interminable cola que se perdía en dirección a la Basílica.

—¿Hemos cruzado el río? No recuerdo que cruzásemos por ningún puente. ¿Cómo hemos llegado aquí?

Angelo no respondió, quizá no la oyó con tanto ruido alrededor. Siguió circulando hasta dejar a su espalda la gran plaza y recorrer la vía della



Conciliazione. Aparcó la moto en la puerta de los jardines de Castel Sant'Angelo y se bajó para entrar ante la mirada atónita de Audrey.

—Ahora me dirás que vives aquí, ¿no? En la residencia de verano del papa.

—Sería divertido que fuese así. —Angelo contuvo una carcajada y entraron en el jardín.

—¿No nos encontrarán aquí esos que te persiguen?

—Ahora nos persiguen a los dos, pero tranquila, los he despistado.

—¿Y no va siendo hora de que me digas por qué te buscan? Ahora que nos han visto de nuevo juntos y me has hecho partícipe de tu problema, creo que me lo merezco.

—Ya lo sabes, ellos te lo dijeron: quieren algo que yo poseo.

—¿Y si se lo das?

—Me temo que no será posible.

—¿Ya no lo tienes?

—Es una forma de decirlo.

—No me puedo creer que lo hayas vendido.

—No lo he vendido, pero puedes estar tranquila, no dejaré que te hagan daño.

—No sabes lo que me reconforta oír eso.

—Eres toda una experta en el arte del sarcasmo y el cinismo.

—Sobre todo con quienes me roban y provocan que unos matones o mafiosos me persigan para vete a saber qué harán conmigo cuando lo consigan.

—Lo entiendo, no sabes cómo siento haberte metido en todo esto.

Angelo miraba a su alrededor con aire distraído mientras pasaban bajo uno de los arcos de piedra del passetto di Borgo, el acceso que comunica los aposentos del papa en el palacio Apostólico con la fortaleza. Los altos y frondosos árboles ofrecían una temperatura mucho más soportable que fuera del jardín y el chico decidió sentarse en un banco.

—Parece que este lugar fuese especial para ti.

Angelo tardó unos segundos en responderle.

—Fue el primero que visité en esta ciudad. Se podría decir que mi camino en Roma partió de este punto.

—¿De dónde eres?

—De más al norte.

—Eso no es muy preciso.

—¿Conoces la historia de este edificio?

—Sé que es donde veranea el papa.

—Eso no es muy preciso. —Ella le sonrió por primera vez desde el día anterior—. En realidad era un mausoleo construido por el emperador Adriano, se convirtió en fortaleza en el año 403 y cambió su nombre de Mausoleo de Adriano a Castillo del ángel en el 590. Durante una gran epidemia de peste, el arcángel san Miguel se presentó ante el papa Gregorio I para anunciarle el fin de la epidemia. En su honor se colocó la estatua del ángel sobre el castillo. Muy pocos saben que la estatua original era de mármol, doscientos años después se colocó esa de bronce que ves ahí arriba. Eso, al menos, es lo que dicen los guías turísticos.

—¿Y tú qué crees?

—¿Cómo dices?

—Un ángel alado, eso suena a otro de los milagros asombrosos que el catolicismo asegura y pide creer con su dogma de fe.

—¿Eres atea?

—Sí, ¿por?

—Por nada, es curioso.

—¿Por qué? Hay miles de millones de personas en el mundo que no profesan culto al catolicismo. Y no solo tenemos ateos, también budistas, musulmanes...

—No lo decía por eso; y no es momento de seguir con el debate, debemos marcharnos. Esos matones se habrán cansado de buscarnos o estarán en la otra punta de la ciudad.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó Audrey mientras regresaban a las puertas de los jardines.

—Sospecho que podrían estar por aquella zona, es mejor que te lleve al hotel.

—¿Al hotel? Aún no es la hora de almorzar, no quiero perder el día en la habitación.

—Pues dime qué quieres hacer.

—Enséñame la ciudad. Quiero conocer Roma como la conoces tú.

—Eso nos llevaría algo más de un día. Pero vamos a ver qué se puede hacer.

Solo diez minutos más tarde, la pareja llegaba en la motocicleta a la basílica de San Crisogono, en el barrio de Trastevere y un poco más al sur de donde se encontraban antes. Ella miró algo sorprendida hacia el templo, que tampoco le parecía tan especial en una ciudad con más de mil iglesias, algunas espectaculares en tamaño y arquitectura. No era religiosa, pero apreciaba el duro y elaborado trabajo de los arquitectos y artesanos que tardaban décadas en terminar esos templos que habían quedado para la historia.

—¿Una iglesia? Pensaba en algo más original —protestó.

—Bueno, esta iglesia no es nada convencional, ya lo verás en su interior.

Tras atravesar las puertas, Audrey buscó algo diferente, original o especial en una más de las iglesias que había visto en su vida. Altas columnas de mármol con molduras revestidas de pan de oro en techos y paredes, escenas bíblicas pintadas por doquier y un baldaquino que se alzaba sobre el altar y la figura momificada del santo.

—Pues no encuentro lo que hay de especial en este lugar.

—Te fe...

—¡Oh! Vaya, perdona.

—Muy graciosa. En serio, acompáñame.

—¿El santo? ¿De verdad que me llevas a ver a un santo incorrupto de esos que hay por cualquier iglesia?

—No es ningún santo, es una mujer, y ni siquiera es un cuerpo incorrupto.

—¿Una mujer expuesta en una basílica como si fuese una santa? Eso tendría que verlo.

—Se trata de Anna María Taigi, modelo perfecto de esposa y madre cristiana.

—No me digas más, fue ella la que detalló los pasos a seguir por toda esposa fiel que defiende la iglesia. Apuesto a que todas las beatas del mundo la conocen.

—En realidad no tuvo la vida que detallan los escritos religiosos, más bien fue la pionera de la doble vida, de la falsa moral que impera en muchos círculos católicos, pero quizá fue precisamente eso lo que la encumbró como ejemplo para generaciones futuras.

—Y me acusas a mí del uso del sarcasmo y el cinismo...

—Ya ves, sabía que con esta visita tocaría tu fibra sensible.

Ella le devolvió un mohín de burla. Le hubiese gustado mostrarle su dedo corazón, pero el respeto por el lugar se lo impidió

—Dejemos las bromas por un momento y presta atención —continuó Angelo—. Cuando nadie observe, te haré una señal y quiero que toques el cristal del sarcófago.

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente, toca el cristal con la palma de tu mano cuando yo te lo pida.

—¿Estás de broma?

—En absoluto.

—¿Y qué va a pasar? ¿Saltará alguna alarma y nos detendrán?

—Ya lo verás, tú hazme caso.

—No irás a robar nada, ¿verdad?

—No, no tengo intención de robar un cuerpo podrido y cubierto de cera.

—Me estoy asustando.

—Confía en mí y... espera... espera... ahora.

Audrey, a pesar del temblor de todo su cuerpo, tocó el cristal y... Nada, no ocurrió nada.

—Ja, ja, ja. ¿Qué pensabas que iba a pasar?

—Serás imbécil.

—Solo hemos parado aquí porque estaba cerca del castillo y quería gastarte una broma.

—Eres un idiota. Llévame al hotel ahora mismo.

—Venga, no te enfades.

—No me enfado, no eres lo bastante importante como para que me molesten tus bromas, pero quiero dejar de perder mi tiempo.

—¿Precisamente ahora que iba a pedirte que llevases la moto?

## Capítulo 6

—Gira a la derecha, pero ten cuidado, hay muchos turistas y podemos a atropellar a alguien.

Audrey se sentía como una niña desenvolviendo regalos el día de Navidad. A pesar de haber conducido los ciclomotores de algunos amigos en Madrid, hacerlo por las calles empedradas de Roma tenía un encanto que la hacía reír sin motivo cada pocos segundos. No tenía ni idea de hacia dónde la dirigía Angelo con sus indicaciones, pero esperaba que no fuese hacia otra broma de mal gusto como en la basílica anterior.

—Ya hemos llegado —añadió el chico.

—¿Aquí? Esto es una calle cualquiera.

—No seas impaciente, baja y acompáñame. —Angelo le tendió la mano pero ella la rechazó tras pensarlo un segundo, no lograría tan fácilmente que se olvidase de todo lo que había provocado y del dinero que le debía. Caminaron unos metros por una calle estrecha, hasta llegar a donde un grupo de turistas no paraba de hacer fotos en la pared. —Ya hemos llegado.

—¿Adónde? No veo nada.

—Creo que tendremos que esperar nuestro turno.

La cara de piedra de la pared apareció de entre el grupo de personas y Audrey se quedó sin habla. A pleno sol y rodeada de gente haciéndose fotos no era igual de mágica que en la escena nocturna de la película, pero la Boca de la Verdad estaba allí ante ella y la hizo regresar a la niñez, al sofá de casa y al aroma de los cabellos de su madre, además del respingo y las risas que siempre emitían ambas cuando el periodista hacía la broma de haber perdido la mano dentro de la boca.

Unos minutos más tarde pudo tocar la escultura, aunque rechazó la oferta de Angelo para hacerle una foto con su teléfono como recuerdo, le bastaba con estar allí sintiendo que su madre reiría a carcajadas si ocupase su lugar. Entonces miró al chico y se cruzó por su cabeza la idea de estar viviendo su propia historia o aventura por la ciudad. No era un periodista interesado, pero ya no estaban en 1953, los tiempos cambian y quizás aquel sinvergüenza era lo más parecido a Joe Bradley que podía encontrar. Ella, después de todo, tampoco era la princesa de un remoto país europeo.

—Gracias por el detalle —murmuró cuando regresaban junto a la moto.

—No hay por qué darlas. Supuse que te gustaría visitar este rincón. De noche hubiese sido más apropiado, pero no quiero que tengas problemas con Maimón y sus secuaces.

—Ha estado bien así, en serio. Creo que va siendo hora de almorzar.

—Eso déjalo de mi cuenta.

—¿Me hablarás de ese Maimón? ¿Me dirás por qué te persigue?

Angelo no respondió, solo aceleró y ella se aferró con fuerza a su cintura.

El restaurante no podía ser más pintoresco, tanto por fuera como en su decoración interior. Audrey pensó que habían llegado a un bar de ocupas cuando observó la deteriorada fachada del pequeño edificio, de una sola planta y en un barrio no muy recomendable. En su interior, el restaurante Circo mejoraba considerablemente. Del techo de madera centenaria, a juego con la barra de la derecha, caían lámparas de araña de cristal, y el muro de ladrillos de enfrente, que tendría más de mil años pero se conservaba en muy buen estado, daba acceso a través de un arco a una sala en la que había mesas de diferentes tamaños y estilos, aunque todo el conjunto daba un aire muy acogedor y lograba una combinación y equilibrio interesantes en la decoración, eso al menos pensó la chica al entrar.

Había pocos clientes y la pareja decidió sentarse en una mesa pequeña al fondo. Aún no habían mirado la carta para elegir la comida cuando:

—*Occhi beati. Non sei venuto a vedermi per secoli.*

Audrey giró la cabeza y quedó muda ante la chica más bonita que había visto en su vida. Su blanca cara de muñeca tenía unos enormes ojos azules cuya mirada pícara contrastaba con el conjunto, sobre todo con el cabello largo, casi albino y enmarañado en varias docenas de rastas que le llegaban más abajo de la cintura. Vestía con un impecable traje chaqueta y pantalón blanco y mediría casi metro noventa al alzarse sobre los tacones imposibles que calzaba.

Se sentía invisible ante la conexión de miradas entre Angelo y su ¿amiga? Cuando la chica por fin miró a Audrey, preguntó en italiano si alguien sería tan amable de presentársela; eso dedujo ella cuando Angelo hizo los honores en castellano y Audrey se sorprendió al comprobar que ella también lo hablaba sin el más mínimo acento.

—Un placer. Veo que Angelo no ha perdido el buen gusto —dijo mirando a su amigo con un gesto cómplice.

Audrey se levantó para saludarla, arrepintiéndose en el acto al comprobar que era casi veinte centímetros más alta, además de lucir una sonrisa sacada de un anuncio de pasta de dientes. ¿Se podría sentir más incómoda y empequeñecida entre aquellos dos chicos que opinaban sobre ella como si no estuviese allí presente? Pues claro. Lailah, la diosa nórdica del eclipse, solo tuvo que sentarse a la mesa con ellos y seguir conversando animadamente con Angelo para poner la guinda al pastel.

Resulta que aquella chica, que no aparentaba más de veinte años, era la propietaria del restaurante, además de otros locales de la ciudad. Audrey sospechaba que sus padres debían de estar muy bien posicionados económicamente para haber montado aquella red de negocios para su hija. Tanto ella como Angelo presumían de conocerse desde hacía siglos y su complicidad pasaba de aparentar que fuesen hermanos hasta extremos que hacían dudar de una posible antigua relación sentimental. El caso es que Audrey soportó la situación porque no se extendieron más de cinco minutos y luego la incorporaron a la conversación.

—Audrey, ¿sabes que Lailah es una experta en locales nocturnos de Roma? Quizá pueda enseñarte los más exclusivos —dijo Angelo mientras ofrecía una mirada divertida a su amiga.

—Me encantará salir una noche de estas, claro.

—Bueno, querida, no creas que Roma es tan interesante ahora como lo fue en su mejor época. La mayoría de locales son demasiado grandes y demasiado vulgares. Siempre que voy, o hay tanta gente que no puedo disfrutar de la música, cosa horrible, o la música tan alta que no me permite disfrutar de la gente, cosa aún peor<sup>1</sup>.

—No le hagas caso —interrumpió Angelo—, su cinismo no es más que una pose.

—Al contrario —repuso ella fingiendo indignación—, ser normal es la pose. Y, por cierto, *cara mia*, espero que te guste la comida, he pedido que nos traigan la especialidad de la casa y quizá tenga un sabor demasiado intenso para ti.

«Mira, bonita —pensó Audrey sin dejar de fingir una sonrisa de oreja a oreja—, me comería el hígado crudo de una cabra relleno con wasabi antes de darte el gustazo de que me vieras quejarme».

—Seguro que está delicioso —respondió con una sonrisa.

—Qué mona eres, pareces una muñeca. Angelo, no te habría perdonado si no me la hubieses traído para conocerla.

«¿Está siendo insolente o trata de halagarme? ¿Qué magnetismo posee que anula incluso mis ganas de lanzarle un dardo envenenado? Pero ¿cómo voy a molestarte, aunque llegara a insultarme, si transmite una atracción que me ha capturado por completo? Nunca había sentido algo así por una mujer... ¿Qué excepcional aura rodea a estos dos chicos?».

Angelo parecía disfrutar con la situación tensa que él mismo había creado al elegir el restaurante. Aunque su semblante cambió cuando comentó a su amiga los motivos de su visita y la persecución que estaban sufriendo por parte de Maimón, al que ella también parecía conocer.

—¿Os han seguido durante el día? Eso es imposible, no se atrevería a tanto. —Lailah se mostraba asombrada.

—¿Qué tiene de especial que nos persigan de día?

Nadie hizo el más mínimo caso a la pregunta de Audrey. Vuelta a la invisibilidad.

—Quizá se ha cansado de jugar y tiene más interés que nunca en recuperar una llave —dijo Angelo.

—No debiste arriesgarte tanto —le espetó Lailah.

—¿Y dejar la llave de Gabriel en sus manos? Eso sería una catástrofe.

—¿Y qué importa eso ahora? Estamos aquí y no podremos volver... ¿Ella sabe...?

—¿Quién, yo? ¿Qué tengo que saber?

—Nada, respondió Angelo.

—¿Perdona? ¿Me persigue una mafia por tu culpa y aún así me guardas secretos?

—Es mejor así, créeme.

—Eso no me convence, estamos todos en este barco y me gustaría conocer hasta el último dato que rodea esta histo... —Audrey parecía congelada, como si su cerebro se hubiese detenido o, por el contrario, estuviese saturado en ese momento.

—¿Estás bien?

—¿De dónde sois y cual es vuestro verdadero nombre? —dijo tras unos instantes.

Angelo y Lailah la observaron con un gesto entre la sorpresa y la contención de una carcajada que tardó en explotar solo unos segundos. Audrey les miraba con ganas de asesinarles allí mismo, aunque su cuchillo no cortaba siquiera el pan ni tenía una mísera punta amenazadora.



—Lo digo en serio, os he descubierto —añadió—. Sé que mis padres os han contratado para todo este absurdo circo. Hasta el nombre del restaurante me parece apropiado... No sé cuánto han pagado los pobres para que yo viviese una aventura inolvidable, pero no lo habéis hecho tan bien como para convencerme o engañarme.

Seguían mirándola atónitos y riendo.

—Nadie nos ha contratado para nada —respondió el chico.

—Eso no me lo creo. Habláis castellano demasiado bien para ser italianos, incluso ese tal Maimón que me secuestró; me estás enseñando Roma en una moto como la de la película... Demasiada casualidad. Un perfecto guía, guapo y sinvergüenza, de mi misma edad, y seguro que tú eres su novia, a la que él ha venido a ver para reiros de esta pobre turista ingenua.

—A ver, bonita, no nos reímos de ti... bueno, ahora sí, un poco. Pero porque te equivocas completamente. —Lailah se volvía más y más repelente a los ojos de Audrey a medida que pasaban los segundos—. Nadie nos ha pagado, ni tendría dinero suficiente para hacerlo, por hacer un absurdo viaje turístico por esta ciudad que se cae a pedazos desde hace ya demasiado tiempo.

—Claro, y yo tengo que creer que una niña es la dueña de este restaurante.

—No, corazón, tú no tienes que creer nada, solo almorzar y dar las gracias porque te hayamos invitado.

Angelo, viendo la hostilidad que había entre ellas, y sabiendo que Audrey explotaría en segundos, o peor aún, que lo haría Lailah, decidió poner fin a la conversación del modo más rápido que pudo encontrar en ese instante: besando a Audrey.

Lailah emitió una carcajada casi tan intensa y espontánea como había resonado la bofetada de la chica tras recibir el beso.

Audrey se arrepintió, aunque no del todo, al ver que casi tumbaba de la silla a Angelo. Y este mostró una mueca grotesca, aún atónito por la sorpresa del golpe.

El camarero, que traía los segundos platos, se giró en cuanto interpretó que no era el mejor momento de aparecer ante la propietaria del local y sus invitados.

El beso... ¿El beso? Fue algo que Audrey en ese instante no habría podido describir, como tampoco podría esa noche cuando estuviese a solas en su habitación del hotel. O quizá sí. Estrellas orbitando a su alrededor sobre un inmenso campo de flores de idéntico color a los labios de Angelo, pero con

pétalos infinitamente menos suaves. El chico la había tomado del cuello con una mano para atraerla hacia él, y con los dedos había acariciado sus cabellos despacio durante el demasiado breve segundo que duró el momento, aunque perdurase luego como una eternidad en sus recuerdos. Sentiría su sabor durante días en los labios.

—Siento...

—No —la interrumpió el chico—. Soy yo el que lamenta haberlo hecho sin tu permiso. Quiero que sepas que no somos actores contratados por tus padres ni por nadie, que Lailah y yo somos amigos desde hace más tiempo del que puedas imaginar y que la amenaza que se cierne sobre nosotros es tan real como la comida sobre la mesa.

—Está bien, pero no vuelvas a hacerlo, ¿entendido? —dijo tratando de ser convincente—. Y ahora marchémonos.

Lailah no se atrevió a discutir ni añadir nada más, tampoco Angelo. Este y Audrey salieron del restaurante y se perdieron con la moto entre el mar de calles de la ciudad, hasta llegar a la puerta del hotel, donde ella se despidió de forma fría y entró rápido sin mirar cómo el chico permanecía en silencio observándola a través de las puertas de cristal.

Un baño relajante, música suave de un canal del televisor y una hora tumbada sobre la cama con el iPad entre las manos, tenían por delante la tarea de obrar el milagro de relajarla para ordenar sus prioridades. La principal de ellas: que Angelo le devolviese el dinero que necesitaba para sus padres y para seguir en la ciudad unos días más, en el caso de que a la mañana siguiente aún lo desease. Esa era la premisa que colocaba en contra en la balanza de lógica realidad que había decidido crear para averiguar si estaba haciendo lo correcto. Regresar a casa, junto a sus padres, sus amigos y su vida en general, era un poderoso motivo para olvidarse de toda aquella locura y no volver la vista atrás.

Puso música, abrió el grifo del agua caliente tras colocar el tapón a la bañera y fue a por su libreta, su extraño diario, situándola cerca por si le surgía algún pensamiento importante sobre ese día vivido. ¿Qué podía hacer a partir de esa tarde? ¿Confiaría de nuevo en Angelo y en su promesa de devolverle el dinero y mantenerla a salvo? ¿Estaría en peligro si volviese a Madrid? ¿Metería en un lío a sus padres? Una situación como aquella volvería loco a cualquiera, así que ella, que había comprobado en las últimas cuarenta y ocho horas que no era tan adulta como creía, estaba desbordada por completo. A sus dudas y miedos debía sumar los sentimientos que ya no se

ocultaba a sí misma por el chico; aún sentía en sus labios el beso que le dio en el restaurante. Se acarició despacio la boca con la yema de los dedos, con la otra mano sintió algo que no esperaba. ¿Cuánto tiempo llevaba colgada al cuello la baratija que le había regalado el chico? No lo recordaba, parecían semanas. La observó durante unos segundos, era una figura humana portando un cristal azul en las manos, más bonita y reluciente ahora que cuando él se la mostró la noche en que la secuestraron; no era su color favorito, pero no se la quitó del cuello. Y sumergió la cabeza dentro del agua, que estaba muy caliente, pero la hizo relajarse y pensar que lo mejor era ser cauta, consultar a sus padres luego por teléfono y meditar su decisión durante la tarde en la terraza de la azotea del hotel. Decidido, llamaría a su madre tras el baño.

Se sentía resucitada tras casi una hora en la bañera. Desnuda y dejando sus huellas en el suelo de madera caminó hacia la cama con la libreta y el bolígrafo en la mano. No recordaba en qué momento había empezado a escribirla, quizá cinco años atrás, ahora añadiría unas frases más:

«¿Cómo saber qué camino tomar?».

«¿Qué diferencia las verdades de las mentiras?».

«Angelo, una de cal y otra de arena».

«¿Por qué las cosas no pueden ser más sencillas?».

«Estar en peligro me asusta y seduce a partes iguales».

«La comida del restaurante fue deliciosa, la compañía... umm, dejémoslo en inolvidable».

«Lailah, ¿de dónde has salido tú?».

«Angelo y Lailah, hacen buena pareja, ¿no?».

Arrojó con desdén la libreta al suelo y emitió un hondo suspiro mientras miraba el techo. Allí habría permanecido hasta la hora de la cena, pensando en qué hacer la mañana siguiente, si no hubiera sonado su teléfono móvil. En un principio decidió no cogerlo, ya comprobaría quién era más tarde, cuando se levantase para vestirse y secarse el pelo para la cena, pero la insistencia la hizo cambiar de idea. Quizá se tratase de una emergencia, lo más seguro es que fuesen sus padres.

El teléfono se estaba cargando en el enchufe de una de las mesitas de noche, ella estiró el brazo y lo descolgó tras mirar la pantalla.

—¿Mamá?

—Cariño, me has asustado al tardar tanto en cogerlo.

—Me estaba dando un baño.

—¿En la habitación del hotel? Fantástico, porque estoy aquí mismo.

—¿Aquí?

—Sí, en el vestíbulo del hotel.

1Homenaje a Oscar Wilde (El retrato de Dorian Gray). N. del A.

## Capítulo 7

Asomada a la puerta de la habitación, con una toalla alrededor del cuerpo y otra más pequeña envolviendo su cabello, Audrey observó a su madre salir del ascensor al fondo del pasillo. Matilde, desorientada durante unos segundos, cargaba una maleta con ruedas algo más pequeña pero del mismo diseño y color que la suya. Por fin vio a Audrey y se dirigió hacia ella a toda prisa. La sorpresa por su presencia se mezclaba en la mente de la chica con la seguridad que le aportaba, a pesar de no haber llegado aún a su lado.

Un fundido abrazo, en el que ambas dejaron escapar algunas lágrimas, precedió el momento en que madre e hija se sentaron en el borde de la cama para contarse confidencias. Audrey omitió, por el momento, la aventura con Angelo y el encontronazo con los matones que la habían secuestrado y luego perseguido; no deseaba preocuparla, aunque sabía que tarde o temprano lo descubriría si su decisión, vista su maleta, era pasar unos días junto a ella.

—¡Qué miedo has debido pasar, sola y sin dinero en una ciudad desconocida! —exclamó con su énfasis habitual.

—Bueno, solo fue el momento inicial; luego, tras la denuncia y hablar con vosotros por teléfono, pasó el susto.

—Pues olvidemos lo ocurrido, ahora estoy aquí contigo y nada malo te va a pasar. Así que, si has comido, nos vamos a dar un paseo por la ciudad. ¿Qué te parece?

La chica estaba encantada, tenía pensado llevarla a ver la fontana de Trevi y, si les daba tiempo antes de la cena, el Coliseo. Antes de eso debía arreglarse, así que corrió al baño para secar y peinar su cabello mientras su madre deshacía la maleta y le explicaba que había llegado a un acuerdo con el recepcionista para poder quedarse en la misma habitación y aprovechar la cama doble.

A las cinco y media de la tarde partieron como dos turistas ilusionadas más, cogidas del brazo y riendo ante el pensamiento y deseo de pasar la mejor tarde de sus vidas. Roma parecía dar una tregua a la chica; y tras cuatro horas de caminatas, fotos y algún que otro helado para paliar el calor del verano, como el resto de turistas a su alrededor, se sentaron en el primer lugar que encontraron cuando el hambre volvió a ellas: *Ciao Checca*. Matilde se mantuvo durante toda la cena fuertemente aferrada a su bolso con la mano

izquierda y a su hija con la derecha, mirando en todas direcciones por si aparecía algún guapo sinvergüenza con las manos demasiado largas. Entre las dos devoraron una comida mucho más saludable y ligera que la fuertemente condimentada, de origen turco, que Audrey había almorzado en el restaurante de Lailah. Los cubiertos y platos eran de plástico, ya que el local era de comida para llevar, pero contaba con mesas en su interior y lograron pasar un rato ameno y relajado tras la tensión del hotel.

Su madre estaba cansada por haber madrugado para tomar el vuelo, y no tuvo tiempo siquiera de dormir una breve siesta, pero Audrey consiguió convencerla para dar un paseo por la ciudad antes de regresar a la habitación. Fueron a sentarse un rato en la plaza de España, donde se hicieron una foto juntas, y luego pasaron ante una docena de hermosas iglesias en su camino hacia San Pedro. Vista la cantidad de gente que se agolpaba en la plaza, tuvieron que conformarse con ver la catedral desde lejos y aprovecharon para tomar un último café en el Vaticano. Matilde regañó a un camarero por el abusivo precio de las consumiciones, mientras Audrey, roja de la vergüenza, trataba de calmarla.

Una oscura noche las sorprendió caminando de regreso. Audrey ya se había acostumbrado al ruido y la cantidad de gente que se cruzaban por las calles, pero su madre aún refunfuñaba comparando la zona con Madrid Río y barrios como Retiro y La Latina, lo que hacía que la chica riese a carcajadas a la vez que la calmaba y le decía que era normal, ya que Roma recibía el triple de visitantes que Madrid.

Por unas horas Audrey pudo olvidarse de los peligros vividos, aunque no consiguió ponerse a salvo del recuerdo de Angelo, de su sonrisa sobrada ni de su mirada de caradura.

—Qué ciudad más ruidosa, niña. Y los olores... Cuando no huele a pizza, lo hace a helado o café.

—Sí mamá, y también a tubos de escape. Lo has dicho veinte veces esta tarde.

—Es que no he visto tantos coches ni tantos turistas juntos en mi vida. Qué agobio de lugar. Menos mal que ya hemos llegado al hotel, bendito aire acondicionado.

Audrey la observó con ternura. «Qué diferente es a Isabel —pensó—. Mamá hubiese estado soñando despierta todo el tiempo, corriendo de un lado para otro, llorando ante los monumentos más reconocidos y gritando como una fan ante la idea de visitar los lugares que salían en la película. ¿Se habría

preocupado ella por los matones que me secuestraron? ¿Qué habría pensado de Angelo? Mamá nunca me hizo mucho caso. Ojalá me hubiese querido y cuidado como lo hace Matilde».

Suspiró hondo, le dio un gran beso sonoro en la mejilla a su madre y le pidió que se marchara a acostarse, la mujer necesitaba descansar y recuperar horas de sueño. Y se montaron en el ascensor. Audrey se despidió de ella en la tercera planta y continuó hasta la azotea, una vez allí pidió un capuchino descafeinado y se sentó a observar la línea azul que aún dibujaba el horizonte tras el ocaso y que solo podía apreciarse desde las azoteas más altas de la ciudad. En el centro de la mesa, un ramillete de pequeñas flores de azahar dentro de un tarro de cristal la sumió en un agradable y merecido descanso.

¡Que locura de viaje! Sonrió al pensar en todas las sorpresas que había acumulado en solo dos días, y recordó que no le había contado nada a María. Tendría cien mensajes suyos entre el teléfono, el correo electrónico y Facebook. Sacó el iPad del bolso y se puso a responderlos, luego curioseó en las redes sociales, pensó en un itinerario para ir con su madre al día siguiente, si la convencía para no regresar a Madrid tras la paliza de andar que la mujer decía haber sufrido esa tarde, y se sorprendió a sí misma deseando volver a ver a Angelo. Sin pensarlo siquiera, guardó la tableta y sacó su pequeño cuaderno diario.

«Decisiones, decisiones, decisiones».

«Gracias mamá por venir, lo necesitaba. Te necesitaba».

«Locura de Vaticano, cafés carísimos, Matilde es la mejor».

«Quiero seguir aquí».

«¿Es sensato seguir aquí?».

«¿Qué estará haciendo Angelo ahora?».

«¿Quiero seguir viendo los lugares de la película?».

«¿Qué haría mamá, qué haría Isabel?».

Pensar de nuevo en Isabel hizo que cerrase de golpe el cuaderno y lo arrojase dentro del bolso con desgana. Apuró el café, que ya estaba frío, y trató de dejarse llevar por los olores y los sonidos que había traído la noche a la ciudad. Aunque no lo logró, recuerdos perdidos regresaron con virulencia para volver a atormentarla.

El verano ha llegado a la ciudad de forma prematura y las pocas ventanas de la casa permanecen abiertas para ventilarla y hacer más llevadero el calor.

Desde los naranjos de la calle llega un intenso aroma a azahar mientras, en una desvencijada silla de madera, la niña escribe sobre un cuaderno. Y entonces llega ella.

—¿Qué coño haces ahí sentada?

—Estoy haciendo los deberes.

—¿No has limpiado la casa? Joder, solo te pido unas pocas tareas al día. ¡Vengo cansada, muerta tras otro día de trabajo, y me encuentro la casa sucia, desordenada y con los platos de anoche sin fregar! ¿No tienes una puta hora para hacerte cargo de tus obligaciones? Seguro que has pasado la tarde jugando en la calle con esos holgazanes de tus amigos. Voy a hablar con sus madres muy seriamente.

Ella se encoge, quisiera desaparecer, sabe que ahora llegará lo peor.

—Yo... —murmura—. La señorita dijo que había que entregar esta tarea mañana... es muy difícil y tú no estabas para ayudarme, por eso estoy tardando tanto.

—¿Ayudarte? Si no puedes hacer la tarea sola es que eres demasiado tonta y no deberías ir al colegio, sino trabajar para ganarte la vida como hago yo.

—Lo siento.

—¡Siempre, siempre lo sientes mucho, todos los días lo sientes, pero nunca aprendes! Y no pensarás que yo voy a hacerte la tarea, ¿verdad?

—No, mamá, y te prometo que lo limpiaré y recogeré todo antes de irme a dormir, pero no me pegues, por favor.

Dejó caer el cuaderno y el libro al suelo para tratar de llegar a la habitación y cerrar la puerta.

—No corras o será peor para ti.

Esa frase le provocaba tal pánico, que deseaba la muerte cada vez que la oía...

El nítido recuerdo llegó tan rápido como se esfumó, neblinoso tras las lágrimas que no pudo contener. Hacía años que no se encogía en un escalofrío al recordar el dolor de las bofetadas que volaban hacia su cara día sí y día también, así como el calor que emitían sus mejillas, ahogado por el llanto que duraba hasta que lograba quedarse dormida, sin poder emitir ruido o lamento alguno, ya que ambas compartían cama y su madre necesitaba dormir para madrugar.



El camarero la observaba y tuvo que limpiarse las mejillas con disimulo. ¿Aquello ocurrió un martes o un jueves? Qué más da. Cualquier día era bueno para hacerle recordar que debía pagar por su comida y techo, además de ser esparrin de sus frustraciones y calvarios. Luego llegaba el sábado por la tarde y todo se sumía en una alegría tan intensa como efímera, en sueños futuros de riqueza, viajes y romances de telenovela que solo Isabel consideraba reales. Los sábados eran los únicos días que merecían la pena.

Los únicos. Al menos durante dos horas.

Su mente ahora adulta se preguntaba por qué no aborrecía aquella película, que no solo era motivo de sonrisas los sábados, sino también causante de sus miedos y frustraciones el resto del tiempo.

¿Qué más daba? Aquello había quedado atrás, enterrado y olvidado, o casi.

Se marchó a dormir. Esa noche, tras más de once años, compartiría cama de nuevo con su madre, solo que Matilde se cortaría la mano antes de levantarla contra ella. Cuando estaba a punto de quedarse dormida, aún con el recuerdo agridulce de Isabel, volvió a llorar al pensar que nunca les había dicho «te quiero» a sus padres adoptivos, a pesar de que lo sentía con todo su corazón. Jamás podría pagar el amor y los esfuerzos que le habían brindado desde que aparecieron en su vida. ¿Habría heredado ella la frialdad y distancia de Isabel? ¿Sería tan egoísta y autoritaria el día de mañana? ¿Lo era ya? Rogó que no fuese así, y abrazó con fuerza a su madre mientras le susurraba un «te quiero» que le salió del alma como si brotase de un volcán en erupción.

Matilde dormía y no respondió. Pero eso no importaba. Ella sabía que lo valioso es lo que se da de corazón, lo que se entrega sin esperar nada a cambio. Como Matilde llevaba queriéndola desde que la adoptó, sin aguardar jamás el cariño de vuelta.

Despertó antes del amanecer, aún no se apreciaban los destellos alrededor de la cortina plastificada en la ventana. Salió de la cama todo lo despacio que pudo para no despertar a su madre y se vistió con la misma ropa del día anterior. Tenía pensado subir a la azotea de nuevo para deleitarse con el alba, degustando un café y una tostada, y luego bajar a ducharse y convencer a Matilde para continuar unos días más en Roma. Le aterraba la idea de recordar el viaje con el paso de los años y sentirse una estúpida por no haberlo aprovechado para ver todo lo que la ciudad aún escondía entre sus

calles. Todo lo que podía ofrecerle al margen de persecuciones, mafiosos y caraduras. Pero, ¿qué sería de Angelo? Quizá fuese al hotel a buscarla; después de todo, aún no le había devuelto el dinero y ella dudaba de que desapareciese de repente tras el acoso al que la había sometido durante los dos días anteriores.

Una vez sentada en la misma mesa de la noche anterior, volvió a mirar su correo electrónico y, cuando guardó la tableta y sacó el diario, no pudo evitar el mohín en su cara al ver las tonterías que había apuntado entonces. No tachó nada, solo guardó la libreta, apuró el café y, viendo que el sol ya asomaba sobre los tejados de la ciudad, decidió bajar a darse esa ducha que necesitaba con urgencia.

La puerta de la habitación estaba abierta, aun recordando con seguridad que la había cerrado despacio al salir. Abrió con miedo y observó la cama vacía, o casi. Sobre las sábanas había una nota. Entró en el baño a toda prisa, pero tampoco estaba allí, ni rastro de su madre.

Audrey se sentó en la cama, desdobló la nota con nerviosismo y leyó lo que había escrito en ella.

*Tú has querido que las cosas sucedan de este modo. Ahora te daré dos opciones para volver a ver a tu madre con vida. Consigue el colgante que lleva Angelo alrededor del cuello, se trata de un pequeño ángel alado con una gema entre las manos, o entrégame al chico y ya se lo quitaré yo mismo. No me importa cómo lo hagas, pero quiero que consigas el colgante o convanzas al chico para acompañarte hasta el lugar en el que nos conocimos hace menos de una semana.*

*Tu madre estará bien durante ese tiempo, pero morirá si dentro de siete días a esta misma hora no has cumplido tu parte. Nos vemos en la puerta de Septimio.*

*No necesito decirte lo que le ocurrirá si llamas a la policía...*

M

El corazón le latía tan fuerte y deprisa que parecía querer salirse de su pecho. El aire no llegaba suficiente a sus pulmones y tuvo que abrir la ventana para tomar una bocanada. Entonces sintió recuperar parte de cordura, a la vez

que un sudor frío le recorría la frente y la espalda. ¿Su madre? ¿En serio? ¿Acababa de meter a su madre en un peligroso asunto de mafiosos que ni ella comprendía del todo? Matilde se asustaba en cuanto veía a un extranjero en el barrio, se quejaba cuando el dueño de la cafetería del barrio no le reservaba su mesa favorita los viernes por la tarde, se alarmaba cuando veía un arma por la tele y se enfadaba si un desconocido levantaba la voz. ¿Cómo iba a soportar una semana entera en cautiverio con extranjeros? ¿Le echaría la culpa a ella? No, de eso estaba segura, pero Audrey jamás se perdonaría que le ocurriese nada malo a quien más la quería. De hecho, jamás se perdonaría haberla metido en aquel peligroso enredo.

Un ángel sosteniendo un cristal... Ese tal Maimón buscaba un colgante parecido al que Angelo le había regalado a ella... O quizá... No, algo tan valioso no iba a entregárselo a una chica que acababa de conocer. Y aquel no era el momento para divagar entre conjeturas.

Se duchó y vistió en menos de diez minutos, ni se molestó en secarse y peinarse el pelo, lo recogió en un moño. Salió por la puerta de la habitación y preguntó al conserje si había visto salir a su madre, un leve destello en su mirada le hizo comprender que el chico había sido sobornado o amenazado, titubeaba ligeramente al contarle que no la había visto desde la tarde anterior, cuando llegó preguntando por su hija. Al salir a la calle, echó de menos tener una moto como la de Angelo para moverse con libertad, quizá las alquilaran por la zona, podía volver a entrar en el hotel y preguntar al conserje.

No hizo falta.

—Vaya, eres la última persona que esperaba encontrarme esta mañana — observó Audrey con seriedad al ver al chico.

—No sé si tomarme eso como un halago o un insulto. —Su mirada había vuelto a ser la frívola del primer día. No quedaba resto alguno de la tristeza y arrepentimiento que mostraba el día anterior, cuando se despidieron tras el beso y la situación tensa en el restaurante de Lailah—. Creo que me disculpé por haber...

—No me vendrá mal tu compañía —lo interrumpió—. ¿Puedes llevarme al arco del emperador Septimio Severo?

—Pero ya lo viste hace dos noches, ¿no prefieres un lugar nuevo?

—No hagas preguntas y llévame allí lo más rápido que puedas, por favor. —No dio opción a réplica, se montó a horcajadas tras él y le apremió con un empujón.

Docenas de turistas ruidosos, cientos de clics de cámaras de fotos y móviles, motocicletas y bicis circulando sin parar, un calor sofocante que comenzaba a minar sus ánimos... Llevaban cuarenta y cinco eternos y angustiosos minutos por la zona y aún no se habían dedicado más de dos palabras. Audrey corría de un lugar a otro por todo el Campidoglio, pero no respondía a las cuestiones que Angelo le formulaba. El chico acabó recostado en el mismo banco en que la encontró durmiendo, distrayéndose con su ir y venir, aparentemente absorta en mil pensamientos que no parecía querer compartir con él.

—Maldita sea, no está por ningún lado —musitó ella.

—No pienso volver a preguntarte, ya me dirás qué o a quién estás buscando cuando te apetezca —respondió él.

Derrotada y cada vez más nerviosa, decidió sentarse unos minutos; quizá se le ocurriese algo si se calmaba. Tal vez en la nave abandonada en la que ese tal Maimón habló con ella... ¿Dónde estaba esa nave? Miró colina abajo, pero solo vio ruinas. Qué diferente se veía la ciudad durante el día con respecto a la noche en que tuvo que regresar caminando al hotel. Y lo peor es que no podía contarle a Angelo toda la historia. Si el colgante era tan valioso como para secuestrar y matar, el chico nunca se lo daría, lo más probable es que desapareciera para siempre y así evitar que ella tratase de robárselo. Y eso sin contar con que Angelo dijera la verdad cuando le contó que se había deshecho de aquello que Maimón ansiaba. Las posibilidades de recuperar a su madre se reducían al cincuenta por ciento. Tenía una semana para tratar de convencer al chico para entregarse al mafioso a cambio de Matilde. Eso o descubrir que seguía teniendo el colgante y lograr arrebatárselo.

«Bueno, tengo que encontrar a ese tal Maimón para rescatar a mi madre, y no me vendrá mal la ayuda que Angelo pueda proporcionarme, se conoce la ciudad mucho mejor que yo y apuesto a que sabe como encontrarlo».

—¿Cómo podría localizar al tipo ese que te busca?

—¿Qué has dicho? —Angelo se reincorporó como si tuviese un resorte en la espalda.

—El tipo que me secuestró hace dos noches, quiero hablar con él.

—Eso es muy peligroso. ¿Para qué querrías hacer algo así?

—Es un asunto personal.

—Me pides mi ayuda pero no confías en mí.

—Me lo debes.

—¿Te lo debo? Esa es buena.

—Me robaste, me secuestraron por tu culpa y ahora... Y ahora me lo debes y punto.

—No lo has comprendido aún, ese tipo es más peligroso de lo que imaginas. Ninguno de los dos debería acercarse a él.

—¿Qué tiene contra ti para que le tengas tanto miedo? Y quiero la verdad, no me vengas con historias de película de serie B.

—¿Películas de serie B?

—De mala calidad, con poco presupuesto y con un argumento que nadie se creería.

—Entiendo... ¡Espera! ¿A qué viene esa repentina intención de buscarlo? ¿Qué ha ocurrido para que estés tan desesperada por volver a verle, cuando ayer mismo te aterraba incluso mencionar su nombre? ¿Te ha quitado algo valioso? ¿Es eso?

«¡Joder! ¿Qué le digo ahora? No puedo hacerle sospechar o se esfumará y me dejará sola». Una niña pequeña corría a trompicones por la calle ante ellos, la madre iba tras ella para tratar de evitar una caída. La niña llevaba una pulsera de plástico de color rosa.

—Ayer por la mañana me di cuenta de que me faltaba una pulsera, un regalo de mi madre, antes fue de su abuela y tiene mucho valor sentimental, una joya familiar.

—No recuerdo que llevases más pulsera que esa grande de bisutería que luces ahora.

—Vaya, gracias, me costó lo mío en Zara. Pero lo digo en serio, en la otra muñeca llevaba una fina pulsea de oro que necesito recuperar.

—Quizá se te cayó en el hotel o por la calle.

—No lo creo. Me di cuenta de que faltaba antes de salir del hotel y desayunar contigo a la mañana siguiente. Pensé que estaría con la ropa que me quité antes de la ducha o que se habría caído en un bolsillo, pero nada, no la encuentro por ningún lado. Estoy casi segura de que se me cayó en el maletero del coche de los esbirros de Maimón. ¿Sabrías cómo localizarlos?

—Llevo una eternidad huyendo de ellos, así que nunca imaginé que tuviese que ser yo quien les buscase. Quizá, si nos mostramos durante la noche por determinadas calles o locales, nos encuentren ellos.

Parecía preocupado, incluso asustado. Audrey no había visto los días anteriores aquel gesto en su semblante. Titubeaba. Quizá no se hubiera creído la historia de la pulsera, pero es lo que pudo improvisar. No deseaba meter al

chico en un lío, pero le necesitaba para recuperar a su madre sana y salva. Lo sentía mucho por él, pero sacrificaría a quien fuese.

—No creo que sea la opción más inteligente —objetó ella—, estaríamos a su merced si nos descubren. Prefiero salir a su caza, pillarles por sorpresa. Creo que sería más seguro para nosotros.

—Tienes razón. Sube a la moto.

No había encendido aún el motor de la Vespa cuando la ventanilla de un coche aparcado a su lado estalló en mil pedazos. Miraron hacia la derecha, la única salida de la calle estaba taponada por dos motocicletas de alta cilindrada, cada una de ellas con dos matones vestidos de negro que les apuntaban con armas automáticas. Antes de que Audrey pudiera reaccionar, Angelo aceleró y cruzó la plaza tratando de no atropellar a nadie pero dándose toda la prisa posible, sus perseguidores no tendrían reparos en matar a cuantos inocentes se interpusiesen en su camino. Sintieron varias balas silbando sobre sus cabezas durante esos segundos, sobre todo al pasar a una calle con tráfico fluido en la que sus perseguidores se acercaron demasiado. La chica empezaba a ser consciente de que no se trataba de ninguna broma, intentaban matarles o herirles de gravedad. Se aferró a Angelo con todas sus fuerzas mientras este zigzagueaba entre los coches en dirección norte, un minuto más tarde vieron la plaza de Venecia frente a ellos.

Los pitidos de los coches se incrementaban a medida que invadían el carril contrario, exponiendo sus vidas pero logrando distanciarse unos metros de las grandes y pesadas motos que les seguían a la zaga. Insultos de los conductores, miedo por tener un accidente o ser alcanzada por una bala e incertidumbre sobre su madre, un cóctel peligroso se mezclaba en su estómago en esos momentos, en los que decidió cerrar los ojos y rezar, por primera vez en su vida, para lograr salir con vida de aquella situación, incluyendo a Matilde.

Silencio, calma, humedad, olor a césped recién cortado; el escenario había cambiado de repente ante su olfato y oído, pero el nerviosismo por escapar de quienes les perseguían tardaría unos minutos más. Las dos motocicletas con los matones vestidos de negro, como si ella y Angelo hubiesen atravesado una puerta mágica, habían desaparecido al igual que los grandes edificios y las avenidas atestadas de tráfico de la ciudad. Se encontraban en mitad del campo cuando hacía solo unos instantes circulaban por el centro, con atascos, ruidos, insultos...

—Hemos tenido suerte, les hemos despistado.

—¿Pero qué dices? Es imposible que hayamos llegado aquí desde el centro.

—Ha sido suerte. Acabamos de tomar una calle sin tráfico y hemos logrado despistarlos.

—No me tomes por idiota. Incluso el sonido ha desaparecido de repente. ¿Dónde estamos? Esto parece el campo; se oyen pájaros y un río o arroyo. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—No quería decírtelo, pero te has desmayado durante un largo rato. Y seguimos en el centro, mira el río ahí enfrente.

—Sí, lo veo, pero no tiene sentido. Recordaría que me he desmayado... ¿No?

—Estamos en mi casa, sígueme. —Frenó la motocicleta, se bajó y ayudó a Audrey a hacerlo tras él.

—En serio... ¿Dónde están el tráfico y los que nos perseguían?

—Se quedaron atrás, confía en mí —respondió con su sonrisa de seguridad habitual—. Estamos a salvo.

—¿A salvo de quiénes? Explícame por qué esos te siguen día y noche.

—En otro momento, acompáñame. Rápido.

Corrió por el camino de gravilla que conducía al río sin ser consciente de que iba de la mano de Angelo, sin reparar en el rubor que suponía el contacto más allá de aferrarse a él en la moto, en el sofoco que había encendido sus mejillas y desatado un fuego que desconocía. Llegaron ante una barca flotante de madera cuya puerta de entrada se abrió a los pocos segundos de manipular la cerradura el chico.

—¿Has forzado la puerta?

—No, es mi casa. Aquí estarás segura.

Ella no se fiaba de su palabra, pero no tenía otra opción salvo entrar tras él.

El agua del río Tíber avanzaba despacio, como una lengua de oscuras mentiras por descubrir, en su cruce con el río Aniene, uno de sus afluentes. La casa-barco se ubicaba en una zona tan despejada que la media docena de viviendas diseminadas a su alrededor, entre barcazas y mansiones, quedaba perdida tras los frondosos árboles que paliaban las altas temperaturas del verano.

Entró con recelo, sin saber aún si estaba haciendo lo adecuado o metiéndose en un lío mayor, claro que eso era casi imposible.

Vista desde dentro, la barcaza era más grande y luminosa de lo que había imaginado al juzgarla precipitadamente. A los lados se extendían sendas hileras de ventanas que dejaban entrar la luz de la mañana a través de livianos visillos blancos. El techo era del mismo color, así como casi todos los muebles que veía, pero el suelo era de madera nueva oscura y satinada. Audrey había pensado en un destartado, pequeño y funcional piso de estudiantes, pero Angelo poseía, si es que realmente era suya, una vivienda original y decorada con un gusto exquisito. La barcaza se movía casi imperceptiblemente bajo sus pies, alguna embarcación estaría pasando despacio por la zona emitiendo una suave ola en el río, y desde el exterior solo se oía el trinar de los pájaros, además de percibir un aroma a melocotones que lo sumía todo en lo que podría haber sido un extraño sueño.

—¿A qué huele? —Acabó preguntando.

—¿Quieres fruta? Solo tengo melocotones maduros, pero también hay pastel de canela, te pondré una porción si lo deseas. ¿Te apetece un café? — Sin esperar respuesta, cruzó la estancia principal, que claramente era salón y comedor, y donde curiosamente no se veía una televisión.

Ella lo siguió hasta el otro extremo del barco. La cocina era más estrecha, pero aún así se mostraba espaciosa y ordenada, toda blanca salvo la encimera de madera sin pintar. Sobre esta y a la derecha había una tartera de cristal con un pastel dentro, al fondo una cafetera Nespresso con una torre de cápsulas al lado, y a la izquierda un frutero de acero brillante lleno de jugosos y enormes melocotones.

—Si no fuera porque has acertado con la tarta y la fruta, no habría dicho que esta es tu casa.

—¿Y se puede saber por qué?

—Te imaginaba en un sitio diferente, más... no sé... ¿Sucio y desordenado?

—¿En serio? —Angelo se mostraba tan extrañado como divertido.

—No te imagino ordenando y limpiando una casa. Y esa librería que he visto en el salón llena de libros clásicos... Te veo más en un cuarto de estudiantes con una videoconsola y un televisor, la cama sin hacer y olor a pizza descompuesta.

—Vaya, gracias.

—Disculpa, he sido muy grosera... ¿Pero qué digo? Aún no me has devuelto mi dinero, no tengo que ser cortés con quien me ha robado. ¿A cuántas turistas tienes que desvalijar al mes para permitirte una casa así?



—Solo lo hice para divertirme, no voy robando bolsos por la vida.

—Claro, en realidad eres inversor bursátil y lo de perseguir niñas y robarles la cartera es una simple afición. Y luego las metes en una persecución donde acaba habiendo muertos o gente secuestrada.

Angelo, en silencio, sonrió y preparó dos cafés, cortó dos trozos de tarta y ambos se trasladaron al salón, donde ella pudo recrearse en pequeños detalles que le habían pasado desapercibidos al entrar.

—Es preciosa.

—¿El qué?

—La réplica del busto del rey Luis XV, la he visto en fotos, está en el Louvre.

—En realidad es Luis XIV; y la que exponen en el palacio de Versalles, no en el museo del Louvre, es una simple réplica. La original fue robada hace ciento sesenta y dos años.

—Vaya, eres todo un experto en arte. ¿Y ese cuadro? —señaló un pequeño lienzo enmarcado entre dos ventanales.

—*Maya à la Poupée*, pintado por Picasso en París en 1938. Quería pintar a su hija en solitario, pero ella era aún más terca que él y lo convenció para añadir esa muñeca, su juguete favorito.

—Lo dices como si hubieses estado allí presenciándolo. —Angelo sonrió divertido ante ese comentario—. ¿Es todo lo que sabes sobre el cuadro?

—También puedo decirte que se lo robaron a su nieta Marina de su casa de París en el 2007.

—Ahora me dirás que ese es el original y que te dedicas a robar obras de arte.

No respondió, se limitó a dar un pequeño sorbo a su café. No había probado su porción de tarta, a pesar de que Audrey había devorado la suya en cuestión de segundos, estaba deliciosa. Angelo se mostraba más enigmático, casi sombrío, a medida que ella iba conociéndolo. Si su físico había encendido sus alertas, y luego aún más su atrevimiento, ahora la mente de la chica era una vorágine de sirenas ruidosas y centelleantes... casi tan intensas como profundo era el verde océano de los ojos desde los que él la observaba. En ese momento sintió que se había ruborizado y apartó la mirada. Unos incómodos segundos se extendieron hasta que él decidió romperlo.

—Lo olvidaba, aquí tienes tu dinero. —Se levantó y abrió un cajón del mueble que tenía enfrente, de un fajo enorme sacó cinco billetes de quinientos

euros y se los tendió a la chica—. ¿Está todo? No recuerdo cuánto dinero llevabas?

—Esto es demasiado, yo tenía bastante menos. No puedo acep... ¡Espera! ¿No serán falsos?

—Entiendo que no te fíes de mí. Ven, acompáñame.

—¿Adónde? —preguntó aún desconfiada y sin levantarse ante su mano tendida.

—Iremos a un banco para cambiar el dinero por billetes pequeños, así verás que son auténticos.

—¿Estás bromeando?

—Comprobémoslo.

—Aún no, antes quiero que me cuentes esa historia que tenéis tú y los mafiosos que nos han perseguido y que me secuestraron ayer. Hay muchas incógnitas que necesito resolver. Y más te vale no mentirme, lo sabré porque te sale la cara de sinvergüenza que pones cuando tratas de engatusarme.

—¿Tratar? ¿No lo había logrado?

—Qué más quisieras...

—Está bien, está bien, te lo contaré.

Menuda película se estaba montando Angelo, con una sociedad mafiosa que se dedicaba a hacer el mal en todas sus vertientes, crímenes por encargo, robos o secuestros. Ella asentía a cada frase, aun pensando que la seriedad de su rostro y la gravedad en el tono de su voz eran más fingidos que nunca. No iba a encandilarla con su físico ni con aquella casa-barco hasta el punto de convertirla en una marioneta. Aunque, ahora que lo pensaba mejor, lo había seguido hasta su casa y había hecho todo lo que él había deseado. Ya era una marioneta en sus manos y no se había dado cuenta.

«¿Pero qué demonios estás haciendo? —pensaba mientras lo observaba narrando una historia inverosímil por necesidad—. No le conoces de nada, solo es un caradura, un vividor con una cara bonita que se dedica a engatusar turistas ingenuas. A saber en qué líos estará metido con la mafia. Te ha dado cinco billetes, que seguro son falsos, y te ha enseñado una casa que puedes apostar a que será robada, ¿y qué haces tú? Babear como una adolescente ante un actor de moda. ¡Mierda! ¿Cómo salgo de aquí? No recuerdo cómo llegué. Espera, el río, solo tengo que seguir el curso del río y preguntar a quien me encuentre por la dirección que debo seguir para llegar a la ciudad. ¿Y si

Angelo se muestra agresivo cuando decida marcharme, cuando vea que no ha funcionado su plan para embaucarme en lo que sea que pretende?».

—... y llevan años persiguiéndome para lograr quitarme de en medio y...

—Disculpa que te interrumpa, pero me gustaría volver al hotel, necesito hacer unas llamadas a mis padres.

—Puedes usar mi teléfono, está justo ahí.

—Lo cierto es que no me siento muy cómoda en un lugar que desconozco, con alguien que... bueno, ya sabes, no empezamos con buen pie. Me gustaría que me llevases de vuelta al hotel. —No pudo evitar el titubeo en la última frase, quería mostrarse fuerte ante el chico, que no notase que le tenía miedo. No lo logró y ahora esperaba que él no lo hubiera percibido.

Angelo no dijo nada, se limitó a coger las llaves de la Vespa y abrirle la puerta. Audrey ya no pensaba en el dinero que le haba devuelto, ni si este era real o falso, solo en sentirse sola y a salvo entre las paredes de la habitación del hotel. Aunque no tan a salvo tras lo que le había ocurrido a su madre. Subió al asiento trasero de la moto y se dejó llevar a través de un mundo borroso que pasó del color verde al gris y del silencio al estruendo de los coches atascados; como una lenta transición entre el paraíso, en el que estaba a solas con él en el hermoso barco, a un infierno lleno de incertidumbre e incógnitas sin resolver. ¿Deseaba seguir viendo a Angelo y conocer más de ese extraño mundo en el que parecía vivir? ¿Estaba su vida en peligro? ¿Lo estaba la de su madre? ¿Lograría salvarla y salir indemne del país?

Llevaba todo el trayecto abrazada a su cintura y con la cabeza apoyada en su espalda, quedando hipnotizada con el ronroneo y la vibración de la moto, cuando se separó unos centímetros y observó a su alrededor. La forma cilíndrica del Castel Sant'Angelo al otro lado del río le recordó a Las Ventas en Madrid, haciéndole pensar que estaría bien tener a su madre de nuevo a su lado para pedirle consejo, a Matilde, claro, con Isabel tuvo pocas conversaciones antes de su muerte, siendo ella una niña. Incluso María sería bien recibida; a pesar de su frivolidad y egolatría, podría darle una opinión o punto de vista más objetivo a la situación y los sentimientos que en esos momentos la embargaban.

No, no era el momento de pedir consejos amorosos, sobre todo porque Matilde estaba secuestrada y Audrey no creía que recibiese con mucho agrado a Angelo, el causante de su desgracia.

La red de callejuelas, que ya conocía tras recorrerlas media docena de veces, la condujeron a la puerta de cristal en la que se sentía como si pulsase

el botón de pausa durante un videojuego agotador y frenético. Un respiro de unas horas, porque sabía que Angelo volvería a aparecer pronto, o peor, los mafiosos que les perseguían y que esperaban progresos de ella en tiempo récord, apremiándola con una lluvia de balas como las que le habían disparado esa tarde.

—Siento que te hayas sentido incómoda, no era mi intención asustarte ni inmiscuirte en ese asunto tan feo de Maimón.

Audrey se estremecía cada vez que volvía a oír el nombre del tipo que la interrogó dos noches atrás; aún recordaba sus facciones duras, el alma siniestra a través de sus ojos negros, la mueca de sonrisa endiablada que mostraba, como si estuviera decidiendo si ella vivía o no con la misma sangre fría que elegiría el vino en un restaurante. Ahora ese demonio tenía a su madre consigo y ello le provocaba escalofríos con solo recordarlo.

—Tal vez algún día lo recuerde con una sonrisa, pero ahora me estremece la idea de verme en peligro.

—Eso quiere decir que no volveremos a vernos, ¿verdad? Me hubiese gustado enseñarte la ciudad en otras circunstancias.

—Quizás en otro momento —en otra vida, pensaba realmente, más con pesar que seguridad— podamos dar un paseo y que sigas haciéndome de guía como me has prometido.

—Se te da fatal.

—¿El qué? —preguntó sorprendida.

—Mentir.

Audrey permaneció unos instantes sin saber qué decir ni adónde mirar, hasta que comprendió que lo necesitaba para recuperar a su madre.

—¿Vendrás mañana a buscarme?

—Solo si me lo pides.

—Es lo que estoy haciendo.

—No. Ni siquiera me miras a la cara.

No pudo mantener la mirada más allá de dos segundos, y se hicieron eternos.

—¿Lo harás? ¿Me ayudarás?

—¿Quién sabe? Tal vez sí. —Y se marchó en la Vespa con su gesto burlón de nuevo.

—¡Idiota!

El vestíbulo del hotel se mostraba más frío y desesperanzado que nunca, como una cueva profunda y oscura por la que circulase un río de agua helada.

Cuando se encontró frente al chico de la recepción, que veía las noticias en un minúsculo televisor, no le pidió la llave de la habitación, pensó de repente en hacer una comprobación. Acababa de acordarse de los billetes de Angelo, los sacó del bolsillo del pantalón en el que los había metido y probó suerte con dos de ellos.

—Quisiera abonar el importe de mi estancia —Las palabras brotaron tan espontáneas como el gesto de sacar el dinero y colocarlo sobre el mostrador. Audrey se sorprendió al actuar de una forma tan natural.

El recepcionista metió los billetes en la pequeña máquina que comprobaba su autenticidad a la vez que ella cruzaba todos los dedos que tenía disponible. Siempre era mejor descubrir un billete falso en un establecimiento como aquel que en un banco, donde los destruirían y llamarían a la policía.

—Espere a que le dé el cambio, señorita.

No esperaba esa respuesta, así que exhaló un suspiro que la hubiese traicionado en cualquier otro lugar que no fuese tan discreto como un hotel. Si Angelo estuviese aún a su lado, lo habría abrazado por devolverle el dinero (con intereses), o quizá lo hubiera hecho por más motivos. Ahora podría reembolsar el importe del viaje a sus padres y no sentir el agobio de...

«¿Pero qué digo? Aún tengo que encontrar a mi madre. ¡Menudo viaje!».

Las puertas del ascensor se cerraron, al fondo el recepcionista volvía a dirigir su atención a las noticias del televisor. Llevaban todo el día informando sobre el tiroteo que se había producido en una de las zonas turísticas más emblemáticas de la ciudad y el extraño acontecimiento de la basílica de San Crisogono, en la que el cuerpo de la beata Anna María Taigi se había consumido de repente hasta convertirse en cenizas.

## Capítulo 8

El despertador del teléfono estaba programado para las siete de la mañana, aunque a esa hora Audrey ya llevaba más tiempo despierta del que podría calcular. La ciudad aún se mostraba perezosa bajo la penumbra del amanecer cuando corrió las cortinas y observó las farolas de la calle varios metros bajo ella. ¿Quién podría dormir bajo el influjo de todo lo que había ocurrido los días anteriores? Decidió darse una ducha rápida y vestirse con ropa cómoda para un día ajetreado; a las ocho en punto subió a la azotea y tomó un opíparo desayuno mientras observaba cómo los empleados terminaban de colocar las mesas y sillas de la terraza. Cuando salió por la puerta de cristal del hotel, la ciudad ya mostraba toda su algarabía habitual.

—Has madrugado mucho.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba tan pronto —dijo Audrey con un gesto sorprendido. Si no fuese porque lo veía fresco como una lechuga y con ropa diferente, juraría que Angelo había pasado la noche haciendo guardia en la puerta del hotel.

—Te dije que no permitiría que te hicieran daño. Así que te acompañaré allá donde vayas. Dime el destino.

Ni ella misma lo sabía. Tenía pensado deambular por las calles de la zona céntrica, tentar a la suerte por si pudiera encontrar a Maimón o alguno de sus secuaces y convencerles de que la dejaran ver a su madre, comprobar que estaba sana y salva, y llegar a un acuerdo para entregarles lo que pedían.

—¿Has desayunado? —preguntó Angelo—, puedo llevarte a un lugar que...

—Sí, ya he repuesto fuerzas para varias horas. Perdón, no te he preguntado si lo has hecho tú.

—Claro que sí. Podemos partir hacia donde desees.

—No, eres tú el que conoce la ciudad y sabe dónde encontrar el coche de los matones de Maimón.

—¿Sigues pensando que esa pulsera merece el riesgo que asumiremos?

—No imaginas lo importante que es para mí...

El chico no ocultaba su preocupación ante la peligrosidad de lo que estaban a punto de hacer, pero ella ya estaba demasiado implicada como para pensar en sí misma. Mucho menos en él. Partieron hacia la zona del río y estuvieron toda la mañana recorriéndolo sin prisas. Angelo parecía

convencido de poder hallar el coche negro cerca de algunos puentes determinados o locales nocturnos que ahora permanecían cerrados, aunque dudaba de que encontrasen la pulsera en el maletero.

—¿Estás seguro de que encontraremos el coche por esta zona?

Acababan de entrar en el *Forum Roof Garden*, un restaurante en la vía Tor de'Conti cuyas vistas panorámicas hicieron quedar muda a Audrey. Atravesaron el local hasta sentarse en una discreta mesa redonda al fondo y enseguida les atendieron.

—Es un buen punto de partida, mañana podemos extender el radio de búsqueda.

—Me parece bien. Por cierto, este sitio parece caro, quizá debimos buscar otra opción —susurró ella tras hojear la carta.

—No te preocupes, hoy invito yo.

La cordialidad duró unos minutos, mientras elegían la comida y esperaban bebiendo un refresco ella y un vino él, hasta que Audrey no pudo esperar más para pedirle más información sobre los captores de su madre.

—¿Me contarás algo más sobre ellos?

—No te podría decir mucho más de lo que te conté ayer en mi casa.

—Aquello me sonó a cuento chino, espero que no te moleste que sea tan sincera.

—Tampoco yo acabo de creer del todo esa historia de la pulsera.

—Es importante para mí, para toda mi familia.

—A pesar de eso, me resulta extraño que quieras arriesgar tu vida para recuperarla.

—¿Me ayudarás?

—Ya lo estoy haciendo, ¿no? —Su sonrisa fue algo forzada, pero reconfortante, necesaria y suficiente para Audrey—. Maimón es el líder, por llamarlo de algún modo, de una organización que lleva siglos en esta ciudad... Bueno, me refiero a mucho tiempo, ya me comprendes. Se trata de una institución que se dedica a todo lo que sea delictivo y a la vez beneficioso para ellos. Roban, matan, secuestran, trafican con drogas, armas y personas. ¿Por qué pones esa cara? Te estoy diciendo la verdad. Sé que ellos se mueven en el submundo que genera la noche, locales clandestinos, galerías secretas subterráneas, catacumbas, criptas, algún que otro hotel de lujo. Tienen tomada toda la ciudad, ni te imaginas hasta dónde, y es casi imposible moverse sin ser visto por ellos, sobre todo durante la noche; la oscuridad es su mejor disfraz y arma a la vez. Y no se te ocurra pensar que solo cuentan con esos dos matones

que te llevaron ante él o los cuatro de ayer con las motos, hay cientos de ellos, además de lacayos que, a cambio de una buena propina, les informan sobre todo aquello que necesitan saber.

—Por cómo me lo describes, ese tipo parece don Corleone.

—No, este no es compasivo, y no se limita a ganar dinero. Maimón se centra en producir el mayor daño posible. Es el mal personificado.

—Es tan difícil de creer.

—Puedes creer cualquier cosa de la vida, siempre que sea totalmente increíble.

Audrey se sabía más en peligro a medida que conocía nuevos datos sobre la persona que tenía retenida a su madre, pero aún así no podía abandonarla a su suerte. Su plan era simple pero efectivo: si encontraba a Maimón, entregaría al chico a cambio de su madre. Aquello sería bastante más sencillo que jugar con Angelo para tratar de robarle el colgante. Le gustaba mucho, pero no pensaba seducirlo, o incluso acostarse con él, con el único fin de arrebatarse la joya. ¿Tonta? ¿Mojigata? No le importaban las etiquetas, solo ser fiel a sus principios. Claro que... ¿Para qué quería Maimón a Angelo? ¿Lo mataría o solo querría el colgante?

—¿Qué quiere él de ti? Aún no me ha quedado claro del todo.

—Digamos que tenemos una relación difícil, algo que viene desde hace mucho tiempo. —Audrey lo miró confusa, el chico no parecía tener más de veinte años—. Algunas veces he aparecido cuando él menos lo esperaba y he arruinado sus proyectos. Algún crimen, alguna operación de tráfico de personas, incluso he robado unos minutos antes que él varias obras de arte.

Menuda trola se estaba marcando. La chica pensó que no podía haberse inventado nada más irreal. ¿Impidiendo que una organización criminal robe obras de arte o arruine operaciones de tráfico de personas? ¿Y qué más? ¿Lo hacía montado al volante de un Aston Martin con cohetes en los faros?

—Así que has robado obras de arte, supongo que para devolverlas a sus dueños luego.

—Quizás... en algún momento, no lo descarto, me decida a devolverlas. No soy un santo, ¿sabes? —Y sonrió tras su comentario.

—Claro, claro... te entiendo. «Cuéntame lo que quieras, pero llévame ante ese tal Maimón y, lo siento por ti, seguro que él y yo llegamos a un acuerdo».

—¿Has terminado?

—Sí, podemos partir.



El cielo era un mar de algodón prendido de fuego cuando pasaron por segunda vez frente al Coliseo, esta vez frenó Angelo ante la insistencia de la chica, que deseaba hacer una foto de recuerdo con aquel bello atardecer. Serían solo unos segundos de pausa tras varias horas recorriendo sin cesar la ciudad. Las calles comenzaban a quedar desiertas, sobre todo por los turistas del norte de Europa, que cenaban mucho antes que los italianos o españoles. El ruido del tráfico ya había desaparecido a los oídos de Audrey, cada vez más integrada en la ciudad, y debía de haber una floristería cerca por el aroma que percibía en esos momentos.

—¿Qué haces? ¿Por qué te tapas?

—No me gusta que me hagan fotos.

—¿Eres acaso una celebridad, o es que tienes un pasado que no deseas que regrese?

—No, simplemente no me gusta salir en las fotos.

El tono seco y la mirada fría la convencieron para que no volviese a insistir. Encuadró con el móvil la estructura del Coliseo y el ocaso al fondo, disparó y volvió a subir a la moto en silencio.

—¿Adónde vamos ahora?

—A cenar y luego a tu hotel, no podemos hacer más.

—Pero no estoy tan cansada, y dijiste que era más fácil localizarlos por la noche, podríamos invertir unas horas más y quizá tengamos suerte.

—Créeme, ha estado bien por hoy, mañana podemos tomarlo con más calma y así reservar fuerzas para la noche. Te llevaré al hotel.

—Podemos ir a tu casa tras la cena, así mañana no tendrás que pasar a recogerme. —No sabía por qué había dicho eso, pero menos aún de dónde había sacado el valor para hacerlo. Se sintió ruborizada hasta pensar que le explotarían las mejillas.

—Me parece bien, allí puedes dormir, aunque tendremos que volver de todas formas a tu hotel por la mañana —dijo él antes de que Audrey siguiera mortificándose por su proposición.

—No te entiendo.

—La ropa. Tendrás que cambiarte de ropa, ¿no?

«Mierda, la ropa... Contrólate, Audrey, que te patina la neurona cuando estás tanto rato con él».

—Claro, tienes razón, mejor me llevas al...

—Pero podemos tomar una copa en el propio hotel o cerca de él tras la cena, si te apetece, claro.

—Sí, estaría genial.

«Bastaba con decir que estaría bien, contrólate y hazte la interesante o parecerás una cría babeando ante un famoso».

No se complicaron mucho con la elección del lugar, el propio restaurante del hotel sirvió para cenar unas ensaladas regadas por un vino blanco italiano cuyo nombre no pudo retener Audrey, pero estaba afrutado y muy frío; no era amante del vino pero hizo caso a Angelo y no pudo quejarse, le resultó delicioso. Durante la cena pudieron contarse algunos datos más sobre sí mismos, especialmente ella, que se *explayó* contando cómo había sido su infancia con Isabel, lo trágico de su muerte y luego la incertidumbre de una adopción; por suerte, sus padres adoptivos la querían más que a nada en el mundo. Eso hizo que Audrey recordase que no había llamado aún a su padre, estaría muy preocupado. Ni siquiera sabía si contarle la desaparición de Matilde, tenía derecho a saberlo, pero Andrés no podría hacer nada desde España, ni estando en Roma con ella. También pensó en lo mal que lo estaría pasando Matilde, quizá sin saber siquiera por qué la habían secuestrado. Audrey se sintió egoísta al cenar con un chico guapo y flirtear, porque era consciente de hacerlo, mientras su madre se encontraba en semejante situación.

—¿Quieres que pida algún cóctel o que vayamos a algún sitio?

—No creo que sea lo apropiado.

—¿He dicho algo que te molestase?

Audrey no pudo mirarlo a los ojos, se bloqueaba cuando él la miraba fijamente, además de temblarle las piernas al cabo de unos segundos.

—No, es que estoy algo cansada. Tenías tú razón, es mejor descansar tras un largo día sin parar de ir de un lado hacia otro con la moto.

Se despidió del chico frente al ascensor del vestíbulo. Entonces se giró y preguntó:

—¿Crees que la encontraremos?

—¿A quién?

—Me refiero a la pulsera, claro, es muy valiosa para mí.

—Claro, la encontraremos *sana y salva*.

Angelo se marchó tras esas palabras y ella entró en la cabina del ascensor. No lograría quitarse la sensación de que el chico sabía lo de su madre en toda la noche. ¿Sabría algo más al respecto que ella desconociese? ¿Qué vínculo real tenían él y Maimón?

Había estado a punto de meter la pata. El cansancio y la velada durante la cena, gracias en parte al vino, habían sumido su mente en una dulce neblina

que había bajado sus defensas y relajado su cerebro.

La ducha fue tan insuficiente que puso el tapón de la bañera para tomarse un baño sin prisas. El último parecía haberlo disfrutado hacía siglos cuando, en realidad, fue justo antes de que su madre apareciese en el hotel. En buena hora vino a acompañarla...

—Menos mal que llamáis, ya pensaba que os había pasado algo malo —fue el saludo de su padre tras descolgar el teléfono. Audrey aún estaba en la bañera pero tardaría poco en salir, el agua se había enfriado.

—Lo siento, papá. Tienes razón. Hemos estado todo el tiempo de aquí para allá y se nos ha pasado por completo.

—Pero os he llamado a vuestros teléfonos móviles. El de tu madre decía estar apagado o fuera de cobertura, seguro que lo tendrá con la batería agotada, como siempre. El tuyo no lo descolgabas.

—Ya te digo, el santo al cielo se nos ha ido.

—¿Y tu madre? No la oigo protestar.

—Está en la bañera dándose un baño, lo necesita porque está tan cansada que espero que no se haya dormido. Luego le diré que has llamado.

—Está bien. Ya me tranquilizo tras hablar contigo y saber que no ha pasado nada. —Audrey se sentía fatal al mentir a su padre—. Llamadme cada día para contarme lo que habéis hecho y así estar más tranquilo.

—Claro, papá. Hoy hemos visto el Vaticano, hemos entrado en la Basílica de San Pedro, la capilla Sixtina; luego, tras el almuerzo, hemos visitado la fontana di Trevi y algunas plazas e iglesias más.

—Seguro que lo habéis pasado muy bien.

—No te lo imaginas. Ahora estamos muy cansadas, ya hemos cenado y vamos a acostarnos. Mañana te llamo sin falta.

—Muy bien, cariño. Descansad y pasad buena noche.

—Te quiero, papá. Buenas noches.

Estaba muy agotada, destrozada sería la palabra correcta, tras el día sin parar en la motocicleta a pleno sol, pero aun así sabía que le sería más que difícil conciliar el sueño. Su madre desaparecida, su padre sin saberlo, no tenía una remota idea de lo que hacer con Angelo... ¿Robarle el colgante? ¿Entregarlo directamente al mafioso? ¿Decirle la verdad y contar con que la siguiera ayudando? Así permaneció hasta las tres de la madrugada, momento en que el cansancio pudo sumirla en un extraño sueño:

El barco de Angelo está en completa oscuridad, ni siquiera se observa la luz de la luna reflejada en la superficie del agua tras las ventanas. Camina a tientas con miedo a tropezar, hasta llegar al dormitorio, allí se tumba cansada sobre la cama y trata de dormir, pero no logra más que dar vueltas a su cabeza; los sentimientos por el chico son tan intensos que le provocan un calor nunca antes sentido, suda sin cesar entre sábanas de seda. Entonces comprende que está desnuda, pero no le importa, incluso lo agradece al sentir una suave brisa que entra ahora por la ventana, refrescando su piel a la vez que prolonga su deseo interno.

Angelo está allí, no sabe cómo ha entrado pero está apoyado en el marco de la puerta y la observa fijamente. ¿De dónde ha salido? ¿Y esa luz que ahora acaricia con un tono azulado los contornos del camarote? ¿Por qué no se acerca a ella? ¿En qué piensa? ¿Por qué no está preocupada al estar desnuda y tumbada ante él? El chico se acerca despacio y se inclina sobre ella, toma su cara entre las manos con suavidad y la besa, esta vez es más dulce e intenso que en el restaurante. No han despegado sus labios cuando siente el peso del cuerpo de Angelo sobre el suyo, y comprueba que él también está desnudo.

Todo sucede muy deprisa, casi sin saber cómo. Están haciendo el amor y el ritmo de sus jadeos y gemidos se incrementa a la vez que el pulso de su corazón. La luz que acariciaba el camarote torna rojiza y se intensifica. Mira hacia la ventana y ve arder el río, las llamas se elevan hasta varios metros y, cuando menos lo esperaba, aparece Matilde. Su madre les observa en silencio y con un semblante mortecino desde el otro lado de la ventana. Audrey no es capaz de frenar las embestidas de Angelo, de pausar su deseo. De los ojos de su madre brotan lágrimas antes de consumirse por el fuego, pero no llora, ni grita. Audrey sí.

Los gritos de furia al ver morir a Matilde hacen desaparecer a Angelo, pero sigue desnuda, empapada en sudor y bañada por la luz que emiten las llamas desde el otro lado de la ventana. Aún alterada y con la respiración entrecortada corre para salir del barco y tratar de ayudar a su madre, aunque sabe que es demasiado tarde ya. El pasillo y el salón se hacen eternos, cientos y cientos de metros. Por fin llega a la puerta de salida y la cruza a toda prisa.

Se observa extrañada, de repente va vestida con un traje negro de chaqueta y falda. Se encuentra en una sala de paredes y techo blancos, la luz es tan intensa que tarda varios minutos en adaptarse a ella y comprender que está

rodeada de gente llorando. Huele a una extraña mezcla de perfumes intensos y todos los presentes le dan la espalda. ¿Qué lugar es ese? ¿Por qué no se apartan cuando ella lo pide? ¿Qué hace allí? Al fondo logra observar algo desconcertante entre la multitud de maleducadas personas vestidas de negro que la ignoran. Se abre paso a empujones y llega hasta una pared llena de nichos de mármol, se trata de un cementerio. ¿Por qué?

Entonces aparece una cara conocida, alguien que provoca un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

Él no responde, su rostro desfigurado por el llanto solo observa la pared ante ellos. Coloca un ramo de rosas blancas en un jarrón y se aparta dos pasos hacia atrás. Audrey se fija en la placa y no puede evitar el grito al leer el nombre de su madre.

—Lo siento. Perdóname, mamá, tú viniste a ayudarme y por mi culpa te secuestraron. Lo diste todo por mí y yo me centré en estar con Angelo cuando tú me necesitabas y tu vida estaba en peligro. —Llora desconsolada, cargada de culpa y arrepentimiento. Su padre parece no verla ni oírla—. Papá, perdóname por no haberte dicho lo que sucedía, perdona por pagáros todo el cariño que me habéis dado con mentiras e indiferencia. Por favor...

Su padre tiene otro ramo de rosas blancas en la mano, se acerca a al nicho de al lado y lo coloca en su correspondiente jarrón. Audrey queda muda ante el nombre grabado en el mismo: el suyo propio.

Y grita, grita hasta donde le llegan la voz y las fuerzas.

## Capítulo 9

La luz que se filtraba por las cortinas de plástico de la habitación delataba que había amanecido hacía horas. Quizás Angelo se hubiese cansado de esperarla en la puerta del hotel y tendría que buscarse la vida por las calles de Roma por su cuenta. Olvidó poner el despertador y eso la mortificaba ahora, a sabiendas de su error, más que el sueño extraño que la había hecho despertar con el corazón encogido.

Necesitaba ducharse de nuevo, había sudado durante la noche y tenía el pelo pegado por toda la cara. No tardaría más de diez minutos, que fueron treinta en realidad, y bajó a toda prisa al vestíbulo. Allí se encontraba sentado Angelo en uno de los sillones y hojeando con claro gesto de impaciencia una de las revistas de viajes que llevaría meses sobre la mesa de cristal.

—Lamento haberte hecho esperar, me he quedado dormida y olvidé poner el despertador.

—No tiene importancia.

—Claro que sí, son las doce del mediodía, llevarás horas aquí esperando y solo por ayudarme. Apunta mi teléfono y así me llamas si vuelve a suceder.

—También podrías cancelar la estancia en el hotel y venir a dormir a mi casa.

—Pero solo tienes un dormitorio. —Audrey recordaba la pesadilla con claridad y no tenía la menor intención de volver a visitar el barco.

—Todo para ti, el sofá es muy cómodo. De ese modo te saldrá la estancia más barata en la ciudad hasta que encuentres la pulsera.

Aquellas palabras resultaron la gota que colmó el vaso. Angelo la estaba ayudando sin tener motivo, podría haberse desentendido y marchado, en cambio, allí estaba cada mañana esperando y ocupando su día y su dinero en llevarla por toda la ciudad, invitándola a comer y cenar además de arriesgarse ante aquellos mafiosos. Sin pedir nada a cambio, sin protestar. Una lágrima recorrió su mejilla y ella se apresuró a limpiarla con todo el disimulo que pudo.

—Quizá tengas razón y debiera hacer la maleta para ir a tu casa, aunque prefiero que me des un día para pensarlo. Ya sabes, por tener mi propio espacio, intimidad y demás. Aún...

—Aún no te fías de mí.

—No iba a decir eso, aunque no olvido que por tu culpa conocí a esos matones que me persiguen.

Angelo no discrepó, ya se había disculpado demasiadas veces ante ella por aquel suceso. Eso hizo que Audrey se sintiese algo culpable por volver a mencionarlo; pero, ¡qué demonios!, era la verdad.

Desayunó en el mismo hotel, algo rápido para no perder más tiempo, y solo tuvo tiempo de hacerle una pregunta, algo egoísta en la situación en la que se encontraba, pero no perdía ni ganaba nada por preguntar algo personal que rondaba por su cabeza.

—¿Lailah y tú...? Ya me entiendes.

—¿Lailah? No sé a qué te refieres.

«Vamos, no lo hagas más difícil».

—Hacéis buena pareja, cualquiera diría que...

—No, no tenemos nada más que amistad. La definiría como a una hermana si tuviese que hacerlo.

—Bueno, era solo curiosidad. Por hablar de algo, ya sabes.

—Claro.

Su sonrisa de superioridad volvió a aparecer y ella se sonrojó como un tomate.

Partieron a los pocos minutos hacia una nueva zona de búsqueda del coche en el que supuestamente Audrey había perdido su valiosa pulsera, pero ni antes del almuerzo ni después lograron encontrarlo. Horas después, el atardecer se cernía sobre ellos anunciando un nuevo fracaso en la cada vez más acuciante cuenta atrás para salvar la vida de su madre.

—Otro día sin encontrar nada.

—Bueno, no te desesperes, puedes quedarte en mi casa y así no gastar dinero si debes quedarte más días en la ciudad.

—Pero no es una cuestión de dinero, necesito encontrarla para... Debo hacerlo en menos de cinco días.

—No te comprendo, ¿cinco días?

—No importa, es que... tengo exámenes de recuperación en la Universidad y debo regresar. —Tuvo que apartar la mirada para evitar que se le notase que mentía.

—Está bien, si tienes tanta prisa, podemos ir a uno de sus locales nocturnos, es donde más fácilmente se les puede encontrar.

—¿Y por qué no hemos empezado por allí? No habríamos perdido dos días deambulando por calles y parques.

—Es muy peligroso, estaremos encerrados, rodeados y no tenemos armas. Te recomendaría que no lo hiciéramos, pero...

—Sí, te lo agradezco, pero necesito encontrar la pulsera, por favor.

—Está bien, está bien. Probemos con el *Black Daemon*.

Aceleró y la moto volvió a perderse entre el tráfico. La noche caía ya espesa y ninguno de los dos pensó en parar a cenar, ambos sentían más miedo que hambre en sus estómagos. Meterse en la boca del lobo, en un local cerrado y subterráneo, no era como lo que habían hecho durante el día: limitarse a buscar por callejuelas que aún contaban con muchos turistas y policías.

La moto frenó ante la fachada de un edificio cuya fachada se mostraba completamente a oscuras, alguien había roto las farolas más cercanas y el faro de la Vespa cortó como un cuchillo esa sección de la calle con su haz de luz. Angelo apagó el motor y aún dejó que la moto avanzase unos metros por inercia. Audrey fue a preguntar algo, pero él la calló con un gesto rápido.

—No emitas ningún ruido —susurró—. Ya hemos llegado, pero debemos adoptar un comportamiento específico para lograr entrar. ¿Entendido? —Ella asintió con la cabeza.

Angelo dejó la moto oculta tras un contenedor en la esquina, allí se quitó la chaqueta negra y luego la camiseta, del mismo color, que llevaba debajo. Audrey apartó la mirada en un acto reflejo al verle con el torso desnudo.

—Quítate esa camisa —susurró el chico.

—¿Cómo dices?

—No discutas y hazlo, déjala bajo el asiento de la moto, pero quítatela y ponte mi camiseta.

—Me quedará enorme.

—Eso no importa.

Ella llevaba mallas, zapatillas de deporte y la camiseta prestada, que él anudó bajo su pecho, dejando la prenda ceñida al cuerpo y mostrando su cintura. Angelo, un vaquero ajustado y una americana que dejaba ver su torso. Ambos completamente vestidos de negro, se encaminaron a la puerta del edificio, allí el chico pulsó en el portero automático los cuatro botones de los cuatro áticos a la vez. La puerta se abrió ante ellos. No se veía nada en absoluto dentro del recibidor, que olía a desechos en muy avanzado estado de descomposición. Angelo se adentró tirando de la mano de Audrey como si pudiese ver en la oscuridad o se conociese el lugar de memoria. Ella se asustó al verse de nuevo sola y en una situación que no controlaba, pero pensó en su madre y se mordió el labio para que el dolor activase sus sentidos y le diese



fuerzas. Dondequiera que fuesen, si tenía alguna posibilidad de rescatar sana y salva a Matilde, merecía la pena pasar aquel miedo.

Angelo frenó en seco y se oyeron cinco golpes en lo que parecía ser una puerta de madera, el primero largo y pausado, los otros cuatro cortos y secos. Tras abrirse la puerta, caminaron de nuevo por lo que ella consideró un largo corredor cuya pendiente lo adentraba en la tierra, estrecho y de piedra, así lo imaginaba por el sonido amortiguado de sus pasos, y con el mismo hedor de antes castigando su olfato. ¿Qué lugar era aquel y por qué lo usaban los esbirros de Maimón? ¿No disponían de un bar de copas convencional con luces de neón, billares al fondo y música suave?

Angelo se frenó si avisarla y ella chocó contra su espalda. Un golpe largo y dos cortos, esta vez sobre una superficie de metal.

El estruendo de la música la pilló desprevenida, pero fueron las luces de colores y la cantidad de gente, todos vestidos de negro, lo que más la sorprendió. «No mires a nadie ni a nada, solo camina y pon cara de asco — susurró Angelo en su oído—, o no pasaremos desapercibidos y podríamos no salir con vida de aquí».

«¿Cara de asco? ¿Qué es este lugar? ¿Quienes son estos que bailan como posesos? ¿Salir con vida de aquí? Espera...».

En el techo abovedado de piedra milenaria habían clavado plataformas para enormes altavoces y focos digitales que parpadeaban o cambiaban de color constantemente. El aire estaba viciado por perfumes mezclados con algo familiar, pero que no lograba adivinar, y eso a pesar de los más de trescientos metros cuadrados que tendría el lugar, aunque se quedaba pequeño ante la cantidad de gente que allí se movía en un baile hipnótico, casi reptiliano, la mayoría con los ojos cerrados y sumidos en una especie de profundo trance. Mirando de soslayo, Audrey creyó ver a varias parejas que hacían el amor allí mismo, mientras bailaban entre el resto, y juraría que había visto a más de uno y de una mordiendo a quien tuviese a su lado.

—¿Qué clase de antro es este? Parecen estar todos locos.

—Algo peor que locos. No los mires fijamente y ni se te ocurra separarte de mí.

Ni se le había pasado por la cabeza hacer semejante locura. Tampoco sabría cómo salir de allí, ni recordaba dónde habían dejado la puerta por la que habían entrado dos minutos atrás.

Entonces, a solo un paso de distancia, uno de aquellos lunáticos desapareció como por arte de magia.

—¿Pero qué...? —Audrey no pudo decir nada más, el beso de Angelo la cogió por sorpresa.

Ni siquiera vio cómo se giraba y ya lo tenía encima. Era igual de intenso y dulce que en su sueño de la noche anterior, casi perdió la noción del tiempo y del espacio durante los largos y húmedos segundos que duró. Él la tenía agarrada con fuerza por los brazos y la atraía contra su pecho. Ella, sin capacidad de reacción, se abandonó hasta olvidar todo lo que la rodeaba durante esos instantes, que luego consideró demasiado breves.

—No hagas ningún gesto extraño o nos delatarás —le susurró al oído con un aliento tan cálido que hizo temblar sus rodillas.

—¿Extraño? —respondió cuando pudo controlarse—. Un tío acaba de desaparecer como por arte de magia ante nosotros. ¿Cómo podría hacer yo algo más extraño que eso?

—Ha sido un juego de luces, aquí usan focos con una tecnología estroboscópica que crea efectos raros. Veas lo que veas, es producto de efectos como los del cine.

«Y una mierda. He visto lo que he visto y un beso, impresionante, no lo discuto, no va a hacer que lo olvide ni que me trague esa chorrada. En Madrid hay veinte discotecas con mejores luces que este antro».

—Claro, focos y efectos de cine, lo que tú digas. Anda que después de ver esto, si logramos salir de aquí, no vas a tener que darme explicaciones...

—Camina y finge indiferencia, o muestra enfado, asco, lo que quieras, pero que se parezca a lo que hacen estos que nos rodean.

—¿Has visto ya a algún esbirro de Maimón?

—Aún no, pero he localizado a varios con pinta de lacayos, quizá informen de nuestra presencia y pronto se ponga esto feo. Corre hacia la puerta si alguien se fija en ti; olvídate de mí y corre.

—¿La puerta? ¿Dónde coño está la puerta? Joder, si es una broma, no tiene ni puta gracia, ¿sabes?

—Luego te quejarás por no haberte llevado a garitos interesantes, con la magnífica música y el ambiente tan selecto que nos rodea.

—No me hagas reír o te daré una patada.

—Eso te integraría aquí a la perfección.

Audrey tuvo que taparse la cara con ambas manos para evitar que se viera la carcajada que no pudo frenar, y eso que aquel lugar le ponía los pelos de punta. La música, la luz y la ropa de los asistentes parecían sacadas de una discoteca para góticos, pero el semblante y la actitud de los clientes era más

propia de una película de vampiros modernos. Su madre, Isabel, no habría imaginado un lugar así en su Roma idílica cuando lloraba de felicidad al ver a la princesa Anne y al periodista montados en la Vespa y riendo por las calles de la ciudad. En ese momento le hubiese venido bien su compañía, su fortaleza y decisión, porque tenía miedo; el lugar y las personas de su alrededor le provocaban un pánico como nunca antes había sentido.

Angelo la dirigía con paso firme al fondo del local, lo que dejaba la puerta de salida, si es que era la única, demasiado lejos para escapar en caso de ser atacados.

—¿Por qué no vamos a la barra? —preguntó ella—. Así nos integraremos más y podré tomar algo, lo necesito después de ver lo que hay por aquí.

—Este local no tiene barra.

—¿Qué dices? ¿Y aquello de la derecha?

—Allí no sirven bebidas, hacen *piercing*, perforaciones, escarificaciones y tatuajes grabados a fuego.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Acércate y me lo cuentas.

—Vámonos de aquí, por favor, vámonos.

—¿Te encuentras bien?

—Pues no, ¿qué coño pasa aquí y quiénes... qué son esta gente?

—Sígueme y mantén el tipo.

—¡Espera!

—¿Qué te ocurre?

—Aguantaré unos minutos más.

—¿Estás segura?

—Sí, necesito recuperar... la pulsera. Demos una vuelta por este garito, o lo que sea.

Algunas miradas encontradas con los presentes le dieron esperanzas de localizar a un lacayo o esbirro de Maimón, pero nadie que Angelo reconociese como tal. El ambiente se hacía cada vez más denso, tanto por la música ensordecedora como por la escasez de oxígeno, así que decidieron dirigirse a la puerta. Diez eternos minutos: la discoteca, el pasillo sumido en la oscuridad, luego el portal y por fin la calle, donde subieron a la moto tras respirar hondo. No se dirigieron una palabra el uno al otro en todo el trayecto. Angelo sentía el abrazo de la chica más fuerte que nunca mientras la conducía a su hotel; en algunos momentos llegó a pensar que lloraba a su espalda.

Entonces pensó que ella no desearía pasar la noche sola y cambió el rumbo, esperando no provocarle un nuevo enfado.

Audrey, a pesar de toda la información que había recibido, y que no había creído ni la mitad, esperaba encontrar un local lleno de niños que juegan a ser mafiosos, con ropa de marca ajustada y gafas de sol en plena noche, junto a otros más adultos que se dedican a robar y extorsionar turistas. Una especie de cafetería nocturna donde una docena de crápulas que se creen tipos duros esperan al momento idóneo de salir a buscar borrachos y gente desorientada para liberar de peso sus bolsillos. Sin embargo, aquello que había experimentado unos minutos atrás no podría compararlo con nada visto o imaginado. ¿Quiénes eran aquellos de la discoteca? Ni siquiera parecían humanos. Había visto a gente rara al salir por la noche en Madrid, pero no hasta ese extremo. ¿Y el tipo que desapareció ante ellos? Ni un mago profesional hubiera realizado semejante truco. ¿Qué ocultaba el mundo de Angelo? ¿Cuánto había bajo esa superficie que aún no había empezado siquiera a rascar?

—¿Dónde estamos? ¿Por qué está todo tan oscuro y silencioso? —preguntó desorientada al sentir que se apagaba el motor de la Vespa.

—Es mi casa, espero que no te haya molestado que te trajese. Te he visto muy alterada y pensé que querrías conversar o tener a alguien cerca, no quedarte sola en el hotel. Claro que puedo llevarte allí si lo deseas.

Audrey miró algo confusa a su alrededor y dejó escapar cuatro palabras:

—¿Podrías prepararme un café?

Los múltiples puntos de luz indirecta tras los muebles daban un aspecto cálido y suave al salón de la casa-barco del chico, centrándose en iluminar la zona de los sofás y la biblioteca, aunque ellos se sentaron por el momento en la cocina. Audrey comía un trozo de tarta mientras esperaba el café y las explicaciones que había pedido, esta vez con un tono más serio que nunca. Ya no se acordaba de la pesadilla. Con la improvisada cena-desayuno en una bandeja, fueron a sentarse al salón, allí Angelo parecía cansado por tener que responder a nuevas dudas.

—¿Qué deseas que te cuente? Pides la verdad, pero la verdad suele estar delante de nosotros cuando aún no nos encontramos preparados para verla, comprenderla y aceptarla. Es tan fácil cuando explicas algo a un niño y tan difícil con el escepticismo de los adultos...

—Sigues sin responder.

—Está bien, tú lo has pedido. —Dudó durante unos segundos, como si hubiera cambiado de idea, luego suspiró y comenzó a hablar—. Además de humanos como tú, también habitamos la tierra otros seres, ya que esto que ves a tu alrededor es una especie de purgatorio para demonios desterrados del infierno y ángeles expulsados del paraíso. Ese último es mi caso. Después de librar una eterna batalla en nuestra dimensión, fuimos enviados aquí hace milenios para seguir con la lucha, algunos por sobrevivir y otros por hacerse con el control del territorio y producir el máximo daño a los inocentes. Esta noche has estado en un local de demonios, uno controlado por Maimón, su líder.

## Capítulo 10

—Por favor, llévame a mi casa.

—Lo que te dije, escepticismo puro.

—¿Escepticismo? Tío, debes de estar como una regadera si crees que voy a tragarme una mentira cada vez más grande. Eso que cuentas no valdría ni para una mala película de las que ponen de madrugada. Si vas a jugar a reírte de mí, prefiero no volver a verte.

—Si no vas a creer nada de lo que te digo, no te molestes en preguntar.

—¿Esa es tu respuesta? Esperaba sinceridad.

—No, lo que esperas es algo lógico, o lo que tu mente te dice que es lógico. Pero, si no te gusta mi explicación, siempre puedes ofrecerme tu propia visión sobre lo que has visto hace una hora.

—Pues... Pues... vale, lo haré. Todo es perfectamente explicable desde la lógica, la lógica de una mente no perturbada, por cierto. —Él la miró sorprendido a la vez que divertido—. Dame unos segundos para que ate todos los cabos. Esos tipos de la discoteca... son góticos que se creen vampiros o algo así, y en los conductos del aire meten alguna droga de diseño, por eso todo parece tan extraño, como sus movimientos, que se muerdan entre sí, que desaparezcan ante tus ojos cuando el efecto ya te ha atrapado y... y también explicaría que no tengan barra de bebidas; van ciegos de droga y no necesitan nada más.

—Vaya, lo has adivinado.

—No te burles de mí.

—No lo hacía, me parece un razonamiento muy interesante.

—No he acertado, ¿verdad?

—Por ahora será mejor que pienses aquello que desees pensar. Tu enfoque determina tu realidad. Lo único que importa es que lugares como ese, y otros aún más peligrosos, son los únicos en los que podemos localizar a Maimón o a su matones. Así que descansa, mañana será un día tan duro como el de hoy. Puedes dormir en la cama, yo me quedaré en el sofá. Claro que si prefieres que te lleve al hotel, solo tienes que pedirlo.

—Tal vez tengas razón, estoy demasiado agotada como para pensar con libertad. Casi no puedo tenerme en pie después de la tensión sufrida. Y no te he agradecido tu ayuda y compañía. No podría haber... —Cerró los ojos y se

inclinó, aunque no llegó a caer, Angelo la tomó en brazos con rapidez y la llevó con cuidado a la cama, allí la tumbó, le quitó los zapatos y le puso una sábana encima para sobrellevar mejor la brisa fría y la humedad que el río transportaba cada noche.

El chico la observó durante unos minutos desde el marco de la puerta, luego regresó al salón, apagó las luces y permaneció sentado y en silencio hasta que, varias horas después, el alba comenzó a perfilar con su suave luz los contornos de los muebles. Sin haber dormido ni alterado su postura durante la noche, se levantó y fue a la cocina para preparar en silencio el desayuno. Antes de eso observó cómo algunas embarcaciones, todas lanchas ligeras que reconocía de las casas vecinas, paseaban despacio al otro lado de la ventana, no había mucho movimiento a esa hora tan temprana, algo habitual; las que pasaban más cerca provocaban una pequeña ola que mecía con suavidad la casa. Esbozó un intento de sonrisa, el agua no solo le daba seguridad en la noche, también era lo más parecido a volar que había experimentado desde hacía ya demasiado tiempo.

Audrey aún tardó dos horas más en despertar y levantarse, él se limitó a esperar paciente en la cocina. A lo largo de su vida, la paciencia y el tiempo se habían convertido en sus acompañantes más fieles. Y también los más amargos.

—Has madrugado mucho —dijo ella al encontrarlo en la cocina.

—Sí, desperté hace un buen rato —mintió—. Ya preparé el desayuno; supongo que tendrás hambre.

—Un chico atento a la vez que mañoso, aunque no creo que pueda terminar yo sola con todo eso que veo sobre la mesa.

En el tiempo que estuvo esperando, Angelo había frito huevos, jamón, hecho tostadas y cocido patatas; además de hacer el café, zumo de naranja y pelar y trocear unas piezas de fruta. El delicioso pastel del día anterior se mostraba también en el centro de la mesa.

—¿De dónde sale toda esta comida? Pasas todo el día conmigo, no tienes tiempo de ir al supermercado. ¿Qué digo? No tienes aspecto de llevar una cesta por los pasillos de un supermercado.

—La casa que puedes encontrar unos metros río abajo es de un matrimonio de ancianos jubilados que suelen abastecerme. Tienen una llave de mi casa y me llenan la nevera y la despensa a cambio de un pago justo.

A Audrey todo le sonaba muy extraño. No imaginaba a Angelo socializando con una pareja de ancianos, tomando una taza de té al atardecer sobre la

cubierta del barco. Claro que no pudo preguntar más, el chico cambió de conversación.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana? Te veo de bastante mejor humor que anoche.

—No me puedo quejar, estoy recuperada del cansancio. Pásame la mantequilla, por favor.

—Me alegro.

—No tan rápido, aún me echa humo la cabeza. No logro comprender del todo ese extraño mundo que vimos anoche, o submundo. Consultar con la almohada me ha hecho comprender que hay algo oscuro detrás de ese Maimón y los que le rodean, aunque lo de los ángeles y demonios... Mejor debiste probar con otra historia.

—Sí, tienes razón. No sé cómo se me ocurren esas tonterías.

—Bueno, pero tampoco seas condescendiente conmigo, no me trates como a una niña pequeña.

Él sonrió a la vez que abría los brazos en señal de haberla entendido y pidiendo calma y una tregua entre ambos. Ella no podía seguir enfadada con él después de su ayuda, de cederle la casa y la cama, y de hacerle semejante desayuno.

—Ahora, con la mente más relajada y habiendo reposado de las emociones vividas. ¿Qué crees que ocurrió ayer?

—Creo que fue el miedo.

—¿El miedo?

—Sí, sentí un pánico atroz después de que me explicases el peligro que estábamos corriendo; esa calle oscura, el local tras dos puertas con contraseñas y el pasadizo, el hedor nauseabundo y luego esa gente tan rara bailando en trance. Nunca me había visto en una situación como esa, estaba al borde del pánico, y lo peor es que no podía gritar para sacarlo de mi interior, debía mantener el tipo para no llamar la atención. Creo que ese miedo extremo me jugó una mala pasada y acabé con los sentidos alterados hasta el punto de ver y oír lo que realmente no sucedía a nuestro alrededor. De percibir una realidad que era fantasía. Ojo, tampoco descarto del todo lo de la droga en el ambiente.

—¿Ves? Tu enfoque determina tu realidad, ya te lo dije. El mundo que te rodea será el que tú decidas que sea, siempre que lo analices con la mente fría. Me alegro de verte más relajada.



«Claro —pensó Audrey—, sé un niño bueno y créete lo que yo te diga. Pero olvidas que me besaste tras la desaparición del tipo de anoche, lo hiciste porque tú también lo viste y querías evitar que yo tuviese una reacción que nos pusiera al descubierto. Hay algo sucio en todo esto y no quieres explicármelo, en lugar de eso te limitas a jugar conmigo y contarme fantasías bíblicas. ¿Quieres jugar? Perfecto, pero no cuentes con ganar».

—¿Qué quieres hacer esta mañana? —añadía Angelo—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por pedirte prestado el teléfono, el mío no tiene *roaming* y necesito llamar a Madrid.

—¿Sí, quién es?

—Hola, papá.

—¿Audrey? He llamado a la recepción de tu hotel después de llamarte a ti varias veces y que no descolgases, pero me han dicho que no habías pasado la noche en la habitación, que no te habían visto, y tampoco a tu madre desde hace días. ¿Dónde estáis? ¿Ocurre algo?

—Es una historia muy larga, ya te la contaré, pero estate tranquilo y confía en nosotras.

—¿Y este número? ¿Habéis comprado un teléfono móvil nuevo?

—No, nos lo han prestado.

—¿Qué tal estáis? Veo que no tenéis intención de regresar, supongo que lo estaréis pasando muy bien.

—Sí, a mamá le está gustando mucho la ciudad. Ahora no se puede poner, ha ido al baño del restaurante donde estamos desayunando, dijo que ya hablaría contigo en otro momento.

—Está bien. Pues dale un beso de mi parte y quédate otro para ti, tened cuidado con los carteristas y con el calor.

—Sí, papá, descuida.

—Y cuelga o le saldrá cara la conferencia a quien te presta el teléfono.

—Ya no hay conferencias, hombre. Pero sí, te dejo. Te llamaremos mañana otra vez. Muchos besos, te quiero, papá.

Otra vez la culpabilidad por mentir a su padre azotó su pecho, pasaban los días y no sabía hasta cuándo podría seguir con el engaño, ocultando una realidad que se cernía sobre ella con crueldad. Quedaban cuatro días para que Maimón matase a su madre si no lograba entregarle a Angelo o el colgante que

portaba en su cuello. Y hablando de colgar, durante la conversación no pudo quitar ojo del lienzo colgado frente a ella. De tantos cuadros famosos de Picasso, ¿por qué había elegido una copia de uno tan desconocido? Se había acercado a él lo suficiente como para apreciar el trazo magistral del pincel, incluso en la propia firma. Entendía que estuviese colocado en ese lugar; la luz del amanecer entraba por las ventanas de enfrente y avivaba los colores, el contraste y el relieve de la textura. Extendió la mano para tocarlo pero cambió de idea a falta de milímetros. No podía perder el tiempo, solo le quedaban cuatro días para lograr algo que cada vez se le antojaba más difícil.

Salió del barco y vio que el chico estaba esperando sobre la moto a unos veinte metros de distancia, como había prometido. Al llegar a él le devolvió el teléfono y montó a su espalda con frialdad y en silencio.

—¿A dónde?

—Al hotel, necesito una ducha y cambiarme de ropa.

—Pues vamos allá. —Angelo arrancó el motor y enfiló el camino hacia la carretera.

—Por cierto, ¿tienes un Picasso auténtico en la pared de tu barco?

—Claro, y un Van Gogh, pero ese solo lo pongo en otoño.

El despacho no tenía ventanas y parecía no contar tampoco con una puerta de entrada al estar esta camuflada entre las molduras de los paneles de madera de caoba que forraban paredes y techo. La chimenea permanecía encendida todo el año, día y noche, y contribuía a la densa atmósfera que se respiraba en el interior; cosa que no parecía molestar al anciano, al contrario, se sentía allí más cómodo que en ningún otro lugar que hubiese conocido en el mundo. Sentado tras una oscura mesa de escritorio con más de quinientos años de antigüedad, aún rumiaba la noticia recibida horas antes.

La débil luz de las llamas generaba un baile mortecino de sombras en su rostro, y trataba de iluminar sin éxito los oscuros ojos que en ese momento estaban fijados en la librería del fondo. Sabía que en aquellos libros antiguos, tanto que casi se deshacían al manipularlos, no encontraría la respuesta. La aparición de la chica era un enigma que le costaría resolver, y más aún el papel que desempeñaría en los próximos días, porque Angelo no la estaría protegiendo si no fuese importante para *ellos*.

«¿Por qué habrá ido con el chico al local? ¿Cómo logró convencerle para que la llevase allí? Él jamás entregaría el colgante. No lo haría ni siquiera por

ella, aunque estuviese enamorado, mucho menos por salvar a la madre de la chica. No, Angelo solo piensa en sí mismo, está jugando con ella como lo ha hecho con todas las anteriores. Aunque...».

Aún no serían las nueve y media de la mañana, claro que el tiempo era muy relativo para Maimón, ni siquiera contaba con relojes en sus aposentos o decorando su muñeca, cuando se levantó para verter brandy en un vaso de cristal tallado. Caminó despacio por el despacho, con la mirada perdida en el infinito y formando círculos alrededor de la alfombra, también con la mano que sostenía el licor, removiéndolo como si semejante gesto le ayudase a pensar. Se acercó tanto a la chimenea que sus pantalones comenzaron a desprender un olor desagradable, y permaneció allí durante varios minutos.

Al regresar al escritorio, el brandy se había acabado sin que la solución hubiese llegado a su mente.

«Angelo, Angelo, Angelo... Maldito hijo de puta, no sé lo que estás tramando, o lo que está pensando esa zorrita, pero voy a conseguir que me entregues *la llave* aunque sea lo último que haga».

Se dejó caer en el sillón y llamó a uno de sus sirvientes.

—¿Señor? —Apareció casi en el acto, vestido de mayordomo y con la frente y la mirada apuntando al suelo.

—Contacta con Abigor, dile que quiero verle cuanto antes.

El sirviente no pudo evitar del todo la mueca de pánico que brotó en su rostro al oír aquel nombre. Hizo una reverencia por toda respuesta y salió del despacho con el mismo sigilo que había entrado.

«Abigor, espero que la ciudad siga en pie tras tu paso, pero eso tampoco importará si logras cumplir con la misión».

## Capítulo 11

Sentía cómo el agua caliente, al resbalar sobre su piel, trataba de llevarse consigo parte de los miedos, mentiras y dudas que acumulaba desde el día anterior, regenerando sus energías y las ganas de continuar con su plan. No podía olvidar ni abandonar a su madre, y sentía un profundo escalofrío en la espalda cada vez que se preguntaba cómo estaría, cómo la tratarían aquellos matones. Jamás se podría perdonar si sufriese algún daño, o si... Prefería ni pensar en no volver a verla más, ni en enfrentarse a su padre para contárselo. Se frotó la cara con fuerza para apartar ese pensamiento. El cuadro, mejor pensar en el Picasso, ¿sería auténtico o Angelo bromeaba? No lograba separar las verdades de las mentiras cuando el chico le contaba algo, quizá porque sostener su mirada durante más de tres segundos era un suplicio. El chico le gustaba mucho, demasiado, tanto como para casi monopolizar sus pensamientos, pero no podía pensar en él en esos términos, no mantendrían muy buena relación después de haberle entregado a Maimón o de robarle el colgante, lo que lograrse hacer primero.

¿Cómo lograría seducirlo? Porque, si no había más remedio y su plazo se acercaba a toda velocidad, debía conseguir hacer el canje con el mafioso como fuese. No tenía casi experiencia en el sexo ni seduciendo a nadie, aunque se sabía con una cara y cuerpo atractivos, lo percibía a diario en los rostros de los chicos y hombres con los que se cruzaba, incluso en las miradas de otras chicas. En ese instante se secaba el cuerpo ante el espejo del lavabo y pensaba que quizá debiera depilarse. Ese pensamiento la hizo sentirse muy sucia, aún considerando que haría lo que fuese necesario por su madre.

Se peinó alisando el pelo y dejándolo suelto, así le llegaba más abajo de la cintura, y se vistió con un vaquero ajustado azul, top de licra blanco con escote, que potenciaba tanto su bronceado como sus curvas, y unos zapatos con tacón más alto de lo usual en ella. ¿Quién sabe?, tal vez debiera conquistar a Angelo para no descartar del todo la opción de robarle el colgante.

Se observó en el espejo del ascensor antes de bajar y se concedió un notable alto. Tras haber conocido a Lailah, el sobresaliente había adquirido unas exigencias difíciles de lograr.

Nada más entrar en el Caffè Gótico, lo vio al fondo esperando en la misma mesa de dos días atrás, con la misma sonrisa, con la misma mirada, y ante el

mismo desayuno que había pedido para ella. Como un eterno *déjà vu* que se repitiese cada día a la misma hora. Se quedó parada a unos metros de distancia. Acababa de darse cuenta de que nunca había pensado en qué vida tendría Angelo al margen de ayudarla en esos momentos, su vida real, no aquella fantasiosa con robos de obras de arte, misiones peligrosas y ya no digamos de ángeles luchando contra demonios. ¿A qué se dedicaría? ¿De dónde sacaba el dinero para vivir? No cabía otra posibilidad, era un niño rico cuyo padre consentía todos los caprichos a cambio de tenerle apartado y no molestando su atareada vida de magnate de los negocios. Tal vez fuera un huérfano que contase con una suculenta herencia y hubiera decidido llevar una vida bohemia viviendo en un barco en el Tíber. ¿Estaría metido en asuntos muy turbios? Sí, uno no se hace enemigos como ese mafioso llevando una vida convencional o aburrida.

—¿Qué haces ahí parada? ¿Te ocurre algo?

—Nada, pensaba en tonterías. Gracias por pedirme el desayuno.

—Por nada. Dime qué quieres hacer hoy.

—Seguir buscando. Esa pulsera es importante para mí y necesito recuperarla como sea.

—Aún a riesgo de tu vida, por lo que veo. Eso sin hablar de pasar tus vacaciones sin poder ver todo lo que habías programado antes de venir.

—Siempre podré regresar.

—Tú mandas, pero te advierto que tendremos que ir a sitios aún peores que el de anoche.

A Audrey le costó tragar el trozo de tostada. Un nudo en la garganta, al pensar en cómo de peligrosos serían esos sitios, hizo que el desayuno perdiese su sabor y se le esfumasen las ganas de seguir conversando durante el tiempo que permanecieron en la cafetería. Y eso que acumulaba docenas de preguntas para hacer a su compañero de aventuras. Claro que él no estaba dispuesto a limitarse a observarla comer:

—Cuéntame algo más de esa madre obsesionada con la película. Me tienes intrigado.

—¿Isabel? No hay mucho que contar, la mayoría de recuerdos se han borrado tras estos años.

—Seguro que puedes recuperar alguno.

—Mamá... Isabel no era una madre modelo, ni pretendió serlo nunca. Quizá tuvo un momento de bondad y cariño hacía mí cuando no le quedaban más que unos días de vida, pero el resto del tiempo se dedicó a martirizarme,

salvo cuando veíamos la película. Una y otra vez... Entonces me hacía sentir como si hubiera llegado a ella tras una larga espera, un valioso regalo, pero el resto del tiempo advertía el rechazo que se le tiene a un estorbo, a un ancla que impide seguir el rumbo que dictan los deseos. A pesar del dolor que sentí en esas ocasiones, jamás pude culparla, su vida no era nada fácil. Desde la distancia que el tiempo me ha ofrecido, decido quedarme con los momentos felices, además de los sacrificios que hizo para que yo tuviese un futuro diferente al suyo. Eso deseo pensar ahora... Quiero imaginar que toda su vida fui yo, incluso cuando ella no era capaz de verlo; y ella fue para mí como esa salvación que invade tu existencia hasta atraparla dentro de un roto suspiro.

Angelo no pronunció palabra alguna. Audrey terminó de desayunar y partieron.

La ciudad no solía mostrarse dormida o inactiva en ningún momento, siempre había vida fluyendo por sus arterias, especialmente tras el amanecer, cuando un millón de turistas abandonaban sus hoteles y apartamentos para recorrer incansables los lugares que la habían hecho famosa. Y hacia uno de ellos partió la pareja en la Vespa: los jardines del Quirinal.

La zona, arbolada y surcada por docenas de senderos, se encontraba completamente rodeada por la estructura palaciega más extraña que Audrey había visto en su vida. Esa situación provocaba que el acceso al lugar estuviese restringido a una sola puerta con dos altas verjas de metal. En el interior la luz y la temperatura descendían considerablemente bajo los altos y frondosos árboles. La chica sintió semejanza con el parque de El Capricho de Madrid, tanto por el reducido tamaño como por la belleza y la atmósfera del lugar; una zona aislada de la ciudad, incluyendo sus ruidos, pero sin salir de la misma.

Se alejaron del camino principal, flaqueado por palmeras, para dejar atrás a los turistas; a la derecha quedó la fuente delle Bagnanti y a la izquierda un pequeño edificio con forma de palacete que hacía las veces de cafetería y tienda de recuerdos. El rumor de la gente dio paso al arrullo de las ramas de los árboles mecidas por el viento sobre sus cabezas.

—¿Crees que podemos encontrar a algún sicario de Maimón por aquí?

—Es posible, durante el día son más difíciles de localizar, pero estos lugares más oscuros y menos masificados son sus favoritos cuando buscan hacer alguna fechoría.

—¿Qué tiene esa gente con la oscuridad?

—Si seguimos tras ellos, no tardarás mucho en poder preguntárselo personalmente.

—¿Podremos defendernos si nos atacan? ¿Llevas armas?

—No. Pero puedo conseguir una pistola, si eso te da más seguridad.

—La cosa se complica cada vez más. No me gustaría que nos disparasen o nos diesen una paliza.

—Entonces seremos precavidos para que eso no ocurra.

Audrey no se sentía segura solo con el abrigo de las palabras de Angelo sugiriendo cautela, aunque era consciente de que tampoco lo estaría mucho más porque contasen con una pistola. Había sido testigo de la superioridad en el armamento de los matones de Maimón, y formaban un grupo lo suficientemente numeroso como para hacer imposible la tarea de enfrentarse a ellos cara a cara. Necesitaba usar la astucia, pero aún no había pensado siquiera en planificar el ataque directo a su enemigo cuando lo tuviese delante. Debía preparar y memorizar el mensaje con el que trataría de llegar a un acuerdo con él, ya se lo recitase al propio Maimón en persona o a alguno de sus lacayos de confianza. Quizá lo necesitase antes de lo previsto y no deseaba morir de un balazo por no haber pensado antes de actuar.

El recorrido por el parque comenzaba a ser agobiante por lo tedioso de la situación y lo deshabitado de la mayoría de los caminos o rincones. El tiempo pasaba más rápido para ella que para su acompañante, mucho más.

—No parece que vaya a venir ninguno de los que trabaja para Maimón por aquí, quizá debiéramos movernos.

—Hay pocos lugares en la ciudad donde buscar antes de la noche.

—Entonces deberíamos visitarlos lo antes posible.

—Te veo con muchas prisas. —Angelo observó a la chica encaminarse a la salida del parque sin esperarle. No se lo diría nunca, pero desconfiaba de ella mucho más de lo que sabía que ella desconfiaba del mundo que él había tratado de dibujar para explicar su situación. Aquel sería un juego nuevo en su vida, uno en el que aún no sabía si saldría victorioso, o si saldría con vida.

Tras recorrer media ciudad bajo un sol infernal y una árida brisa que parecía perseguirles entre las callejuelas con la intención de incendiar su ropa y los ánimos de seguir adelante, pararon en un restaurante para reponer fuerzas. Audrey sentía el sudor recorrer la línea de su espalda como si de una uña afilada se tratase, su cuello estaba pegajoso y los pulmones no recibían más que fuego con cada inspiración. El aire acondicionado del local les dio la bienvenida, a la vez que reponía sus fuerzas y ánimos. Aquella brisa fresca

significó mucho más para ellos que la excelente comida que disfrutaron antes de partir de nuevo.

—No has dicho una sola palabra durante todo el almuerzo. ¿Te encuentras bien? —preguntó Angelo.

—Sí, es que reservo fuerzas para la noche, algo me dice que las necesitaré.

—¿Quieres ir al hotel a reponer energía antes de salir por la noche?

—No, sigamos buscando por lugares que conozcas, a ver si tenemos suerte.

—No cuentes mucho con ella durante el día, pero... esta noche será diferente.

La tarde no fue más fructífera que la mañana, aunque ambos contaban con ello y se limitaron a reservarse para la noche, dando un paseo por lugares como la plaza Venecia, donde Angelo se detuvo para cederle el control de la Vespa.

—¿Cómo dices?

—Que te toca llevar la moto.

—No tienes por qué hacerlo, salvo que estés cansado.

—Pensaba que te hacía ilusión conducirla de nuevo.

—Bueno, eso cambió. Ahora solo quiero encontrar a esos tipos para recuperar mi pulsera.

—Seguro que la recuperamos. No te fallaré, estaré contigo en todo momento y procuraré que nadie te haga daño.

Las palabras sinceras —al menos en apariencia— de Angelo hicieron que Audrey se sintiese mal por estar buscando la encerrona que le llevaría a perder su colgante, a ser capturado y vete a saber cuántas cosas más. Pero pensar en el calvario que estaría pasando su madre lograba vencer sus reparos y mirar hacia adelante sin importar las consecuencias de sus decisiones ni a quién se llevase por delante con ellas.

Y al igual que las jornadas anteriores, la noche cayó despacio, percibiéndose más en el descenso de viandantes por las calles del casco antiguo que en la luz anaranjada y menguante del cielo. Audrey fue notando el incremento de presión sobre su pecho, el miedo había aparecido de nuevo para comenzar a crecer y dominar todo su ser ante la idea de meterse en otra ratonera llena de aquellas extrañas personas. Quería mostrarse fuerte y decidida ante Angelo, pero no confiaba mucho en conseguirlo. Leyó la placa en el extremo del edificio que quedaba a su izquierda: Vía Labicana, no sabía



dónde estaban pero no tuvo que preguntarlo. El Coliseo apareció frente a ellos, a esa hora con las luces ya apagadas, como el esqueleto tenebroso de la puerta al otro mundo que fue hace dos milenios para todos los que, en contra de su voluntad, pasaron por la arena con la obligación de entretener a la plebe y al emperador.

Angelo rodeó el enorme edificio hasta aparcar entre el mismo y el arco de Constantino. Allí apagó el motor de la Vespa.

—¿Hay otro garito de esos lunáticos por esta zona? —preguntó ella sin dejar de mirar el frontal del Coliseo, a esa hora sumido en las sombras de la noche.

—Así es.

—No me puedo creer que se hayan atrevido a excavar una de sus oscuras y raras madrigueras tan cerca del Coliseo.

—Ahora sí te has equivocado. No están cerca, están justo en el propio Coliseo. —Angelo se dirigió hacia uno de los múltiples arcos de entrada, aunque había una valla metálica que rodeaba todo el perímetro para impedir el acceso.

La ropa que vestía Audrey no era la adecuada, debió ser previsoramente y llevar prendas de color negro, más aún tras la experiencia de la noche anterior. El chico hizo un mohín al observarla y ella replicó.

—¿Siempre van de negro? ¿Qué tiene esa gente con respecto a los colores?

—Quizá debimos ir al hotel para que te cambiases, al menos la camiseta, el vaquero puede pasar.

—Si el problema es la camiseta —se quitó la prenda observando la mirada de desconcierto de Angelo, que quedó embobado ante su sujetador negro de encaje—, se acabó el problema. ¿Mejor así?

Él dejó escapar una sonrisa por toda respuesta y se giró hasta encarar la valla metálica, Audrey no le siguió.

—¿A qué esperas?

—No estoy lista aún —respondió mientras trataba de maquillarse los ojos de negro y los labios de rojo ante el pequeño espejo retrovisor de la moto, y sin más luz que la de las farolas de la calle a más de cuarenta metros de distancia.

—No está nada mal. —Angelo tragó saliva para evitar lanzar un silbido ante la imagen de la chica, sobre todo el aspecto de su cara, más mayor, agresiva y sofisticada de lo que hubiese imaginado.

—¿Es tu forma de decir que estoy imponente?

—No te lo tengas tan creído, piensa que dentro de un rato estarás muerta de miedo.

—Ya lo veremos —respondió tratando de aparentar seguridad.

—¿Quieres apostar? Porque yo no daría más de veinte euros por nuestras vidas.

—No jodas.

Angelo no añadió una palabra más a la conversación, tomó su mano con firmeza y la condujo hacia el portón de acceso, antes apartó sin dificultad la valla metálica. Frente a la gran puerta marrón de madera, y cuando la chica ya pensaba que llamaría usando un código secreto como el día anterior, se limitó a susurrar: *daemones undique*. La puerta se abrió como por arte de magia, igual que la noche anterior, sin haber nadie al otro lado y mostrando un pasadizo aún más oscuro que la propia calle.

A pesar del calor que había sufrido durante el día, para el cual habría sido un alivio ir en sujetador, ahora sentía frío al pensar en lo que les esperaba al final de las interminables escaleras excavadas en la roca por las que bajaban, cada peldaño avanzado hacía más perceptible la familiar música de discoteca, aunque parecía aún demasiado lejana.

—¿Cómo puedes ver en la oscuridad?

—Me conozco el camino.

—Yo también me conozco mi casa y cuando me levanto de noche para ir al baño, como no encienda la luz, me choco contra todos los muebles.

—Llámalo entonces sentido de la orientación.

—Sí, claro, pero...

—No hables, recuerda que debemos mantener las apariencias. Actúa como ayer y no te extrañes veas lo que veas, en este lugar pueden ocurrir cosas que ni imaginarías.

—¿Y me contarás de qué conoces estos lugares y las contraseñas para entrar?

—Quizá, pero eso lo hablaremos más tarde. —Angelo se detuvo y susurró —: *hinc et daemonium*. Mantén el tipo y no hagas una tontería.

Una nueva puerta se abrió ante ellos, al otro lado se extendía un tugurio con el mismo aspecto y olor que el de la noche anterior pero mucho más grande. Música estridente y monótona, luces verdes, amarillas y rojas, algunas parpadeaban de forma molesta; miles de personas vestidas de negro y bailando como en trance o besándose de un modo excesivo. Algunas chicas iban en ropa interior, eso lo había visto Audrey en el otro local y de ahí tomó

la idea de su atuendo. Su pantalón vaquero azul parecía negro en aquel lugar. Pasaron cerca de una mesa donde un tipo hacía un tatuaje tribal en el cuello a una chica de pelo azul que llevaba el pecho desnudo. Un chico joven, delgado y con la piel pálida como la nieve se quedó mirándola, pero eso no la asustó tanto como su boca y cuello manchados de lo que parecía sangre. Estaba poniéndose muy nerviosa y Angelo pareció notarlo, porque apretó con fuerza su mano y cambió de rumbo.

Se detuvieron en una esquina, donde nadie parecía fijarse en ellos. Él acercó la boca a su cuello y la hizo estremecer.

—Quedémonos aquí un momento, luego quiero dar varias vueltas para tratar de localizar a algún esbirro de Maimón.

Su aliento le quemaba la piel, pero mucho más lo hacía el roce de sus labios. El miedo ante la situación en la que se encontraban se vio incrementado por la atracción que sentía por Angelo, creando un cóctel que la excitó como no lo había estado nunca antes.

—Calma, Audrey, calma.

—¿Qué dices?

«Mierda, lo he dicho en lugar de pensarlo. Debo relajarme, no es este el sitio más adecuado para hacer una tontería».

—Nada, es que la música me tiene un poco nerviosa.

—Quédate unos minutos aquí, voy a dar una vuelta.

—¿Cómo? Ni se te ocurra dejarme sola.

—Es demasiado llamativo que vayamos juntos todo el tiempo, aquí la gente no actúa así. Sin ti podré moverme más rápido y no tardaré más de cinco minutos.

—Pero ¿y si alguno de estos se acerca a mí, me habla o trata de hacerme daño?

—Te bastará con mostrarte enfadada y decirles que se larguen. Si insisten, grítales *non hodie*. Eso bastará.

—¿*Non hodie*? ¿Qué significa?

—Eso no importa mientras se lo grites de mala gana. Golpéales si es necesario.

—¿Estás de broma?

—No, dale un buen puñetazo a quien te moleste. Querías venir, ha sido idea tuya, así que no pidas dar marcha atrás cuando ya estamos metidos hasta el fondo.

—Está bien, está bien, pero no tardes mucho, por favor.

—Cinco minutos.

Ver cómo se alejaba hizo que sintiese frío, a pesar del sofocante calor que hacía en el local. Sin Angelo cerca no sabía qué podría hacer allí, salvo quedarse mirando al infinito con cara de enfado. Se sorprendió al comprobar que el baile de los presentes era tan hipnótico que había logrado atraparla. Se contoneaba despacio, como una serpiente o la cola de un gato al ritmo de los acordes que los enormes altavoces martilleaban en aquella alta bóveda de roca viva. Estaban en una sala muy profunda bajo el Coliseo, así que debía de tratarse de mazmorras o el lugar donde tenían a los animales y esclavos para el circo. No se sentía ella mucho mejor que aquellos inquilinos en ese momento. La turba que la rodeaba no se componía de ciudadanos ejemplares precisamente. ¿Qué haría si alguno se acercaba demasiado o directamente la atacaba? ¿Tendría el valor necesario para rechazarlo o golpearlo como había sugerido Angelo? ¿Cuánto tardaría en regresar el chico? Se había marchado unos segundos atrás y ya parecía que llevaba una semana sola.

Con tantas emociones, llevaba más de un día sin acordarse de su mejor amiga. ¿Qué habría pensado al verla en un antro como aquel? María siempre deseaba ir a garitos de mala muerte, y acababan discutiendo porque a Audrey no le gustaban las pintas de los que allí bebían, además de fumar marihuana, hasta emborracharse y acabar tirados por el suelo. María, enfadada cuando no lograba su objetivo, la llamaba clasista, pija, snob y otros calificativos similares.

«No, no fastidies, no me mires».

Un hombre alto, adornado (o mejor dicho taladrado) con muchas argollas en labios, nariz y cejas, estaba mirándola fijamente. No bailaba como el resto. ¿Estaría drogado? ¿Se limitaría a mirarla? Esperaba que sí, que no diese un paso adelante para acercarse a ella. Ni un puñetazo ni una patada, que no sabría cómo darla, serían capaces de disuadir a un tipo una cabeza más alto que Angelo y el doble de ancho. ¿Cuándo pensaba regresar el chico?

«No, no, no... venga ya. No puedo tener tan mala suerte. ¿*Nonjai?* ¿*Nonjodi?* ¿Cómo coño era?».

Le puso su peor cara de desprecio cuando el tipo dio el primer paso, negó con la cabeza al segundo, en el tercero enseñó los dientes con un gruñido y mostró su puño, pero nada de eso sirvió, ya lo tenía encima. Salvo que la palabra o expresión que le había dicho Angelo fuese un conjuro mágico, de poco serviría contra aquel energúmeno que parecía drogado. Se había acercado tanto que Audrey sintió oscurecerse el local, su cuerpo tapaba los

focos de colores, se inclinó hacia ella y sintió su aliento fétido. La mueca de repugnancia fue más sincera que nunca, sin embargo, lo que más temía era que le hiciese daño. Intentó escabullirse hacia un lado pero él colocó sus manos en la pared, se encontraba acorralada y a su merced. Ya no seguía la farsa de mostrarse distante para integrarse con los demás, casi ni podía respirar del agobio que sentía y la impotencia ante la situación. Quizá si le dijese que se fuera a la mierda, o le suplicase que no le hiciera daño; no sabía qué decir en realidad, por eso solo abrió la boca y...

El golpe fue seco y rápido, la cabeza del tipo pareció por un momento que fuese a desprendérsele del cuerpo, luego se desplomó como a cámara lenta; así al menos lo sintió Audrey. Su aspecto era igual de repulsivo ahora que yacía inconsciente en el suelo. No pudo preguntar nada a Angelo, ya que este la tomó de la mano y salieron rápidamente de allí en dirección a la puerta por la que habían llegado. Caminaban más rápido que al entrar, como si huyesen del lugar, y no podría preguntarle el motivo hasta que hubieran salido a la calle. Dudaba que fuera por llamar la atención con el puñetazo, en el tiempo que llevaban allí dos docenas de parejas se habían peleado o dado algún golpe.

Entonces lo percibió, a su alrededor comenzaban a observarles con demasiado interés, luego cuchicheaban entre ellos, pero no lograba entender lo que decían. Ya estaban casi en la puerta cuando la música se apagó de repente y los gritos en un idioma extraño dieron paso a su persecución. Una vez en el pasillo, Audrey oyó la voz de Angelo pidiéndole que corriese todo lo que pudiera, en ese momento perdió un zapato y cayó al suelo en mitad de la oscuridad. No tuvo tiempo de sentir vergüenza por la torpeza de la situación, las consecuencias iban a ser demasiado graves como para pensar en algo tan estúpido. Y lo más espantoso de todo fue dejar de sentir la mano del chico; el desamparo, la soledad y la ansiedad iban a hacerle explotar el corazón dentro del pecho.

—¡¡No me dejes sola!!

## Capítulo 12

La suave luz del amanecer entraba a través de los ojos de buey, confirmando un aspecto casi irreal al dormitorio que ya conocía, la escena se volvía más idílica aún con el liviano mecer de la corriente del río. Audrey pensó que la cama de Angelo comenzaba a serle demasiado familiar. Aún algo cansada y no despierta del todo, los nervios y la excitación que la afligían, por los recuerdos de la noche anterior, impidieron que se concentrase en meditar si lo vivido había sido un sueño muy realista o perdió el conocimiento en el Coliseo y acababa de recuperarlo. ¿Cómo es que no la habían capturado? ¿Cómo había llegado a la casa de Angelo?

Se incorporó tras tomarse unos segundos para recuperar la compostura y la calma. Llevaba la misma ropa que recordaba en la noche anterior, incluso el top blanco sobre el sujetador, así que no lo había soñado. Entonces, ¿cómo había llegado inconsciente hasta allí? Angelo no pudo cargar con ella y despistar a los perseguidores, mucho menos conducir la moto con ella desmayada a su espalda. Solo había una forma de saciar su curiosidad. Fue a buscar al chico.

—Estás despierto, bien, porque no tengo ni idea de lo que ha pasado esta noche. Y ni se te ocurra decirme que habré soñado cosas raras.

—No te lo puedo decir, aún no me has contado qué es lo que has soñado.

—No he soñado nada, a eso me refiero. Recuerdo perfectamente todo lo sucedido en el Coliseo hasta que caí en el pasillo cuando salíamos corriendo.

Angelo, que la observaba con calma desde el sofá, se levantó y la invitó a acompañarlo a la cocina, donde comenzó su habitual ceremonia de preparación del desayuno. Audrey se desesperaba ante su mutismo.

—Pero dime algo, no te quedas callado.

—No sabía que tuviera que decir algo. Ya has contado que recuerdas todo lo ocurrido.

—Me refería a después —dijo tras resoplar con impaciencia—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—En la moto. Te saqué en brazos y te monté en la Vespa, cuarenta minutos más tarde llegamos y te acosté en la cama.

—¿Quieres decirme que has sido más rápido conmigo en brazos que las docenas de tipos raros que nos perseguían? Tuviste que perder tiempo

arrancando la moto y sentándome. ¿Pretendes que me crea que los demás no llegaron a alcanzarte?

—Corro muy rápido y soy fuerte, además, tú no pesas mucho.

—Vaya, gracias. Pero sigo sin creérmelo.

—No iba armado, pero puedo mentir y decirte que les disparé en el pasillo y eso les hizo cambiar de idea.

—No, estoy harta de tantas mentiras. ¡Joder! Solo quiero que me digas la verdad. ¿Quiénes son esos que hay en los garitos y qué hacen allí? ¿Quién es Maimón? ¿Por qué comenzaron a perseguirnos ayer? ¿Cómo se puede montar una discoteca de ese calibre en el propio Coliseo? Es imposible que no lo sepan las autoridades.

—Te lo dije, Maimón mueve mucho dinero, tanto como para comprar la carrera de los políticos y colocar como primer ministro a quien le interese. Tiene inmunidad completa, no sé si llegas a comprender lo que quiere decir o hasta dónde llegan esas palabras. Ayer me reconocieron y tuve que volver a por ti. Los que allí viste son meros peones, casi nunca actúan, solo se divierten cada noche y permanecen a la espera de órdenes. Mi cabeza tiene un precio demasiado alto como para que me dejasen deambular libremente entre ellos, así que, cuando salieron de ese trance extraño en el que suelen estar por las noches, trataron de capturarme. No sé si eso resuelve tus dudas.

—Claro que no, no existe un porqué, y siempre hay un porqué. El motivo es lo que provoca las acciones, nunca me confiesas el motivo que lleva a Maimón a perseguirte. Nadie tan poderoso pone una ciudad patas arriba para localizar a un chico joven que ha truncado algunos de tus planes. No tiene lógica.

—La lógica es subjetiva, entiendo que no tenga sentido para ti, pero deberías preguntarle al propio Maimón por sus motivos.

—Sí, claro... —Suspiró hondo y dio un sorbo al café. Devoró la fruta en silencio, allí mismo, sobre la encimera de la cocina y sumida en más dudas que nunca. ¿Cómo iba a encontrar a su madre si la única persona que conocía y que la ayudaba le ocultaba todo lo que ocurría con aquella sociedad, banda o lo que fuese? ¿Dónde se había metido, cuando solo quería dar un paseo por la Roma que pisó la actriz en la película? Lo que veía y experimentaba cada noche no se correspondía con el mundo real, al menos con el que ella y el resto de los mortales entendían por realidad.

Pero, ¿qué es la realidad?

«—¿Lo has visto? ¿Lo has oído, Audrey?

—Sí mamá.

—El periodista camina despacio cuando sale del palacio porque no quiere irse, no quiere dejar de verla. Espera que ella corra tras él y sigan con su historia de amor, pero eso no sucede. Las grandes historias siempre acaban mal, porque ese final debe compensar la enorme felicidad que supone vivir semejante aventura.

—A lo mejor, después de la película y las letras del final, acaban juntos.

—No, cariño. No pueden acabar juntos porque el amor ha sido tan intenso que se ha agotado muy rápido y ya no queda nada. Era un amor envenenado por las mentiras, cada uno ocultaba al otro su identidad, ella para sentirse viva fuera de palacio y él para sacar dinero por el artículo.

—¿Las mentiras son malas?

—Las mentiras son muy malas. Quizá, sin mentiras, aún estarían juntos. Aún... juntos...».

El recuerdo de ese momento con su madre provocó un mohín de decepción en Audrey, desde entonces había detestado las mentiras y apartado a los mentirosos de su lado. ¿Debiera apartar a Angelo? Si no le necesitase para encontrar al captor de su madre...

Solo le quedaban cuatro días y no lograba encontrar a Maimón ni a los dos matones que conocía, tampoco había intentado siquiera un acercamiento con Angelo que pudiera proporcionarle la oportunidad de robarle el colgante. Se sentía cada día más atraída por el chico, pero seguía provocándole náuseas la idea de acostarse con él para engañarlo y quitarle aquel objeto que parecía tan valioso para todos. Tres días llevaba su madre en cautiverio y la incertidumbre de su paradero y el estado en el que se encontraba la sumían en una angustia que oprimía su alma.

¿Y si le pedía el colgante a Angelo? El chico la estaba ayudando de forma desinteresada; quizá no le importase desprenderse de un simple colgante por ayudarla. ¿Y si el colgante era tan valioso para él como para quien había secuestrado a su madre? No podía arriesgarse a ser rechazada por la única persona que podía conducirla a Maimón, además de ser la llave que supondría la libertad de su madre.

—¿En qué piensas? —preguntó Angelo tras la larga pausa.



—En el daño que hacen las mentiras. —Audrey se marchó al salón sin esperar respuesta alguna.

Angelo no se inmutó, permaneció durante unos segundos con la mirada fija en las migas que había dejado la chica sobre la encimera, como si se cuestionase cada paso, decisión y palabra elegidos y ejecutados a lo largo de su vida. Luego salió a su encuentro.

—Supongo que quieres ir al hotel para ducharte y cambiarte de ropa. Te propongo coger tu maleta y venir aquí definitivamente, así ahorraremos unas horas cada día.

—No puedes dormir en el sofá todos los días, debes de tener la espalda destrozada.

—Es más cómodo de lo que parece. Confía en mí.

—Sí... claro, será lo mejor —respondió ella en un susurro. No podía apartar la mirada del óleo de Picasso.

—Debemos salir.

—Sí, debemos salir... —parecía sumida en un sueño con los ojos cerrados.

Los tres golpes secos y fuertes en la puerta la despertaron del todo. Preguntó con la mirada a Angelo si esperaba visita. Él comprendió su intención y negó con la cabeza, en silencio. Parecía igual de extrañado que ella. Los tres golpes se repitieron, aún más fuertes. «No abras, no hagas ruido» parecía decir ella, pero él no hizo caso y abrió la puerta.

«Mierda. No puedo tener tan mala suerte».

—¡*Mio caro Angelo!*

Lailah apareció como un vendaval, arrojándose a los brazos del chico y dándole un sonoro beso en la mejilla, tal vez demasiado cerca de la boca para el gusto de Audrey. Iba enfundada en un vestido ajustado blanco que la hacía parecer aún más espectacular que en el restaurante. «¿A qué habrá venido la malvada bruja de las nieves?», se preguntó Audrey.

—Oh, querida, estás aquí también. Espero no haber interrumpido nada —dijo con tono jocoso y mirada cómplice hacia Angelo.

—Estábamos a punto de salir.

—¿En serio? ¡Qué fastidio!

Irradiaba frescura, descaro, espontaneidad, elegancia, sexualidad, seguridad. Era un sol entrando por la puerta y cegando a todo el que estuviese cerca, eclipsando cualquier pensamiento, anulando toda voluntad. Audrey ni siquiera se acordaba de qué hacía allí, hacia dónde iba o qué había ocurrido

las últimas horas. Aquella diosa nórdica lo suponía todo entonces y siempre, y eso hacía que la detestase aún más.

—Y tenemos algo de prisa, —cortó Angelo tajante—. Supongo que no vienes a hacerme una visita de cortesía, pero ¿podrías esperar unas horas o un día?

—¿Esperar? Tal vez. ¿Puedo acompañaros?

Audrey lanzó a Angelo una mirada incómoda, no deseaba tener cerca a una desconocida, y menos a una con ese aspecto y la extraña relación de «amigos» con tanto beso y abrazos incluidos. No era una cuestión de celos, se trataba de buscar a su madre y aquella chica solo estorbaría.

«Ni se te ocurra. Angelo, no quieras verme enfadada todo el día, no me conoces y puede ser catastrófico para ti. Deshazte del torbellino rubio o te vas a enterar...».

—Claro, vente. Así podrás contarme lo que has venido a hacer a casa.

«Esta te la guardo».

Un precioso descapotable blanco estaba aparcado a dos metros de la Vespa del chico, eso hizo que Audrey no tuviese que preguntar cómo iban a desplazarse los tres en la moto. Lo que no había barajado es que conduciría Lailah, con Angelo a su lado y ella iría detrás como un niño pequeño. Intentó que no se le notase el gesto de enfado mientras acoplaba el trasero en un espacio tan reducido. El coche partió a toda velocidad y ella estuvo a punto de salir despedida hacia atrás, Lailah debía pensar que se encontraba en una carrera. El pelo, que debió recoger en una coleta antes de subir, parecía tener vida propia y querer abandonarla a su suerte, o castigarla a latigazo vivo en cada curva que tomaba aquella loca. Los neumáticos protestaban continuamente y Audrey no sabía qué hacer para garantizar su seguridad, su cabello e incluso su ropa. Salir con vida de aquel viaje se estaba convirtiendo en una tarea más complicada que sobrevivir a los garitos de los tipos raros vestidos de negro que visitaba cada noche. No comprendía cómo aún no la perseguía una docena de carabineros.

«¿Están hablando? Sí, están hablando y riendo entre ellos como si yo no existiese. Dios, esto es como volver a tener doce años y que te ignoren tus padres cuando vas en el asiento trasero del coche. ¿De dónde ha salido la puñetera sueca? ¿Podría tener peor suerte? Claro que sí, seguro que me salgo del coche en una curva y estos dos siguen hablando sin darse cuenta de que me he partido una pierna y tres dientes contra el suelo. ¿Por qué demonios no hay

cinturones de seguridad ni nada aquí atrás para agarrarse? Qué mal fabricados están estos coches».

El largo chirrido de los frenos y los asustados turistas apartándose de un salto le indicaron que había llegado a su destino. «Te esperamos aquí» fue lo único que dijo Angelo, y una risa frívola de Lailah la hizo apretar los dientes con suficiente fuerza como para partírselos. Temblándole las rodillas por el susto del viaje, entró en el hotel aún con la duda de sacar su maleta y despedirse o continuar teniendo su propio espacio, aunque fuese solo para ducharse y pasar media hora al día.

La pareja, dentro del coche, parecía sumida en una conversación trivial, pero el tono y el contenido cambió en cuanto Audrey desapareció tras las puertas de cristal.

—¿Estás seguro de que la chica merece la pena el sacrificio de acercarte tanto a Maimón? —El semblante de Lailah había cambiado por completo, se mostraba muy preocupada.

—¿Quién sabe? Sin emociones no hay diversión.

—No juegues conmigo, no funcionará.

Angelo observó el rostro de su amiga, se habían acabado las bromas entre ellos.

—Maimón y yo tenemos que vernos las caras tarde o temprano.

—Pero mejor tarde, ¿no te parece? No quisiera perderte por cumplir con el capricho de una niña. ¿Cuándo decidiste que tu vida valía tan poco?

—¿Qué vale nuestra vida, Lailah? Si la apreciásemos tanto, no la pasaríamos escondiéndonos o huyendo.

—Veo que tú prefieres pasarla exhibiéndote por los peores lugares, donde tu cabeza tiene un precio alto y no durarás mucho a este ritmo.

—Quizás esté cansado de esperar el perdón prometido.

—Joder, Angelo. Entiendo que no podemos adelantar acontecimientos ni exigir nada, pero lanzarnos a la boca del lobo es algo demasiado peligroso. Es un suicidio.

—Eso debemos decidirlo cada uno de nosotros.

—No me gustaría saber que tú has...

—¿Por eso has aparecido?

—Maldita sea, Angelo. No puedes tirarlo todo por la borda por una chica que acabas de conocer. Recapacita, te necesitamos, eres un guía, una luz para el resto de nosotros. ¿Qué será de los demás si tú desapareces? No te expongas más, no te arriesgues más.

—¿Es eso un buen consejo?

—Es lo que pretende ser.

—A la gente le gusta dar aquello de lo que más carece.

—No me hagas suplicarte... —Lailah parecía a punto de llorar. Angelo nunca la había visto tan vulnerable en los treinta y dos siglos que se conocían. Cientos de batallas en la antigüedad, donde se habían salvado la vida constantemente, además de una eternidad de destierro, durante la que se apoyaron el uno en el otro, contemplaban aquellos rostros inmaculados, pero condenados a cargar con horribles recuerdos.

—No es solo por la chica —murmuró más para sí mismo que con la intención de justificarse ante ella—. Estoy cansado y harto de arrastrarme por este mundo.

—¿Pero de qué me estás hablando? Hace tres días, o treinta años, da igual, disfrutabas de cada pelea, cada escaramuza, cada enfado de los oscuros, cada conquista de una doncella inocente que se creyese tus mentiras de amor eterno.

—Siempre hay un final para todo y para todos.

—No te creo. Dime que es una de tus bromas pesadas. Dime que te divertirás con la chica unos días y luego seguirás tu camino, como siempre. Dime que no te enfrentarás a Maimón ni a su ejército de demonios tú solo.

## Capítulo 13

—Idiota, idiota, idiota, ¡idiota! ¿Cómo he permitido que esa muñeca oxigenada me haya anulado por completo y en una fracción de segundo? ¡Joder, qué vergüenza!

Sentía ganas de llorar, gritar y patear todo a la vez. Desnuda frente al espejo del lavabo, intentaba desenredar su cabello sin mucho éxito; su preciosa y larga melena se había convertido en una masa enmarañada que le tapaba media cara y caía sobre el hombro derecho. Angelo y Lailah estaban impecables dentro del coche mientras ella tenía ese aspecto de bruja de un pantano. Iba a perder una buena cantidad de cabello al tratar de solucionar el entuerto lo más rápidamente posible, pero prefería ese mal a dejar solo al chico con la víbora albina. Al cabo de unos diez minutos entró en la ducha.

—¿Con qué cara voy a mirar ahora a Angelo? Si no le necesitase... Pero qué digo, no es solo por recuperar a mi madre, me gusta estar con él. Tengo que dejar el orgullo a un lado y reconocer lo que siento o la tensión que acumulo en el estómago me provocará una diarrea; estaría preciosa y quedaría genial si pidiera que parasen el coche cada diez minutos para entrar corriendo al baño de una cafetería. Apuesto a que Lailah disfrutaría como nunca al verme correr mientras aprieto el culo, seguro que haría algún chiste a costa mía: «Mira a tu amiga española, Angelo, ha venido a Roma para cumplir la promesa de manchar la porcelana de todos los váteres de cafeterías». ¿Pero qué estoy diciendo? Solo pienso en Angelo y en esa estúpida Barbie cuando tengo menos de cuatro días para salvar a mi madre. Definitivamente... estoy perdiendo el norte.

¡Pom, pom, pom!

Los golpes desde el otro lado de la pared la trajeron de vuelta a la realidad. Estaba hablando demasiado fuerte mientras se duchaba y el inquilino de la habitación de al lado se había enfadado.

«Vaya, no me sale nada bien. Al menos tengo el consuelo de saber que Angelo y Lailah no están al otro lado del tabique».

Envolvió su pelo en una toalla y el cuerpo en otra, fue al armario y buscó el conjunto más ajustado y que la favoreciese de todo lo que llevaba. A la mierda la comodidad. Mallas negras y un estrecho top del mismo color sobre el sujetador que mejor le realzaba el pecho. Se calzó unas sandalias de quince

centímetros, aunque muy incómodas, y corrió al baño para secarse y peinarse el pelo, ya tardaba demasiado en regresar. A saber de qué estaban hablando esos dos en el coche.

En una ocasión, casi un año atrás, todos sus compañeros de clase le dijeron que estaba espectacular cuando apareció peinada con una cola de caballo, que estilizaba su mentón hasta hacerla parecer una modelo de esas que desfilan en París o Milán. «Un peinado fácil de hacer y efectivo», se dijo a sí misma.

El reflejo que devolvía el espejo del moderno armario era mejor aún de lo esperado. Con la sombra de ojos ahumada y los labios rojos parecía la tigresa dispuesta a atacar más bella que hubiese imaginado. El *look* perfecto para lo que pretendía. Recogió y metió el resto de la ropa y enseres personales en la maleta y abandonó la habitación. No se despidió del recepcionista, tenía prisa y ya había pagado toda la semana, incluso los días que no usaría la habitación; la llave de la misma la dejó sobre el escritorio, bajo el televisor.

—¡Guau!

Audrey no movió un músculo de la cara tras ver cómo Angelo babeaba cuando ella apareció por la puerta del hotel. Él se bajó, saltando sobre la puerta del coche, para quitarle la maleta de las manos e introducirla en el maletero. Ella aprovechó la oportunidad y se sentó en el asiento libre, dejando que el chico tuviese que ocupar el diminuto espacio trasero. No se dignó a mirar a Lailah, a la que seguro le había sentado fatal la reacción y el «guau» que Angelo le había dedicado al verla. Se limitó a mirar al frente con indiferencia y dar un sorbo a la diminuta botella de agua que había sacado del minibar. Seguro que la oxigenada estaba muerta de celos.

—Nena, ¡menudo conjunto! Me has puesto caliente.

Audrey no pudo evitar manchar el salpicadero y el parabrisas al escupir el agua. Si le hubiesen dado mil oportunidades para adivinar la primera frase que diría Lailah al verla, ni por asomo hubiera pensado en esa. La miró con una mezcla de decoro y fascinación, y la sorprendió observándola de arriba abajo con más lascivia de la que había visto jamás en un hombre. Lailah arrancó el motor del coche y se puso en marcha con la sonrisa en los labios de quien ha vencido en todos los diálogos de su vida.

—Has hecho mal en sentarte ahí —susurró Angelo a su oído desde atrás—, a ver cómo mantienes las manos de mi amiga alejadas de tus muslos durante el trayecto.

—¿Sí? ¿Te gustan las chicas? —le preguntó Audrey de forma directa y descarada, para demostrarles a los dos que no era ninguna niña pequeña e

inocente y que contemplaba y respetaba cualquier decisión sobre su vida sexual.

—Chicos o chicas ¿qué más da? Cariño, a mí me gusta la belleza. ¿Qué importa si viene de unos u otras?

Audrey no supo qué responder a eso. Se quedó mirando cómo el escupitajo de agua y saliva se secaba lentamente en el parabrisas sin que sus compañeros parecieran haberlo visto siquiera. Menuda moderna estaba hecha, había quedado sin palabras y con el temor de que Lailah pusiera una mano en su muslo, aunque fuese a modo de broma, y ella diese un respingo.

Durante las cuatro horas siguientes buscaron por calles del casco antiguo que no hubiesen supervisado los dos días anteriores, pero no obtuvieron más resultado que los insultos de turistas, los cuales hacían reír a la conductora en unas ocasiones y mostrar su dedo corazón en otras. Y así llegó la hora de almorzar; los acompañantes de Audrey eligieron el lugar más adecuado para la zona en la que se encontraban.

En un entramado imposible de callejuelas al oeste del Vaticano y el río, Lailah aparcó sobre la propia acera ante las miradas de asombro de quienes circulaban por la fachada de *Il Tamburello di Pucinella*, un restaurante en el que, por su aspecto, debía de ser imposible comer sin reserva. No tardaron ni cinco minutos en preparar una mesa en la terraza posterior del local para que los tres almorzasen en la intimidad. Fue un visto y no visto, Lailah sonrió al metre y le susurró al oído que volviese a mirar en su cuaderno de reservas.

Audrey almorzó un plato de lo más peculiar y delicioso, compuesto por un cuenco realizado con base de pizza crujiente y en el interior una especie de potaje de verduras denso pero sabroso, recomendado por Angelo, luego tomó un café expreso que le hizo dejar de pensar en una siesta.

—¿De qué os conocéis? No me habéis contado vuestra historia —se aventuró a preguntar.

Lailah no le prestó la más mínima atención, llevaba unos minutos con la mirada absorta en los arbustos y plantas de la terraza. Una peluda abeja zumbaba por entre las flores, a veces se acercaba peligrosamente a la mesa, sin duda atraída por los aromas que la comida desprendía. Lailah la observaba con ese extraño interés por las cosas triviales que intentamos desarrollar cuando las cosas importantes nos asustan, o cuando nos agita una emoción nueva para la que no podemos encontrar expresión, o cuando una idea que nos aterra asedia de repente nuestro cerebro y exige nuestra rendición.

—Fuimos compañeros de clase en el instituto —respondió Angelo. Audrey no lo creyó. Los tres se sumieron después en el más absoluto mutismo.

Unos minutos más tarde se marcharon; después, claro, de que su exuberante y frívola acompañante dedicase unas miradas y susurros al metre, que, con una hinchazón más que visible en su entrepierna, decidió que la casa les invitaba. Angelo no lograba evitar la sonrisa ante una situación que volvió a provocar una vergüenza horrible a Audrey.

—¿Qué me vais a decir ahora? ¿Que el restaurante es de un amigo vuestro y nos ha invitado? —preguntó azorada cuando se montaron en el coche; el cual, sorprendentemente, no mostraba ninguna multa en el parabrisas.

—No seas ingenua. No conocemos al dueño, pero no debería extrañarte que, en lo que va de mes, llevase obtenidos unos veintitrés mil cuatrocientos diecisiete euros de beneficio antes de pagar a sus empleados, lo que le dejará unos once mil ciento veintitrés euros de beneficio neto, y como hemos adornado su local con nuestra presencia, pues seguro que no le importará invitarnos para compartir algo de su fortuna.

—¿Cómo sabes cuánto ganan? Espera, ¿qué le dijiste al metre al oído para que nos invita...?

El coche arrancó a toda velocidad, impidiendo a Audrey terminar la frase. Horas después se había olvidado del almuerzo. La discusión que mantenían sus acompañantes, extraños hermanos de adopción, como Lailah y Angelo se autodefinían, desviaba la atención del atardecer sobre los centenarios edificios que les observaban desde ambos lados de la calle.

—Si habéis visitado ya el Coliseo y la Calle Negra, no creo que sea inteligente repetir —decía la chica—. Lo mejor sería ir a la Cripta.

—Es demasiado peligroso.

—Pues imagina el Vertedero.

—No podemos ir al Vertedero.

—¿Por qué no? Podría ser divertido.

—Déjate de bromas, no estamos solos.

—¿De qué habláis? —Audrey se desesperaba— ¿Quién dice que no pueda bajar a ese vertedero? No se os ocurra tomar decisiones por mí.

—No tomaré decisiones por ti —replicó Angelo—, pero sí lo haré por tu seguridad. Después de lo ocurrido anoche nos estarán esperando en todos sus locales. Ahora que lo pienso, quizá tengas razón —se dirigía de nuevo a Lailah—. El Vertedero es el último lugar en el que nos esperarían, aquello es una ratonera, y si quedamos atrapados, no saldremos con vida.



—Bueno, tampoco nos precipitemos. —Audrey se lo estaba pensando mejor—. ¿Dónde está ese vertedero?

—No muy lejos, bajo el puente Sisto.

—¿Bajo el puente?

—Justo bajo el río.

Si lograba regresar sana y salva a Madrid, cosa que cada día dudaba más, estaba completamente segura de que no volvería a salir de fiesta a una discoteca y que tendría pánico a la oscuridad de por vida. Se despidió de la última farola encendida cuando dejaron el coche aparcado en la plaza Trilussa, atravesaron la avenida de Tebali y ya estaban ante el puente. El servicio de limpieza municipal había regado las calles y ahora los adoquines y el puente de piedra emitían un extraño brillo en la oscuridad; esa escena, en plena calle desierta y en silencio, le pareció la garganta de un enorme monstruo esperando a su ingenua presa para engullirla. Descendieron por una empinada escalera lateral y, una vez en el margen del río, se encaminaron al primer arco bajo el puente. En ese momento solo podía caminar gracias a que Angelo la llevaba de la mano, ya que no se veía absolutamente nada.

—Deberíamos volver al coche —susurró Audrey cuando ya habían llegado a su destino.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo? —preguntó el chico.

—No. Lo digo porque llamaremos mucho la atención si Lailah va vestida de blanco. Tengo ropa negra en mi maleta.

—No te preocupes por eso —apuntó la aludida.

—¿Que no me preocupe?

Angelo hizo un extraño movimiento, como sacando algo de su bolsillo. En la penumbra, Audrey creyó ver un pequeño frasco del que sacó unas gotas de líquido para arrojarlas a la sucia pared de ladrillo. Antes de que pudiera preguntar qué era aquel líquido, los ladrillos comenzaron a moverse sobre sí mismos hasta dejar una abertura suficiente para pasar al otro lado.

—¿Pero qué coño? —Estaba boquiabierta y paralizada.

—Tarde o temprano tendrías que comprenderlo —apuntó Angelo.

—¿Comprender qué?

—Que existen otros mundos conviviendo junto al tuyo, bonita. —Lailah dio un paso al frente y Audrey, bajo la suave luz de un viejo candil de aceite que colgaba de la pared en el interior del lugar, pudo ver que ya no llevaba el vestido ceñido blanco, ni siquiera los mismos zapatos. Su atuendo había cambiado a un vestido negro igual de corto pero aún más escotado que su

propio top. Cuando pudo verle la cara tras acercarse, comprobó que llevaba los ojos maquillados de negro. Solo conservaba de su imagen anterior las largas rastas de un color casi blanco.

—Pero... ¿Cómo...?

—Ya te lo dije —apuntó Angelo—, es una cuestión de escepticismo. Lailah y yo somos lo que tú llamas ángeles, y vamos a adentrarnos en una madriguera de demonios.

Le costó un esfuerzo sobrenatural dar el siguiente paso. Se sentía bloqueada por el aluvión de miedos, dudas y preguntas que brotaron en un solo segundo. Incluso miraba a sus dos acompañantes de una forma diferente, como si de repente se hubiesen transformado en otras personas, o en otros seres.

—No es el momento —dijo Angelo—, ya sabes lo que toca ahora. Y con lo que acabas de conocer, supongo que no te extrañarás con lo que veas a continuación.

No pudo replicar, el chico la tomó de la mano y los tres se sumergieron en una escalera de caracol que se adentraba en la tierra. A pesar de estar bajo el río, no hacía ni frío ni humedad, al contrario, un calor seco y asfixiante crecía por segundos. Audrey comprobó lo que quiso decir el chico con «una ratonera»; subir las interminables escaleras huyendo sería un suicidio. Al pensar en eso recordó cómo despertó esa mañana en la cama de Angelo, la única explicación que encontraba a lo ocurrido era la capacidad de volar o teletransportarse del chico y de Lailah; también lo hizo con la moto dos días antes, estaban en el centro histórico y aparecieron de repente en la casa, a las afueras. Entonces pensó que salir de allí será más sencillo de lo que ellos le habían vendido; y eso la tranquilizó un poco.

—¿Estás concentrada?

Audrey se sobresaltó, no esperaba oír la voz de Angelo tan cerca de su rostro.

—Sí. Cara de enfado, paso firme, no mirar a nadie... Lo de siempre —respondió con algo de rubor.

Volvió a oír la rosca del frasco que usó Angelo para abrir la puerta arriba en el puente, y el arrullo al caer las gotas sobre la pared. Cuando el fenómeno mágico de crearse una puerta en mitad de la pared se produjo de nuevo, la imagen, el olor y el sonido que surgieron supusieron un vendaval para sus sentidos. Otra discoteca más, con la misma música estridente, el mismo

ambiente de tipos raros vestidos de negro, el mismo olor a algo que Audrey ya había comprendido que era sangre.

No entraron en fila, eso hubiera sido extraño y ridículo. Lailah se separó del grupo unos metros, siempre manteniendo el contacto visual y alerta. Se integraba tan bien entre los que denominaba oscuros que Angelo contuvo una sonrisa al apreciar la cara atónita de Audrey al verla bailar e incluso interactuar con ellos, casi desapareciendo entre la masa que componía la turba como si asistiese a aquellos locales cada noche.

Por el comportamiento de quienes les rodeaban, empezaban a pensar que Maimón no le daba tanta importancia a su captura. Algunos demonios peleaban entre otros que preferían fundirse en abrazos y caricias más que lujuriosas, también había pequeños grupos que observaban cómo alguno de ellos se tatuaba, se hacía alguna escarificación o llenaba de argollas un oído o ceja. A veces los ataques más violentos acababan con los protagonistas ensangrentados entre los vítores de quienes habían disfrutado del espectáculo. Pero la gran mayoría se dejaba llevar por el trance que la música parecía provocarles; entre ellos se movían, alerta y analizando todo a su paso, los tres intrusos que se jugaban la vida en aquella peligrosa madriguera de demonios.

Cuando sintió la mano de Angelo tomando la suya, un pequeño escalofrío recorrió su brazo hasta el cuello.

—¿Has cambiado de idea? —susurró Audrey a la espalda del chico—. Dijiste que no era apropiado esta conducta.

—Mira a esos de ahí. —Señalaba con la mirada a una pareja que daba rienda suelta a sus instintos más primitivos sobre un sofá forrado de terciopelo negro.

—Bueno, esos hacen algo más que ir cogidos de la...

El beso llegó tan de súbito que estuvo a punto de gritar. Su cuerpo se tensó al sentir a Angelo abrazado a ella con sus labios fundidos a los suyos, pero no tardó más de un segundo en relajarse y abandonar todo pensamiento y lucha que hubiese en su interior. Dos noches antes no supo qué hacer, pero en esta segunda ocasión correspondió el dulce y cálido ataque con una contraofensiva a la altura. Mordió su labio inferior a la vez que apretaba el trasero del chico y lo atraía hacia ella. Él suspiró hondo y le dedicó una mirada de grata sorpresa cuando se separaron.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —le dijo a escasos milímetros de su boca.

—Algo así intuí cuando me recibiste en la puerta del hotel.

—¿Tienes miedo?

—Ahora ya no.

—Eso es malo. El miedo es el compañero que con más probabilidad te mantiene con vida.

—Lo único que me asusta...

—¿Qué?

—El beso, la forma de tratarme desde que me abordaste en el restaurante... No me gustaría entregar mi alma a quien la usaría como una flor que se pone en el ojal, una medalla para halagar su vanidad, un adorno para un día de fiesta.

—Entonces permite que te demuestre que te equivocas. —Y volvió a besarla.

Lailah los observaba con seriedad desde la distancia. Con un gesto sombrío, se giró para perderse entre la multitud y alejarse de la pareja.

Angelo no siguió la conversación, se limitó a sonreír y continuó la exploración sin soltar la mano de Audrey en ningún momento. Ella flotaba tras él, pensando —soñando, más bien— con lo que sería de ellos cuando toda aquella locura terminase, si es que lo hacía con un resultado positivo para todos, incluida su madre. ¿Podría mantener una relación con Angelo? Ella tendría que regresar a Madrid y seguir con sus estudios. ¿Podían los ángeles mantener relaciones como los humanos? Tenía tantas dudas por resolver... ¿Qué sería de ella si se enamoraba como una idiota y él no pudiera corresponderla? ¿No estaba enamorada ya?

«¡Dios mío, me he convertido en mi madre! Isabel solo pensaba en ella, nunca me tuvo presente en sus pensamientos o como parte de su felicidad, solo le importaban ella y esa estúpida película. Llevo toda la vida repudiando aquella forma de ser y, en cuanto se me ha presentado la oportunidad de dar amor y atención a quienes me quieren, solo he pensado en mí misma. Matilde, mi madre, la de verdad, la que se lo ha ganado, está a merced de estos demonios por mi culpa y yo me limito a desear sumergirme entre los brazos de Angelo. Espero que me perdones algún día. Espero que...».

La música cesó de repente y quedaron paralizados por unos segundos. Ya no bailaba nadie a su alrededor, habían salido del trance y les observaban fijamente. ¿Qué sucedía?, se preguntaba Audrey. No hubo respuesta, pero nada bueno saldría de aquella noche. Dos rostros conocidos por ella se acercaron, eran los dos esbirros de Maimón que la secuestraron, los que muy probablemente se llevaron a su madre del hotel. Sintió tanto miedo como ira al

verlos, quería golpearlos pero también huir de ellos lo más rápidamente posible. Llevaba tres días buscándolos desesperadamente, día y noche, y ahora no quería que todo acabase para el chico. Ni siquiera estaba segura de que la dejaran volver junto a su madre a Madrid sanas y salvas. ¿Cuánto vale la palabra de un demonio?

¿Qué podría hacer Angelo por salvarla ahora que se veían rodeados de cientos de demonios? ¿Dónde se había metido Lailah? Si era medianamente inteligente, habría huido a la mínima oportunidad. El chico trató de anteponerse para protegerla de un posible ataque de los dos lugartenientes de Maimón, pero ella se resistió con tanto orgullo como estupidez y permaneció a su lado. Los demonios y lacayos que les rodeaban sonreían o gruñían, no sabría definirlo, aunque un brillo en sus oscuros ojos parecía indicar que se relamían ante un festín combinado de carne humana y de ángel. El espacio se iba estrechando a medida que se acercaban despacio. Parecía que Angelo fuese a decir algo, pero fue Audrey quien se adelantó para alzar a voz.

—¿Dónde está vuestro jefe? Quiero proponerle un trato. —No había salida posible y tenía que jugar la única carta que le quedaba, aunque no confiaba en ella en absoluto.

Los demonios rieron ante la muestra de insolencia de la mortal, al mismo tiempo que Angelo la observaba intrigado.

—Él ya tenía un trato contigo, y nos alegramos de que lo hayas cumplido. —Los dos miraron a Angelo con una sonrisa que no presagiaba nada bueno para él.

—No le haréis daño, ¿verdad?

Las risas se intensificaron.

—Eso debes preguntárselo a él —dijo uno de los dos demonios.

—Solo quieren tu colgante. Lo siento, no sabes cuánto, pero si no les entregaba el colgante matarían a mi madre. Dáselo y salgamos de aquí.

La mirada del chico fue como una puñalada en el corazón, Audrey no pudo mantenerla más de un segundo. Acababa de traicionar a quien la ayudaba de forma incondicional, y esa decepción en sus ojos la recordaría toda su vida; claro que no apostaba a que viviese más de unos minutos más.

Angelo, con resignación, fue mostrando despacio la cadena de su cuello. Los presentes se relamían ante el objeto que llevaban tanto tiempo buscando.

—¿Esto es lo que buscáis? —preguntó sosteniendo el colgante entre los dedos—. Esto, Audrey, es lo que me mantiene vivo y además es...

¡¡¡BOOOOM!!!

La explosión hizo retumbar todo el local, desde el fondo apareció una nube de polvo y piedras que pronto pasó a convertirse en un torrente de agua y barro. La incertidumbre de los instantes iniciales tornó en una histeria absoluta. El agua del río entraba por un orificio del techo con tanta presión, que pronto lo convirtió todo en una piscina de lodo cuyo nivel crecía a ritmo alarmante. Los Demonios gritaban como si el agua les quemase la piel, y comenzaron a correr, pisándose unos a otros por escapar de allí. No había electricidad y se movían en completa oscuridad. Ante semejante caos, los presentes se habían olvidado de Angelo y Audrey, como si desobedecer a su líder fuese algo insignificante en esas circunstancias. La chica pensó que el agua debía de ser como el sol para los vampiros, cosa extraña para quienes habían montado semejante local de fiestas bajo ella.

No pudo disculparse por la traición ante Angelo, ni siquiera mirarle a los ojos, ya que este la tomó con fuerza por la cintura y se teletransportaron a la entrada, justo ante la escalera de caracol de piedra por la que habían descendido. Allí los demonios se pisaban unos a otros por subir a la superficie. Las antorchas de la pared ofrecían algo de luz, así pudieron ver a Lailah esperándoles con un gesto demasiado sonriente para la situación que se vivía.

—Esta vez te has pasado. El agua entra demasiado rápido, no lograremos salir a tiempo —le espetó Angelo. El nivel estaba ya casi por su cintura.

—Claro que sí. Solo son quinientos metros.

Audrey se sentiría invisible si no fuese porque la seguía sosteniendo el chico por la cintura. Trató una segunda vez de disculparse, nuevamente en vano. Aparecieron al final de un corredor, prácticamente una cueva oscura, que partía desde la derecha de las escaleras. Habrían avanzado unos cien metros con el nuevo salto.

—¿No subimos por las escaleras? ¿Esta es otra salida?

Nadie le respondió, sintió la mano de Lailah en su brazo izquierdo mientras la de Angelo tiraba del derecho, la movían a toda prisa a pesar de que el agua casi les llegaba al pecho.

—¿Ya no vamos a teletransportarnos más? —volvió a preguntar.

—Luego, las explicaciones luego —murmuró Angelo con una voz cansada por el esfuerzo.

Tras ellos se oían voces que gritaban en latín: *jangelo mortem!* Audrey no tuvo que preguntar por su significado. El agua, espesa y con una corriente que les zarandeaba sin piedad, subía rápido, pero ellos se desplazaban a una

velocidad asombrosa. Los jadeos por el esfuerzo de Lailah y Angelo comenzaron a retumbar en las paredes de piedra. Cuando el agua se acercaba al cuello, Audrey notó que sus dos acompañantes pasaron de caminar a nadar, ella se dejó arrastrar como un bañista que es llevado a la orilla por el socorrista.

No llevaba así más de veinte segundos cuando notó un roce en el hombro, algo áspero y duro la había golpeado, entonces comprendió que el nivel había subido hasta casi llegar al techo de la cueva y ellos nadaban por los escasos centímetros que aún tenían de margen. Audrey sintió ganas de gritar, pero las contuvo al comprobar que se habían detenido.

—Tu turno de nuevo —dijo Angelo, casi no le salía la voz, debía de estar al límite de sus energías.

—Tomad aire y dejaos llevar, la cosa se pondrá muy fea —respondió Lailah.

—Audrey, cierra los ojos y no los abras hasta que estemos fuera del agua, ¿entendido?

—Sí, pero...

—No hay tiempo, cierra los ojos y aguanta la respiración todo lo que puedas.

Justo cuando el nivel del agua llegaba al techo y casi no podían respirar, la pared ante ellos desapareció tras un estallido de menor magnitud que el ocurrido en la discoteca. Los tres fueron succionados con violencia y pasaron a una nueva cueva en la que la corriente les arrastraba a toda velocidad. Audrey sentía en todo momento el cuerpo de Angelo abrazado al suyo, incluso sentía las convulsiones que indicaban que el chico se estaba llevando golpes contra las paredes para protegerla a ella, pero no podía hacer nada por evitarlo, estaba a merced de la violenta corriente; y sin poder abrir los ojos ni respirar, se sentía dentro de una olla a presión que fuese a explotar de un momento a otro. ¿Cómo de largo sería el túnel? ¿Aguantaría sin respirar hasta llegar al final? Ya casi estaba a punto de sucumbir, no le quedaba mucho fuelle ya que había tomado aire en un estado muy alterado y lo había consumido todo en poco más de un minuto.

Recuerdos de su madre biológica, de sus padres de adopción y de sus amigos del colegio, instituto y universidad comenzaron a desfilar caóticos por su mente, ¿era la famosa película sobre la vida de uno a cámara rápida que suele ver cuando está a punto de morir? Si era así, solo dos cosas ocupaban su mente y sus deseos en ese instante, la frustración y decepción por no haber

salvado a su madre y el capricho egoísta de volver a sentir de nuevo los labios de...

Quizá los deseos se cumplieren para algunas personas en los últimos segundos de vida, o tal vez ya estaba muerta y recibía un regalo celestial como compensación por una vida no muy afortunada. Los labios de Angelo se habían fijado a los suyos, pero no podría disfrutarlos durante mucho más, necesitaba respirar y su cuerpo pronto tomaría el control y abriría la boca para tratar de conseguir oxígeno de donde fuera, claro que allí solo habría lodo. Menuda forma de morir.

Quería llorar por la suerte que correría la buena de Matilde entre demonios despiadados. O mejor, quería llorar por haber sido una mala hija para una buena madre, como años atrás se esforzó en ser buena hija para una madre que no lo merecía. Menuda aventura había vivido en Roma, trágica pero de una talla que ya hubiera querido la actriz en la película; aquella aburrida princesa en busca de emociones hubiera disfrutado de lo lindo cambiando al soso periodista por su ángel particular.

Y el fin llegó, las lágrimas brotaron para fusionarse con el barro que la envolvía y empujaba cuando no pudo evitar que se abriese su boca, aún fusionada a los cálidos labios del chico.

Tomo el aire con un ansia inusitada, la de quien lo necesita desesperadamente para vivir. Aire cálido, pero repleto de oxígeno, había vuelto a llenar sus pulmones y notaba el control de todos sus miembros y de la mente. No tardó mucho en comprender que Angelo y Lailah no necesitaban aire para sobrevivir, pero él había tomado una bocanada y había pegado sus labios a los de ella para proporcionarle oxígeno cuando lo necesitara. Hacía solo unos minutos que el chico había descubierto su traición y ahora estaba salvando la vida de quien no lo merecía. A ella no le había importado mucho la suerte de Angelo, quería recuperar a su madre sin pensar en lo que Maimón pudiera hacerle al chico cuando se lo entregase; en cambio, él acababa de salvarle la vida, como lo hizo la noche anterior cuando se cayó al huir del Coliseo, solo que en estos momentos sabía que había jugado con él, que lo había utilizado y traicionado. Si salía con vida de allí, no sabía cómo iba a poder disculparse por su conducta.

No le quedaba mucho más aire y dudaba de que Lailah, a quien no sentía a su alrededor, le diese otra bocanada más. Un regusto extraño, desagradable, casi inundo, inundaba en esos momentos su garganta y olfato, pero no le preocupaba tanto como la cuenta atrás que su mente volvía a realizar antes de



abrir la boca para pedir más aire. ¿Sería capaz Angelo de producir oxígeno? No, ahora ya no tenía sus labios pegados a los suyos. No habría más aire. Debía resistir todo lo posible.

De súbito, la corriente dejó de empujar y sintió como si flotase, parecía que la gravedad ya no actuase sobre su cuerpo y este se mostraba ahora ligero y suspendido en mitad de la nada. Esa sensación solo duró un instante, durante el que pudo dar una bocanada de aire, fétido como nunca antes lo había sentido, pero aire al fin y al cabo. La caída fue tremenda, otra vez en el agua y la espalda le escocía por el impacto. La mano de Angelo seguía aferrada con fuerza a la suya, ahora tiraba hacia arriba. Y por fin salieron a la superficie.

—Abre los ojos —oyó al chico, ella no se hizo esperar.

El agua sucia escocía en los ojos, el olor quemaba el interior de su nariz y dejaba un regusto extraño y desagradable en la garganta, pero estaba viva y eso era más de lo que hubiese esperado unos minutos antes. Lailah estaba a escasos metros nadando hacia la orilla de lo que debía ser el río, Angelo también lo hacía, pero más despacio al tener que llevarla a ella y haber gastado sus fuerzas durante el trayecto.

—Gracias —musitó Audrey cuando ya había recobrado el aliento, no se atrevía a mirar a Angelo a la cara después de la traición, mucho menos cuando él se lo había pagado de semejante forma.

—No tenemos mucho tiempo, debemos volver al coche y no puedo teletransportarnos estando tan cansado— respondió Angelo, como si no hubiese escuchado a la chica.

—¿Por qué no hemos escapado por la escalera?

—Cuando la puerta de abajo está abierta, la de arriba permanece cerrada. El conjuro de la sangre de demonio se anula por ese otro que es más fuerte, una medida de defensa que les ha perjudicado esta noche. Los demonios que trataron de huir del agua por las escaleras, se encontraron en una ratonera al llegar a la cerrada puerta de salida.

—Le tienen pánico al agua. ¿Qué hace? ¿Les mata?

—No, pero les debilita mucho.

—Ahora entiendo que vivas en un barco. Estarán enfadados después de lo que ha pasado, ¿tomarán represalias?

—Esos de ahí abajo no, ellos no saben nadar. Ahora estarán todos muertos.

—Pero si vosotros no necesitáis oxígeno, ¿por qué ellos...?

—Vamos, arriba, no hay tiempo que perder. Las respuestas llegarán en otro momento.

Audrey se levantó y comprobó que podía caminar aunque aún no se había recuperado del todo. Su ropa estaba machada de lodo y residuos, apestaba. Al menos seguía manteniendo el cabello recogido en la coleta, de haberlo llevado suelto ahora sería una masa mugrienta y pegada a su cara.

—¿Qué es esto y por qué huele tan mal?

—Mierda, bonita. —Por fin abrió la boca Lailah, que no se mostraba muy amigable tras la experiencia—. Hemos huido por un colector que recoge los residuos de las cañerías. Literalmente, es mierda.

Una arcada llegó a su boca pero no llegó a vomitar. Al menos podría ducharse y cambiarse de ropa cuando llegase a casa de Angelo. Estaba viva y eso era lo importan...

—¡No, joder!

## Capítulo 14

El olor que desprendía era nauseabundo, llegando incluso a saborearlo, y tenía el cuerpo cubierto de excrementos que el baño en el río no había logrado eliminar del todo. Necesitaría lejía o amoníaco para darse un baño de dos horas, prefería no imaginarse el aspecto de su ropa interior... Pero levantar la mirada y observar a Angelo y Lailah fue algo que acabó definitivamente con ella. Se sentó en el suelo con unas terribles ganas de llorar. ¿Por qué tenía tanta mala suerte?

Sus dos acompañantes lucían impecables y con ropas nuevas y limpias. Se les veía radiantes, como si acabasen de salir de casa para ir a una fiesta, incluso sus peinados parecían recién salidos de un salón de belleza. Se observó a sí misma y comprobó que la magia no había actuado sobre ella de igual modo, seguía cubierta de mierda. Aquello era peor que la diarrea que había imaginado por la mañana.

—¿Es una broma? Decidme que también podéis hacerme eso a mí...

—A ti deberíamos matarte.

—Calla, Lailah. Lo hacía por su madre.

—Te tomas muy bien que te haya utilizado y vendido a Maimón. ¿Y por qué debemos seguir con ella? Que se busque la vida, no es asunto nuestro.

—Sí lo es. Yo la metí en esto. Los oscuros me vieron con ella y la secuestraron, luego lo hicieron con su madre. Si no me hubiese acercado a ella, nada de esto habría ocurrido.

—Ella tiene razón —apuntó Audrey con vergüenza y arrepentimiento—. No tengo excusa, aunque yo no sabía que ellos te matarían o que el colgante te mantiene con vida.

Angelo la ayudó a levantarse del suelo y tomó su cara entre las manos para obligarla a mirarle a los ojos. Ella lloraba entre la decepción por sus actos y la vergüenza por su aspecto.

—Deja de llorar, no te guardo ningún rencor.

—Pero no merezco tu ayuda ni...

—Bueno, no es el lugar ni el momento, tortolitos. Hay que mover el culo, llegarán pronto desde otras madrigueras, además de la policía y curiosos que pasen por la calle.

La ducha del barco no era tan espaciosa ni cómoda como la bañera de su habitación de hotel, pero supuso un renacer para ella. Cuando llegaron a la casa ya tenía el lodo seco y formando una costra alrededor de su piel, cabello y ropa que casi la impedía moverse. Le pidió perdón a Lailah cuando se bajó y comprobó el estado en que había quedado la tapicería de piel blanca del coche. Lailah, mientras Angelo aguantaba la risa, respondió con indiferencia que le daba igual, el coche era robado.

Durante todo el tiempo que llevaba en el baño, más de una hora, no había parado de mirar la puerta, sentía pánico al momento en que tuviera que regresar al salón y enfrentarse a la conversación que tenía pendiente con su anfitrión. No solo por la disculpa y explicaciones que le debía por lo ocurrido, también porque quería saber qué había detrás de aquellos dos ángeles. La curiosidad había nacido en su interior y se había transformado en cientos de preguntas que no tenía ningún derecho a formular, así como sus acompañantes tampoco adolecían del deber de responderlas. La amistad, la ayuda y el afecto no deberían estar tan denostados en la actualidad como para sorprenderse al encontrarse con ellos de forma sincera.

Pero la hostilidad que había imaginado, especialmente en Lailah, se había esfumado; o, mejor dicho, transformado en una conversación amigable entre dos conocidos, casi hermanos, que reían recordando anécdotas pasadas ante una copa de vino y bajo la suave luz del salón del barco.

—Vaya, abrir la puerta del baño y estar aquí ante vosotros de nuevo me ha costado lo que no podría describir, pero me da la sensación de que todo lo vivido hace unas horas, cuando casi podíamos haber perdido la vida, no os importa lo más mínimo. Más bien parece que acabáis de venir de una fiesta.

—Solo tú hubieras muerto ahogada, nosotros no podemos morir así —dijo con frivolidad Lailah.

—Tómame un vino, te sentará bien. Pero si estás cansada, puedes irte a dormir —sugirió Angelo.

—Solo hay una cama, no puedo permitir que durmáis en el sofá por cortesía hacia...

—¿Dormir? Nosotros no dormimos.

—Pero... la cama...

—Ya estaba en el barco cuando lo compré, igual que el cuarto de baño.

—¿Tampoco lo usáis?

—¿Insinúas que olemos mal? —preguntó Lailah con una sonrisa malvada.

—Entiendo, me queda tanto por aprender de vosotros, si es que queréis compartirlo, claro. No podría dormir después de lo que ha pasado y de tantas dudas que tengo martilleando la cabeza.

—Solo puedo prometerte que trataré de responder a todas las que pueda

—Angelo, no... —Lailah no se mostraba muy conforme y él levantó una mano para pedirle paciencia.

—Entenderás, Audrey, que muchos datos son secretos y deben seguir siéndolo por nuestra seguridad.

—Sí, comprendo que lleváis una eternidad ocultos a los ojos de la gente y que eso es valioso para vosotros.

—Más que eso. Toda la sociedad mundial se derrumbaría ante el conocimiento de nuestra presencia. Los no creyentes no necesitan que se les saque de la ideología que han elegido por propia voluntad, y los creyentes no soportarían la idea de vivir entre ángeles y demonios y saldrían a venerar a unos y a cazar a otros, poniéndose en peligro a sí mismos. Además de haber basado su religión en el dogma de fe, en creer sin esperar una prueba o demostración por parte de Dios.

—¿Existe?

—¿Dios? Sí, claro. Aunque algo diferente a como te lo han vendido.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿No deberíais estar en... el cielo?

—Es algo más complejo que eso. El cielo y el infierno no son lugares como tú puedas imaginar, sino estados o dimensiones de un mismo sitio. Estar en esta dimensión es algo así como...

—Un castigo —interrumpió Lailah, que rellenaba las copas de vino, agotando la botella y levantándose para coger otra del mueble frente al sofá con forma de L en el que estaban sentados.

—Bueno, es una forma de decirlo —añadía Angelo, mirando con reprobación a su compañera.

—Es la más adecuada —Lailah no parecía dispuesta a renunciar a su opinión—. Tenemos un jefe que se deshizo de nosotros en cuanto las guerras parecían haber terminado.

—¿Las guerras?

—¿No has leído la Biblia, cielo? Es el libro más leído de la historia. El antiguo testamento, injustamente apartado por la iglesia, detallaba los siglos de luchas entre las fuerzas del mal y del bien, esos últimos somos nosotros, los guapos. Se nota ¿verdad? Peleamos por los ideales del jefe, de nuestro líder y creador.

—No es del todo cierto. Nos encomendaron la misión de proteger a los mortales, a vosotros, pero llevamos milenios esperando volver a casa, olvidados aquí entre demonios que se hacen más fuertes y numerosos cada siglo.

—No comprendo. ¿Protegernos?

—De los demonios que aún quedaron tras la guerra, dispersados y escondidos. Una caza de brujas en toda regla. También de vosotros mismos, aunque eso es más difícil de lograr. Las ambiciones de los humanos, su infinita ansia de riqueza, egoísmo, falta de empatía, etcétera, os hace exterminaros entre vosotros por naturaleza.

—Y decidisteis no intervenir. El libre albedrío.

—Eso es. Olvidados y abandonados a nuestra suerte, decidimos limitarnos a sobrevivir mientras los siglos, y luego los milenios, fueron pasando, como meros espectadores de lo que tú llamas historia.

—Algo me dice que es demasiada información por hoy, pero también sé que no lograría pegar ojo en toda la noche con la de dudas que aún rondan por mi cabeza. Aunque la más importante de todas es si podremos encontrar a mi madre con vida. ¿Creéis que ese tal Maimón la mantiene viva aún?

Angelo se encogió de hombros, aunque luego se mostró optimista.

—Es más que probable. Sabe que es su única baza en el juego. Si no contase con tu madre, nosotros podríamos desaparecer y su oportunidad de obtener el colgante se esfumaría.

—¿Por qué es tan importante el colgante para él? Al margen de que te mataría. Claro que, supongo, eso es motivo suficiente para un demonio, ¿no?

—El colgante no solo me mantiene con vida, también es la llave para regresar.

—¿Te refieres a...? —Audrey señaló hacia arriba con el dedo.

—Se supone... Quiero decir que, en su día, eso fue lo que entendimos al ser enviados aquí.

Cada respuesta daba origen a varias preguntas más en la mente de la chica. Quería saber cómo era Dios, el cielo, el infierno, qué había de verdadero y de falso en la Biblia y mil cosas más.

—¿Para qué quiere un demonio ir al cielo? ¿No sería más lógico ir al infierno?

—El infierno y el cielo, como te dije antes, son estados o dimensiones de un mismo lugar. Todos nosotros, ángeles y demonios, somos lo mismo. Eramos un mismo ente, cosa que comprendimos cuando surgió el Caído.

—Lucifer.

—Otra etiqueta más, otro nombre creado por la Iglesia Católica, igual que las palabras ángel, demonio, cielo, infierno,... Las estoy usando para que comprendas nuestra historia, ya que te han educado con esos términos y otros te resultarían confusos.

—Entonces, ellos, los demonios, ¿son iguales a vosotros?

—Nada nos diferenciaba entonces, solo la elección de un bando u otro, de seguir a un Dios que nos ordenaba arrasar ciudades como castigo a los infieles o pecadores o a un ángel que se rebeló contra esa crueldad y quiso poner fin a la barbarie.

El semblante de Angelo había tornado en una máscara afligida por los recuerdos.

—Dios expulsó al Caído y muchos de los nuestros se fueron con él. Quizá hubiese sido la mejor opción...

—¿Lo dices en serio? —preguntó Audrey con asombro.

—¿Por qué no? Bien... Mal... No te creas todo lo que dice la Biblia, no es más que una sarta de mentiras o verdades a medias para atrapar a los ingenuos que buscan con desesperación una salida a sus miserables vidas. O una razón a su existencia. No sé qué me parece más absurdo.

Lailah miraba a Angelo con preocupación, creía haber sido testigo de aquellos pensamientos, cada vez más negativos, durante ya demasiado tiempo. Parecía a punto de colocar una mano sobre su hombro, de darle un abrazo incluso, pero se limitó a observarlo en silencio.

Audrey se preguntó cuánto pesar acumulaban sus dos acompañantes tras tanto tiempo abandonados, cuántas almas inmortales y errantes habría sobre la tierra, cuántos de ellos se habrían despojado de su colgante para no seguir arrastrándose por el paso de la eternidad.

—Has dicho que la Biblia está llena de mentiras, entonces...¿Jesucristo?

—Existió, aunque no como te lo imaginas. La Biblia no deja de ser un libro de fantasía y ficción para doblegar a un pueblo entonces inculto y con la necesidad de aferrarse a una doctrina que guiase su camino y respondiese sus dudas. Los milagros y su supuesta divinidad eran una forma muy atractiva para lograr atrapar fieles. Aunque la situación no ha cambiado mucho tras estos dos mil años.

—Imagino que no hubo milagros.

—Me temo que no, era un hombre como cualquier otro, un rabino que predicaba las palabras y el mensaje de Abraham. Tenía carisma, eso era

indudable, pero solo fue un simple mortal que acabó crucificado, como miles aquel mismo año, para que su legado y sus deseos se torciesen. Los que consideraba amigos le traicionaron para hacerse con el control de la situación y dar un vuelco a sus designios.

—No te comprendo.

—La sociedad que se había erigido de entre los seguidores de Jehová era matriarcal, los hombres solo cazaban y arriesgaban la vida luchando contra otros pueblos o tribus, pero las órdenes las daban las mujeres. Incluso el vástago, al que vosotros llamáis Jesús, rendía obediencia y sentía veneración por dos mujeres: su madre y su esposa, Miriam de Magdala, la que debía seguir su tarea y luego ser sucedida por su hija primogénita: Sarah.

—Pero...

—Sí, cariño —respondió Lailah, que aprovechó para levantarse y buscar más vino—, tienes muchos peros y preguntas en la mente, y todo llegará a conectarse, ya lo verás.

—Tras la muerte del vástago —continuaba Angelo—, al ser entregado por sus discípulos.

—¿Varios? Hubo alguno más aparte de Judas.

—Judas Escariote fue el único que trató de salvarlo —interrumpió Lailah tras dar un sorbo—, el que puso a buen recaudo a su mujer y a sus cuatro hijos. Contó con una ayuda muy especial —miró a Angelo y guiñó un ojo—, aunque tres de ellos fueron apresados y asesinados en secreto por orden del líder de los traidores.

—¿Esposa, hijos, líder de los traidores? ¿Qué es lo que cuenta la Biblia?

—Justo lo que cuentan los vencedores de las guerras, su versión subjetiva para la posteridad.

—¿Entonces?

—Pedro. Simón Pedro siempre quiso llevar el mando, envenenó las mentes de sus compañeros y urdió el plan que le llevó a tomar el control. Cambió la voluntad de su señor: que las mujeres llevasen la palabra de Dios a los hijos que engendraban, a la vez que los educaban antes de ocupar sus tareas de adultos, por una sociedad nueva, patriarcal y asentada en la creación de una red de templos desde los que se coaccionaría a todos los habitantes de la tierra para convertirse a la doctrina que ellos regían. Y para eso se valió del dogma de fe.

—Creo que necesito más vino.

—Pensaba que te encontrabas algo más calmada —dijo Angelo.



—Ya casi no recuerdo la experiencia de esta noche, ¿cómo hacerlo tras lo que acabo de oír? Imagina que te adoctrinan en la religión católica desde pequeño, luego dejas de practicar y de creer con el paso de los años, llegando a pensar que no son más que patrañas; y, de repente, te encuentras con demonios y ángeles y resulta que Dios sí existe, pero todo lo que te enseñaron en catequesis y asignaturas de religión es mentira. ¡Incluso la Biblia! ¿Y vosotros? ¿Qué pintáis entonces entre los mortales?

—Nada, ni siquiera se nos encomendó una tarea específica o una fecha de finalización de la misma, así que pasamos los primeros siglos batallando con cada demonio que nos encontrábamos. Salvamos a muchos humanos de muertes por accidente, participamos en guerras entre naciones para ayudar a quienes considerábamos que buscaban la defensa y no la conquista. Rogamos cada día por una señal de Dios que nos guiase, pero esta nunca llegó.

—Nunca —añadió Lailah con la mirada perdida al infinito, hacia recuerdos que estarían brotando de nuevo tras siglos o milenios de letargo.

—¿Y por qué nunca habéis desmentido todo aquello? ¿Habéis sido testigos de milenios de adoctrinamiento y falsedades sin actuar para remediarlo?

—Al principio, solo eran una decena de lunáticos a los que muy pocos daban credibilidad, luego se les unieron cientos de campesinos analfabetos que buscaban algo diferente para depositar su fe. Cuando los ángeles comprendimos que podrían resultar una amenaza, ya se habían extendido por toda Europa. Todo sucedió despacio, mucho más de lo que imaginas. El veneno inoculó las mentes de los humanos y se hizo difícil dar marcha atrás.

—Pero, entre todos los ángeles y contando con los poderes que tenéis para convencer a los mortales, podríais haber revocado sus enseñanzas, haber invalidado su Biblia y toda la historia que llevan tanto tiempo contando.

—Ahí es donde reside el problema. La gente no quiere saber la verdad, prefiere creer una mentira edulcorada. Un ángel en la actualidad, mostrando la historia tal como sucedió, sería visto como un demonio manipulador a los ojos de los cientos de millones de creyentes que se esparcen por el mundo. Imagina al papa en todas las televisiones señalándolo como enviado del Diablo, automáticamente se convertiría en un perseguido por todos los católicos del mundo. Y además, ya solo quedamos unos doce ángeles de los más de quinientos que llegamos a esta dimensión, a la tierra. Una docena de almas errantes que se limitan a ver pasar los siglos y tratar de seguir con vida entre tantos miles de demonios que nos persiguen.

—Y todo por lograr un colgante, una llave de vuelta al cielo.

—Ni siquiera creo que funcione. Ellos no lo saben, creen que permanecemos aquí por voluntad propia. También creen que el colgante nos da los poderes y la inmortalidad.

—¿Y es cierto?

—En parte sí.

—A los oscuros les importa muy poco la ancestral guerra que libramos — señalo Lailah—, lo mismo que a Angelo o a mí. Ellos solo quieren regresar.

—Igual que vosotros.

—Ya te dijimos que no somos tan diferentes.

Audrey comprendió que todo lo oído la sobrepasaba, aquella información daba un vuelco considerable a todas las creencias religiosas de la mitad de la población mundial. Necesitaría tiempo para asimilar unos datos que no podría revelar a nadie, aún a riesgo de ser tomada por loca. Tras un silencio incómodo añadió:

—Vaya, entiendo tus dudas sobre haber elegido el bando correcto, aún así me alegro de que eligieses este. —Angelo la miró intrigado—. Prefiero tenerte ayudándome a encontrar a mi madre que saber que tú la habías secuestrado.

Angelo miró a Lailah, que puso cara de sorpresa.

—Desconocía eso, que tuviéramos que seguir ayudándote a encontrar a tu madre después de habernos vendido. Deberías conformarte con que te hayamos salvado el pellejo esta noche en lugar de dejarte tirada.

—Lailah...

—No, joder. No podemos acercarnos más, es muy peligroso. Estamos los dos solos, los hemos cabreado y son miles.

—Ahora unos dos mil menos.

—Eso no es ningún consuelo. Además, no podemos hacerlo solo por una mortal, o por rescatar a su madre. Lo siento pero no estoy de acuerdo con seguir con esta locura.

—Lo entiendo, no quiero que os preocupéis por mí, y mucho menos que discutáis. Ya habéis hecho bastante sin que lo mereciere.

—No, nada de eso. —Las dos chicas miraron a Angelo—. Yo te metí en esto, yo soy el culpable de la desaparición de tu madre y te ayudaré cueste lo que cueste. ¿De cuánto tiempo disponemos?

Audrey sonrió, Lailah lanzó un hondo suspiro y se dejó caer en su lado del sofá.

—En principio, quedan menos de cuatro días para el plazo que me dio Maimón, pero dudo de que siga en pie tras lo ocurrido esta noche.

—No podremos fiarnos de su palabra. Lo mejor será un ataque sorpresa, ellos no los esperarán y...

¡¡BOOOOM!!!

## Capítulo 15

El personal de servicio, compuesto de lacayos y aspirantes a convertirse en demonios exclusivamente, llevaba los uniformes pegados a la piel, empapados en sudor por la alta temperatura que generaban las chimeneas y la calefacción central del edificio. Algunos de ellos se habían desmayado y sus compañeros los habían conducido al exterior, ya que en los jardines, bajo el intenso sol del verano, había unos quince grados menos. Las numerosas chimeneas vomitaban fuego sin parar día y noche. El señor de la casa había dejado claras sus instrucciones.

Maimón no había salido de su despacho en los últimos tres días, salvo para cumplir con las obligaciones que requería su cuidada tapadera. Se mostraba desconcertado ante los acontecimientos de que era informado cada pocas horas por sus espías. En ese momento se encontraba de pie ante la enorme chimenea, y frente a él había dos esbirros detallando la incursión de Lailah y Angelo, acompañados de la mortal a la que ayudaban, que había acabado con más de dos mil demonios y una de sus madrigueras más emblemáticas.

—Malditos estúpidos, con la de sitios que hay en la ciudad para crear una madriguera, tuvieron que elegir el río. Si juegas con agua, te acabas mojando.

—Señor, nadie suponía que algo así pudiera pasar.

—¡Idiotas, idiotas, idiotas! —El fuego tras él se incrementó hasta envolver su cuerpo y convertirlo en una pira infernal que consumió su ropa y la capa de piel que le confería aspecto humano. Cuando las llamas remitieron, quedó a la vista su cuerpo real y desnudo, surcado de cicatrices, llagas, pústulas supurantes, ojos amarillos y colmillos afilados como las garras de sus pies y manos. Sarmiento oscuro y humeante que había soportado el paso de milenios y sufrido las inclemencias de decenas de guerras antes de tener que soportar algo aún peor: la desidia de vivir entre mortales.

—Esta vez no se saldrán con la suya, señor. Hemos iniciado una contraofensiva para atacarles por sorpresa.

—¿Atacarles? ¿De qué hablas?

—Siento no haberle consultado, pero el factor sorpresa era fundamental y actué amparándome en sus órdenes de anticiparnos a sus movimientos. He mandado a quinientos de nuestros mejores guerreros a su casa.

—¿A su casa? ¿A la del ángel? Vive sobre el agua, inútil.

—Lo sé, pero usarán explosivos. Acabaremos de una vez con él y con esa zorra que ha destrozado nuestra madriguera de El Vertedero. Probará su propia medicina.

—¡Incompetente! Si sus llaves se pierden, te desollaré vivo.

—Pero...

—¿Te lanzarás tú mismo al río para recuperarlas de sus cuerpos? Eso en el caso de que una simple explosión pueda acabar con ellos.

El lacayo no logró emitir palabra alguna, estaba muy asustado.

—¡Fuera de mi vista!

Una llamarada calcinó todo el despacho, y su onda expansiva arrojó al demonio a través de la puerta. Maimón observó su cuerpo humeante e inerte. Hubiera sonreído ante el espectáculo, pero estaba demasiado preocupado por el resultado de la misión. Necesitaba una de las llaves, a ser posible la de Angelo, y no le cabía duda sobre la ineptitud de los responsables del ataque suicida al barco. Quizás esa noche se agotasen drásticamente las posibilidades que le quedaban para lograr su regreso a casa.

La madera de las paredes, la alfombra, la biblioteca y todos sus libros, la puerta destrozada y el mobiliario, todo lo calcinado volvió a su estado original tras un leve movimiento de su mano, así como la falsa carne y la ropa que cubría su cuerpo. En pocos segundos, el aspecto de la sala y el suyo propio no hubieran dado fe de lo que allí había sucedido, salvo por el cuerpo convertido en cenizas de un esbirro que no volvería a fallarle.

«¿Dónde estás, Abigor? ¿Por qué tardas tanto? Debes cumplir con tu misión, cueste lo que cueste».

El río se mostraba muy diferente a como lo había experimentado Audrey horas antes, ahora calmado, oscuro y desplazándose como si fuese una lenta y melancólica lengua de lava fría que tratase de huir de la ciudad al mismo tiempo que lo hacían ellos tres sobre la lancha de Angelo.

La puerta de entrada de la casa-barco había estallado en mil pedazos con una explosión que solo cogió por sorpresa a los dos ángeles durante una fracción de segundo, suficiente para teletransportarse a la motora que Angelo ocultaba quince metros río abajo, entre el follaje y lista para partir en cualquier momento.

Atrás dejaron ropa, dinero, documentación y muchos otros objetos valiosos, especialmente para el propietario de la casa.

En silencio y sorprendida por la repentina aparición de sus enemigos, Lailah observó a su compañero, transmitiéndole con la mirada sus miedos y un sinfín de cuestiones que partían de: ¿Cómo han podido reaccionar tan rápido? y ¿cómo se han atrevido a acercarse tanto a la casa-barco, al agua? Esa conversación esperaba unas horas, justo después de haber puesto kilómetros entre ellos y el ejército de demonios que les buscaba por la ciudad. La oscuridad les amparaba en esa zona del río, además del silencio por llevar el motor apagado y dejarse llevar por la corriente del agua. Hasta que llegasen a la zona más iluminada de la ciudad, serían menos que un murmullo entre las sombras.

Cuando la luz del alba comenzó a perfilar las copas de los árboles que flanqueaban el Tíber, ya comenzaba a oírse el bullicio de la ciudad despertando e invadiendo sus calles en la distancia. Angelo observó el puente del Risorgimento a unos metros de distancia. Aún quedaba un largo camino, habían avanzado mucho menos de lo esperado, quizá fuese insuficiente para despistar a los demonios de Maimón que les perseguirían incluso de día. Angelo cubrió con cuidado la cabeza de Audrey con una camiseta para impedir que la claridad la despertase antes de haber descansado cuanto necesitaba.

—¿Qué opinas? —preguntó en un suave susurro a Lailah, que observaba con cara de preocupación el lento avance del agua—. ¿Deberíamos seguir sobre el agua o tratar de buscar un refugio seguro en la ciudad?

—El agua nos dará una relativa seguridad, pero no podemos dejarnos llevar hasta el mar, eso sería absurdo. Si la chica despertase, podríamos encender el motor y adelantar camino antes de que la luz del sol nos ponga al descubierto.

—¿Adelantar camino hacia dónde? No pretendo huir, su madre está cautiva y no faltaré a mi palabra de ayudar a rescatarla.

—¿Estás loco? ¿Enfrentarnos a Maimón en su propia casa o en la Cripta? Sería una locura contando con el factor sorpresa y el resto de los nuestros, imagina los dos solos y ahora que nos estarán esperando, y no precisamente para conversar.

—No tenemos otra salida. La chica ha sido la chispa que ha prendido la mecha, una elegida. Quizá nos equivocamos con el vástago y el poder de su sangre. Tal vez estemos ante el polvorín que lleva siglos esperando una llama para explotar. Lo hemos hablado cientos de veces, la batalla final no iba a tardar mucho, ¿recuerdas?

—¿Y tiene que ser precisamente ahora? ¿Quién te dice que ella sea la elegida? —Lailah giraba sin parar el anillo de su dedo corazón, una sortija de oro con un gran diamante, ya lo había hecho durante la charla en el barco. Lo hacía siempre que estaba nerviosa.

—Debió ocurrir hace mucho tiempo.

—No podrás vencerle, tú llevas siglos sin luchar y él se ha ido fortaleciendo con el paso del tiempo. No sabemos cómo, pero lo ha logrado.

—¿Quién se ha fortalecido? ¿De quién habláis?

—Deberías dormir un poco más, el día será muy largo.

—No quiero dormir. He soñado con mi madre, en el sueño ella me observaba desde la distancia, seria, inmóvil; creí ver un gesto de reproche por haberla metido en esto y ser la culpable de su destino.

—No has tenido la culpa de nada, ni se te ocurra pensar en ello y martirizarte. Aún existe una posibilidad de rescatarla y debemos actuar rápido.

Angelo percibió el mohín de Lailah, que no confiaba en tener tanta suerte, pero prefirió hacer como si no lo hubiese visto.

—¿Crees que pueda estar aún con vida? Mira lo que han hecho esos con tu barco.

—Estoy totalmente seguro. Maimón la mantendrá viva siempre que sea útil para él, siempre que pueda usarla como arma, escudo o para hacer un intercambio. Y lo del barco no es propio de él, nunca habría pensado que ordenaría un ataque suicida en el río tras haber perdido a tantos de los suyos unas horas antes.

—Has dicho un intercambio, pero no podemos entregar una vida para salvar a otra. Tu colgante, tu vida... Esa no es una opción.

—Aún así, lo fue para ti hasta no hace ni un día.

—Han pasado demasiadas cosas en un día, además de saber quiénes sois, quiénes son ellos y lo que supone ese colgante. Y no me olvido de todo lo que has hecho por mí, incluyendo que me salvaras la vida en varias ocasiones.

—No me lo puedo creer —suspiró Lailah—, ¿os vais a poner tiernos ahora?

Un silencio incómodo se acopló como compañero en la barca durante unos minutos, tras los cuales decidieron encender el motor y buscar una zona por la que tomar tierra cerca del lugar elegido como centro de operaciones. Un techo bajo el que planificar su ataque, aun con la reticencia de Lailah y con el miedo de Audrey a que los tres perdieran la vida por salvar la de su madre.

—Buenos días, quisiéramos la *suite* más grande que tuviesen disponible.  
—Lailah, con un traje de chaqueta y pantalón de color blanco, a juego con su sombrero de ala media ligeramente ladeado y sus enormes gafas de sol, hacía alarde de todo su encanto ante el recepcionista. Tanto ella como Angelo no necesitaban equipaje, cambiaban su aspecto, incluso el peinado y los complementos, con un simple parpadeo.

—¿En serio —murmuró Audrey—, en serio vamos a hospedarnos en una *suite* del hotel Majestic?

—Es un sitio tan válido como cualquier otro —respondía Angelo.

—Pero si recibimos un ataque de los demonios...

—Pues mejor un hotel destrozado, que contará con un buen seguro, que una casa de nuestra propiedad, ¿que opinas?

—Este hotel es una institución, casi un monumento turístico, no me sentiría cómoda sabiendo que por mi culpa se ha destruido.

—Se te pasará, culo bonito —le espetó Lailah—. Y ahora sonríe, que con estos tipos tan estirados se necesita toda la magia posible.

—¿Magia?

—No pensarás que vamos a pagar por hospedarnos aquí, ¿verdad? Nosotros no podemos fabricar dinero y habrás comprobado que tampoco tenemos oficio ni ingresos de otro tipo.

—Pero Angelo tenía un fajo de billetes de quinientos euros en el barco y yo suponía que...

—Es dinero robado a los esbirros de Maimón, y no disponemos de él ahora, como comprenderás —susurró el chico.

Audrey asintió en silencio.

El botones los acompañó en el ascensor hasta el ático y les hizo una demostración de los servicios que incluía la habitación, además de guiarlos por cada una de sus estancias. Cuando quedó a la espera de la propina, Lailah se acercó a él despacio pero decidida, el chico parecía a punto de explotar, rojo como un tomate y tratando de controlar la respiración a través del estrecho cuello del uniforme. El beso en la comisura de los labios y el guiño de ojos le hicieron flaquear las rodillas hasta casi caer al suelo; y se marchó tan rápido que parecía un niño pequeño que acabara de hacer una travesura y partía a contarlo a sus amigos.

A la izquierda, Angelo abrió las puertas que daban acceso a la terraza y salió para observar cómo terminaba de despertar la ciudad; Lailah se perdió en busca del minibar, llevaba un rato diciendo que necesitaba una copa; y



Audrey permaneció en silencio, maravillada ante la decoración de la suite. No estaba amueblada de un modo clásico y recargado, como había imaginado mientras subía en el ascensor, sino todo lo contrario. El suelo de madera muy oscura combinaba a la perfección con las blancas paredes y techos altos que exhibían molduras de corte imperial, un recibidor con muebles también blancos y sillones negros de piel, lo justo y necesario, daba la entrada a dos habitaciones que contaban a su vez con zona de estar, su propio baño, terraza amueblada y baños de blanco mármol. El buen gusto se hacía superlativo con las gruesas cortinas de rojo bermellón que flanqueaban las puertas de las terrazas, dando una pincelada de color y vida a la monocromía del resto.

Ya en la terraza y sentados sobre sillas de forja blanca, vio a Lailah tomando una copa y a Angelo conversando con ella. El espacio exterior no era especialmente grande pero recorría dos fachadas desde las que se podían observar el Vaticano y el castel San't Angelo, al otro lado del río, y el enorme parque Villa Borghese, que incluía varios museos y el zoo, a solo doscientos metros al norte. Audrey respiró hondo y por fin notó esos aromas que tanto había echado de menos desde su llegada, aunque ya no se encontraba con los ánimos necesarios para disfrutarlos.

—Sí, la verdad es que apetece pedir un desayuno de los que se recuerdan de por vida —apuntó Lailah con una carcajada y sin que nadie le hubiese comentado nada al respecto.

—¿Lo dices por el banquete que nos zampamos la última vez que estuvimos en el edificio? —respondió Angelo.

—¿Habéis estado antes en el hotel?

—No exactamente, entonces era un palacio cuyo dueño había fallecido sin dejar herederos, así que unos comerciantes decidieron quedárselo y montar una taberna en la planta baja.

—Pero en la entrada dice que este hotel se inauguró en mil ochocien... ¡Vale, qué tonta soy! Ya olvidaba que lleváis por aquí desde la época de Julio Cesar.

—Y desde antes de que la puta amamantase a los dos hermanos.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo, pidamos el desayuno, será un día muy largo.

«No tanto como la noche, guapa. Ya me he fijado en que hay dos camas en la habitación, y las cuentas no salen. A ver si nos podemos organizar. ¿Dormir yo sola y Angelo con Lailah en la otra cama? Por encima de mi cadáver. ¿Dormir Angelo solo y yo con Lailah? Respeto tu orientación abierta, al

máximo, pero va a ser que no. Tendré que sacrificarme y optar por el mal menor: dormir con Angelo. Claro que no sé cómo afrontar esa posibilidad... ¡Espera! ¡Joder, Audrey, sí que estas espesa esta mañana! Ellos no duermen».

El lacayo traía una buena noticia para su amo, aún así no se atrevía a entrar sin permiso en su despacho, y había llamado hacía más tiempo del que el protocolo requería. ¿No le habría escuchado? Eso era imposible. Tal vez estuviese indispuerto o hablando por teléfono, aunque eso era algo inusual en Maimón salvo en casos de extrema emergencia.

Tras armarse de valor, decidió a abrir la puerta, convencido de que su noticia impediría un castigo por su atrevimiento, si es que era vista su actitud de tal manera por el amo. Frente a él observó al líder de los demonios sentado ante el escritorio y ajeno a su presencia.

—Mi señor, os traigo buenas noticias.

—Pues no te quedes todo el rato ahí de rodillas, comunícalas y márchate.

—Los espías han localizado a los ángeles y la chica. Y su invitado ha llegado a la casa.

Maimón levantó la vista del escritorio ante ese último dato y miró a su lacayo con impaciencia.

—¿Y a qué esperas para hacerlo pasar, gusano?

—Sí, mi señor.

Enjuto y con una estatura de menos de metro setenta, el recién llegado no hizo la más mínima reverencia, caminó hacia el líder de los demonios y se sentó ante su escritorio como si estuviese en su propia casa.

—Has tardado mucho.

—Estaba ocupado. Me enviaste a China para...

—Ya sé para qué lo hice. Ahora tenemos algo más importante entre manos.

—¿Más que otra guerra mundial? —interrumpió sin miedo a represalias.

—Sí, mucho más. Podemos recuperar dos llaves, una de ellas del traidor.

Su invitado le observó sin modificar un músculo de la cara, no parecía impresionado por aquella información.

—Respeto tus ganas de marcharte, pero yo me siento muy a gusto creando el caos y participando en guerras aquí.

—¿Y si te digo que la mayor guerra de la historia se libraría al otro lado?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres beber algo?

—No.

Maimón se levantó para servirse un trago de brandy. Con la copa en la mano se dirigió de nuevo al escritorio y se sentó sin prisas, dejando que la curiosidad horadara en su más fiel esbirro.

—¿Y bien? —preguntó Abigor.

—Venganza.

—¿Venganza? ¿A qué te refieres?

—A la profecía oscura.

—Eso es imposible, no tenemos tanto poder. Además, aunque seamos muchos, solo dos podrán subir con dos llaves.

—Por eso subiremos tú y yo.

Maimón lo miraba con complicidad y maldad, su esbirro comprendió lo que quería decir.

—Por el caos —brindó el anciano en solitario. Abigor sonreía mostrando una dentadura oscura y deforme.

## Capítulo 16

Sus amigos del barrio han vuelto a convocar una carrera, saldrán desde el portal del edificio donde viven y darán toda la vuelta a la manzana, otra vez quieren perder. Unos minutos más tarde, tras esquivar a vecinos que regresan del trabajo o de hacer la compra, saltar sobre la zanja que han abierto los del gas y huir de Rocky, el mastín del dueño de la carnicería, Audrey llega a la meta con una mueca triunfal en el rostro. Sus amigos protestan de la misma forma que cuando les gana en una pelea a puñetazos. Ya en el colegio debe soportar las miradas de encono de sus compañeros por comprender antes que ellos lo que los profesores explican. Se ha acostumbrado a la competitividad, a vencer, como medio de refugio para sobrellevar la relación con su madre. Con ella no puede competir, solo agachar la cabeza y rezar para que el castigo no sea demasiado severo.

Ganar a los demás en la calle y el colegio es su vía de escape, y por eso lo hace cada día en cada disciplina. Bueno, salvo cuando compiten para ver quién logra orinar lo más lejos posible. En esos casos se limita a refunfuñar por la injusticia de no poseer el mismo ingenio proporcionado por la ciencia.

Audrey no sabía por qué recordaba esa época mientras observaba la ciudad desde la terraza de la habitación. Quizá porque las horas pasaban tan despacio que sentía la extraña y contraria sensación de que el tiempo se le echaba encima. Ya serían más de las doce del mediodía y nadie había propuesto hacer nada por seguir buscando al líder de los demonios. Angelo vestía de repente un conjunto mucho más informal, con pantalón vaquero y camiseta, mientras Lailah continuaba tomando el sol en la terraza, casi había agotado el bien nutrido minibar.

—¿Tenemos algún plan? ¿Vamos a hacer algo hoy? —preguntó cuando se vio con fuerzas para hacerlo, ya que no podía exigirles más ayuda de la que le prestaban.

—Voy a salir —respondió Angelo—, necesito hacer unas consultas importantes.

—¿Saldremos hoy para buscar a mi madre?

—Quizá. No te puedo garantizar nada, salvo que no podremos ir a otro local como el de la noche pasada, sería un suicidio.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Lailah te protegerá mientras tanto.

Audrey vio cómo se marchaba con una extraña mezcla de sensaciones. No quería que la dejase allí con Lailah, no deseaba dejar de sentir su presencia, tampoco pensar que le podría ocurrir algo malo mientras trataba de ayudarla. Las horas en su ausencia serían mucho más largas de lo que podría soportar, más aún encerrada en una cárcel de oro como aquella.

Angelo miró a su alrededor cuando salió por la puerta del hotel, de todos los vehículos aparcados en la zona, el que más le gustó fue un pequeño BMW biplaza y descapotable de color azul, se dirigió hacia él y tocó la manecilla de la puerta, esta se abrió al mismo tiempo que el motor arrancaba. Salió de la zona para dirigirse hacia una zona de la ciudad que nunca pensó volver a visitar.

«Si antes no sabía qué hacer para aproximarme a donde sea que tengan encerrada a mi madre, ahora mucho menos. ¿Adónde habrá ido Angelo? ¿Qué posibilidades tenemos contra ese ejército de demonios? Ni siquiera conocemos el lugar en el que tienen a Matilde. ¿Lailah piensa hacer algo más que beber alcohol en la terraza? Me voy a volver loca si me limito a pasear de un lado a otro por la *suite*».

—Cielo, ¿puedes llamar al servicio de habitaciones y pedir una botella de Cîroc y otra cubitera de hielo? ¡Gracias! —le gritó Lailah desde la terraza.

Audrey odiaba que se refiriese a ella como cielo, amor, cariño y demás apelativos fuera de lugar entre dos personas que casi no se conocen; su tono, además, sonaba de lo más condescendiente, como un padre que pide un favor —orden— a su hijo pequeño. La detestaba, no lograba soportar más de un minuto seguido a su lado, y menos aún cuando abría la boca para dejar claro que el mundo se había creado para contemplarla con fascinación o atender con presteza a todos sus deseos. Aunque también reconocía que sin ella no habrían acabado con la madriguera bajo el puente, además de salvarles la vida a Angelo y a ella. Y muy posiblemente necesitase sus habilidades en posteriores enfrentamientos.

—Claro que sí... bonita, pero recibes tú al botones, yo no pienso calentarle la bragueta para evitar la propina.

—Vamos, no te enfades, que a los mortales os salen arrugas por mucho menos que eso.

Audrey, que había despedido a Angelo en la puerta de la *suite*, regresó a la terraza, sorprendiéndose al ver que sobre el cuerpo de Lailah había brotado un minúsculo y blanco bikini; en ese momento tomaba el sol recostada sobre una tumbona de mimbre, y en su mano se agitaba con impaciencia un vaso de cristal con hielo. La escena no podía ser más surrealista, ya que ella no podía broncearse ni emborracharse. Audrey emitió un suspiro para armarse de paciencia y no crearse un poderoso enemigo, quizás Angelo dejase de ayudarla si espantaba a Lailah.

—Me gustaría hablar contigo y aclarar malentendidos, sé que no hemos empezado con buen pie, pero sería muy positivo para los tres que...

—¿Pediste la botella de vodka y el hielo? —la interrumpió Lailah, observándola con indiferencia por encima de las grandes gafas de sol.

—No, no he pedido nada, pero es que creo que deberíamos...

—Vamos, cariño, no seas aburrida. Las explicaciones, la disculpas o los agradecimientos solo son pérdidas de tiempo entre personas que no se tienen confianza. Pídeme lo que he pedido y te recompensaré.

«¿Perdona, me está tratando como a una niña refunfuñona o solo me lo parece? ¿Piensa darme una golosina por portarme bien y hacer sus recados? ¡Dios, dame paciencia!».

—Ya he pedido tu botella y el hielo, ¿contenta? —espetó Audrey tras llamar a la recepción y regresar de nuevo a la terraza—. Más te vale estar atenta a la puerta para abrir.

El botones tardó menos de diez minutos en llamar a la puerta, cuando Lailah regresó a la terraza, con su vaso repuesto de vodka con soda, se encontró con Audrey tumbada en ropa interior en la tumbona de al lado. Estaba más bronceada y su cuerpo no tenía nada que envidiar al del ángel, salvo los centímetros de altura que las separaba. Había pensado que Lailah se sorprendería al encontrarla allí, pero fue al revés. Esa chica era impredecible.

—¿Se puede saber...? —Audrey estaba boquiabierta— ¡Vas a provocarle un infarto al pobre botones! O conseguirlas que nos echen de la habitación.

—Anda ya, no seas mojigata. Solo le he alegrado el día. Estará durante meses contando esta anécdota —dijo con una sonrisa malvada mientras se tumbaba para tomar el sol de nuevo, ahora sin la parte de arriba del bikini.

«Vas lista si crees que no estaré a la altura —pensó Audrey mientras se quitaba el sujetador».

—Cariño, ¿te he dicho que no soy de piedra?

—¿Por qué no me pones otra copa a mí, querida? —Ni siquiera supo de dónde había sacado las agallas para imitar su tono de voz con tanta destreza. Lailah esgrimió una cara de sorpresa que a punto estuvo de arruinar su interpretación.

Aquello no iba en la dirección adecuada, necesitaba dar un giro y lograr tener a Lailah de su parte. Confraternizar era mucho pedir, pero conseguir algo de cordialidad no costaba demasiado siempre que pusiera un poco de su parte.

—¿Por qué no me cuentas algo sobre vosotros? —preguntó Audrey tras recibir una copa que sabía a rayos, era todo vodka y nada de soda. Evitó como pudo la mueca de desagrado y dejó el vaso apoyado en el suelo.

—¿Sobre lo que hacemos y cómo nos divertimos a diario? Te advierto que hay mucho sexo y locuras, quizá no quieras...

—Me refiero a vuestro pasado. —Ya imaginaba cómo se divertían dos chicos jóvenes, guapos y con poderes, en una gran ciudad como Roma. No había más que observar a Lailah unos cinco segundos para saberlo. Y no, no le daría el gusto de verla enfadada. Se había propuesto suavizar la situación y lo conseguiría—. Cuéntame algo de la época en la que estabais ahí arriba.

—Qué interesante suena eso de «ahí arriba», acentúa más, si cabe, el castigo que vivimos ahora. En realidad, la otra dimensión no es tan diferente a esta, y a la vez es tan distinta que no sabría cómo describirla. No se trata de nubes y gente tocando el arpa en ropa interior, alas blancas y todos flotando y sumidos en esa felicidad típica de un anuncio de compresas. Sería más bien como las ciudades que pudieras imaginar en la antigua Mesopotamia.

—Bueno, no he visto esas ciudades, como comprenderás, aunque puedo imaginarme películas antiguas de romanos.

—Claro, Calígula y sus huestes de hermosos y depilados generales, siempre dispuestos a cumplir con los deseos de su emperador...

—Entiendo, ya veo que el cine no ha hecho una reproducción fiel de la realidad.

—Nunca, nunca tendrás una imagen fiel o real de un hecho histórico si te limitas a ver películas americanas.

—Vale, vale, ya lo entiendo.

—Bueno —dio un trago largo a su copa—, pues como iba diciendo, nuestro hogar era como una ciudad aún sin desarrollo tal como imaginas en la actualidad, sin internet, sin supermercados ni luz y agua corriente o alcantarillado. Todos teníamos una función y tratábamos de cumplirla. No

había relaciones entre nosotros ni hijos, solo soldados a las órdenes de nuestro Señor y Creador. Ya imaginarás que nuestra tarea era exclusivamente la guerra; ni comer, ni procrear, ni nada que puedas intentar adivinar tras examinar lo que es la vida aquí y ahora. Llegamos al mundo hace más de veinte milenios como si fuésemos una especie de animal que solo sirve para un único fin, igual que la garrapata, que se limita a buscar con su único sentido, el olfato, el ácido bórico que desprende la piel de los animales a los que tratará de sorber la sangre.

Y dio un sobro nuevo a su copa.

—Recuerdo mi aparición, mi llegada, lo que tú llamarías nacimiento. Ya era adulta, como me ves ahora, y tenía las habilidades y poderes que disfruto en la actualidad. Por algún motivo que no sabría definir, ya sabía lo que debía hacer y quienes eran mis compañeros y mis enemigos. Caminé hacia la batalla que me indicaron y combatí para salvar el pellejo, todo eso el mismo día de mi nacimiento. Hordas de demonios bajaban una montaña que acabó convertida en volcán al término de unos... creo que fueron treinta años de incesante lucha. Algunos de mis compañeros me salvaron la vida una docena de veces y yo hice lo propio con ellos. Luego llegó otra guerra y luego otra, y así sin cesar, sin descanso, viendo morir a quienes compartían las mismas dudas e inquietudes y también contemplando el nacimiento de los nuevos que se incorporaban con caras de idiota a la batalla: ¿Para qué peleamos? ¿Qué sentido tiene la lucha? ¿Por qué nuestro creador nos hace matar demonios o mortales pecadores? Y pasaban los años, las décadas y los siglos sin obtener respuesta. Solo matar, matar y luego volver a matar. Seguro que no imaginabas a los ángeles como herramientas de destrucción.

Audrey no movió un músculo, estaba impactada tanto por la historia como por el semblante que mostraba Lailah al narrarla.

—La guerra y las misiones se hacían más llevaderas con la presencia de Michelle y Leonardo, dos compañeros de habilidades muy por encima de la media y que formaban junto a mí y otros cuatro ángeles un escuadrón invencible en el campo de batalla. No conocíamos otra vida, no dormíamos ni nos alimentábamos, éramos máquinas creadas para dar muerte a los enemigos que nos señalaba nuestro líder, Dios. Máquinas incansables que podían estar durante mil años seguidos sin dejar ni un segundo de dar golpes de espada. No había batallas de horas y luego a los barracones a descansar o a tomar una cerveza a una cantina improvisada. Aquellas no eran guerras como imaginas.



»Nuestro poder especial lo reservamos para momentos en los que nos encontramos al borde de la muerte, como única opción, ya que es lo único que nos debilita. Provocar una gran explosión en mi caso o teletransportarse una larga distancia, en el de Angelo, es algo que no podemos hacer a la ligera, podría dejarnos a merced de un poderoso enemigo tras el esfuerzo.

—¿Podéis morir? Quiero decir, ¿no hay forma de mataros salvo que os arrebatan el colgante?

—No todos llevamos un colgante, cada uno de nosotros atesora un símbolo diferente. Pero sí, los demonios tienen armas que pueden acabar con nosotros. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás teniendo tentaciones?

Audrey sonrió con malicia.

—¿Hasta cuándo estuvisteis combatiendo en esa dimensión?

—Hasta que comprendimos quiénes eran los demonios, hasta que supimos cuál era su procedencia. Curiosamente, no fue durante o tras una batalla contra ellos. Regresábamos de aquí, de esta dimensión. Era común que nos enviaran a acabar con poblados, a veces grandes ciudades, cuyos habitantes se habían desviado del camino impuesto por nuestro Señor. Eran auténticas carnicerías. Aunque esta fue muy diferente.

»El valle de Sidim daba la entrada a dos ciudades infestadas de pecadores, según Dios contó a los dos soldados que envió para arrasirlas. Era de noche cuando se aparecieron Leonardo y Michelle a sus puertas, este último sacó su espada pero no llegó utilizarla, Leonardo terminó el trabajo por la vía rápida, convirtiendo cada casa, calle y ciudadano en una bola de fuego y azufre.

«¿Por qué has hecho eso?», preguntó Michelle.

«Estoy cansado de masacrar mortales, de ensartar con la espada a niños y ancianos enfermos. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué estos seres deben venerar a nuestro Señor? ¿Por qué deben comportarse bajo sus normas? ¿Es justo y necesario castigarles con la muerte por no querer obedecer su voluntad? ¿Nos castigaría a nosotros si le desobedeciéramos?», respondió Leonardo.

Lailah tomó un sorbo de la copa tras suspirar hondo.

—Michelle no supo qué responder, jamás se había cuestionado las órdenes ni pensando en la posibilidad de no cumplirlas. Pero las palabras de su amigo calaron hondo; la veneración que sentía hacia Leonardo era casi enfermiza, hubiera dado la vida por él sin dudarle un instante en cada batalla en las que habían participado. Aseguraría incluso que lo amaba más que a nada en el mundo, un amor puro, sincero y fraternal. Yo envidiaba a Leonardo por captar

toda la atención de Michelle, a la vez que lo admiraba, como hacíamos todos. Entonces regresaron tras la misión y todo se vino abajo.

»Recuerdo la felicidad y entusiasmo de nuestro Señor al contar a todos cómo Leonardo había iluminado el cielo con las dos ciudades en llamas, cómo había creado un sendero de luz para dirigir con paso firme las mentes y actos de los pecadores arrepentidos. Allí mismo le puso el apodo de Portador de la Luz y todos nos sentíamos encantados con nuestro amigo y comandante. Todos menos el propio Leonardo.

—No recuerdo eso que me cuentas, supongo que es otra historia más que no se ha incluido en la Biblia.

—Te equivocas, querida, sí que aparece en la Biblia. Las ciudades eran Sodoma y Gomorra. Aunque la Biblia cuenta una historia absurda sobre lo que hicieron los dos ángeles en las ciudades y termina diciendo que fue Dios el que las incendia.

—¿Qué ocurrió con esos dos ángeles, con Michele y Leonardo?

—Lo que debía ocurrir, ni más ni menos. Tras milenios de lucha sin hacer preguntas, Leonardo se cuestionó su función y la de sus iguales. Se plantó ante nuestro Señor y le pidió explicaciones por su crueldad y por obligarles a matar sin descanso.

»La ira del todopoderoso provocó la erupción de docenas de volcanes aquí en la tierra, así como terremotos y maremotos. Su enfado era inmenso al provenir de su mayor orgullo, de su fiel comandante. Sin justificarse ni pensar que debiera hacerlo ante un ser inferior, se limitó a preguntar quiénes de los presentes pensaban como él. Dos docenas de ángeles, que no conocían más lealtad que la profesada hacia su comandante, dieron un paso adelante.

—¿Y fueron expulsados?

—Peor, mucho peor. Su piel se transformó, así como sus largos cabellos, hasta convertirse en grotescos demonios. Michelle, que había traicionado a su mejor amigo por no desobedecer a nuestro Creador, se horrorizó al comprender, como hicimos todos, que no había demonios y ángeles; todos éramos una misma cosa, salvo que unos defendíamos al Señor y otros estaban en contra de la crueldad de sus actos. El apodo de Leonardo cambió de Portador de Luz a Adversario y acabó desterrado y perseguido, junto a los que se habían unido a él y a todas las hordas de demonios que aún habitaban esa dimensión.

»De algún modo, Leonardo logró cruzar la dimensión hacia la tierra sin el permiso de Dios, huyendo con todos los suyos, que ahora le tenían por su

líder, y jurando combatir a los ángeles que fuesen enviados contra ellos. Dios, que milenios atrás nos había proporcionado una llave a cada uno para poder ir a la tierra y regresar tras nuestra tarea, nos envió aquí para exterminarlos, pero nunca logramos terminar con todos ni tampoco regresar. Y aquí seguimos después de más de tres milenios, esperando.

—¿Qué ocurrió con Leonardo?

—Lo interceptamos hace unos dos mil años, en una batalla que acabó con casi todos los demonios de su batallón y con muchos de nuestros hermanos. Un ángel batalló contra él con todas sus fuerzas, nuestro líder, Michelle. Aquella pelea fue fratricida y puso de manifiesto no solo el poder de ambos, sino también los rencores por decisiones pasadas. Ninguno de nosotros se hubiese atrevido a intervenir, ni teníamos tanta fuerza ni se nos hubiera perdonado después la intromisión en una cuestión tan personal.

»Michelle acabó con Leonardo en la mayor pelea que jamás haya contemplado un ser divino o humano. Y guardó luto y dolor durante mil años. El Creador se lo agradeció otorgándole el máximo grado, el de arcángel. Poco después los humanos lo elevaron a la categoría de santo por su labor durante las guerras y enfermedades que asolaron Roma. Habrás visto el castel San't Angelo en su memoria. El castillo del Santo Ángel.

—Y la Iglesia Católica decidió omitir en la Biblia la figura de Leonardo como castigo.

—Por supuesto que no, mi querida e ingenua amiga, la Biblia habla constantemente de él. Leonardo, el Portador de Luz, en latín se traduce como Lucifer, y Adversario significa Satanás. Leonardo es el Ángel Caído, el último ángel sensato que pobló esta tierra. La Iglesia solo lo convirtió en el monstruo que ahora simboliza la maldad en los corazones de todos los creyentes.

—¿El Diablo murió?

—A manos de quien más amaba, agonizando entre sus brazos.

—¡Dios mío!

—Eso es, Dios es todo para ti... Y aquí termina la historia del Santo Ángel Miguel. Aquí termina la historia del chico que tú conoces como Angelo.

## Capítulo 17

—¿Dónde están mis fieles?

—Aquí, a sus órdenes y esperando las instrucciones, mi señor.

—A las órdenes de Maimón, no lo olvides, gusano.

—Sí, señor —el guerrero se apartó del comandante con una reverencia que casi hizo que tocara el suelo con su cabeza.

Abigor se encontraba en un edificio frente al palacio de Quirinale, a escasos quinientos metros de su objetivo. Un cuartel para las huestes más temibles del ejército que Maimón llevaba reuniendo desde hacía dos mil años, desde que su señor cayó a manos del arcángel San Miguel. Pronto lograría la venganza durante tanto tiempo esperada. Una simple llamada de su señor y convertirían en cenizas el hotel en el que reponían fuerzas los dos únicos ángeles que quedaban en la ciudad, además de esa entrometida mortal que los acompañaba.

Hace más de tres milenios que dio un paso al frente tras su líder, había esperado mucho tiempo para acercarse a él, para decirle sin palabras que respetaba sus decisiones, que daría la vida por él si fuese necesario. Cuando el Creador preguntó quién profesaba los mismos pensamientos que Leonardo, él y Maimón fueron los primeros en dar el paso adelante; sin importar qué pensase o creyese el Iluminado, eran sus siervos más fieles y la fidelidad consiste justo en eso. El cerdo bastardo de Michelle, el favorito de Leonardo y su lugarteniente, se quedó atrás como una rata cobarde, temiendo las represalias del Todopoderoso. Maldita sabandija miserable. Solo demostró valor y coraje al asesinarlo un milenio después. Tanta fuerza y poder hubiesen servido para aliarse a Leonardo y derrotar al Creador, en lugar de eso prefirió agachar la cabeza y luego traicionar a quien le quería como a un hermano.

Michelle pagaría cara su osadía y traición.

La llamada de Maimón para autorizar el ataque se hacía esperar entre gruñidos, sus huestes no se caracterizaban por la paciencia precisamente. Abigor también estaba nervioso, a pesar de haber disfrutado de cientos de batallas; quizá porque la de esa noche se recordaría durante milenios en libros como ese tan absurdo e imaginativo que los católicos elaboraron hace mil años y que contaba con la fantasiosa vida de un simple carpintero. Abigor llevaba caminando por la estancia desde que había abandonado los aposentos

de su señor y prometido no hacer un solo movimiento hasta que todo estuviese planificado, hasta recibir esa orden que no llegaba por más que avanzaran las agujas del reloj ante él. La espera se hacía eterna, a pesar de llevar aguardando más tiempo del que nadie podría imaginar. Justo desde que observaba cómo Michelle y otros ángeles se llevaban las palmadas en la espalda y los abrazos tras las batallas, como si su esfuerzo y habilidades fuesen invisibles para el gran Leonardo; ninguneado como un apestoso insecto a sus ojos. Ni siquiera tuvo el reconocimiento merecido cuando el Caído fue repudiado por los suyos y obligado a exiliarse con los pocos que lo habían seguido y jurado lealtad con sus actos.

«Fuiste un estúpido, Leonardo, un mero títere en las manos del Creador, y luego te consumiste en los remordimientos hasta que llegó tu final ante quien no tuviste agallas de derrotar. Tu afecto por Michelle fue tu debilidad. Yo no dudaré ante el mismo escollo. Como tampoco pienso estar más tiempo a la sombra de Maimón, pronto habrá un líder fuerte en los oscuros, pero no habitará en esta cloaca, sino en el mismo palacio del Creador, al que haré pagar por habernos exiliado aquí. Pronto... muy pronto...».

Un bello atardecer cargado de nubes encendidas sobre el río y la basílica de San Pedro, cual postal que podía apreciarse desde los balcones de la habitación del hotel, no auguraba más que pesares y el incierto futuro que les aguardaba a los dos solitarios ángeles y a ella misma, por no hablar de su madre. Audrey prefería no pensar siquiera en la suerte que estaría corriendo la buena mujer. Llevaba más de dos horas asomada a la baranda de piedra de la terraza, sin ser consciente del descenso de luz y temperatura que anunciaban la llegada de una nueva noche. Quizá la última de sus vidas.

«Ahora me dirás que vives aquí, ¿no? En la residencia de verano del papa», dijo Audrey a Angelo cuando se refugiaron en los jardines de la fortificación dos o tres días atrás (que ya parecían meses). «Sería divertido que fuese así», respondió él con una risa contenida. ¿Quién iba a imaginar que aquel lugar recibía el nombre en su honor?

Angelo no había vuelto aún, y quizá no volviese nunca más por haber sido descubierto y atacado. Muy complicada debía de ser la misión que había emprendido esa mañana para no aceptar la compañía y ayuda de Lailah. O tal vez solo buscaba información y consideró que iría más rápido en solitario mientras ellas descansaban. No se perdonaría si le hubiese ocurrido algo

trágico. Tal vez estuviese muerto en esos momentos y ya nunca pudiera decirle lo que sentía por él, agradecerle su ayuda y confesarle que conocerle era lo mejor que le había pasado en aquel viaje loco y absurdo.

Visitar lugares ya casi desaparecidos en los que sesenta años antes se había rodado una simple película... ¿Cómo podía ser tan boba?

El aire se hacía denso a medida que pasaban lentamente los minutos y el chico no regresaba al hotel. Lailah estaba tumbada, casi en un extraño trance, sobre una de las tumbonas, en silencio y con el mismo bikini que portaba al mediodía mientras le contaba la historia más sorprendente que jamás pensase oír.

Unas palomas pasaron cerca de ellas y sintió el deseo de poder volar, volar para escapar de la ciudad, volar para ir en busca de Angelo, de Matilde; volar para olvidar la pesadilla del secuestro, la persecución, la explosión del barco, los locales llenos de demonios. Volar y no mirar atrás. Un aroma familiar llegó a su olfato, el de un perfume que la transportó a su niñez. ¿Quién lo usaba? Seguro que no lo hacía Isabel, ella solo se rociaba con agua de colonia Nenuco rebajada con agua tras cada ducha, además de un barato perfume de lilas antes de poner la película cada sábado por la tarde; y que se aplicaba tras las orejas y en el canalillo tal como había oído recomendar a alguna actriz famosa alguna vez

Respiró hondo en lo que fue un tremendo suspiro que hizo salir del trance a su compañera en la terraza.

—¡Guau! Ese suspiro ha sido de enamorada o embarazada, como mínimo.

Audrey no respondió, ni la miró siquiera, tenía demasiadas cosas en la cabeza como para añadir una conversación con quien aún consideraba demasiado frívola y una competencia casi imposible de vencer en su lucha por conquistar el corazón de Angelo. ¿Habría algo entre ellos?, se preguntaba. Lailah dejó claro durante la historia que quería estar junto a Angelo, tener sus favores y su atención, por eso envidió a Leonardo durante milenios. ¿Hasta dónde llegó esa veneración tras abandonar el cielo? ¿Tuvieron algo más allá de una relación fraternal o de amistad? ¿La confianza y conexión que se podía apreciar entre ellos eran signos inequívocos de una relación íntima?

—No te comas tanto la cabeza, entre él y yo nunca hubo más que cariño, respeto y admiración mutua —la chica pasó a su espalda fingiendo indiferencia pero dejando escapar con la mirada un aura de melancolía y frustración que dejaba claro cuáles hubieran sido sus intenciones con respecto a Michelle... Angelo.

Audrey no supo qué responder, quedó bloqueada ante la idea de que los ángeles pudieran leer el pensamiento a los mortales. «Dios, qué vergüenza. ¿Cuántas veces he pensado sobre Lailah en su presencia? ¡Joder, joder, joder! ¿Cuántas veces lo he hecho sobre Angelo? ¡Tierra trágame!».

No hubo tiempo para comprobar si Lailah había oído o no aquel último pensamiento, Angelo entró por la puerta y la tensión en el ambiente tornó en un estado de felicidad extremo por parte de las dos chicas que lo esperaban.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —Lailah fue la primera en recriminarle por la cantidad de horas que llevaba desde su marcha.

—He tenido que pedir un favor a quienes no suelen darlos con facilidad, y luego otro a quienes no están ahora aquí para concederlo. Siento la demora y que os hayáis preocupado. Creo que deberíamos bajar a cenar al restaurante y así os podré poner al corriente de las novedades.

Música clásica y una iluminación tenue crearon el marco perfecto para degustar los platos que el chef del hotel había elegido para la carta de esa noche. Durante la velada, sentados los tres en una mesa íntima al fondo de la sala, Angelo comentó que cuatro ángeles estaban en camino para ayudarles en su misión, con el resto no había logrado contactar y dudaba incluso de su supervivencia después de tanto tiempo sin tener contacto con ellos. Esa era una buena noticia a medias, ya que tardarían en llegar, quizá lo hicieran demasiado tarde. Luego llegó la mala noticia: Abigor, el cruel y muy poderoso comandante de Maimón, estaba al mando de las legiones de demonios que los atacarían. Audrey no podía ocultar su preocupación, ni siquiera fue capaz de tomar más de dos o tres bocados de la deliciosa comida.

—No te preocupes —le dijo Angelo al notar su inquietud—, mientras ellos se centran en planificar un ataque, nosotros los sorprenderemos yendo a su sede principal, donde estará Maimón y también tu madre, quizá la seguridad del edificio sea mínima al no esperar semejante locura.

—¿Locura?

—Es un edificio que ya cuenta con bastante seguridad de por sí. Pero esos vigilantes extra no supondrán ningún problema.

—No sé dónde os queréis meter, pero suena muy peligroso y no puedo dormir tranquila sabiendo que lo hacéis por mí.

—Puestos a morir, deberíamos pensar en disfrutar del último día, o noche —añadía Lailah guiñando un ojo a Audrey. Luego se marchó a la habitación con una copa de vino en la mano.

—No he entendido lo que ha querido decir —preguntó Audrey una vez a solas con Angelo.

—No me hagas explicártelo, por favor.

—Ahora no os entiendo a ninguno de los dos.

—A ver cómo te lo explico... Lailah se refiere a... un trío. Ella siempre piensa en eso, en pasar un buen rato, ya me entiendes.

El rubor llegó a sus mejillas al ver la naturalidad con la que su compañera de aventuras trataba el sexo, un tema que, a sus dieciocho años, aún le avergonzaba cuando se hablaba de él o se opinaba de un modo tan directo y libertino, pero más se azoró al pensar que una chica, un ángel bello como jamás había visto, se interesaba por ella. Luego una sombra apareció para eclipsar toda la luz del halago recibido.

—¿Ella y tú?

—¿Te importaría que hubiésemos tenido algo más que amistad?

—Solo es curiosidad.

—No has respondido a la pregunta.

—Tú tampoco.

—Hace siglos, literalmente... Entonces yo me encontraba en un estado que sería difícil de definir.

—No tienes que darme ninguna explicación.

—No son explicaciones. Solo quería hacerte saber que el tiempo, cuando no se termina, cuando no avanza, cuando no hay metas, cuando no hay un por qué a la existencia, se hace tan extraño en su curso como en las formas que usas para pasarlo sin querer ponerle fin de una vez, arrancándote el colgante para arrojarlo al río de lodo que recorre esta ciudad como una serpiente cansada de tragar con la miseria y la podredumbre que la azota desde hace milenios.

—Has debido de sufrir mucho para que palabras como esas broten con tanto dolor.

—¿Dolor? Los humanos no comprendéis el significado de esa palabra, Nunca habéis tenido que nacer ya adultos para librar batallas contra despiadados demonios sobre volcanes en erupción, nadando en ríos de lava y viendo morir a tu única familia, el resto de ángeles, entre glaciales tras ser acorralados por cobardes demonios que solo buscaban la libertad, vivir alejados de las órdenes injustas... Nosotros los convertimos en lo que son ahora.



Audrey sintió el terrible sufrimiento que soportaba cada día el chico, y contuvo las ganas de abrazarse a él con fuerza.

—¿Cuántos años llevas...?

—¿Arrastrándome por la superficie de este planeta?

—Bueno, no imaginaba que terminarías mi pregunta de ese modo.

—¿Sabías que los ángeles llegamos a la vida, si a esto se le puede llamar vida, como seres adultos y ya formados intelectualmente? Todos los ángeles creados por *el jefe* llegamos a tiempo para la batalla que durante milenios se libró para frenar el pecado, o cualquier otro deseo del Creador, incluso exterminar a las huestes del Caído.

—Ya me lo contó Lailah.

—¿Y te contó que no estamos tan formados en la mente como se supone, o como deberíamos? Matábamos sin llegar a saber el motivo, solo por una orden de nuestro hacedor. Yo estuve allí, libré aquella última batalla y vi morir a quien más había querido, tuve que darle muerte yo mismo, solo por pensar de forma diferente... Aún puedo verlo con la nitidez con la que te contemplo a ti. Una buena memoria... ese es otro cruel castigo de quien nos creó. Pero seguro que equivocas por completo los bandos. La delgada línea que separa el bien del mal es mucho más delgada de lo que habías imaginado a lo largo de tu vida. Y a veces cruzas de un lado al otro casi sin saber cómo, o te das cuenta de que llevas demasiado tiempo en el bando equivocado. Es duro batallar bajo una ruindad que lo invade todo y te hace sentir cómo tu alma se pudre hasta hacerte comprender que no eres más que un esclavo.

»Lo más divertido de todo, casi poético —esbozó una amarga sonrisa mientras observaba algún punto en el infinito—, es que tras tantas batallas no ganó el bien, como te hicieron pensar, no ganó la felicidad para todos, sino el libre albedrío. Que cada uno se busque la vida como pueda. Jehová, ese Dios tan magnánimo de la Biblia, salió victorioso en su búsqueda del camino más cómodo, del castigo y de tener mortales buenos y malos viviendo e interactuando juntos. Así terminó una guerra milenaria que condenó a todos los supervivientes, llámanos ángeles y demonios, y a vosotros mismos, a vagar por un mundo de luces y sombras, con la única dirección de los santurrones que captan feligreses para añadirlos a su redil.

—No imaginas cuánto me cuesta creer que Dios no es el ente bondadoso que me han inducido a creer.

—¿Por qué? Ya te he dicho que la historia la escriben los vencedores, son ellos los que deciden quién es el bueno y quién el malo, los que inculcan el

conocimiento en las futuras generaciones. Si Hitler hubiese ganado la segunda guerra mundial, hablaríamos alemán y tendríamos al *Fuhrer* como símbolo de unión, paz y desarrollo, como un salvador de las naciones, como el que limpió el mundo de razas sucias, como el más positivo ejemplo de líder. Así es la historia, se resume a un libro escrito por el vencedor y memorizado hasta tenerlo fusionado al ADN por parte del pueblo.

—¿Y no pudisteis frenar esa tendencia? Tal vez la humanidad hubiera ido mejor sin religiones.

—Pudimos hacer lo que quisiéramos, matar al Mesías, a sus discípulos o a sus padres antes de engendrarlos; y te garantizo que en el caso de Jesús no fue ninguna paloma lasciva y extraviada, pero andábamos por aquella época demasiado escépticos sobre lo que nos competía o lo que debíamos hacer para ganar el camino de vuelta a nuestro hogar: lo que llamáis el cielo o paraíso. No fue nuestro mejor momento y los hombres tomaron el control.

—Tampoco creo que fueseis conscientes de lo que se fraguaba entre cabañas de campesinos y carpinteros. No podéis ver el futuro, ¿verdad?

—No, eso estaría bien.

—Entonces, ¿los humanos crearon la Iglesia y la religión?

—Todas las que imaginas o conoces, todas ellas están basadas en los deseos de grandeza de hombres, nada proviene de los designios de un Dios o ángel o demonio. Aunque Maimón influyó mucho en una de ellas para lograr una posición de privilegio.

—¿Hay alguna secta satánica que siga las órdenes de Maimón y el resto de demonios?

—Pues claro.

—¿Y cómo se llama?

—Iglesia Católica Apostólica y Romana.

La débil luz de la noche entraba a través de la ventana como un faro moribundo, anunciando la desesperación que ella sentía ante todo lo que la rodeaba. Deseaba chillar, o saltar al vacío para que aquella pesadilla terminase de una vez. Aunque no volviese a ver a Angelo nunca más, aunque quedara convertido en el recuerdo brumoso de un dulce sueño, necesitaba volver a sentirse a salvo en su casa de Madrid, junto a sus padres y lejos de aquel extraño sueño de demonios y ángeles.

La cama parecía hacerse más grande a la vez que su cuerpo desnudo y empapado en sudor daba una y otra vuelta sobre las sábanas de seda cada pocos segundos. Angelo y Lailah estarían aún conversando en la terraza —qué suerte no tener la necesidad de dormir— y luego le contarían por la mañana sus planes. Quizás el día siguiente se solucionaran sus problemas, ya fuese para recuperar a su madre o para acompañarla al otro mundo, donde podría disfrutar de ella y también de Isabel, con la que tendría una larga conversación. ¿Podría estar allí junto a Angelo? ¿Iban los ángeles al cielo tras morir? ¿Podría morir ella y no hacerlo sus dos acompañantes? Esperaba que fuese así y no al contrario, no querría cargar con semejante culpa, ya era bastante lo que sufría por Matilde.

«¿Pero qué estupideces pienso? Si hace solo unos días no creía en el cielo ni en las religiones, ¿cómo puedo estar ahora elucubrando semejantes tonterías?».

Las molduras del techo parecían bailar una sensual danza al ritmo de la brisa que entraba por la ventana y hacía mecer los visillos. En cualquier otra situación habría sucumbido a los brazos de Morfeo en cuestión de segundos, pero el cansancio acumulado no parecía imponerse a las dudas y los miedos que la asaltaban, y calculó que llevaría horas sin conseguir cerrar los ojos. En cada sombra del techo veía los largos cabellos negros de Angelo ondeando al viento, o su mirada de pícaro sinvergüenza, o esa sonrisa burlona que lograba aflojar sus rodillas.

Llevaba tanto tiempo creyendo verlo por toda la habitación, que en ese mismo instante parecía que la observase desde la puerta, apoyado en el quicio y mirándola con gesto serio a la vez que cargado de un fuego que solo los que sienten esa conexión saben definir.

La sombra, imagen o espejismo, tomó forma física y se acercó despacio a los pies de la cama. Se desnudó, dejando ver una anatomía perfecta, para reptar sobre la trémula y sudorosa piel de Audrey. Ella lo observaba, atónita y ansiosa, a la vez que se mordía el labio y las ganas de pedirle que se diese aún más prisa, gritando con el alma y sus ojos por la dicha de lograr cumplir el anhelo que había surgido en el primer instante de conocerle.

Si los besos recibidos antes la habían subido a una nube, el que recibió ahora, a la vez que sentía la piel del chico deslizándose sobre la suya, hizo que observase una nueva dimensión desconocida para ella. Angelo no pronunció una sola palabra, ni ella esperaba tal cosa, solo acarició con sus labios cada milímetro de su piel y dedicó una especial atención a los rincones

más íntimos, logrando sonsacar exclamaciones que ella no pudo contener ni aún pensando que Lailah estaría escuchando desde la terraza.

El fuego que Audrey creía portar en su interior no resultó más que una pequeña vela en comparación con la llamarada que surgió al sentir a Angelo dedicándole sus habilidades y atención. Y toda la tensión acumulada se esfumó tras el clímax y caer exhausta sobre el pecho del chico. Jamás habría imaginado que podría sentir una conexión tan especial e intensa, casi... ilusoria, como si hubiese surgido en sus sueños. Tuvo en ese momento la completa seguridad de que recordaría ese momento durante toda la vida más como un sueño que como un suceso real, llegando a dudar del mismo con el paso de los años, pero siempre provocando una sonrisa en su semblante.

¿Había visto la Revolución francesa y cómo decapitaban a Luis XVI? ¿Había sido testigo de cómo Leonardo Da Vinci pintaba la Capilla Sixtina? ¿Observó unos minutos antes a Atila cruzando los Andes? ¿Cómo había visto con tanta claridad y lujo de detalles esas y muchas más etapas de la historia? ¿Habían pasado los recuerdos de Angelo, de algún modo inexplicable, a su mente a través de la conexión física que habían compartido?

Deseaba hacerle mil preguntas, pero prefirió sucumbir al sueño que había aparecido como una pesada manta sobre su cabeza y dejarse llevar por los escalofríos que aún sentía recorriendo su cuerpo como descargas eléctricas. El chico jugaba con sus cabellos y acariciaba la línea de su espalda cuando perdió la consciencia.

No sabía cuánto tiempo había pasado, quizá unos minutos o tal vez horas, pero eso no le importó lo más mínimo; el estruendo al abrirse de golpe la puerta de la habitación y la visión que contemplaba helaron su sangre. Allí, ante Audrey y Angelo, se encontraba Lailah con una armadura plateada y su espada en la mano.

## Capítulo 18

Estaba petrificada, aunque no por la vergüenza de lo que había pasado entre Angelo y ella, o por seguir desnuda. El semblante de Lailah era aterrador, como dispuesto a abalanzarse sobre ellos y partarlos en dos. Audrey no pudo preguntar qué pasaba, Angelo lo había comprendido en el momento:

—Maldita sea, nos han encontrado demasiado pronto. Hemos pasado de ser cazadores a cazados. —Antes de terminar la frase, ya estaba de pie y luciendo una armadura similar a la de Lailah, que había surgido de repente sobre su cuerpo.

Audrey estaba muy asustada, ni siquiera reaccionó para vestirse a toda prisa. Se quedó contemplando a los dos ángeles en silencio. No llevaban alas, como hubiera imaginado antes de conocerlos, solo ese extraño metal plateado cubriendo su cabeza, torso y cadera, además de antebrazos y botas hasta la rodilla. Emitía un extraño brillo y la elaborada filigrana que tenía grabada por toda su superficie parecía contener fuego en su interior. Cuando Angelo se dirigió a ella, quedó impactada al ver sus ojos, de un verde mucho más claro y emitiendo una extraña iridiscencia.

—Rápido, vístete. Tenemos que sacarte de aquí.

A lo lejos se oyó un estruendo. Varias plantas más abajo estaban destrozando el hotel.

—Eso será complicado —repuso Lailah—, no podemos separarnos.

—Tampoco luchar y protegerla a la vez. Debes llevártela mientras yo los contengo.

—Eso es una locura. No sabemos cuántos son ni si tendrás que enfrentarte a Abigor o al propio Maimón.

—No serán más de unos cientos. Y puedo arreglármelas con la sanguijuela de Abigor. Maimón estará a salvo a kilómetros, como siempre, no se enfrentaría a mí ni comandando un ejército de un millón de demonios.

—No subestimes a Abigor, no ha dejado de luchar mientras tú has permanecido durante siglos aletargado.

—Mírame —le ordenó Angelo. Lailah tardó dos segundos en cambiar su rostro por una máscara de horror y pesar.

—No, no puedes pedirme esto.

—Debes confiar en mí.

—Lo he hecho desde el primer momento. Pero ahora...

—No hay tiempo que perder. Obedece.

Audrey no sabía quién era ese tal Abigor, pero debía de ser muy fuerte para que hubiesen brotado sus armaduras. Lailah le contó la tarde anterior que los ángeles llevan esa protección forjada por el propio Creador, al igual que sus espadas, y que potencia sus habilidades en combate, así como les protege de las espadas de sus enemigos, salvo que sean de los demonios más poderosos. Tampoco comprendía esa conexión que acababa de contemplar entre Angelo y Lailah, como si hubiesen hablado por telepatía. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué había tanto secreto entre ellos? ¿Se referían a su seguridad? No deseaba ponerlos en peligro por salvar su vida.

—Podré frenarlos el tiempo suficiente, luego me reuniré con vosotras en la terraza del *Pincio* —dijo Angelo.

—Lo siento, pero no es discutible. Subamos a la azotea —zanjó Lailah.

Angelo tomó por la cintura a Audrey, que ya se había vestido, y desde la terraza de la habitación dieron un salto de varios metros para acabar cayendo sobre la cubierta del edificio: una superficie de unos mil metros cuadrados que contaba con multitud de torretas a modo de respiraderos. Las luces de la ciudad confeccionaban un manto de estrellas a su pies cuando una fuerte explosión hizo vibrar el edificio. Los gritos de otros huéspedes y los destrozos ocasionados en la suite se oían a la perfección desde allí, no tardarían ni un minuto en descubrir su posición. Audrey se parapetó entre dos torretas de ventilación, Angelo y Lailah se colocaron a sus flancos para tratar de protegerla del modo más eficaz.

De entre todas las figuras oscuras que les rodearon en cuestión de segundos, una destacaba por su atrevimiento más que por su talla. El más delgado y de menor estatura se acercó despacio, esbozando una malévola sonrisa ante la victoria que ya saboreaba.

—Cuánto tiempo, miserable —espetó Lailah—. Espero que no nos aburras con un discurso sobre rendición, ahórranos el bochorno de oír tu asquerosa voz.

—Lailah... Lailah... Lailah... Siempre fiel al traidor de Michelle. Ya me imaginaba que te encontraría a su lado desde que Maimón me llamó para esta nueva empresa.

—Qué raro no ver aquí a tu amo —interrumpió Angelo—. El perro ha venido solo. Pocos guerreros has traído, te veo muy confiado.

—Serán suficientes. Vosotros lleváis siglos sin pelear, nosotros no hemos dejado de formarnos para este momento.

—Espero que no os defraudemos.

—¿Qué os parece si dejamos la conversación y vamos al grano? —zanjó Lailah.

Los guerreros de Abigor se lanzaron casi en el acto sobre sus presas. Una docena de espadas cayó sobre cada ángel, pero fueron repelidas sin dificultad, el problema no sería la fuerza o habilidad de aquellos demonios de nueva generación y sin poderes, sino el combate final que deberían librar contra Abigor; que, siendo un ángel caído, contaba con mucho más poder que sus soldados, simples humanos convertidos. Además, no podían cambiar de posición para no dejar desprotegida a la chica.

Audrey, horrorizada ante la destrucción y muerte que contemplaba, solo podía llorar mientras tapaba sus oídos para no oír los gritos y lamentos de los demonios que caían a su alrededor. Estos se deshacían en negras cenizas en cuanto morían y otros ocupaban su lugar. Tanto Lailah como Angelo eran más rápidos y fuertes que sus adversarios, aunque quedaba por ver lo que ese tal Abigor era capaz de hacer.

No se hizo esperar mucho, el comandante de los demonios se sumó a la batalla pero sin atreverse a un enfrentamiento directo contra quien sabía que era más fuerte, contra el asesino de su maestro Leonardo. Lanzaba algún que otro mandoble con su negra espada cada vez que veía distraído al ángel con sus guerreros. Una y otra vez. Sin descanso. Fracasaba en cada intento, pero sería paciente, confiaba en su habilidad. Quizá no fuese demasiado inteligente, ya que lo más apropiado era atacar a Lailah, considerablemente más débil y lenta. La chica, por su parte, reservaba fuerzas para crear explosiones en el momento en que lo necesitase. Y aún no había llegado ese momento. Aquellos demonios no suponían ningún problema para ella y no pensaba debilitarse antes de un enfrentamiento con alguien tan fuerte como Abigor, al que había visto luchar miles de veces cuando ambos pertenecían al mismo escuadrón.

El número de demonios iba descendiendo a una velocidad alarmante, Abigor estaría desesperado al comprobar que no conseguía su objetivo tras los continuos ataques a sus enemigos. Las espadas de los débiles demonios que comandaba no matarían a los ángeles, pero si lograban alcanzar su carne los debilitarían el tiempo suficiente para poder ensartarles con la suya propia, y esa era letal. Cuando Abigor sufrió el destierro y la transformación de su carne, su propia espada se convirtió en un arma mortal contra los que habían

sido sus hermanos, y ya había logrado acabar con varios de ellos desde entonces.

La batalla estaba llegando a su fin, ya no quedaban ni cien guerreros oscuros en pie. Los dos ángeles no se habían visto obligados a usar sus habilidades más letales: Lailah las explosiones y Angelo la capacidad de teletransportarse, así como llevar consigo a quienes quisiera durante esos saltos. Abigor tenía pocas posibilidades de vencer, salvo enfrentarse a ellos de forma directa tras perder a su tropa, y sería un suicidio contra dos ángeles a la vez, más aún si uno de ellos era tan poderoso.

El hedor del fuego había ido incrementándose desde hacía unos minutos, y ahora por fin se veían las llamas, estas sobresalían amenazadoras por los cuatro costados del hotel. Pronto se derrumbaría todo el edificio, por no hablar del calor que sería letal para Audrey. La chica observaba aún aterrorizada lo que sucedía sobre la azotea de un hotel que jamás volvería a recibir huéspedes.

Sesenta, cincuenta, cuarenta, treinta, veinte... Abigor observó el suelo cubierto de las cenizas que habían quedado tras la desigual lucha entre sus débiles guerreros y aquellos dos traidores. No le quedaban más que cinco soldados y ordenó que se apartaran.

—Entrégame tu llave y te prometo que no mataré a la chica.

—Creo que no has sido consciente de lo que ha pasado aquí esta noche —respondió Angelo.

—Me parece que eres tú el que no es consciente de lo que pasa a su alrededor. —Abigor sonreía de un modo más perverso que nunca.

El extraordinario destello iluminó toda la azotea, eclipsando incluso las llamas que rodeaban el edificio. Las dos espadas habían provocado un relámpago al chocar entre ellas. Espadas blancas, puras, diseñadas para combatir exclusivamente a la oscuridad.

El rostro de Angelo estaba deformado en una mueca de incredulidad y asombro. Ante él tenía a quién menos hubiera imaginado, una aparición inesperada y que traía recuerdos agriados de toda una vida.

—¿Tú? No puede ser.

—Se acabó la era del bien, llegó el momento de tomar el control y devolver al Creador su traición. No puedes permanecer durante más tiempo al margen de la lógica. Únete a nosotros y comanda el asalto final.

—¡Nooooo!

Y Angelo desapareció.



La alfombra del despacho mostraba un surco en la zona gastada por el continuo caminar de Maimón, un círculo perfecto tras kilómetros de meditaciones. ¿Sería todo tan fácil como lo había propuesto Abigor? Aunque durante miles de años no había imaginado un escenario tan propicio para la victoria, no se fiaba de la aparición en el último momento de tan valioso y decisivo aliado, tampoco de que consiguieran la victoria con un asalto en el que llevarían solo quinientos guerreros. Se le antojaba una empresa suicida, pero si Abigor estaba tan seguro de sus opciones y confiaba tanto en la victoria, ¿quién sabe? Quizá fuese aquel el día en que todo cambiase y pudiera por fin enfrentarse al Creador cara a cara para rendir cuentas.

¿Qué estaría sucediendo en el hotel en que se hospedaban los ángeles? ¿Por qué aún no había obtenido información sobre el curso de la batalla, sobre el resultado de semejante locura de ataque? ¿Y quién era esa chica? ¿Qué papel jugaba una mortal en una guerra milenaria? ¿Por qué el ángel no se despegaba de ella?

Un sirviente interrumpió sus pensamientos, era un lacayo que se interesaba por si deseaba cenar algo. Maimón necesitaría uno nuevo para ese puesto tras incinerarlo por su intromisión. La incertidumbre estaba acabando con su paciencia. Pulsó un botón sobre su escritorio y apareció otro sirviente, más temeroso que de costumbre, para preguntar por sus deseos.

—Traed a la mujer.

Dos días sin llamar eran demasiados para Matilde, incluso la niña habría llamado antes. Algo malo debió pasarles a ambas para que no hubiesen dado señal alguna desde la última vez que pudo hablar por teléfono con Audrey. Andrés no lograba dormir entre tantas dudas y la soledad que provocaba el silencio de la casa. Desde el hotel Adriano le habían dicho que la chica se marchó sola con su maleta, mientras que a su madre no la habían visto salvo en el momento de su llegada. Eso era imposible. Un nudo en su estómago le provocó una crisis de ansiedad.

Llamó a todos sus parientes y a los de su mujer para pedir consejo; hacía horas que había agotado la posibilidad de contactar con Audrey o Matilde a través de sus teléfonos móviles o del hotel; incluso del teléfono desde el que la niña había llamado dos días antes. Llamó a la policía y le dieron el contacto

de la embajada española en Roma, aconsejándole los pasos a seguir para interponer una denuncia y que la policía italiana cursara una orden de búsqueda por la ciudad.

Tras más de tres horas al teléfono dando datos y explicaciones, el silencio volvió a la casa, esta vez más opresor y denso que nunca. No podría volver a dormir hasta saber que su familia estaba bien, así que decidió seguir el impulso de preparar una pequeña maleta, sacar dinero del cajero automático y partir al aeropuerto para preguntar por el primer avión a Roma.

## Capítulo 19

El alba dibujó la silueta de las dos figuras que, sentadas en el punto más alto de la fachada de la iglesia de Santa Susanna, contemplaban con semblantes derrotados la columna de humo negro que ascendía hasta fusionarse con las nubes. Sirenas y luces parpadeantes ocupaban varias manzanas alrededor de lo que había sido uno de los hoteles más emblemáticos de la ciudad, algunos para buscar supervivientes, otros para apagar los pequeños focos aún activos del fuego y el resto para acordonar la zona y desalojar los edificios colindantes. Ninguna de aquellas tareas apresuradas afectaba lo más mínimo a Angelo, solo tenía en mente la última imagen que grabaron sus ojos, y que jamás podría olvidar.

—Ha faltado poco —susurró Audrey tras dos horas sin mediar palabra con él, dejando que asimilase lo que ambos habían contemplado estupefactos. Se sentía entumecida al no cambiar de postura para no caer al vacío, contentándose con observar cómo apagaban lentamente el fuego y rescataban a muchos supervivientes.

Angelo no respondió, ni la miró, parecía sumido en un extraño trance. Quizá su mente aún permanecía sobre la azotea, tal vez se quedase allí para siempre.

—¿Crees que habrán sobrevivido? —volvió a susurrar.

Silencio.

—No creo que sea prudente que sigamos aquí, tan cerca. Tal vez ellos sigan buscándonos por la zona.

No había terminado la última palabra cuando aparecieron en el interior de una vivienda. Se encontraban en un gran salón con toda una pared acristalada, debía de tratarse de un ático en el centro, por la altura y las vistas que se contemplaban del Vaticano a unos doscientos metros. Los muebles eran todos de diseño y había gran cantidad de obras de arte modernas.

—¿Dónde estamos?

—Es un sitio seguro, come algo y duerme, regresaré en unas horas.

—¿Regresar? ¿De dónde?

Angelo había desaparecido ante ella.

A pesar de las dudas, las intrigas que podrían justificar lo visto en la azotea del hotel, y sentirse ahora más sola que nunca al no contar con la

compañía del chico, quien se había convertido en todo su mundo en los últimos días, solo pensó en recuperar el sueño que anesthesiaba sus pensamientos. Observó el enorme sofá blanco y de líneas rectas frente a la chimenea, pero comprendió que sería más cómodo buscar una cama, en un piso como aquel debía de haber una como mínimo.

Un palanquín moderno, con la estructura de acero inoxidable y un colchón de dos por dos metros, acogió su cansado cuerpo después de investigar entre los botones de la pared para que unos estores opacos tapasen el gran ventanal del dormitorio. Notaba el hambre protestando en su estómago, pero el sueño ganaba la contienda por goleada. Ni siquiera la expresión aterrada y confusa de Angelo al final de la pelea, ni los recuerdos del momento íntimo e inolvidable vividos en la *suite* del hotel, impidieron que quedase sumida en una extraña pesadilla en la que todo el planeta ardía; mujeres, niños y ancianos gritando al consumirse entre las llamas. Miles de alados y oscuros demonios lanzando bolas de fuego sin cesar. Un Dios sobre las nubes, indiferente a lo que sucedía, y una decena de pobres ángeles tratando de proteger a los humanos a la vez que contenían los ataques de los crueles demonios. En el sueño aparecía Angelo, pero se encontraba malherido y sangraba mientras trataba de escapar. Audrey intentaba taponar la herida de su corazón y acunarle entre sus brazos, pero él se revolvía con fuerza para evitar que le ayudasen a sobrevivir. Las lágrimas de ambos caían pesadas sobre un árido suelo de cenizas, las de Audrey por no perderle y las de Angelo por no tener nada por lo que luchar. La pesadilla cambiaba radicalmente y la chica se veía a sí misma como una madre que intentaba impedir que su hijo adolescente emprendiese el vuelo para vengar la muerte de su padre.

Cuando logró despertar, agitada y aún sin saber con seguridad si había abandonado del todo la dimensión de los sueños, se incorporó, apartando el pelo sudoroso de su cara, y miró hacia la ventana. Por los extremos del estor se apreciaba el intento del sol por entrar en el dormitorio. Calculó que serían más de las doce del mediodía. ¿Dónde estaba Angelo?

—Has dormido demasiado poco, deberías tratar de descansar más.

La voz del chico provocó su sobresalto.

—¿Qué hace ahí? ¿Dónde has estado? ¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no has entrado en la cama?

Su sonrisa por única respuesta.

—¿Cómo te sientes? —volvió a preguntar ella.

—He tenido días mejores.

Audrey se levantó y fue a su encuentro, se acurrucó sentándose en su regazo y lo abrazó con fuerza. Angelo la correspondió con un largo y dulce beso.

—Saldremos de esta.

Él no respondió, se limitó a observarla con una leve sonrisa, la única que pudo esbozar bajo la pesadumbre que lo embargaba. Y así permanecieron durante una hora, en silencio y fundidos en un cálido abrazo. Ambos tenían la extraña sensación de encontrarse solos en el mundo, aunque Audrey tenía unos padres adoptivos a los que no pensaba renunciar tan fácilmente. Angelo lo sabía.

—Vamos, en pie. Tenemos una misión que cumplir esta misma noche.

—¿Seguimos adelante? —preguntó ella, algo confusa.

—¿Lo dudas?

Audrey se dio una ducha en el piso de Uriel, un ángel que se encontraba desaparecido en esos momentos, su historia no le pudo ser contada porque no disponían de mucho tiempo y Angelo había partido para conseguirle ropa nueva. La chica se secaba el pelo mientras tocaba madera para que Angelo hubiese acertado con su talla y, por supuesto, tuviese buen gusto en la elección. Cuando salió por la puerta para regresar al enorme salón, se encontró con toda la estancia llena de ropa, complementos y zapatos.

—Pensé que preferías elegir tú, así que te traje todo lo que vi en las tiendas.

—Pero esto es todo de grandes firmas, y los ángeles no disponéis de dine... Vale, ya he visto las alarmas en cada prenda.

—Tranquila, las quitaré en cuanto decidas qué ropa te pones hoy.

Chanel, Christian Lacroix, Armani, Versace, D&G..., prendas discretas para el día a día pero con una confección y estilo que Audrey nunca había visto. Estaba sin habla, caminó entre las docenas de colgadores que Angelo había teletransportado desde las tiendas sin saber qué ponerse.

—Espero que no quede muy superficial, pero... con detalles como este no pienso dejarte escapar.

—Suponía que dirías algo así.

—Te veo recuperado, espero que sea algo más que una fachada para parecer entero —se atrevió a decir la chica mientras se probaba un pantalón.

—Hay cosas de las que uno no puede recuperarse así como así, pero la vida... el tiempo continúa queramos o no. Y el nuestro se agota por segundos. Date prisa.

Ella pensaba que se dirigían a alguna batalla final o a tender una encerrona a sus enemigos, pero resultó ser un restaurante en el que tomaron un almuerzo rápido mientras Angelo respondía a las dudas que ella le había vuelto a plantear. Tras el tremendo golpe psicológico sufrido en la azotea, necesitaba pasar un tiempo a solas para asimilar que ahora Lailah había desaparecido, como lo definió él mismo con un gesto de dolor en su semblante. No quiso profundizar más en el tema y prosiguió detallando sus pasos en los suburbios de la ciudad, donde supo que por fin habían llegado tres de los ángeles que le prometieron lealtad y ayuda en esta loca y suicida empresa. Tras meditar con ellos los siguientes pasos a seguir para defenderse de los ataques que sufrirían, partió de nuevo para estar junto a ella y protegerla. La casa de Uriel era un lugar en el que pocos demonios pensarían que podrían estar, pero mejor no confiarse demasiado.

La única sonrisa que parecía haberse escapado del rostro de Angelo fue al ver cómo ella devoraba la comida como si llevase un mes sin comer.

—Siempre me ha encantado esa forma tuya de comer, pareces un expresidiario en su primer día de libertad.

—Lo siento, es que estoy hambrienta.

—Ya lo veo, pero no te disculpes. Solo resulta cómico porque nadie sospecharía que una niña tan delgada y bonita engulliría como un camionero.

Audrey rió a carcajadas, mostrando la comida a medio masticar en su boca abierta, mientras el resto de comensales del elegante lugar la observaban atónitos. Quizá no fuese el lugar ni el momento para algo así, pero lo sufrido en las últimas horas había generado una tensión que quedó liberada en parte gracias a esos minutos distendidos.

Un discreto cartel negro con letras blancas informaba de que estaban a punto de entrar en un teatro en la vía delle Formaci, a escasos metros de la ciudad del Vaticano. Las fechas de las funciones que anunciaban los muy descoloridos carteles de la fachada no eran precisamente actuales. Tras unos minutos esperando a que la calle estuviese despejada, Angelo pronunció unas palabras que esta vez Audrey no logró oír. Y la puerta principal del teatro Ghione se abrió con un quejido desgarrador.

Pasaron al interior y cerraron la puerta a sus espaldas. No había mucha luz, pero Audrey pudo observar cómo el terciopelo rojo lo forraba todo a su alrededor, sin lograr eclipsar el olor a rancio, a cerrado, a moho y a madera

centenaria carcomida en silencio y oscuridad tras la gruesa tela. La mayoría de fotos enmarcadas en las paredes mostraban famosos de los años setenta y ochenta junto a actores y actrices con exceso de maquillaje y sonrisas forzadas. Audrey tuvo que imaginar el patio de butacas, ya que no llegó a verlo, Angelo la condujo hacia la antigua zona de bambalinas y camerinos, hasta llegar a un rincón sin salida. A la derecha se observaban docenas de bombillas polvorientas alrededor de espejos que ya no reflejaban los preparativos de ningún espectáculo; a su izquierda, varios pósteres de funciones como Cabaret, en el Broadway de Nueva York de los años cincuenta. Bajo sus pies Angelo apartó una vieja y sucia alfombra para dejar al descubierto una trampilla.

Tras bajar por una oxidada escalera metálica, todo se hizo oscuridad; una situación que comenzaba a ser tan habitual como desagradable y temeraria. Guiada por la mano del chico, caminó durante unos segundos hasta llegar a una puerta; la luz se hizo tras atravesarla.

—Veo que ya estamos todos, os presento a Audrey. Audrey, te presento a Carlo, a Luka y a Piero. Esos son, al menos, los nombres que han elegido por propia voluntad.

Tres figuras delgadas y de largos cabellos se habían levantado ante su presencia. Audrey apostó a que más por la llegada de Angelo, su líder, que por la de una simple mortal. Hicieron una reverencia que parecía sacada de una película de época y le dedicaron un «encantado» algo descompasado. La chica tuvo que esforzarse en no mirar descaradamente a Piero, ya que no imaginaba que hubiera ángeles negros, al menos la iglesia nunca los había pintado así. Destacaban sus dos enormes ojos de un verde muy claro sobre una piel oscura como la noche. Tras el saludo de cortesía, los tres volvieron su atención hacia Angelo.

—¿Qué posibilidades tenemos contra ellos? —preguntó el que había sido presentado como Luka, de piel bronceada y cabello ondulado castaño.

—Sí —añadía Piero—, porque no me gustaría que cayésemos en una emboscada o nos enfrentásemos a un ejército muy superior a nuestras capacidades. Un suicidio y dejar a Maimón como señor de esta dimensión no es mi idea perfecta de sacrificio.

—Nadie va a sacrificar nada —le interrumpió Angelo—. Vamos a planificar la mejor forma de atacar a la cabeza de la serpiente. Maimón nunca se esperará que vayamos a por él en su propia casa.

—De eso hablaba, estás proponiendo un suicidio, aquel es uno de los lugares más protegidos del mundo.

—Sí, pero la mayor dotación de vigilantes son mortales con lanzas. Es casi imposible que esté protegido por Abigor, se siente demasiado seguro como para desviar a su comandante de la tarea de buscarnos.

—Te olvidas de...

—No, no me olvido —cortó con sequedad a Carlo—. Contemplo todas las posibilidades durante el ataque, tanto las probabilidades de éxito como las consecuencias que tendría que uno de vosotros perdiera la vida por hacerme un favor.

—Lo siento, no deseaba...

—Sobran las disculpas, hermano. Ahora veamos cómo entrar y localizar a la rehén de Maimón.

—¿Estás seguro de que estará allí?

—No querrá tener a su mejor comodín lejos de él. Es su baza para lograr mi llave.

—Aquello es un laberinto interminable, eso sin contar con las catacumbas, si entramos en *La Cripta*, salir se convertirá en una odisea. Recuerda el hechizo de los pasadizos, cambian para tenerte una eternidad deambulando por ellos sin lograr nunca la salida.

—Si nos vemos obligados a bajar a las catacumbas, deja la salida en mis manos. Confía en mí.

—Mi vida está en tus manos y mi espada a tu disposición, ya lo sabes. Para eso estoy aquí, hermano.

Luka se había levantado como con un resorte, llevando su mano al pecho, a la altura del corazón, y miraba con pasión y algo de arrepentimiento a su líder. Angelo se acercó despacio a él y puso su mano derecha sobre el hombro del ángel, este agachó la cabeza en una nueva muestra de sumisión.

—Hermanos, esta noche quizá sea la última de nuestra estancia en esta dimensión. Tal vez porque acabemos con todos los demonios y regresemos a casa, o porque ellos acaben con nosotros y descansemos por fin. Sea cual sea el destino que nos aguarda, recorreremos el camino juntos por última vez, con una sonrisa y las ganas de siempre. ¿Estáis conmigo?

—Hasta el final.

Audrey no pudo evitar las lágrimas ante aquella muestra de valor y sacrificio de seres divinos e inmortales por ayudarla a recuperar a su madre. Aunque un fino velo de desconfianza cubría sus pensamientos y esperanzas, un



velo colocado allí por Lailah antes de traicionar a quien la amaba más que nadie. No podía quitar de su mente la imagen de la bella chica tratando de atravesar con su espada a Angelo.

## Capítulo 20

¿En qué locura se hallaba metida? ¿Qué pasaba por la cabeza de aquellos delincuentes para tenerla retenida? ¿Cuántos días llevaba encerrada en aquella habitación?

Nunca hubiera imaginado que estar secuestrada para pedir un rescate le pasara a una persona de clase media, y menos en una ciudad del primer mundo. Matilde solo había visto cosas así en las noticias o películas, y siempre le ocurría a niños ricos en países africanos o de América del sur, donde se pedía un rescate a sus padres. Tampoco podía hacer más que imaginar cuál era su situación, ya que nadie había hablado con ella desde que se la llevaron por la fuerza de la habitación del hotel. Desde entonces la habían alimentado a diario; y las comodidades de la habitación en la que estaba retenida no podían ser mejores. Contaba con un dormitorio enorme, con cama más grande que la suya de matrimonio en Madrid, mejor colchón y muebles de una calidad que no podría permitirse. El baño se encontraba tras una puerta al fondo, y contaba con una bañera de hidromasaje en la que pasaba casi la mitad del día; total, no tenía nada mejor que hacer.

¿Habrían pedido ya un rescate a su marido? ¿Qué había sido de Audrey? Se habría vuelto loca al llegar a la habitación del hotel y no encontrarla allí. Pobre chica, una madre muerta y la otra secuestrada. ¿Volvería a ver a su familia algún día? Cada vez se sentía más derrumbada, las fuerzas iban menguando a medida que pasaba el tiempo. Permanecer incomunicada era una de las máximas torturas imaginables. Ese mismo día había comenzado a hablar sola, se sintió extraña al oír su propia voz tras días de silencio.

Si tuviese un televisor, una ventana para observar el mundo o un libro para evadirse... Todo el lujo de la habitación no servía de nada para calmar su alma atormentada y la cantidad de miedos y dudas que asaltaban su cabeza cada día con más fuerza.

El sonido del cerrojo de la puerta la sacó de sus pensamientos. Era demasiado temprano para la hora de la cena, eso hizo que se mostrase temerosa. La sensación de miedo se incrementó cuando vio a dos hombres que no reconocía, ninguno de ellos era el anciano que le traía comida tres veces al día, tampoco llevaban una bandeja en las manos.

Diez minutos después, tras recorrer varios pasillos y bajar escaleras de lo que debía ser un enorme palacio, llegó a un despacho donde hacía aún más calor que en el resto de la casa. La enorme chimenea emitía fuego como si pretendieran asar un ternero. Le señalaron una silla y se sentó, frente a ella había un escritorio oscuro y tras él un anciano cuyo rostro le resultó demasiado familiar.

—La chica con la que se hospedaba en el hotel. ¿Es su hija?

Matilde quedó bloqueada. ¿Por qué le preguntaba por la niña? ¿A qué venía todo aquello? Gente que vivía en un palacio con tantos lujos no tenía motivos para secuestrar a nadie, menos aún a personas de recursos limitados como ella.

—¡Conteste!

Menudo maleducado, pensó ella antes de responder.

—Es mi hija, sí. ¿A usted qué le importa eso? ¿Por qué me tienen aquí?

—¡Cállese!

Matilde dio un respingo, aquel anciano le daba verdadero pánico.

—¿Y quiénes son ustedes? —continuó su secuestrador—. ¿Dónde viven? ¿Qué hacen en la ciudad? ¿Como se llama el padre de la chica?

—¿Eso qué importancia tiene? ¿Por qué me han...?

—¡Cállese! No lo haga más difícil. Puedo hacer que otros le saquen las respuestas, pero no le gustará el método que emplearán.

—El... el padre de Audrey... bueno, nosotros la adoptamos, pero somos sus padres ahora, ya me entiende.

—¿Cómo? ¿No es su madre biológica?

—No, pero eso ¿qué importancia tiene? ¿No estará pensando en hacerle daño a la niña?

—¡No puede permanecer callada? —Pulsó un botón sobre su mesa y apareció un sirviente casi en el acto—. ¡Llévala!

Matilde se quedó sin saber qué motivaba su cautiverio, qué tenía que ver con la niña, ni hasta cuándo la tendrían retenida allí. La llevaron de vuelta a la habitación y allí se tumbó en la cama, sin poder evitar el llanto cuando se quedó a solas.

En el sótano del abandonado teatro no apreciaba si era de día o de noche, una suerte que el sexto sentido de sus acompañantes pudiera darle la hora con precisión. ¿Era magia o uno aprendía a contar los minutos y segundos de forma

inconsciente cuando llevaba milenios sobre la faz de la tierra? A las diez en punto terminó la reunión y se pusieron en pie, recordando a Audrey el momento en que Angelo y Lailah, con sus armaduras de batalla, partieron de un salto hacia la azotea del hotel. La única diferencia que apreció con respecto a la noche anterior fue que entonces era como un tesoro valioso al que proteger a toda costa y en esta ocasión la hicieron sentir invisible, incluso le dieron la espalda y comenzaron a salir sin siquiera mirarla.

—Pero, ¿yo no voy con vosotros?

—Lo siento —murmuró Angelo—, pensé que no hacía falta comentártelo siquiera. Debes comprender que lo que sucedió anoche no fue nada comparado con lo que podría ocurrir dentro de una hora. Necesitamos libertad de movimientos.

—Pero...

—Tu madre, lo sé; pero no serás más que un lastre, no podremos movernos con soltura si tenemos que protegerte. Allí solo nos frenarás. ¿Para qué deseas ponerte en peligro de una forma tan innecesaria?

—Ya..., no soy estúpida, sé que no debo exponerme y, a la vez, arriesgar vuestras vidas por cubrir mis espaldas. Está bien, os esperaré aquí.

Miró a su alrededor y comprendió que la espera sería exactamente igual que el lugar, sombrío, húmedo y apesadumbrado. No había siquiera una televisión, radio o libro para entretenerse.

—Solo serán seis horas como mucho. Tras ese tiempo, si no hemos vuelto, recuerda los pasos seguidos para llegar aquí y vuelve a la calle.

—¿Sola?

—Debes ser cauta, de lo contrario estarías en peligro y no podríamos ayudarte. Si en seis horas no hemos vuelto, es que estamos muertos.

—No, no, no... No digas eso. —Lo abrazó con fuerza—. ¿Por qué no esperáis a que lleguen más de los vuestros? Quizá en dos días. No pasará nada por esperar.

—Este es el momento perfecto, ellos tienen sus tropas mermadas y divididas, nosotros somos pocos pero les atacaremos sin que lo esperen y donde menos imaginan.

—Pero yo no podría perdonarme que os ocurriese algo.

—No será la primera vez que no vemos en una situación como esta, ¿verdad, muchachos?

Carlo, Luka y Piero sonrieron de forma socarrona, pero a Audrey no le sirvió para tranquilizarse. Un extraño presentimiento rondaba su cabeza desde

que había llegado a aquel lugar. Quizá no fuese más que la negatividad provocada por los acontecimientos recientes, especialmente la traición de Lailah, sin embargo, una sombra se había cernido sobre sus deseos de recobrar la normalidad. Sería maravilloso poder olvidar algún día lo ocurrido entre risas con Matilde, con el paso de muchos años, claro. Poder vivir junto a Angelo una relación convencional, ir al cine o a pasear sin mirar hacia atrás en busca de demonios cada pocos metros.

Pensar en Angelo como en un chico de su edad, de los que veía a diario en la universidad, provocó que se sintiera como una estúpida niña que sueña con vivir un idilio con el cantante de moda cuya imagen ilustra los pósteres de su dormitorio. Angelo ni siquiera era humano, y se mantendría con el mismo aspecto y esa sonrisa de sinvergüenza para engatusar a las chicas mientras ella envejecía hasta convertirse en una abuela cascarrabias. Ya hasta pensaba en ese futuro, como abuela viendo la televisión en casa y tejiendo una bufanda mientras el chico seguía buscando turistas bonitas a las que conquistar.

—No puedes ser más ilusa y patética... Céntrate en recuperar a tu madre y deja los sueños para los que duermen. ¡Espera! ¿Y si esto no es más que un sueño? ¿Y si sigo en la cama en Madrid y despierto de un momento a otro? Quizá tuve un accidente durante el viaje en avión y quedé en coma. O puede que esta historia sea mi transición entre la vida y la muerte. Si hubiese sufrido un accidente y estuviese muerta, toda esta loca fantasía en la ciudad que ha marcado mi vida podría ser mi enlace con la muerte.

Observó el reloj de pulsera que Angelo había colocado sobre una mesa para que controlase el tiempo. Eran las diez y ocho minutos.

—¿Ocho minutos? ¿Cómo voy a soportar seis horas aquí encerrada? Ni siquiera recuerdo con exactitud el camino para salir del teatro.

Llegar a las inmediaciones del palacio apostólico fue muy sencillo para los cuatro ángeles, primero se teletransportaron y luego Piero sumió en un sueño profundo a los guardias de la zona. Esa habilidad se reducía considerablemente cuando se trataba de demonios, solo lograba retardar sus movimientos durante unos minutos, algo valioso de todas formas durante una batalla. Llevaron a los guardias bajo uno de los arcos para que sus cuerpos no llamasen la atención de sus compañeros y diesen la alarma, claro que eso no les daría mucho margen de tiempo, aquel servicio de seguridad era tan meticuloso que se comunicaban entre ellos por radio varias veces cada hora.

En completo silencio, Angelo y sus acompañantes evitaron la zona turística del palacio y se encaminaron al ala izquierda, donde encontrarían las estancias destinadas a los dormitorios, despachos, cocinas, almacenes y dependencias del servicio. El lugar más lógico para encontrar a Maimón y a la madre de Audrey. Aunque no se encontrasen allí con una alta dotación de esbirros, el lugar sería muy peligroso para cuatro intrusos, por mucha fuerza y habilidades que tuviesen; por eso se apresuraban sin dejar de lado el máximo sigilo posible. Un sinfín de corredores y escaleras de mármol se extendían en todas direcciones, sin indicador alguno sobre el destino de cada uno. Aquel lugar era memorizado por cada miembro de los servicios doméstico y de seguridad durante días antes de incorporarse de forma activa a la casa. Angelo se los conocía de memoria a pesar de los siglos que llevaba sin cruzarlos. Precisamente desde...

—Gregorio os espera, no hay tiempo que perder.

El vasallo se muestra preocupado, eso significa que es un buen sirviente y la tristeza habita su alma desde que su amo ha enfermado. El humilde hábito de párroco en un lugar plagado de opulentos cardenales es bien recibido por el ángel que lo sigue a través del laberinto de escaleras y pasadizos. Una vela en las manos del camarlengo sume en las penumbras el recorrido más que familiar para Michelle, a pesar de llevar más tiempo sin caminarlo del que le hubiese gustado. Los últimos años han sido algo... difíciles. Se ha visto inmerso en líos de faldas, peleas de taberna y luchas contra quienes creía demonios pero no llegaban más allá de marineros con altas pretensiones. Ni siquiera recuerda haber visto, antes de aquel marzo del año 604, al sirviente que le precede mientras ambos corren como si el mundo fuera a acabarse.

—¿Por qué no ha venido a verme él? —pregunta Michelle.

—Está muy débil.

—¿Débil? No tendrá más de...

—Sesenta y cuatro años del señor.

—¿Ya es tan mayor? Vaya, el tiempo vuela... Aún así, la última vez que hablamos no se mostraba tan derrotado como para anunciar que nos abandonaría.

—Ha ocurrido de repente, hace dos días que amaneció sin fuerzas para sostenerse en pie, desde entonces nos tiene preocupados y no ha salido de la cama.

Michelle sabe perfectamente a qué se refiere el sirviente personal de Gregorio: veneno. Los pontífices en esta época duran poco, y menos aún si sus ideas son más liberales de la cuenta o si confiesan querer cambiar cualquier aspecto que los demás cardenales, especialmente los *preferiti*, consideran intocables para continuar con el dogma de fe y la redención del rebaño compuesto por los nuevos y los conversos, que cada vez son más gracias a las guerras santas.

—¿Y por qué quiere hablar conmigo con tanta urgencia?

El camarlengo, mayordomo personal del papa, se había aventurado a entrar en la zona más peligrosa de la ciudad, aquella en la que solo se pueden encontrar a los que han vendido su alma al diablo, o a los que consideran que esta no vale lo suficiente para negociar ni con semejante personaje. Allí había tenido que ir para buscar al mejor amigo de su señor, a la única persona en quien aún confiaba.

—No lo sé, mi señor. Es algo que debéis tratar con él de forma directa.

Tras interminables minutos recorriendo pasillos y subiendo escaleras, ya en la última planta del edificio, llegan a la alcoba principal, en la que se respira el denso aroma de la senectud, aunque aderezado con algo más; quizá miedo... Seguro que desconcierto e incertidumbre. Allí reposa la marioneta consumida de lo que ha sido el primer humano al que Michelle ha conocido.

—Has tardado en llegar —dijo el pontífice con un hilo de voz.

—Tenía una escalera de color.

—Comprendo, nunca se abandona una escalera de color.

—Solo por un amigo en apuros. La vida parece haberte abandonado, viejo zorro, pero sigo viendo tu esencia más allá de esos ojos mortecinos.

—Gracias por el cumplido, pero no tengo más fuerzas para seguirte la broma. Te he mandado llamar por un motivo urgente. No me queda mucho.

—¿Qué dices? Te veo como siempre, hecho un mozalbete.

Gregorio no puede sonreír, está en las últimas y guarda cada atisbo de fuerza para poder pedir a su mayor colaborador y amigo que haga lo que él no se ha atrevido a hacer en todos aquellos años.

—Un mozalbete que se marcha, pero que deja a otro joven para hacer su voluntad.

—¿A qué te refieres?

—A lo que hablamos hace décadas.

—¿Décadas? Pero si fue ayer —responde Angelo, con la misma escasa consciencia del tiempo como de la gravedad de lo que ocurre a su alrededor.

Parece seguir inmerso en la partida de cartas de la que fue interrumpido una hora antes, acariciando los muslos de una chica de la que no recuerda el nombre y usando sus habilidades para transformar los naipes en otra buena jugada.

El papa Gregorio I mira a su alrededor. Se encuentran a solas en su alcoba, pero desconfía de los oídos que, con total seguridad, sabe que tienen aquellas paredes.

Una saliva espumosa sale constantemente de la fina línea entre sus labios amoratados, gruesas venas se extienden por su rostro y cuello, el cabello que lucía meses antes ha desaparecido y su voz es un susurro grotesco que araña los oídos. El veneno que le han suministrado está a punto de lograr su objetivo.

—Hay que acabar con todo esto. Nada de lo que nos rodea debió ocurrir. Esta barbaridad en la que se ha convertido la Iglesia... No, no era esto lo que deseaba el carpintero.

—Es demasiado tarde —dice con desdén un Michelle al que no parece importarle lo más mínimo la última voluntad del moribundo—. Y te han matado por soltar la lengua donde no debías, apuesto una doble pareja contra ello.

—Señor, mi señor... —agarra la mano del arcángel para besarla, pero Michelle la retira con un gesto de repulsión—. No, san Michelle, no me abandones ahora. No abandones nuestra visión. No abandones a tu pueblo.

—¿Mi pueblo? ¿Nuestra visión? —pregunta a la vez que ríe—. Te insistí docenas de veces, te informé sobre el daño que la Iglesia hacía y seguiría haciendo al mundo, pero no me escuchaste cuando tenías el poder de garantizar el cambio. Así que no vengas ahora, cuando te quedan minutos de vida, a querer cambiar lo que gente como tú ha creado para su propio beneficio desde hace siglos.

—No espero tu perdón, ya sé que es tarde para eso, san Michelle, pero quiero que te quedes el libro que encontrarás bajo esta cama. En él no hay nada que no sepas; de hecho, la mayoría de los sucesos y hazañas que se relatan en él han ocurrido ante tus propios ojos inmortales. Ahora es tuyo, haz lo que consideres oportuno con él.

La conversación no se extiende más de diez minutos, durante los cuales se oyen súplicas ignoradas y ruegos desdeñados. Michelle permanece ante el cadáver de Gregorio alrededor de una hora sin mover un músculo, solo pensando en lo que habría cambiado la historia si aquel estúpido y cobarde



vejestorio, al que ayudó cuando cesó la peste que asoló todo el continente, y al que informó y aconsejó sobre decenas de mejoras para con los ciudadanos y creyentes, hubiese tenido el coraje de devolver la fe en Dios al pueblo, destruyendo esa oscura y mezquina enfermedad que era la Iglesia Católica, la cual no hacía más que pisotear almas para enriquecerse.

Michelle había aparecido unos años atrás ante el papa que consideró más humano y razonable, ayudándole con una epidemia que asolaba toda Europa y con la intención de lograr un aliado poderoso para deshacer todo el mal que la organización que presidía había realizado; y, con casi toda probabilidad, seguiría aumentando con el paso del tiempo. Aquel mortal tuvo miedo, y a pesar de las muestras de divinidad del santo ángel, cerró las puertas a la posibilidad de destruir la institución a la que había jurado lealtad desde que era un adolescente.

Sabiniano sucede a Gregorio dos semanas después en el cargo de pontífice y Michelle no vuelve a pisar jamás aquel lugar. Sus ojos de ángel ven lo que ningún mortal puede, por suerte para ellos, y los intentos por lograr un giro radical en la dirección de la Iglesia se terminan en ese mismo instante.

Angelo llegó al otro lado de una puerta que hacía catorce siglos que no atravesaba. Aquel día aún se mostraba nítido en su memoria; entró escéptico y enfadado por perder una noche de diversión y salió afligido por la muerte de un buen hombre, un cobarde, pero un buen hombre al fin y al cabo, la valentía es una virtud y no una característica de los mortales. Aquella noche llegó a su casa con un grueso libro bajo el brazo, en él se recogía la segunda copia de las dos que existían del evangelio negro, el evangelio prohibido, aquel que escribió con todo el amor del mundo el mejor amigo del carpintero, su más fiel seguidor y aliado, donde no había milagros ni fantasías, solo la palabra de Dios predicada por un buen hombre. Michelle lo leyó a pesar de no necesitarlo por haber vivido en primera persona aquellos hechos. Luego recordó toda la falsedad y las injurias que los traidores decidieron registrar para la posteridad: 12 monedas de plata, traición, calumnias y malas intenciones. Judas Escariote fue el único que no estuvo de acuerdo en la reunión secreta organizada por Simón Pedro para cambiar aquellos aspectos de la palabra del carpintero que no interesaban a sus objetivos. Esa obsesión por la mujeres, por delegar en ellas la enseñanza de la palabra de Dios igual que se encargaban del resto de la educación de los niños. ¡Mujeres

predicando! ¡Mujeres como rabinos! ¡Mujeres dirigiendo el legado de Abraham! Simón Pedro no lo comprendía ni lo compartía, así como otros seguidores del elegido, que se quejaban del desprecio recibido en favor de su esposa, Miriam de Magdala.

Angelo, entonces aún Michelle, observó cómo Judas trataba de poner a salvo a la prole de su maestro: cuatro hijos que serían perseguidos por toda la eternidad, especialmente Sarah, la primogénita del carpintero y la elegida para convertirse en la fundadora de la Iglesia Cristiana, la Pastora de Almas. Judas fue asesinado antes de salir de la ciudad, sus verdugos cayeron luego bajo la espada del arcángel, y la familia de Jesús fue puesta a salvo durante unos meses, hasta que cayeron tres de los vástagos, pero Sarah logró sobrevivir y engendrar una prole que perdura hasta los días presentes.

Angelo recordó cómo prendió fuego al libro tras leerlo, su fe había acabado por completo aquella noche. La del mundo iba tan en aumento que ningún panfleto revolucionario, aún dictado por un ángel, sería capaz de contrarrestar el efecto negativo y el veneno que la Biblia inyectaba en las venas de los fieles.

La última vez que vio aquella puerta fue el día en que perdió la esperanza por los mortales. Una esperanza que solo Audrey había logrado traer de regreso.

Vacío, muerte, oscuridad. No encontró nada más al entrar en el dormitorio, no había nadie en su interior. Los cuatro se mostraron extrañados y más alerta que nunca. Aquello podría ser una trampa.

Regresaron por un camino diferente, uno que Angelo temía recorrer más aún que un enfrentamiento con su creador. Un camino que descendía hasta adentrarse en las entrañas de una tierra podrida y regada con la sangre de cientos de millones de inocentes para lograr la riqueza y el bienestar de una élite elegida. El camino que llevaba a las entrañas del Vaticano, no a sus salones de riquezas o a su archivo literario prohibido, sino donde enterraban a los pontífices. Un laberinto infinito de cuevas que, a espaldas de los romanos, horadaba los cimientos de toda la ciudad.

Sabían que el acceso principal se encontraba sellado, este solo se abría cuando había que enterrar a un nuevo papa; pero el lugar contaba con innumerables puertas secretas. Toda la ciudad del Vaticano era un enorme queso gruyere bajo el caro mármol con el que se había fabricado. Siglos de guerras con otros países, luchas de poder internas, traiciones y salidas furtivas a las alcobas de sus amantes habían provocado la construcción de un laberinto

de túneles que nacían bajo el palacio Apostólico y se extendían en infinidad de direcciones: La basílica de San Pedro, el palacio del Governatore, los museos del norte, el Castel Sant'Angelo y un sinfín de residencias privadas, aunque pagadas con dinero vaticano, en las inmediaciones de la ciudad.

Pasaron por el despacho del pontífice, estaba cerrado, aunque Luka no tardó más de dos segundos que lograr abrirlo. En el interior se apreciaba una chimenea encendida, pero no había nadie. Angelo se dirigió a la biblioteca de su izquierda y tiró de uno de los libros, un sonido metálico precedió la apertura de esa sección de librería. Carlo, Piero y Luka sonrieron al pasar tras Angelo y comprobar que era cierto, aquel libro del que habían oído hablar cientos de veces existía. *Evangelio según Judas Escariote.*

Los cuatro ángeles se sumergieron en una tenebrosa y profunda garganta de escaleras excavadas en la roca, una amenazadora e infinita espiral que se adentraba en las entrañas de la tierra.

## Capítulo 21

El silencio absoluto había logrado que pudiese oír con total claridad incluso los latidos de su corazón. Audrey se encontraba sentada en la misma silla desde que se habían marchado Angelo y sus compañeros. Durante la primera hora estuvo memorizando cada marca en la pared, cada trozo de papel pintado que colgaba como jirones de piel, cada mancha de suciedad del suelo, cada astilla de la mesa de madera que tenía ante ella. Durante la segunda hora se concentró en el lento avanzar del segundero del reloj y en el hipnótico parpadeo de la polvorienta bombilla que colgaba de un cable en mitad del techo, incluso sopló varias veces desde la distancia para ver si lograba hacerla mecer. La tercera hora la había pasado con los ojos cerrados, tratando de concentrarse en los sentidos que se estaban hipersensibilizando en aquel extraño y hermético lugar; primero fue su respiración, luego los latidos del corazón, al final eran sus pensamientos los que parecían emitir quejidos lastimosos hasta lograr cobrar vida y convertir el monólogo interior en un diálogo absurdo.

«¿Quieres dejar de hacer el idiota y salir de aquí?».

—Angelo ha dicho que me quede durante seis horas.

«Pues ya te estás volviendo loca y solo han pasado tres».

—Ahí fuera estaría perdida, no tengo dónde ir. Si, además, me topase con sicarios de Maimón, se acabaría esta historia de la forma más absurda.

«¿Y si Angelo y sus amigos han muerto? ¿Y si les han capturado y torturado para que digan dónde estas?».

—Es absurdo, Maimón quiere las llaves de los ángeles, a mí solo me usaría para presionar a Angelo.

«¿Y si...?».

—¿Y si te callas? No eres más que mi imaginación, deja de molestar y regálame imágenes o recuerdos bonitos para pasar las tres horas que faltan.

A la mente de Audrey llegó su último cumpleaños, las sonrisas de sus padres, María impaciente por salir de fiesta, el olor del pastel y el de la velas tras pedir un deseo y apagarlas, los besos de todos y el momento de vergüenza mientras cantaban el *cumpleaños feliz*. Escenas y momentos se fusionaron en su mente, cumpleaños pasados hasta llegar al primero en el que comió tarta, cuando llevaba tres meses adoptada. Nunca había tenido una fiesta cuando

vivía con Isabel, aquel era un lujo que no se podían permitir. Andrés y Matilde, tras años fracasando en su intento de tener un hijo, estaban volcando todo el amor que albergaban en su interior para lograr que aquella flacucha y arisca niña se integrase en el seno de la familia que siempre la quería, protegería y le daría todo aquello que necesitase, sin esperar nada a cambio y sacrificándose hasta extremos impensables.

Los recuerdos de Audrey volaron entre miles de besos de buenas noches, caricias cuando tenía pesadillas, horas invertidas en enseñarle las asignaturas del colegio para que recuperase el tiempo perdido, viajes al zoo o a la playa, cuidados cuando estaba enferma, regalos cuando los merecía y castigos como consecuencia de su alma rebelde, herencia de Isabel. Los grandes ojos castaños de Matilde, repletos de bondad, se hicieron visibles en mitad de aquel espacio; Audrey podía verlos con claridad, su madre lloraba ante ella.

—Buena jugada me has hecho.

«Has pedido recuerdos, y te doy recuerdos».

—No eres más que el producto de mi imaginación y mis miedos. Ya podrías haberme traído momentos más felices.

«Tú lo has dicho, soy parte de ti, te traigo lo que deseas ver».

La noche traía consigo una brisa cálida, las oscuras calles murmuraban desde la distancia y el olor a pan recién hecho despertaba el apetito de quien tenía una misión demasiado importante que cumplir como para fijarse en detalles tan insignificantes. Del aeropuerto se había trasladado en taxi hasta el centro de Roma, justo hasta la comisaría de los carabinieri que le habían indicado en la embajada el día anterior. Esperó cuarenta minutos para que un agente le llevase ante el comisario de guardia esa noche.

El policía parecía suspirar de resignación por haber sido interrumpido de una cabezada o del juego de ordenador de turno, como si aquello fuese una más de las distracciones absurdas que debía soportar para cobrar el sueldo a fin de mes. Se llamaba Niccolo Rizzo y no tendría más de cincuenta años, delgado, bien parecido, denso cabello negro, pulcramente aseado y con un traje de paisano que parecía hecho a medida y bien planchado. Andrés era la antítesis, necesitaba dormir más de ocho horas seguidas, ducharse y cambiarse de ropa, pero todo eso era insignificante, encontrar a su mujer y su hija era una prioridad absoluta.

—Así que cabello negro, alta, joven, guapa y bien vestida, ¿no? —preguntó el comisario, luego alzó la vista hacia Andrés y le dijo con una mirada de resignación que habría cincuenta mil chicas con esa descripción en la ciudad.

—Quizá la fotografía ayude —musitó Andrés.

—Sí, quizá lo haga —respondió el comisario sin mucha convicción y observando de nuevo la fotografía que Audrey se había hecho meses antes para la solicitud de ingreso de la Universidad.

—Quizá junto a esta otra foto, de su madre, sea más fácil de localizar.

—¿Ha pensado —el comisario hizo una pausa, se le veía incómodo antes de terminar su pregunta— que hayan decidido abandonarle? ¿Tenía usted una buena relación con su familia?

Andrés no daba crédito a lo que acababa de oír, aunque tardó pocos segundos en comprender que ese era el trabajo de la policía, y que ellos no podían saber cómo era la relación entre su mujer, su hija y él. Suspiró hondo y aseguró que nunca habían tenido la más mínima discusión, que se llevaban perfectamente y que la chica estaba disfrutando de un viaje de placer cuando le fue robado el bolso. El comisario ya conocía ese dato porque aparecía en los archivos de su ordenador. Su esposa, la madre de la niña, había viajado la noche tras el robo para acompañarla y protegerla. Luego habían desaparecido.

—Debo decirle, señor Sanabria, que es el caso de desaparición más extraño que hemos cursado en los últimos meses —añadió el policía—. Una madre y una hija a la vez y sin que haya síntomas de violencia de género o de amantes de por medio.

Andrés lo miraba asombrado. ¿Violencia? ¿Amantes? ¿En qué película vivía aquel comisario?

—¿Me ayudarán a encontrarla?

—Por supuesto, su petición está, además, respaldada por el Ministerio de Asuntos Exteriores, así que asignaremos un destacamento completo al caso. Si no le importa, nos quedaremos con las fotografías que nos ha suministrado para entregarles copias a los agentes encargados de buscar a su familia. Ellos me mantendrán informado a mí y yo le comunicaré cualquier avance que consigamos.

La sonrisa forzada y condescendiente no transmitió mucha seguridad a Andrés, pero sabía que presionando o volviéndose irascible no lograría más que entorpecer la ayuda que pudieran brindarle, así que se despidió cordialmente, dando su número de teléfono móvil, y se marchó a la búsqueda de un taxi.

Llegó al hotel Adriano unos minutos después, casi apunto de desfallecer de cansancio y sueño acumulado durante esa semana. Ni siquiera perdió tiempo preguntando al conserje por su hija y su mujer, ya lo había hecho varias veces por teléfono y sin obtener resultados. Pagó por una habitación y subió a dormir.

Se despertó cuando el sol ya castigaba con toda su saña y verticalidad, serían más de las doce del mediodía. No se molestó en comprobar la hora en el reloj o el teléfono móvil, eso no importaba de cara a su tarea de búsqueda. Hizo un mohín de decepción al ser consciente del tiempo perdido y al observar que se había acostado vestido. Se desnudó y dio una ducha rápida que su olfato agradecería.

«¿Por dónde piensas empezar? Está claro que el conserje podría saber algo sobre el paradero de Matilde y Audrey, pero no será fácil sonsacarle si está metido en el asunto. ¿Un secuestro? Eso solo tendría sentido si pidiesen un rescate, pero yo no tengo dinero ni ellos han llamado para pedirlo. ¿Trata de blancas? Eso solo se ve en las películas, y a la pobre Matilde no la veo en un prostíbulo».

La imagen del espejo sobre el lavabo lo devolvió a la realidad. Estaba demacrado por la ausencia de sueño y apetito, oscuras bolsas habían aparecido bajos sus ojos y se veía los pómulos muy marcados en las mejillas. Claro que no fue eso lo que pensó ante el reflejo.

«Quizá mi familia estuvo ante este mismo espejo hace solo unos días, justo antes de desaparecer sin dejar rastro. Quizá este espejo las haya visto y haya oído sus conversaciones: dónde irían, con quién, cuándo. No puedo confiar en que la policía las encuentre... sanas y salvas... —Ese pensamiento le provocó un temblor y ganas de llorar—. Saldré ahora mismo a recorrer la ciudad y preguntar a cada comerciante y transeúnte por si han visto a mi familia».

Andrés abandonó el vestíbulo del hotel tras hablar durante unos minutos con el conserje, que no pudo decirle nada nuevo desde que hablaron por teléfono, lo mismo que también había contado a la policía cuando se personaron allí un día antes. El calor del mediodía trató sin éxito de mitigar sus fuerzas cuando se perdió entre las callejuelas como un turista más, una sombra que pasaba desapercibida entre el resto, o casi, ya que dos tipos vestidos de negro le seguían desde una corta distancia.

El cuartucho destrozado y maloliente, que antaño albergara a grandes estrellas maquillándose ante espejos rodeados de brillantes bombillas, daba en esos momentos vueltas a su alrededor como si sufriese un mal efecto producido por el alcohol. Recuerdos del pasado se mezclaban con neblinosas y derrotistas imágenes de un posible futuro en el que Angelo había muerto y no era más que un lejano recuerdo.

¿Cómo eran sus ojos? ¿Y sus labios? ¿Cómo sonaba su voz cuando susurraba en su oído bellas frases que la hacían estremecerse? Hacía... — miró el reloj y comprobó que habían pasado algo más de cinco horas— ... siglos que no disfrutaba de su compañía, de su calor y la seguridad que le proporcionaba. Su presencia se había convertido en una droga que ahora mostraba su lado más cruel, el de la abstinencia forzosa. Ni siquiera recordaba ya las facciones de su cara, o no creía hacerlo en el estado tan alterado en que se sentía tras la espera en semejante lugar.

Audrey agradeció haber dormido y descansado horas antes en el ático de Uriel, de lo contrario tendría que sumar el agotamiento y el sueño a los nervios que ahora atacaban su mente y su estómago. Menuda pesadilla estaba viviendo. Si hubiese despertado en ese mismo momento, habría pensado que se trataba de un sueño fruto de su imaginación y los deseos de vivir una aventura inolvidable. ¡Y vaya aventura! Con su madre secuestrada, ella perseguida por demonios, explosiones y casi morir ahogada en excrementos, por no hablar del hotel y la casa-barco de Angelo destruidos. Si sus padres fuesen multimillonarios, habría pensado que todo lo ocurrido no era más que una broma financiada para que tuviese su tan ansiado momento mágico.

Con tanto nerviosismo y los sentidos tan trastocados, olvidó que se acercaba la hora límite para salir de allí hacia... ¿hacia dónde? Si Angelo no aparecía, según sus propias palabras, es que estaría muerto, así que ¿adónde iría si se veía sola y sin posibilidades de recuperar a su madre?

Su madre.

Había olvidado por completo su vida anterior, llevaba varios días sin llamar a su padre y este se estaría volviendo loco al no saber de su mujer y su hija. ¿Cómo había sido tan torpe y descuidada? Necesitaba un teléfono móvil con urgencia y salir a la calle para hacer una llamada. No se lo pensó un instante, giró el picaporte de la puerta y comenzó a caminar en la oscuridad con la esperanza de recordar el camino de regreso a la calle. Pasillos que se abrían ante ella como senderos en una noche cerrada, sin saber la dirección ni dónde podría tropezar; trampillas y puertas que no sabía si seguirían cerradas



con llave o atoradas demasiado fuerte para que ella pudiera abrirlas. ¿Sería aquella su tumba si nadie iba a ayudarla? Por lo pronto, parecía fácil el camino de salida, no había bifurcaciones, solo caminando hacia delante por los oscuros y malolientes pasillos, con cuidado de no pisar nada que la hiciese tropezar ni darse con una pared ante la cara, lograría avanzar despacio pero a sin pausa hacia la salida.

¿De dónde sacaría un teléfono móvil? Quizá un transeúnte o el propietario de algún bar o restaurante de la zona se apiadase de su cara de chica buena para prestárselo. ¿Se acordaba del número de su padre? Era seis ocho seis, cinco cuatro... No, seis seis ocho, cinco cuatro dos... ¡Maldita sea! No lo recordaba con claridad. El número estaba almacenado en la memoria del móvil que explotó en la casa de Angelo. Quizás haciendo un duplicado de tarjeta en una tienda de móviles. Sí, diría que le habían robado el teléfono y que necesitaba una tarjeta nueva y un móvil barato. ¡Espera! No tenía un euro, ¿cómo iba a pagarlo? ¡Maldito dinero!

Seguía caminando sin tener muy claro cómo lograría salir de la ciudad para regresar a Madrid, teniendo que dar explicaciones por la desaparición de su madre, cuando se topó con una puerta metálica que no recordaba. El picaporte estaba oxidado y muy duro, hizo todo lo que pudo, reuniendo las fuerzas que le quedaban, pero no logró moverlo. Quizás estuviese cerrada con llave, pensó. Sacó de su estómago todo el coraje que pudo y lo unió al recuerdo de sus padres para lograr la energía suficiente en un segundo y definitivo intento. Sin comida y casi a punto de pasar las seis horas vaticinadas por Angelo, no saldría con vida de allí si no era por su propios medios.

Asió el picaporte con decisión y dejó caer todo su cuerpo sobre el mismo, a la vez que golpeaba con el hombro la puerta metálica.

Cuando comprobó que no se abría, solo pudo dejarse caer al suelo y llorar por su mala suerte, por abandonarse y morir en una cloaca como aquella, entre mohosos recuerdos de actuaciones estelares ante reyes y mandatarios de otros países, entre disfraces de franela y exceso maquillaje, entre sueños de gloria y realidades de barro camuflado de aplausos. Hundió la cara entre sus doloridas manos y lloró con la rabia de un bebé, con la intensidad de quien se siente desamparado, con la certeza que produce la muerte próxima.

Y entonces se abrió la puerta.

## Capítulo 22

La estancia, seguramente un ancho pasillo del teatro porque sentía el suelo enmoquetado, estaba demasiado oscura como para ver a quien había aparecido tras la puerta, pero su respiración entrecortada se percibía con nitidez, además de un característico aroma que ella nunca olvidaría.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? —No obtuvo respuesta—. ¿Estás herido? ¿Dónde están los demás?

Angelo se tambaleó antes de caer de rodillas al suelo. No dijo más que «tenemos que salir de aquí, el lugar no es seguro» y perdió el conocimiento. Audrey ni siquiera sabía que *ellos* podían quedar inconscientes.

El chico no era corpulento, pero aún así no fue fácil para ella sacarlo del teatro, estaba empapada en sudor cuando la brisa del amanecer refrescó su cara al salir a la calle. La luz les ponía al descubierto para los miles de fieles a Maimón que los estarían buscando. Un motel en la misma calle serviría para ponerse a salvo unas horas. Angelo seguía sumido en un extraño sueño mientras ella negociaba con el conserje el pago de la habitación durante un día a cambio de dos anillos de oro, ya pensaría en la forma de recuperarlos más adelante, eran regalos de sus padres con demasiada importancia sentimental como para perderlos. Le dieron una habitación en la misma planta y ella lo agradeció, pues no había ascensor y el anciano con aspecto huraño de la recepción no parecía dispuesto a ayudarla a subir al chico.

No se podría llamar a aquella habitación, pero contaba con una cama y era más que suficiente para que Angelo descansase, además de una mesita roída de carcoma a la derecha; carecía de baño, solo un inodoro sin tapa. Tampoco había ventanas. Angelo emitió un gemido y ella, que ya se preguntaba si lograría recobrar el conocimiento antes de que los echasen del motel, salió de sus pensamientos para acercarse a él y preguntarle si se sentía mejor.

—No, no me recuperaré —gruñó en lo que parecía un último estertor.

—No digas eso, tú no puedes morir.

—La espada...

—¿Qué espada? ¿De qué hablas?

—La espada negra, la espada de Lailah —y emitió una mueca de dolor que hizo tensar todo su cuerpo.

«Está delirando, debe tener mucha fiebre».

Audrey retiró la camiseta sucia del chico y observó en el costado una profunda herida que había ennegrecido todo su abdomen, parecía un extraño veneno que se extendiese despacio por su cuerpo.

—¡Dios mío!

Sudaba sin parar y gruñía de dolor. Audrey le pidió que aguantase unos segundos, salió de la habitación para ir corriendo al baño de la planta, en el otro extremo del pasillo, y trajo una toalla empapada en agua.

—Esto te aliviará —dijo mientras frotaba con cuidado la herida, que no sangraba pero sí impregnaba la toalla con una especie de alquitrán maloliente.

—No pierdas el tiempo, déjame aquí y regresa al piso de Uriel. Vía della Conciliazione, 4, ático. Tienes las llaves en mi bolsillo.

—No iré a ningún sitio, no te abandonaré. Calla y descansa.

—El descanso no servirá de nada. Escucha, tras un cuadro de Van Gogh en el salón hay una caja fuerte, el código digital es 251200, coge el dinero y desaparece lo más lejos posible.

—No... —Ya no pudo contener las lágrimas y se le quebró la voz.

—Escucha con atención, tú eres mucho más importante que yo, más de lo que imaginas, y no olvides el código, 251200.

—Es la fecha del nacimiento de Jesús, no lo olvidaré.

—El carpintero nació en agosto, pero eso no importa ahora. Allí encontrarás suficiente dinero para salir del país sin dejar rastro. Pregunta en el restaurante la Zanzara por el encargado y dile que has visto humo blanco en el Vaticano. Luego haz todo lo que él te diga y estarás a salvo en unas pocas horas.

Las últimas palabras de Angelo brotaron junto a aquella mugre que ya se había extendido por casi todo su cuerpo. Audrey se había sentado en la cama y acunaba la cabeza del chico sobre su regazo, acariciando sus cabellos con manos temblorosas y tratando de contener los sollozos al verlo morir entre sus brazos sin poder hacer nada por ayudarlo. Había dado la vida, al igual que sus tres compañeros, para rescatar a su madre sin pensarlo un instante. Nunca se perdonaría el haber sido responsable de semejante masacre. Quizás Angelo la abordase aquel día y le robase el bolso en su juego de flirteo, pero ella sabía dónde se metía cuando Maimón la secuestró esa misma noche, y a pesar de ello no se marchó de la ciudad aún estando a tiempo para hacerlo, incluso cuando llegó su madre y fue consciente de que podía verse expuesta también al peligro. Ella había sido la inconsciente al no valorar las consecuencias que podían acarrearle las decisiones que tomaba, oyendo solo a su corazón y

anulando los mensajes de alerta que su cerebro le enviaba. Los sentimientos que albergaba por el chico y sus ganas de aventura habían provocado la dramática situación en la que se encontraba.

—No te vayas... no te vayas aún... no me dejes sola... —Abrazó con fuerza su cuerpo y le besó en los labios sin importarle el sabor repulsivo del veneno que había corroído su cuerpo hasta extinguir su vida casi por completo —. Ni siquiera me has contado aún el motivo por el que te acercaste a mí aquel día, no necesitabas robarme, a mí ni a nadie.

—Mero... —el susurro se apagó a la vez que sus ojos quedaron fijados en algún punto del infinito.

Angelo la había abandonado y ella supo que su vida no volvería a ser la misma desde aquel instante. No sabía qué hacer, adónde ir, o realmente no le importaba ya nada. Sin el chico y sabiendo que su madre habría corrido la peor de las suertes, no tenía un hogar al que acudir. Ya no deseaba hablar con su padre, ¿cómo decirle lo que había pasado y que este lo comprendiese? Estaba desamparada y solo pudo llorar junto a Angelo, velar su cuerpo entre sollozos ya incontinentes que la vaciaron de lágrimas y de fuerzas por seguir adelante.

El camarlengo colocaba la casulla sobre el alba y la sotana en los recios hombros de su señor, con el mismo gesto solemne de cada domingo para la bendición que daría el pontífice al mediodía a los fieles que esperaban en la plaza de San Pedro. Luego enlazó los treinta y tres botones y los cinco sementales de la blanca sotana. Una labor que se hacía en silencio, un ritual más en aquella estricta y claustrofóbica vida que habían elegido llevar. Luego coronó su cabeza con la mitra y le dio el báculo. Ya estaba listo para su labor. Su cara, siempre sonrosada y bondadosa, reflejaba el placer que sentía al ostentar semejante cargo de responsabilidad.

El pontífice caminó despacio hasta la puerta de su despacho, como había hecho innumerables veces antes, pero algo le detuvo: una visita inesperada que atrasaría unos minutos su agenda.

—Márchate, Doménico —dijo a su camarlengo. Este obedeció con una genuflexión y se marchó en silencio, cerrando la puerta para dar intimidad a su señor.

El invitado entró y tomó asiento sin esperar permiso para ello, como hacía a menudo. Juan XXIV se aseguró de que la puerta estuviese cerrada antes de

rodear la mesa del escritorio y sentarse.

—¿A qué vienen tantas precauciones? —preguntó su invitado.

—Lo sabes de sobra, el ataque que sufrimos anoche ha dejado muchos destrozos y será difícil contener a la prensa para que no cunda el pánico entre los fieles.

—La prensa nunca se pondrá en tu contra, sería como morder la mano que les da de comer.

Juan no añadió nada al comentario de su fiel mano derecha. Llevaba tres años en el cargo más importante de la Iglesia Católica y aún ni siquiera se había adaptado a su nuevo nombre. De hecho, seguía usando el de su bautismo entre sus siervos de confianza.

—No me acostumbraré nunca a verte con esa ropa —añadió su invitado con una carcajada.

Juan hizo una mueca de enfado que terminó con la broma. Tampoco se sentía cómodo con esa visita en el edificio un día tan complicado, menos aún cuando vio que se levantaba y escanciaba una copa de licor para sentarse con total normalidad en la misma silla.

—Bueno, ¿no tienes nada que contarme?

Su invitado esbozó una sonrisa siniestra.

Unos pasos resonaban en el pasillo al otro lado de la puerta, en la habitación de al lado una pareja discutía a insultos y golpes, otra hacía el amor en la del piso de arriba. El ruido era ensordecedor, especialmente cuando alguien usaba la cisterna. No era el entorno más adecuado para el momento que Audrey sufría, derrumbada, agotada y sin saber qué sería de su vida sin su madre ni Angelo, con demonios que quizá aún la seguirían buscando durante el resto de sus días, pero sobre todo sin ganas de moverse.

No, aquel no era el entorno más adecuado para poner el punto final al amor que había nacido entre ellos, especialmente por su parte. Ni le había dado tiempo a confesar sus sentimientos por haberle perdido a los pocos días de conocerlo. Solo un cuerpo inerte y con la piel ennegrecida descansaba entre sus brazos, como un residuo de la maldad que lo había consumido. En esos momentos era todo lo que tenía en el mundo y no pensaba separarse de él. Había llorado hasta quedarse sin lágrimas.

No, aquel no era el entorno más adecuado para el final de un ángel que la humanidad había elevado a la categoría de santo, para quien había luchado

contra el mal durante miles de años. Un tugurio maloliente no podría ser el santuario de un ser divino e inmortal. Audrey acarició la herida de su costado, que ya se había cerrado, aunque de poco había servido. Como le dijo Lailah, las espadas de los demonios que habían sido ángeles podían matarles como las suyas propias a los otros. ¿Quién había sido tan poderoso como para acabar con el verdugo de Leonardo, del mismísimo ángel caído?

«Maldita Lailah, ¿cómo pudiste traicionar a quién decías haber amado durante toda tu existencia? ¿Cómo le hiciste eso a tu propio hermano? Sin tu traición se podría haber acabado todo en la azotea del hotel, sin tu traición no habría muerto Angelo ni sus tres compañeros. Sin tu traición podríamos estar ahora todos desayunando y contando entre risas una batalla más. Maldita seas...».

Audrey apretó con tanta rabia el cuerpo de Angelo que temió romper alguno de sus huesos. Con tanta fuerza que su mente le hizo pensar que había gemido una última vez.

A través de los ventanales de su despacho oficial podía observar a los miles de fieles que esperaban pacientes para oír la misa que oficiaría en varios idiomas en solo unos minutos. Otros eran meros turistas haciendo cola para entrar en la basílica a hacer fotos. Una fuente más de ingresos. Muy jugosa, por cierto.

Le daba la espalda a su invitado mientras este narraba al detalle el resultado del ataque que había sufrido la ciudad la noche anterior y cómo habían logrado repeler la invasión. El ambiente era tibio, quizá frío para su gusto, y olía a una extraña mezcla entre el aroma de un perfume intenso de hombre, de su invitado, sin duda, y el ambientador de manzana verde que se empeñaban en poner en todas las estancias del edificio. Cómo lo detestaba.

Llevaba en el edificio más años de los que pensaba que podría soportar, siendo testigo de los tejemanejes que trataban de mover los hilos tras la institución. Sonreía al pensar en la cantidad de papas que habían caído tras una dosis de veneno en la comida o el vino desde hacía siglos. Cuando uno no promulgaba en la dirección adecuada, aquella que los verdaderos mandamases indicaban con no mucha sutileza, era apartado por las buenas o por las malas, esa decisión la tomaba cada uno. Claro que todo se había calmado mucho tras su llegada al máximo cargo visible, tanto era así que las conspiraciones casi habían desaparecido por completo.

Su invitado no paraba de narrar los hechos, él observó el reloj de la pared a su izquierda y suspiró con paciencia. Conocía a *grosso modo* lo ocurrido y el único detalle que deseaba oír no lo escupiría aquel estúpido hasta después de soltar toda la parafernalia y pompa de mérito personal. Volvió a sentarse a la mesa, esperando el final del discurso, y paseó la mirada por un despacho que usaba solo los domingos por la mañana para dar las misas y bendiciones, prefería el de la planta baja, más discreto, decorado a su gusto y donde podía tener más intimidad.

—Bueno, ¿vas a terminar de una vez? Ya sabes que solo me interesa saber si conseguiste...?

La puerta se abrió sin que nadie hubiera llamado previamente, y entró una señora de mediana edad con hábito religioso. El pontífice y su invitado quedaron mudos ante la imagen, más aún cuando la monja se transformó ante sus propios ojos.

—Has llegado tarde.

—Me divertía con esta nueva habilidad. No sé cómo he podido vivir antes sin ella.

La monja había pasado a su forma original. Un traje impecable blanco envolvía el estilizado cuerpo de Lailah. Esta avanzó unos pasos y se sentó a la mesa de escritorio, junto a Abigor y ambos frente a su líder: Maimón.

## Capítulo 23

Gianluca podría escribir un libro que superase con creces las mil páginas hablando tan solo de sus experiencias, a pesar de no haber cumplido aún los treinta. Nació al norte del país, en San Bonifacio, cerca de Verona; un vertedero lleno de perdedores que tratan de buscarse la vida cruzando la frontera a Suiza o Francia y trabajar de lo que surja para sobrevivir. Antes de cumplir los dieciocho ya tenía muy claro que no acabaría con la espalda rota en la vendimia francesa o haciendo de albañil y carpintero para suizos ricos en sus enormes casas.

Tras cometer un par de robos por aquí y por allá entre Ginebra, Berna y Zúrich, un negocio más lucrativo y rápido que fabricar armarios a medida o cambiar un tabique de lugar, acabó siendo atrapado, juzgado y extraditado; eso sí, después de engordar en una lujosa cárcel suiza durante dos años. De nuevo en Italia y con su nombre en la lista negra de la Unión Europea, no pensaba resignarse a sus sueños de vivir bien sin tener que trabajar de sol a sol. Había probado las mieles del éxito, en Suiza vivía en una gran mansión con sus socios, conducía un Ferrari y llevaba un reloj de oro en la muñeca. Allí también aprendió que debía perfeccionar sus golpes para que no volvieran a atraparlo, la siguiente condena sería de quince años. Pensando en ampliar su formación, cruzó el Atlántico para alistarse en las FARC y sufrir durante cinco años la puta selva colombiana con sus mosquitos, el calor infernal y una humedad que se sentía tan pegajosa como nadar en una alberca de gelatina. Allí descubrió un nuevo placer: matar, además de fabricar armas y explosivos contando con los materiales más rudimentarios posibles; disciplina, compañerismo y una paga miserable. El fin de la guerra en 2016 le trajo de vuelta a Italia con la idea de establecerse en la capital, buscar socios cuyo talento estuviese a su altura y dar palos rápidos en comercios o casas de familias adineradas. Buscar otro conflicto armado en algún punto del planeta no era una opción, quedaban pocas guerras y demasiados mercenarios para participar, eso había bajado demasiado los honorarios.

Una noche, tras dos años de éxito en el oficio, entraron en una casa que uno de sus colaboradores había estudiado durante semanas; y, aunque había obras de arte como para retirarse a vivir la buena vida el resto de sus días, fue otra cosa la que hizo que jamás pudiera olvidar el momento. Había convivido con



la muerte en las guerrillas, el miedo y las tinieblas eran sus mantas en las noches más frías, incluso había sentido al diablo a su lado durante todo aquel infierno. Hasta que vio al verdadero Satanás ante él, o a uno de sus demonios, ¿qué más daba eso? Aquel ser ni sangró al recibir cuatro cargadores de balas, se limitó a sonreír y, mientras sus compañeros huían despavoridos de la vivienda, se acercó a él y le susurró «¿no me temes? Vaya, veo que tienes lo que hay que tener, no hay duda, pero creo que tu talento está desperdiciado». Luego tardó solo diez segundos en capturar a sus cuatro socios, matarlos y desvanecerse convertido en humo. Dos días después, en los que casi no pudo conciliar el sueño por las noches y no salió de casa por miedo a volver a cruzarse con aquel ser, este se apareció ante él y le hizo una oferta más que interesante.

Gianluca escapó de sus pensamientos cuando vio a su objetivo salir del hotel, dio un codazo a su compañero Nestore para que despertase de la breve siesta y comenzaron a seguirle desde la distancia. Ni un jodido agente secreto inglés de esos de las películas se daría cuenta de su presencia, para eso había sido adiestrado en el arte de pasar desapercibido entre cualquier tipo de público y lugar.

La oferta de trabajo recibida —y oportunidad de futuro— fue más que evidente, trabajaría de lacayo para una sociedad de demonios, cumpliría sus órdenes a cambio de un sueldo algo menor que el obtenido con sus robos, pero suficiente para vivir como jamás habría pensado cuando era un adolescente jugando al fútbol con zapatos rotos en las calles de San Bonifacio. La inmunidad era total, la policía jamás se inmiscuiría en sus asuntos, y eso era un extra de los que decantan la balanza sin pensarlo un instante. No hizo preguntas, la vida le había enseñado a valorar rápido lo que veía con sus propios ojos y aprovechar las oportunidades que surgían solo una vez. Aquellos tipos irradiaban algo maléfico y poderoso que ni en la selva colombiana había apreciado, ni siquiera cuando se emborrachaba con mezcal o se metía más peyote de la cuenta y pasaba la noche al otro lado de la cordura y del sentido común, atacado por las feroces miradas de todos los que había asesinado hasta entonces.

El objetivo no paraba de entrar en cada negocio, fuese restaurante, tienda de ropa o lo que se encontrase mientras caminaba. Llevaba una carpeta en la que portaría las fotos de su hija y su mujer. Estaba empeinado en encontrarlas y eso se demostraba con la hora temprana a la que había salido, a pesar de lo tarde que llegó la noche anterior. Gianluca no sentía la más mínima lástima por

él, llevaba sin ver o hablar con su familia desde que abandonó su pueblo natal. La vida se limita a elegir —los privilegiados que pueden hacerlo— entre ser lobo u oveja. Ahora mismo se sentía rodeado de ovejas, seres sin capacidad de decidir por sí mismos, inútiles que prefieren que otros piensen y hablen por ellos, que se limitan a hacer aquello que se supone que deben hacer, que viven una vida convencional y anodina. Él era un lobo, y aún sería más fuerte cuando sus jefes dominasen todo el planeta, ya se hablaba en los locales de reunión de lo cerca que estaban de lograr su objetivo. Entonces convertirían a los lacayos como él en iguales y juntos gobernarían como pastores sobre un rebaño de humanos que servirían de esclavos para su bienestar. Los turistas que tenía a su alrededor, con ridículos pantalones cortos, mapas arrugados y cámaras de fotos en las manos, gorras de souvenirs y bronceado de cangrejo serían sus siervos en menos de lo que, pobres inconscientes, pudieran imaginar.

—¿De qué te ríes? —preguntó Nestore con desdén.

—De nada que te importe, no le quites ojo al viejo —respondió tras toser para recuperar la compostura, ya se estaba viendo a sí mismo vendiendo la piel de un oso que aún no había cazado.

El objetivo llegó al final de la via dei Condotti y se sumergió en el mar de turistas de la plaza de España, allí tendrían que acercarse mucho más para no perderlo. Conocían el itinerario probable de lugares que visitaría, lo habían recibido antes incluso de que el objetivo llegase a la ciudad, pero no iban a descuidar una orden directa cuando estaban tan cerca de lograr el objetivo final. El teléfono móvil en el bolsillo trasero de su pantalón sonaría de un momento a otro para decirles que debían capturar al viejo o dejarlo ir. A Gianluca le daba igual una opción u otra.

Había enseñado las fotos en más de cincuenta comercios y tiendas, además de a un centenar de policías y vendedores ambulantes, el calor era asfixiante y los pies le dolían por no estar acostumbrado a tan largas caminatas por esas calles empedradas, pero todo ese sufrimiento no le importaba en absoluto, ni siquiera el hambre que había aparecido horas atrás. Eran más de las cuatro de la tarde y no había dado con nadie que recordase haber visto a su mujer o su hija. Miles de caras anónimas e idénticas se cruzaban a su alrededor mientras él caminaba sin rumbo definido hacia la siguiente plaza o monumento, con la esperanza de tener suerte y lograr una buena noticia que supusiera un punto de partida para reencontrarse con su familia.

La mayoría de la gente a la que había preguntado casi no había mirado las fotos; no les culpaba, quizás él hubiera hecho lo mismo de estar al otro lado del problema. Insistir o enfadarse no era el camino adecuado para lograr la colaboración de los mismos, así que agachaba la cabeza y seguía con la única tarea que movería su voluntad aunque tuviese que arrastrarse y suplicar atención a cada uno de los millones de turistas y nativos romanos con los que se cruzase.

¿Dónde se habían metido? ¿Dónde estaban Matilde y su pequeña? Su pequeña...

—¿Qué es eso?

—Un pastel.

—¿Para qué lo habéis comprado?

—Para celebrar tu cumpleaños, cariño. Es para ti.

La pequeña Audrey, aún flacucha, arisca, distante y desconfiada, mira a quienes ve como extraños, esperando alguna bofetada por no haber hecho bien la cama o no fregar los platos tras el almuerzo. Parece un perrito callejero que agacha las orejas antes de recibir una nueva patada.

—¿Mi cumpleaños? Pero nunca he tenido... nunca he comido tarta. No me la merezco.

Andrés tiene que apretar con todas sus fuerzas el estómago para no romper a llorar ante los enormes ojos de la niña, que mira asombrada el pastel y a sus padres adoptivos.

—Eres una niña maravillosa y te mereces el pastel y todos los regalos que tendrás que abrir tras soplar las velas y pedir un deseo —murmura Matilde con un temblor de boca, a la espalda de Andrés.

—¿Regalos? ¿Tengo regalos? —La niña de siete años no sopla ninguna vela ni pide deseo alguno, en su lugar, rompe a llorar y corre hacia su dormitorio. Sus padres adoptivos la siguen.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Ella no responde, solo llora tumbada sobre su cama. Su menudo cuerpo, enfundado en un vestido que le han comprado una semana antes en unos grandes almacenes del centro, y por el que también había llorado al verlo, se convulsiona con el llanto. Tras unos largos minutos, la niña se gira con la cara hinchada y surcada de lágrimas y pregunta qué ha hecho ella para que la quieran.

Ellos no saben qué contestar, solo la abrazan y lloran junto a ella. Luego se dirigen al salón de nuevo para apagar las velas, que casi se han derretido del todo. Audrey pide en voz alta que su vida sea tan feliz como se siente esa tarde, que su madre esté bien en el cielo y sopla las velas. Este se convierte en el instante en que Andrés y Matilde comprenden que la niña será el foco de felicidad que siempre ha faltado iluminando sus vidas, además de un motivo para cuidar y proteger, a la vez que guiar, a semejante ángel que se ha cruzado en sus caminos.

Este recuerdo es el segundo más feliz de sus vidas, eclipsado por el momento en que los servicios sociales se presentaron un martes de abril en su casa a las diez y media de la mañana con una preciosa niña de largo cabello moreno para decirles que allí tenían a su ansiada hija. Ellos habían soñado con una niña más pequeña, lo más cercano a un bebé que fuese posible, pero aquella mocosa flacucha de ojos enormes y oscuros les robó el corazón antes incluso de entrar en la casa.

Andrés dejó de caminar y sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, uno de tela de los que Matilde le planchaba pulcramente y Audrey se reía al decir que eran de abuelo, que debería usar paquetes de papel como todo el mundo. Las lágrimas nublaban su vista e impedían que siguiese con su tarea. Tendrían que matarle para impedirle buscar a su niña pequeña y a la mujer a la que prometió amar y proteger casi treinta años antes.

—*Excuse me, are you OK?*

Una señora de mediana edad con un ridículo gorro blanco se había acercado a Andrés y lo observaba con preocupación. Él no entendió lo que le decía, pero aprovechó para enseñarle las fotos de Matilde y Audrey.

—¿Las ha visto? ¿Ha visto a estas dos mujeres?

—*I don't understand you. No, no... I'm sorry.*

La señora se marchó y él fue en busca de más personas a las que preguntar.

La tarde no trajo mejores resultados y regresó al hotel pasadas las diez de la noche. Había consultado a más policías, comerciantes e incluso turistas españoles, pero sin conseguir dar con quien hubiera visto a su familia. Su familia... ¿era el único que quedaba de semejante proyecto de felicidad? Las dudas sobre la suerte de Matilde y Audrey llegaban cada día con más fuerza,

como un vendaval helado en su nuca. Sacudía la cabeza con furia y se decía a sí mismo que no era posible tanta desdicha, que habría un motivo perfectamente lógico para justificar su desaparición. A la vez que una parte de sí mismo, que se erigía como racional, se mostraba alicaída y trataba de hacerle comprender que esa felicidad durante once años era todo lo que merecía y con lo que debía conformarse.

Pasó de largo por el vestíbulo sin mirar siquiera al conserje, subió a la habitación y se desnudó para darse una ducha.

«¿Qué os ha pasado? No puede ser que hayáis desaparecido de un día para otro sin más. Si tuvierais acceso a un teléfono... No me creo que os haya podido pasar algo malo, a vosotras no, sois demasiado sensatas como para meteros en un lío. Claro que en una ciudad tan grande como esta y si salisteis a cenar durante la noche... No, no puedo aceptar que aparezcáis muertas en el río o en una calle desierta. Eso no puede sucederme a mí. Dios, si estás ahí arriba, ya sé que no te he rezado lo suficiente durante mi vida, pero no puedes permitir que a mis niñas les pase nada malo; no han hecho nunca daño a nadie».

Andrés lloraba bajo el agua de la ducha. Llevaba todo el día sin descansar ni probar bocado pero no era la comida lo que ocupaba su mente en esos momentos. Golpeó con furia los azulejos de la pared, lo hizo una y otra vez hasta que uno de ellos se quebró y pudo comprobar que sus nudillos sangraban bajo el agua caliente. Nunca había dado un puñetazo a nadie ni a nada, ahora sería capaz de enfrentarse a quien tuviese delante si con ello lograba obtener resultados.

Tras ponerse el pijama, tomó el teléfono móvil y llamó al número que el comisario de la noche anterior le había dado. No obtuvo más que excusas, palabras lastimeras que trataban de ocultar un tono condescendiente, casi suplicante, y promesas vacías de contenido para evitar que perdiese los nervios o la esperanza. Palabras huecas. Andrés pulsó el botón rojo en la pantalla antes de oír la despedida de su interlocutor, arrojó el móvil a la moqueta y rompió a llorar de nuevo al pensar en el destino que habrían sufrido sus dos seres más queridos. ¿Qué sería de su vida ahora?

En la calle ya no estaban Gianluca ni Nestore, se habían marchado con la seguridad de que su objetivo no reanudaría la búsqueda hasta la mañana siguiente. No estaban cansados como Andrés, aquel trabajo o misión era el más cómodo —a la vez que aburrido— que habían tenido nunca, pero jamás se

atreverían a desobedecer una orden, estaban adiestrados para cumplirlas tras asentir en silencio.

## Capítulo 24

Se despierta con sed en mitad de la noche, hace calor y suda al contacto con su madre en la pequeña cama. Isabel ronca de forma suave, como el ronroneo de un gato. Algo de luz azulada se filtra entre los agujeros de la maltrecha persiana para dibujar el contorno de los viejos y destrozados muebles del dormitorio. Audrey se levanta con cuidado de no despertar a su madre y camina descalza hacia la cocina, allí saca la botella de agua del frigorífico, no necesita un vaso para beber hasta saciarse. Está tan fría que le duele la garganta mientras rellena en el grifo del fregadero la botella. La estancia se sume en una anaranjada penumbra producida por la pequeña bombilla del frigorífico abierto, no ha encendido la luz del techo para no despertar a su madre. Al tratar de colocar la botella de nuevo en el estante superior, esta se cae y se rompe en mil pedazos contra el suelo. Nota el frío en sus pies, así como ve los afilados trozos de cristal amenazadores a su alrededor.

El tiempo se detiene durante un larguísimo minuto, en el que permanece paralizada y pendiente por si su madre grita tras haberla despertado. No sucede. Tendrá margen de tiempo hasta el amanecer para dejarlo todo como estaba; salvo la botella, que su madre echará en falta en cuanto despierte. Lo único que puede hacer para minimizar el castigo es recoger cada trozo de cristal y limpiar luego con la fregona el suelo. Eso hace en silencio durante una hora.

A las seis y media de la mañana, tras soportar el estruendo del despertador, su madre la zarandea sin piedad. Quiere saber cómo demonios ha manchado de barro las sábanas y el colchón. La abofetea una y otra vez mientras grita que tendrá que lavarlos a mano, así que no irá a la escuela esa mañana. Audrey llora y pide una clemencia que jamás ha recibido en ataques anteriores. Lo único positivo de aquella mañana es que Isabel no se da cuenta de la botella de agua que falta en el frigorífico; la niña tendrá tiempo de sobra para pedir una a sus vecinos o al tendero de la calle de enfrente.

Se levanta de la cama cuando oye que su madre se ha marchado de la casa y descubre que el oscuro barro es en realidad la sangre reseca de los cortes que se ha hecho en las plantas de los pies al recoger los cristales. Caminar ese

día es una tortura inimaginable, pero se muerde los labios para tratar de soportar el dolor y limpiarlo todo para cuando Isabel regrese.

No sabía por qué había recordado aquel día, ella no tendría más de cuatro años entonces; y jamás ha vuelto a beber agua del frigorífico, siempre del grifo y en un vaso. Quizá porque la sangre seca y el dolor de los cristales cortando su piel fuera lo más parecido a lo que sentía en ese momento, con el cuerpo de Angelo entre sus brazos, con el corazón roto de dolor, con una madre de verdad que no volvería a ver, con tantas decepciones a sí misma y hacia los demás como no habría imaginado nunca. Aquella lejana noche se sentía decepcionada por romper la botella, por no ser cuidadosa y responsable, igual que ahora en el tugurio del motel en el que aún reposaba abrazando el cuerpo sin vida del chico. Habían pasado catorce años desde el incidente y aún seguía siendo una irresponsable que provocaba accidentes y dolor tanto a los demás como a sí misma.

«Nunca debí venir a Roma. Roma es Isabel y ella no podía traerme nada bueno. Cuanto más pienso en ella o más me acerco a su recuerdo, peor me salen las cosas. Y ahora es Matilde la que ha pagado por mi imprudencia, por no hablar de ti».

Abrazó a Angelo de nuevo y rápidamente lo soltó como si su cuerpo le hubiese quemado los brazos. Quedó de pie, paralizada y con los enrojecidos ojos fuera de sus órbitas ante lo que acababa de sentir. Era imposible.

Se acercó despacio y acercó una mano temblorosa a la cara del chico, se apreciaba un retroceso en el extraño alquitrán que antes tenía bajo la piel de todo el cuerpo. Sintió algo de calor en sus labios al acariciarlos, claro que eso podía deberse al contacto con su propio cuerpo, ella lo había mantenido caliente.

Entonces volvió a oírlo. Era un leve gemido. Acercó su oído a la boca de Angelo y creyó notar su aliento, algo casi imperceptible pero cálido. Aún había vida dentro de él, aunque llevaba horas sin sentir su respiración ni los latidos de su corazón. Lo que fuera que luchaba en su interior, lo hacía con ahínco y ella trataría de ayudarlo en todo lo posible. Acunó su cabeza entre los brazos y comenzó a susurrarle todo lo que sentía por él, lo que había pensado al conocerle, las palabras que habría deseado decirle a la cara antes de pensar que lo había perdido, lo que deseaba hacer en un futuro: viajar, conocer toda la historia de los ángeles y la verdad sobre la Iglesia, contemplar miles de



amaneceres y ocasos en su presencia y no separarse de él hasta que fuese ella la que reposase anciana e inerte entre sus brazos.

La primera hora pasó entre llantos, besos y susurros; la segunda entre abrazos de dicha, sonrisas tímidas y caricias; la tercera entre carcajadas incontenidas y bendiciones por la suerte de volver a tenerle junto a ella. La oscura brea iba desapareciendo lentamente hasta dejar su cuerpo immaculado como ella lo recordaba en el hotel, cuando ambos se fusionaron hasta ser solo uno. Tras la cuarta, el chico se levantó de la cama, aún débil y desorientado, y preguntó por el baño para darse una ducha.

—No había presupuesto para mucho más, así que tendrás que caminar hasta el fondo del pasillo y tocar madera para que esté limpio y quede agua caliente en las cañerías. Espera... tú no necesitas ducharte...

Angelo sonrió a la vez que usaba su magia interior para transformar su cuerpo maltrecho y la ropa llena de jirones en el aspecto impecable que siempre lucía y ante el que Audrey enmudecía cada vez que lo veía.

—¡Idiota! ¡No imaginas lo que he pasado!

Mientras rompía a llorar por el recuerdo de las últimas horas velando su cuerpo inerte, él la levantó como si no pesase más que una pluma y la abrazó con fuerza. Allí estaba de nuevo, tan joven y radiante como el día en que se conocieron.

—¿Cómo... cómo es posible? —musitó ella cuando se hubo tranquilizado.

—Ni yo mismo sabría cómo explicártelo —respondió Angelo no de un modo muy convincente.

—¿Te ha perdonado o te ha salvado..., ya sabes, Dios?

—No recuerdo haberle visto, no creo que se trate de él. Ha sido algo extraño. Pero no perdamos más el tiempo aquí, no es el lugar para hablar de ello.

Audrey le dijo que no podían marcharse sin los anillos de oro que había usado para pagar la habitación, eran muy valiosos para ella. Angelo le prometió que los recuperaría en solo cinco minutos. Aparecieron de repente en el ático de Uriel y el chico hizo un nuevo viaje para cambiar los anillos por un billete de quinientos euros que el recepcionista aceptó en cuanto comprobó su autenticidad.

—¿Cómo puedes hacer saltos tan largos? Me refiero a teletransportarnos a este ático con facilidad y desde tan lejos. En la madriguera bajo el puente podríamos haber huido de un solo salto y evitar todo lo del túnel y las cañerías.

—Llevaba siglos sin usar este poder, hasta haberlo practicado un poco no he recuperado todo su potencial. Por cierto, me alegra ver que has recuperado el apetito.

—¿Cómo sabes que lo había perdido?

En ese momento, Angelo la había descubierto saqueando la nevera. Aún quedaban algunos alimentos sin deteriorarse.

—Cuando desperté, supuse que no habías hecho más que llorar en la habitación del hotel. ¿Me equivoco?

Ella aún tenía los ojos hinchados por el momento vivido. Seis horas esperando en el sótano del teatro y otras ocho abrazada a su cuerpo inmóvil en el motel. Estuvo tentada de decir un te quiero, pero en su lugar preguntó:

—¿Qué le pasó a tu amigo, a Uriel? ¿Y a los tres que salieron del teatro contigo? Están muertos, ¿verdad? —No deseaba conocer la respuesta, sabía que no podría soportarla, pero aún así no pudo evitar preguntar.

—Somos soldados, no te martirices, es nuestro destino, nuestro sentido. Vivimos para luchar y terminar bajo un golpe de espada.

—¿Murieron todos por mí? —El hambre había desaparecido de nuevo, a la vez que volvía el temblor de labios.

—Murieron por ser lo que eran, murieron porque les había llegado el momento.

—Pero tú...

—Yo debería estar con ellos, dondequiera que estén.

Ella quiso preguntar por qué no había muerto, pero no le brotaban las palabras. Angelo se acercó y cerró la puerta del frigorífico, tomó a Audrey de la mano y la llevó al salón. Allí esperó a que se calmase.

—No debes pensar en ellos.

—¿Cómo puedes decir algo tan frío? ¿Acaso no los querías?

—Pues claro, como ellos a mí. Por eso lo digo. Porque nos gusta ser recordados con una sonrisa, con una carcajada socarrona tras tantas batallas juntos, tras tantas comilonas y fiestas, tras tantas veces que nos hemos tenido unos a otros para salvarnos la vida. Uriel, el dueño de este piso, siempre será el que, estando borracho como una cuba, salvó a un niño recién nacido de un grupo de romanos que sacrificaban primogénitos por orden de Herodes; no sabes lo que nos reímos con el paso de las décadas al saber que aquel pequeño se convirtió en Juan Bautista. Lo curioso es que lo hizo solo porque le apetecía pelear siempre que se emborrachaba. También lo recordaré por lo que nos reíamos hace pocos años al comprobar cómo le habían cambiado el

nombre por enésima vez en una película; al cabo de unos minutos nos echaron del cine y nos fuimos a emborracharnos, esa noche provocó un terremoto en la ciudad.

»Nuriel, tú lo has conocido como Carlo, se transformaba en un águila gigantesca que sobrevolaba los ejércitos de demonios hasta hacerlos temblar de pánico. Cuando en realidad no era más fiero que un simple gatito doméstico. Durante siglos ha sido casi una madre para todos, cuidándonos y preocupándose porque no sucumbiéramos ante la idea de vagar por esta dimensión sin rumbo ni destino. Era el nexo de unión entre todos, siempre atento y dispuesto a ayudar. Solo una vez en tantos miles de años se enamoró, Azrael asesinó a su amante, un joven campesino, y él no levantó la voz siquiera.

—No sabía que había ángeles tan crueles.

—Soldados, somos soldados.

—Aún así es cruel.

—Lo sé. Todos sentimos el dolor silencioso en su corazón. Más dolor aún sintió Azrael cuando yo mismo le hice pagar con su propia vida.

Audrey lo miró sorprendida, no le imaginaba ajusticiando a un hermano, por muy grave que fuesen sus actos.

—Gabriel, lo recordarás como Luca, el grandote de los cabellos castaños. Era capaz de partir una montaña en dos con un golpe de espada. Tan grande y fuerte como divertido en las juergas. Fue el único que se atrevió a pelear contra Lucif... contra Leonardo, lo hizo para evitar que lo hiciese yo; para protegerme. Por suerte llegué a tiempo y Leonardo no acabó con él. —Angelo observó sus manos, tan finas y blancas que nadie tomaría por las del más legendario y diestro guerrero que se hubiese arrastrado por la faz de la tierra —. Gabriel cayó a manos de Abigor y eso le costará la vida. Lo juro.

—No deberías pensar en venganza, lo más inteligente es que desaparezcamos de Roma, de Italia.

—No.

Había fuego en los ojos del chico, un fuego que Audrey sabía que no se apagaría con su presencia ni su amor. Angelo tenía demasiadas cuentas pendientes y preferiría perder la vida antes de abandonarse por una playa brasileña. Un largo silencio se hizo entre los dos, tan pesado como doloroso, mientras la tarde se cernía lentamente al otro lado de los ventanales.

—Háblame de Piero.

—¿Cómo? —Angelo dejó de observar sus manos, como si su mente regresase de un milenio anterior a la era de los hombres.

—Piero, no le has recordado. Me gusta verte sonreír cuando recuerdas a tus hermanos.

—Shamsiel era su nombre. Le llamábamos El Sol. Y ese cabrón de Abigor pagará por haberle matado.

El edificio tembló, las figuras de cristal del mueble de enfrente tintinearón y la lámpara del techo estuvo varios minutos oscilando. En la calle se oían alarmas y pitidos de coches tras el terremoto. Audrey no tuvo que preguntar, sabía que la furia en el interior de Angelo lo había ocasionado. Y esa furia la provocaba Lailah con más intensidad que Maimón o ese tal Abigor.

—Estaba ella allí, ¿verdad? —se atrevió a preguntar.

—Sí y no. Estaba... pero no era ella, no del todo.

—¿Os transformáis cuando pasáis al otro lado?

—Sí, y cuanto más poderosos somos, más notable es la transformación, el cambio de unos poderes por otros. Aunque *ella* no ha perdido el de provocar explosiones, por desgracia para Shamsiel.

—Esa herida que te hicieron, fue con una antigua espada de ángel. Lailah me contó que eran letales.

—La espada que portaba Abigor era una vieja conocida. Luchar contra él y Lailah a la vez fue más duro de lo que pensaba, sobre todo porque no fui lo bastante fuerte como para olvidar quién había sido ella hasta hace dos días y eso me hizo no atacar con todas mis fuerzas y también bajar la guardia en el peor momento.

—Abigor te alcanzó.

—No, no fue él...

Audrey permaneció en silencio. Sobraban las palabras ante lo que transmitían los ojos del chico.

—¿Necesitas descansar?

—No, al contrario, me siento pletórico. Es extraño, nunca me había sentido tan fuerte, incluso oigo conversaciones y percibo olores que se producen al otro lado de la ciudad. Es como si... —Volvió a mirar sus manos, esta vez más extrañado que nunca—. No sabría explicarlo, no tiene sentido, es como si... Háblame de tus padres.

—¿Mis padres? ¿Qué tienen que ver contigo? —Audrey se sintió desconcertada con la pregunta, a la vez que tuvo el impulso de preguntar por la

suerte que habría corrido Matilde, pero no quería oír la trágica respuesta que llegaría tras la pregunta.

—Me dijiste que eres adoptada. ¿Sabes algo de tus padres biológicos?

—Ella se llamaba Isabel y tenía diecinueve años cuando quedó embarazada de mí. Entonces nos establecimos en Barcelona, en la zona de Trinitat Nova. Tuvo docenas de trabajos a cual peor, se pasaba todo el día fuera y no llegaba precisamente de buen humor por las noches. Descansaba a partir del sábado al mediodía y hasta el lunes, que volvía a empezar. Los domingos solía marcharse a pasear cuando hacía buen tiempo; las tardes de los sábados, tras dormir una larga siesta, veíamos juntas la película de Vacaciones en Roma. Sin excepción, cada sábado a las seis de la tarde. Era el único momento en que se podía estar con ella, el único en el que pensaba que quizá cambiase y pudiera ser así siempre. Soñaba... rezaba para que tuviéramos suerte y le saliese un buen trabajo, como ella decía, y nos marchásemos a una zona más bonita, con un balcón desde el que se viera algún parque o jardín cercano. Pero eso nunca sucedió. Murió de cáncer teniendo yo siete años. No hay mucho más que decir, era temperamental, siempre enfadada y amargada por la vida que le había tocado y que definía como demasiado injusta y cruel.

—¿Y tu padre?

—Pues nunca oí a Isabel hablar de él. Es extraño, pero no recuerdo que lo mencionase nunca. Cuando era pequeña pensaba que no había tenido padre, que no había existido siquiera, que había salido de la tripa de mi madre sin más mediación. Qué idiota e infantil, ¿verdad?

Angelo sonrió sin dejar de mirarla fijamente.

—Claro, es algo descabellado.

—Por cierto, si tú te has recuperado de la herida, quizá tus tres hermanos también hayan logrado sobrevivir.

Angeloladeó ligeramente la cabeza y le lanzó una sonrisa que era más condescendiente que nunca, como si aquel comentario fuese tan inocente que ni ella misma fuese capaz de comprenderlo. Se acercó y, acunando su rostro entre las manos con extremo cuidado, la besó en los labios con dulzura.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Besarme. Te preguntaba por tus hermanos.

—Ellos nos observan ahora, no debes preocuparte por su suerte. No imaginas el orgullo de un soldado al caer en pleno combate.

Audrey sintió un escalofrío en la espalda, seguía sin comprender el motivo del beso y de la forma que tenía de mirarla.

—Te noto diferente.

—Pregúntame en otro momento, ahora debemos movernos. ¿Has descansado?

—No, llevo dos días sin dormir, comer ni ducharme.

—Pues apresúrate.

—¿Tenemos prisa?

—Mucha. Debo hablarte de algo muy importante. Algo que te costará mucho creer, más que la existencia de ángeles y demonios, infinitamente más. Pero eso será luego, ahora descansa.

## Capítulo 25

—Tenemos una misión nueva, algo grande, hermano. —Leonardo habla y todos escuchan, es así desde siempre y no se discute. Una legión de ángeles lo observa con veneración, especialmente Michelle, su mejor amigo, su hermano. Bueno, no todos; ella recela de cada palabra que pronuncia.

—¿Hacia dónde esta vez? —pregunta Michelle, es obvio que Leonardo se ha referido a él, es el único al que llama hermano. El resto lo sabe y solo espera el día en que semejante honor recaiga también sobre ellos. Acompañar a Leonardo a una misión es insuperable. Pero no para ella, ella preferiría a Michelle, ama a Michelle, mataría al propio Leonardo por ser el objetivo de las miradas que su amado le obsequia. Leonardo no es más que un estúpido arrogante. Muy poderoso y con el beneplácito del Creador, pero no tan diferente a ella o los demás. No más fuerte, inteligente o hábil en combate que el propio Michelle. Eso lo sabe ella y basta.

—Partimos hacia dos ciudades que han desafiado con sus pecados los deseos del Creador.

—Dos ciudades. Dos soldados —responde Michelle.

—Dos ciudades. Dos soldados —repiten los ángeles presentes. Todos menos ella.

Cuando regresan de la contienda, entre ensordecedores vítores por la hazaña lograda, un banquete nunca antes visto se organiza para celebrar la victoria del favorito y su mano derecha. Un banquete que no resultará como el Creador ha imaginado.

Leonardo, recién nombrado Lucifer, el Iluminado, por la gracia del Señor, se rebela contra el mismo, tiene la osadía de desafiar su mando y sus órdenes. Sus deseos. ¿Los mortales no merecen tan crueles castigos? Cómo puede decir semejante barbaridad cuando los ven a diario matarse entre ellos; son egoístas, ruines, despiadados incluso con su propia familia, solo piensan en robar, holgazanear, emborracharse o fornicar. Los mortales son una plaga, su raza nunca debió ser creada. Teniendo el honor de la semejanza física con el creador y los propios ángeles, han desafiado todo cuanto es sagrado desde su mismo origen. No todos, pero la mayoría debe ser erradicada. ¿Cómo puede Leonardo cuestionar algo tan obvio, y más aún tras haber prendido en llamas dos ciudades enteras?

Si la ira del Creador incendió el lugar, la dimensión de los mortales estaría siendo arrasada en ese momento. Leonardo no mueve un músculo, no le tiene miedo, pero tampoco le provoca, en ningún momento desafía a su Señor. Todos los presentes observan su porte regio, cabello rubio y largo, piel albina e inmaculada, ojos cobalto como el profundo y enfurecido océano. No hostiga, pero tampoco sucumbe. Claro que eso no le salvará de recibir el castigo que merece por su osadía, y ella podrá verlo. Una lástima que no pueda mostrar su regocijo ante el espectáculo que se avecina. Michelle, a su derecha, intenta dar un paso adelante el primero cuando el Creador pregunta cuántos más piensan como Leonardo. Ella sujeta su mano con fuerza, él se gira y la mira, se suplican el uno al otro con toda su alma sin necesidad de hablar, los ojos angustiados de Lailah lo hacen por ella. Los de Michelle están encendidos por la lucha de su interior, hacer lo correcto, cumplir las órdenes del Creador y estar junto a los suyos... o defender a su hermano, a quién más ama.

Mientras Michelle tiene la mirada fija en ella, esta observa cómo el corazón de Leonardo se rompe al girarse y comprobar que su hermano no ha dado el paso al frente. De hecho, todos allí observan a Michelle, que tiembla de ira por su propia indecisión.

Antes de poder decir una palabra más, las armaduras de Leonardo y sus seguidores desaparecen, sus cuerpos caen al suelo retorcidos de dolor mientras el Creador grita con furia la maldición que los convierte en sus adversarios, en demonios a los que exterminar. Y desaparecen en un denso humo grisáceo.

Aquel se convierte en el día más inolvidable y hermoso para ella, aunque su querido Michelle arrastrará un pesar indescriptible durante siglos. Justo hasta lograr matar a Leonardo.

El paisaje que observaba desde las ventanas del salón había traído a sus recuerdos aquel agrídulce momento. Las nubes parecían arder sobre la ciudad cuando el sol ya se había marchado unos minutos atrás. Los edificios adquirirían un tono siniestro y las farolas provocaban sombras que no auguraban nada bueno. Lailah no había logrado sustituir a Leonardo en el corazón de Michelle, por más que lo intentó con tesón durante la interminable estancia en el purgatorio apestoso que era este mundo de los mortales. Quizá Leonardo tuviese razón, tal vez hubiera sido mejor si todos hubieran dado un paso al frente. Cada año la duda era mayor, tanto para ella como para Michelle. Pero



sus celos la hubiesen consumido si ella misma también hubiera dado ese paso, siguiendo a su amado para continuar observando cómo lo prefería a él. Puestos a elegir, mejor unirse a Maimón por su propia voluntad que haberse aliado al engreído de Leonardo solo por seguir como un perrito faldero a Michelle.

La casi extinta luz del ocaso dibujaba la perfecta silueta de su cuerpo desnudo, ella giraba sin cesar su anillo, la llave que había protegido durante milenios para poder regresar. Ahora ya no funcionaría, la llave perdía su magia si uno se pasaba al otro lado. Al cuerno con regresar a casa, ya llevaba tanto tiempo en Roma que se había resignado a no volver jamás. De todos modos, ¿qué haría si regresase? ¿Ser reclutada para otra guerra? No, se acabaron las guerras. Maimón dominaría esa dimensión y ella tendría una silla a su derecha, solo debía deshacerse de Abigor. Ya pudo hacerlo Michelle (nunca había aceptado esa estupidez de llamarlo Angelo). La noche pasada tuvo que tomar una decisión complicada, mucho más de lo que hubiera imaginado: cumplir una orden, un deseo, o seguir su intuición, e hizo lo primero. Punto. Asumido y a vivir con las consecuencias.

Abigor y ella habían logrado separar al grupo de cuatro ángeles en el laberinto de túneles de la cripta bajo la basílica. Con tan solo cien guerreros bien adiestrados consiguieron terminar con los tres acompañantes de Angelo y acorralar finalmente a este en un callejón sin salida. Podría haberse escabullido teletransportándose, pero la ira por la muerte de sus hermanos y por la traición de ella misma lo cegaron y eso fue su perdición. Claro que no resultó tan sencillo, Abigor y ella tuvieron que emplearse a fondo para poder contar con una oportunidad, una solo, que ella aprovechó. Abigor lanzó un poderoso ataque con todas sus fuerzas, Angelo lo frenó levantando su espada sobre la cabeza y entonces ella atravesó su abdomen con la espada que durante miles de años había jurado usar para protegerle. Pudo aprovechar el momento para matar a Abigor, pero se sintió demasiado agotada como para seguir peleando contra quien podría haber guardado parte de sus fuerzas. Bastante duro fue ver cómo su espada se hundía en el cuerpo que tanto tiempo había deseado poseer, aquello acabaría con la vida de quien daba sentido a la suya propia. Entonces, solo pensó en salir de allí lo más rápido posible y respirar aire fresco en la calle. Le hubiese gustado salir a emborracharse y hacer explotar una madriguera repleta de gusanos, pero entonces comprendió que ella era ahora parte de esa inmundicia. Anoche tuvo que tomar la decisión más inteligente, la más beneficiosa para ella, para todos, y no dudo en matar al

único ser que había amado. Ahora viviría con ello, con la imagen de desconcierto y decepción que le dedicó el ángel antes de desaparecer. Dondequiera que apareciese al teletransportarse, no viviría más de unos pocos segundos. La herida era mortal.

Los ojos de Angelo se dibujaron sobre el horizonte frente a ella, sumados a las miles de sonrisas que le había visto esgrimir. Nunca más volvería a verle, a compartir una aventura, a pelar juntos, a observarle desde la distancia sin que él pudiera advertirlo, a flirtear, a quedar embobada como una adolescente cuando él narraba alguna conquista, a la vez que se moría de celos y envidia. Se sorprendió a sí misma al notar las lágrimas recorrer sus mejillas. Pero ya estaba hecho, había extirpado el tumor que la martirizaba desde que tenía uso de razón. Michelle... Angelo, solo había tenido ojos para Leonardo y luego se dedicó a perseguir estúpidas niñas mortales. Y para colmo, ¡acabó enamorado de una cría de dieciocho años! Menudo imbécil. Nada de eso habría ocurrido si hubiese sido más inteligente. Dar su vida, sacrificar a varios hermanos, luchar contra Maimón, solo para rescatar a una mortal.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sonrió con desdén. Esa noche había cosas importantes que hacer y ya llegaba tarde a la reunión. Su ropa brotó del cuerpo, ese poder no lo había perdido, por suerte. Lucía un vestido ajustado y blanco, como siempre. Maimón detestaba que los suyos vistiesen de blanco, por eso seguiría haciéndolo. Seguir las normas nunca fue su punto fuerte. Tomó las llaves del deportivo que su nuevo líder le había proporcionado y se dirigió a toda velocidad hacia el lugar de encuentro.

—La zorra vuelve a llegar tarde.

—Lo sé.

—Deberíamos acabar con ella, podría ser una amenaza.

—Siempre tratando de suprimir a la competencia. Cálmate, Abigor, ella es útil. Y le debes la vida.

—¿La vida? Hubiera podido con Michelle yo solo.

—No. Gracias a ella terminasteis con los otros tres. ¿Tú solo contra Michelle y sus hermanos? No me hagas reír.

—Ya he aniquilado antes a un arcángel.

—Pero no tan fuerte. Él acabó con el Caído.

—Leonardo era débil, no se empleó a fondo por el amor que aún sentía por Michelle.

—No digas idioteces. Lailah fue quien asestó el golpe de gracia y eso le da toda mi confianza.

—Yo le tenía, habría sido cuestión de minutos.

—Deja el tema, no es el momento para ello. Debemos estar los tres juntos, los más poderosos, para tratar de usar las llaves.

—Dudo que lo logremos, esas llaves no tendrán suficiente poder.

—Hasta que no se encuentre el cuerpo de Michelle y su colgante, no podremos tener una completa fiabilidad, pero nada perdemos por intentarlo.

—Las llaves de sus hermanos no servirán.

—Cállate.

Lailah apareció unos minutos después en la oficina oficial del pontífice, desde la que subieron los tres a la azotea del palacio.

—¿Qué mejor lugar que este para regresar a la dimensión del Creador?— dijo Maimón con una sonrisa maquiavélica.

—¿Habéis conseguido el colgante de Michelle? —preguntó ella.

—Aún no. Es cuestión de tiempo. Por el momento, nos conformaremos con intentar el ascenso con las tres llaves de sus hermanos.

Lailah dudaba de la fiabilidad de esos amuletos; ni siquiera su anillo tendría poder, cuando aún era un ángel, para lograr que tres oscuros regresasen ante el Creador. De todas formas, lo que más preocupaba a la chica en esos momentos era el objetivo que llevaba a Maimón a querer ascender de nuevo. Jehová no le permitiría terminar una frase antes de fulminarlos a los tres. ¿Pensaba aquel iluso que tendría alguna oportunidad si se enfrentaba a él? Se había aliado a Maimón con un objetivo concreto, y ahora no estaba totalmente segura de haber hecho lo correcto.

—¿Qué haremos allí si logramos que las llaves funcionen? —se atrevió a preguntar antes de que comenzase el ritual.

—Eso será una sorpresa —Maimón y Abigor se miraron con complicidad.

A Lailah no le gustaban los secretos, al menos aquellos en los que no participaba. Los dos lunáticos que tenía a su lado parecían haber perdido la razón tras milenios de exilio. Eso o contaban con alguna información que ella desconocía. Y no se les veía dispuestos a compartirla con ella.

Maimón colocó los tres amuletos en el centro de un círculo formado por él mismo, Abigor y Lailah. Una moneda mesopotámica de oro con la efigie de un león casi borrada, un pendiente de argolla de plata y un anillo de acero que recordó a Lailah el suyo propio. Formuló unas palabras en voz baja y un rayó cayó sobre ellos, el estruendo hizo temblar todo el edificio, aunque ellos no se

movieron un centímetro. Maimón no paraba de murmurar algún tipo de hechizo que habría localizado en los textos que Leonardo redactó de su puño y letra durante los primeros años de su exilio. Para Lailah y el resto de ángeles no era más que una leyenda, pero allí estaba observando con sus propios ojos cómo la otra dimensión trataba de resistirse lanzando rayos sobre ellos sin cesar. El edificio temblaba, lo haría toda esa zona de la ciudad. Sería irónico, incluso poético, pensó ella, que el Vaticano quedase reducido a escombros en el mismo instante en que el cielo acogiese a los tres demonios que lo hubieran derruido.

El ritual se extendió durante una hora, pero nada sucedió salvo la destrucción de las tres llaves. Maimón se mostraba contrariado, no emitió palabra alguna antes de marcharse a sus aposentos de la planta baja del edificio. Abigor, cuando se quedaron a solas, le dijo a la chica que quizá había interpretado mal las palabras escritas por el Caído, aunque ya no podrían repetir el ritual hasta tener otra llave, a ser posible la más fuerte de todas las que quedaban: la de Michelle.

¿Qué extraño fenómeno sería ese? Andrés estaba asombrado mientras miraba desde la ventana de su habitación de hotel. Durante más de una hora había sido testigo, junto a millones de romanos y turistas, de un espectáculo sobrecogedor. Miles de rayos habían caído sobre el Vaticano en plena noche despejada. Como un cruel castigo de Dios. ¿Qué estaba pasando en esa ciudad?

Se encontraba en ropa interior y descalzo tras darse una ducha y aplicarse una crema que había comprado en una farmacia cercana para las rozaduras y ampollas de los pies. Otro día sin parar de caminar, otro día sin resultados. Tampoco había recibido noticias del oficial de policía responsable del caso.

—¿Dónde estáis? ¿Os encontráis bien? ¿Seguís en esta ciudad? Si es así, os encontraré aunque tenga que buscar en cada casa y bajo cada tapa de alcantarilla. Lo juro.

No le dio tiempo a romper a llorar, como le había ocurrido la noche anterior antes de caer rendido en la cama por el agotamiento y la interminable caminata, cuando se sobresaltó al oír su teléfono móvil. Era un número desconocido, quizá la policía con alguna noticia. Descolgó con nerviosismo y preguntó quién era.

—No puede ser. Cariño, ¿eres tú?

## Capítulo 26

Unas horas antes:

Los ventanales del ático eran testigos de otro majestuoso atardecer. Audrey acariciaba el colgante que Angelo le había regalado mientras se mordía las ganas de preguntar mil cuestiones que rondaban por su cabeza, sobre la milagrosa recuperación del chico, sobre lo que harían a continuación y, lo más importante de todo, si su madre tenía posibilidades de seguir con vida.

—Eso no puedo asegurarlo, quizá siga viva. Maimón la retenía para conseguir mi llave y aún no la tiene. Claro que, después de lo de anoche... es impredecible lo que haya podido hacer. Siento mucho no haber podido rescatarla —respondió Angelo a la más importante de esas cuestiones, la única que formuló ella.

—Has hecho mucho más de lo que estaba en tu mano. No puedo más que agradecerte tu sacrificio, y también el de tus compañeros. Tendré que aprender a vivir con la culpa del destino que ha corrido Matilde por mi culpa.

—No te martirices, ni te des por vencida.

—Es imposible rescatarla. Si no lo pudiste hacer con tres de tus compañeros, sería un suicidio tratar de hacerlo tú solo.

—Anoche caímos en una emboscada. No comprendo cómo fuimos tan ilusos y nos dejamos engañar. No esperábamos que el laberinto de pasillos de la cripta se convirtiese en una encerrona; ni que Abigor atacase usando las técnicas de combate de Lailah. Fue un infierno, no pudimos hacer nada. Bueno, sí, cuando comprobamos dónde nos habíamos metido, pude teletransportarme junto a mis hermanos y salir de allí.

—No tienes culpa de...

—Sí, claro que sí. Quería acabar de una vez por todas con ellos, hacerlo en su propia casa y destruir a Lailah tras su traición. Y también quería traer sana y salva a tu madre.

—No debiste...

—Lo sé, pero fue mi decisión. Y las consecuencias han sido nefastas.

—Al menos estás aquí, no sabes lo que significa para mí el no haberte perdido.

—Debí caer junto a ellos.

—Esa herida, ese extraño veneno que se extendía desde la herida, acabó cubriendo todo tu cuerpo. Dejaste de respirar durante horas y tu corazón no latía.

—La espada de Lailah me atravesó. Ni yo mismo comprendo que aún siga con vida. Salvo que...

—Dime.

—Nada, quizás en otro momento.

Audrey tenía la vista perdida en los últimos reductos de luz anaranjada en la línea del horizonte. La noche no tardaría en cubrir la ciudad con un intenso añil.

—No, por favor, no más secretos ni mentiras. No después de todo lo que estamos viviendo juntos.

Angelo comprobó de un simple vistazo que la chica estaba al límite de sus fuerzas, tanto físicas como mentales, y que no debía demorar más la conversación que habría debido tener el día en que la conoció.

—¿Sabes qué es un merovingio?

—¿Un qué?

—Hace algo más de dos milenios, los míos fuimos testigos del nacimiento, la vida y la muerte de un carpintero.

—Jesucristo.

—Jesucristo. Un hombre con una vida mucho más mundana, menos fantasiosa de cómo la han vendido luego. Por aquel entonces recorríamos el mundo buscando la forma de regresar, a veces cumplíamos alguna misión que se plantease ante nosotros, pero generalmente nos lamentábamos siendo testigos del paso de los años. Hasta que vimos lo que parecía una señal enviada desde arriba.

—¿Era el hijo de Dios?

—Eso decían algunos, el concebido sin pecado. ¡Menuda estupidez! No supimos nunca si era hijo o no del Creador, después de todo, cada ser, incluidos los ángeles y demonios, éramos hijos suyos. Pero aquel tipo tenía algo, claro que se podría definir como simple carisma. También fue todo bondad durante su vida, eso es indiscutible, un buen rabino, un buen predicador, un buen padre y marido... Cuando sus propios amigos le traicionaron, yo mismo tuve que poner a salvo a parte de su familia.

Audrey había oído la historia por boca de Lailah, pero narrada por Michelle cobraba otra dimensión más intensa y oscura.

—Fue peligroso —continuaba—, en aquel entonces no queríamos usar nuestros poderes ante los humanos, salvo para protegernos de un ataque de hermanos caídos. Necesité ayuda para separar a su mujer y sus hijos y así garantizar que su perseguidor no diese con ellos para acabar con la estirpe. Mi error fue contar con mortales, no tardaron en dar con ellos y asesinarlos. Solo Sarah, la primogénita, logró ponerse a salvo en el punto más alejado de Judea que encontré.

—Fuiste tú quien la protegió.

—Así es. La llevé al otro extremo del mundo conocido. A Cartago Nova, provincia cartaginesa.

—¿La llevase a España?

—Entonces era Roma, como casi toda Europa y el norte de África. La llevé donde sabía que su perseguidor no tendría ojos para observarla ni brazos tan largos para ponérselos encima. Además de ello, la protegí durante décadas.

—¿Quién la perseguía? ¿El gobernador de Judea? ¿El emperador? ¿Los esbirros de Maimón?

Angelo trató de sonreír con dulzura, pero sus ojos delataron el calvario que aquella familia tuvo que sufrir y él observar como testigo impotente.

—Simón Pedro. —El chico se levantó para servirse una copa de vino. Ella pidió otra, la necesitaría para digerir aquella información. Había oído días antes lo de la traición de los apóstoles, especialmente del fundador de la Iglesia Católica, pero no comprendía el enañamiento que tuvo Pedro con la familia de Jesús tras terminar con él.

Se bebió la copa de un trago y notó la vista algo neblinosa, llevaba horas con un escueto almuerzo. Los nervios no le habían permitido comer más durante el día. Aquella información, cada nuevo dato que conocía sobre el origen de la religión católica, del cristianismo en general, suponía un nuevo jarro de agua helada sobre su cabeza.

—¿Por qué esa obsesión por acabar con su familia?

—Es lógico. Pedro pensaba basar su religión en la figura de un hombre célibe, igual que su madre fue pura.

—La ausencia de sexo.

—Y de cariño, de amor. Quería extirpar del cristianismo la figura de la mujer como si esta nunca hubiera existido.

—No tiene sentido.

—Al contrario. Desde el punto de vista de la devoción, desvía la atención hacia sí mismo y sus seguidores. Desde el punto de vista económico, hace que

el dinero recaudado, su máximo objetivo, quede siempre sujeto a la iglesia. A él mismo.

—¿El dinero?

—El objetivo de todo credo religioso. El dinero es lo que mueve el mundo. La Iglesia Católica obliga a sus sacerdotes, obispos, cardenales... a que no tengan familia, a que sus bienes obtenidos o heredados pasen a la Iglesia tras su muerte. De ese modo se enriquece sin cesar. Imagina que tuvieran esposas e hijos, las leyes de los países les beneficiaría con herencias.

—¡Vaya!

—Todo tiene sentido, ¿verdad?

Audrey había sabido desde siempre que tras el fanatismo religioso se movía mucho dinero, ahora comprendía que aquella forma de hacer fortuna no había surgido de la noche a la mañana, sino que correspondía a un plan muy bien elaborado para hacerse con el poder y el control de naciones enteras, casi de todo el mundo. Pero en ese momento le llegó una duda que eclipsó todas las demás.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Por la estirpe de Jesucristo. Sus sucesores se conocen como merovingios.

—Justo en el momento de morir, entre mis brazos en el motel, ibas a decirme el motivo por el que te habías acercado a mí, dijiste «mero» y tu luz se apagó... No estarás pensando que yo...

—No, no me hagas caso. A veces se me cruzan ideas absurdas en la cabeza.

—Dijiste que no había nada mágico en Jesucristo, que tampoco creías en la concepción divina de una virgen. La verdad, la imagen que recuerdo de Isabel no es precisamente la de la Virgen María.

—Claro, olvídale. —Le dio la espalda y fue a por más vino.

—¿Cuándo nos marcharemos de Roma?

—¿Deseas marcharte? Creía que tu prioridad era rescatar a tu madre.

—Las posibilidades de que siga con vida son mínimas. Y no podría sacrificarte a ti por ella. No quiero perderte de nuevo. Además de no tener derecho a hacerlo.

—Tampoco podrás vivir con el dolor de saber que te marchaste y la abandonaste aquí. Déjame pensar en la forma de ayudarte, un último intento de rescatarla. Estoy seguro de poder lograr mi objetivo si consigo separar a Maimón, Abigor y Lailah para enfrentarme a ellos uno a uno. Ahora que



piensan que estoy muerto, no se lo esperarán, y por fin podré usar el factor sorpresa contra ellos.

—Me da miedo que no logres tu objetivo. Entonces tendría que vivir con el sentimiento de culpa de haberos perdido a los dos.

Angelo se acercó a ella, tomó su cara entre las manos, como solía hacer cuando la veía preocupada o con un semblante derrotista, y le dio un suave beso en los labios. Los ojos de Audrey se iluminaron como si emitiesen fuegos artificiales.

—¿Qué es eso?

Los dos se giraron hacia la ventana y observaron los rayos golpeando la azotea del palacio Apostólico. Un espectáculo que heló la sangre de la chica.

—Maimón trata de regresar.

—¿Regresar? ¿Al cielo?

—Sí, apuesto a que ese idiota quiere enfrentarse al Creador y medir su poder con él.

—¿Lo logrará?

—No.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Las llaves solo sirven para los ángeles, y bajo el estricto permiso del Creador. Debe de estar usando el conjuro o fórmula que Leonardo redactó en su etapa de exilio. Qué iluso.

El espectáculo se extendió por una hora, en la que fueron testigos en silencio de cómo el cielo castigaba la arrogancia de los tres demonios.

—Ha cesado.

—Sí, ahora Maimón se retirará enfadado. Posiblemente a volver a leer por milésima vez los escritos de el Caído. Deberías descansar, mañana será un día duro.

—¿Qué pasará mañana?

—Que traeré a tu madre. Te doy mi palabra.

La luz de la luna llena más grande que jamás había visto entraba por la ventana del dormitorio e iluminaba a la pareja mientras hacía el amor. Audrey se colocó sobre él y frenó el vaivén de su cadera, se agachó hasta tener su cara a milímetros de la de Angelo, este intentó besarla pero ella se lo impidió. Observó sus ojos verdes durante unos segundos antes de decirle:

—Te amo.

—Yo también a ti.

—No, por favor, no digas nada. Tampoco pretendía saber si tú también lo sentías por mí, solo deseaba decírtelo porque las horas que pasé esperándote en el sótano del teatro, y luego velando tu cuerpo en el motel, fueron un martirio por no haberte confesado mis sentimientos cuando estaba a tiempo.

—Cuando se siente un amor tan verdadero e intenso, sobran las palabras. Me has demostrado tu amor desde que llevábamos dos días juntos.

—¿Has dicho intenso?

—¿Cómo dices?

—Intenso. Nunca uses esa palabra. Mi madre, Isabel, decía que un amor intenso está condenado a consumirse mucho más deprisa, a durar muy poco.

—Pues habrá que demostrarle a ella y al mundo que se equivocaban, que el nuestro será intenso y eterno.

—Prométemelo —se abrazó a él con fuerza y no volvieron a pronunciar una sola palabra más.

Entre besos y caricias, tras culminar el momento de intimidad, Audrey quedó acurrucada en los brazos de Angelo. Ni el ejercicio físico realizado ni que el chico jugase con sus cabellos sirvieron para que lograse dormir.

Las luces de la ciudad al otro lado de la ventana le recordaron lo lejos que se encontraba de su Madrid, de sus padres, de Andrés. Su padre estaría volviéndose loco. Audrey se preguntó cómo había sido capaz de ser tan cruel y ocultarle la verdad, por muy inverosímil que fuese. Debía tranquilizarlo, al menos en parte, y prometerle que trataría por todos los medios de encontrar a Matilde. Le diría que se había perdido... No, eso era absurdo; Andrés habría llamado al hotel y el recepcionista le contaría que se marcharon las dos.

No lo pensó más y se levantó para tomar el teléfono móvil de Angelo, ya improvisaría sobre la marcha, trataría de suavizar partes de la historia, como que estaba secuestrada por demonios... Uf, eso sonaba fatal en su mente.

—¿Papá?

—No puede ser. Cariño, ¿eres tú?

—Sí, papá, siento no haberte llamado antes. No sabía qué contarte y me asusté.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien tu madre y tú? Me estás asustando. ¿Dónde estáis?

—Seguimos en Roma, yo estoy bien, pero mamá se ha perdido y llevo días buscándola.

—¿De qué me hablas? He puesto una denuncia en el consulado y otra en la propia policía de aquí y no me han dicho que hubiera una denuncia anterior por la desaparición de tu madre. ¿No has llamado a la policía?

—¿Aquí? ¿Estás en Roma?

—Sí, llevo dos días buscándoos por las calles. Estoy en el mismo hotel en el que te hospedabas. ¿Dónde estás tú?

—No te muevas de la habitación, voy para allá.

—Pero puedo acercarme, es de noche y no quiero que salgas a la calle, es peligroso.

—Lo dicho, no te muevas. —Y colgó.

Miró hacia Angelo, que estaba sentado en el borde de la cama observándola en silencio.

—Lo he oído, vamos a por él.

—Espera —puso una mano en su pecho—. Antes debes darme tu palabra de que...

—Tranquila, dejaré que tú le cuentes lo que consideres oportuno.

## Capítulo 27

A medida que pasaban las horas y no se localizaba el cuerpo o los restos de Michelle, Maimón se convencía aún más de la inutilidad de Abigor y de su nueva aliada. Quizá no lo hirieron con tanta gravedad como presumían. Una herida de semejante magnitud no le hubiese permitido teletransportarse para huir. No haber ordenado la muerte de la rehén había sido una inteligente elección, como también pedir a los dos esbirros que vigilaban al padre de la chica que hiciesen guardia también durante la noche. No quería una sorpresa, como que el tipo desapareciese de la ciudad y perder la oportunidad de tener dos rehenes, dos ases bajo la manga en la partida contra el ángel.

El reloj de pulsera de Gianluca marcaba la una y cuarenta y dos de la madrugada cuando Nestore bostezó por enésima vez, hacía más de un cuarto de hora que no pasaba nadie por la calle y era absurdo vigilar mientras el viejo dormía. Dormir... Aún recordaba cuando podía dormir doce horas seguidas. Las misiones que les encomendaban sus nuevos jefes era aburridas y se estiraban hasta la eternidad. Quizá ellos no necesitasen dormir, pero los humanos sí. No podrían mantener aquel ritmo durante mucho tiempo más.

—¿Otra vez? Joder, yo también tengo sueño, pero no bostezo cada cuatro minutos.

—¿Qué coño te pasa? Estamos los dos jodidos con esta misión, así que no lo pagues conmigo —protestó Nestore. Luego apoyó la espalda en la pared de la fachada de enfrente del hotel, justo a la sombra que se formaba entre dos farolas lejanas, y trató de dar una cabezada aun estando de pie.

Gianluca lo observó con desprecio, menudo inútil le habían asignado como compañero. Letal en el cuerpo a cuerpo, le dijeron, también lo decía él mismo cada dos por tres. Letal... Claro, con más de ciento cincuenta kilos era más que mortal si te dejaba caer encima el cuerpo. En fin, aquella noche sería muy larga.

O tal vez no.

Una vespa apareció por el fondo de la calle rompiendo el silencio, aunque ni por esa logró despertar a Nestore. Gianluca observó cómo frenaba justo en la puerta del hotel y se bajaba una chica joven y delgada, al quitarse el casco

comprobó que era el objetivo número dos que buscaban. El ángel hubiese sido el premio gordo y les hubiese otorgado un reconocimiento sin igual en la organización, pero aquello era mucho mejor que nada.

Tras entrar la chica en el hotel, Gianluca dio un fuerte codazo en las costillas a Nestore y, mientras este gruñía de dolor, llamó por teléfono para informar del hallazgo. «No, ha venido sola, ni rastro del ángel», respondió a la pregunta que le hicieron desde el otro lado. «Sí, nos mantenemos a la espera» y colgó el teléfono. Su compañero le miraba con claras intenciones de hacerle pagar el golpe.

—Adelante, puto seboso. Veamos si es cierto que peleas tan bien como presumes. Tampoco me importará tener que informar luego de que he acabado contigo por estar roncando mientras el objetivo aparecía ante tus narices.

Nestore se lo pensó mejor y decidió calmarse. Inteligente. Gianluca tenía oculta en el dorso de su mano izquierda una pequeña daga que lanzaba con una precisión absoluta a más de veinte metros. Hubiese acertado en un ojo a Nestore, sin siquiera esforzarse en apuntar, desde los tres metros que les separaban.

—Atento, parece que ya salen.

Audrey llegó a la puerta del hotel y entró en el vestíbulo para preguntar al recepcionista por la habitación de su padre. El chico le dijo que había preguntado por ella la policía en dos ocasiones. Ella no respondió, fue corriendo al ascensor.

—¿Ya estás aquí? Has llegado muy rápido. ¿Cómo estás?

—Bien, papá. Tenemos mucha prisa, te lo contaré todo cuando estemos en el piso de un amigo. ¿Has hecho la maleta?

—Sí, claro... ¿Un amigo? ¿Qué amigo? ¿Te has metido en algún lío?

—Luego, papá, luego.

—Salieron del hotel tras abonar el importe de esas dos noches, allí les esperaba Angelo en un coche negro.

—Papá, este es Angelo. Angelo, te presento a mi padre.

—Un placer.

Andrés no le devolvió la cortesía, estaba aún aturdido y entró con la maleta abrazada a su pecho en el asiento trasero, Audrey junto a Angelo, y este partió calle abajo.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Como había imaginado. Encontré dos sombras en la puerta, pero todo ha salido perfecto.

Unos minutos más tarde, cuatro coches con guerreros de Maimón frenaban ante la puerta del hotel Adriano. Allí solo quedaban una motocicleta blanca y dos cadáveres a unos metros.

El calor era infernal en el despacho, pero por algún extraño motivo le reconfortaba, incluso desearía más. Lailah observaba el enfado monumental de Maimón, los acusaba a ella y a Abigor de no haber culminado su misión. Eran dos contra un solo ángel y habían fanfarroneado por un éxito que no se produjo. Lailah nunca fanfarroneó de tal hecho, lo hizo Abigor, pero no tenía intención de discutir, le traían sin cuidado aquellos dos engreídos que pensaban dominar el mundo cuando no podían dominarse siquiera a sí mismos.

—Nadie ha visto al ángel. No podemos asegurar que esté vivo —protestó Abigor.

—¿Y quién ha matado a los dos que vigilaban en el hotel? Tenían los cuellos destrozados, les habían girado las cabezas más de ciento ochenta grados. ¿Lo hizo una chica de cuarenta kilos?

—Tal vez tenga ayuda de otro ángel.

—No, si sigue en la ciudad es porque cree tener posibilidades de recuperar a su madre, y nadie salvo Michelle tendría opciones de lograrlo. Si hubiera más ángeles, habrían participado en el ataque de ayer.

Lailah se sorprendió, no solo por comprobar que Maimón no era tan inepto como lo había juzgado, también por la posibilidad de que Angelo estuviese con vida. Claro que eso solo podría significar que él tenía razón en cuanto a...

—¿No piensas decir nada? Fuiste tú la que aseguraba haber atravesado al arcángel. «Una herida mortal», dijiste. La observaba con ira en la mirada.

—Y no mentí. Si dudas de mi capacidad, puedes enfrentarte a él la próxima vez, si es que realmente está vivo, y así nos demuestras lo que sabes hacer. Por cierto, a esos dos lacayos pudo matarlos cualquiera, no debiste enviar mortales para hacer el trabajo de demonios.

La sala explotó consumida en una intensa bola de fuego que lo arrasó todo, incluso la ropa y la piel de los tres presentes. Lailah extendió los brazos y observó sus manos callosas, aquel era su verdadero aspecto tras su conversión, el resto del cuerpo era aún peor. La habitación comenzó a restaurarse gracias a la magia de Maimón, pero Lailah estuvo mirando el

horror que contemplaba en ella misma durante unos segundos más antes de recuperar su piel y ropa. Abigor sonreía ante su cara de pavor, debía ser la primera vez que se veía con su nuevo cuerpo, pero no le dijo nada, su líder estaba demasiado irritable como para soportar un comportamiento infantil entre ellos.

—Quiero que redactes una lista con todos los pisos u hoteles en los que Michelle podría ocultarse, de seguir con vida, ¿entendido? —Su semblante no daba pie a cuestionar la orden por parte de la chica, que se limitó a asentir con la cabeza.

—Quiero a todos los efectivos movilizados en las calles —se había girado hacia Abigor—, sin descanso. Distribuye la lista de lugares posibles que ella os dé y que ninguno haga una tontería, que no se enfrenten al ángel. Que la chica esté sola o junto a otro protector me es indiferente, pero que nadie ataque, que notifiquen la posición y esperen a los refuerzos para que el ataque tenga plenas garantías de éxito.

—Así se hará.

—Marchaos y procurad encontrarlos lo antes posible.

Abandonaron el despacho tras adoptar la forma de un cardenal y una monja, ambos de avanzada edad, y llegaron a una sala de reuniones en mitad de un pasillo que se extendía en dirección a los ascensores instalados poco más de cien años atrás en el edificio. Allí tomó papel Lailah y comenzó a escribir una lista bastante larga, demasiado larga a los ojos de Abigor, que imaginaba seis o siete pisos. Dudó en varias ocasiones, como si tuviese que recordar algunos de ellos, y terminó por fin. Extendió el folio hacia su compañero y se marchó en silencio.

Abigor tomó la lista y sonrió. Tendría que separar a sus guerreros supervivientes en demasiados grupos, pero aún así tenía efectivos suficientes para comprobar todas las direcciones en un solo día.

—¿Este piso es tuyo? —preguntó Andrés a Angelo mientras, con la boca abierta, admiraba el hermoso ático de Uriel.

—De un amigo. Por cierto, regresa hoy mismo, así que debemos marcharnos en unas dos horas como máximo.

Audrey le transmitió su curiosidad por querer abandonar el lugar tan de improviso, cuando aún no había contado a su padre lo que fuera que se le ocurriese. El chico devolvió una mirada de apremio y ella no tuvo que insistir;

en la situación en la que se encontraban, después de haber eliminado a los dos que vigilaban la puerta del hotel, todos los guerreros de Maimón sabrían, o intuirían, que Angelo seguía vivo. Por sacar con seguridad a Andrés del hotel, había arruinado el factor sorpresa, un arma poderosa con la que contaba para rescatar a Matilde.

El chico se marchó para dejarlos a solas, aunque ella suponía que realmente estaba buscando la forma de volver a ponerlos a salvo. Necesitarían un piso o habitación de hotel donde esconderse hasta aclarar las ideas y tener bien estudiada la forma de atacar a Maimón y traer con vida a Matilde. Angelo parecía más seguro que nunca de su presentimiento. «Si tienen vigilado a tu padre, pero aún no lo han secuestrado, es que siguen teniendo con vida a tu madre y no necesitan por el momento más rehenes para negociar», le dijo cuando se acercaban al hotel y detectó desde la distancia a las dos sombras. «Entra sola en el hotel, ellos no te harán nada, solo se mantendrán a la espera de instrucciones. Cuando salgas con tu padre, os estaré esperando con un vehículo más grande».

—¿Quieres tomar algo, papá?

—¿Tomar? Solo quiero saber qué ha pasado, qué está pasando aquí. ¿Quién es ese chico y qué hace contigo? ¿Dónde está mamá y qué le ha sucedido?

—El chico se llama Angelo, lo conocí al llegar y me ha ayudado cuando mamá desapareció.

—Pero, ¿Cómo puede desaparecer una persona así como así? ¿Dónde estaba y por qué no te encontrabas con ella? Espera, no respondas. ¿Dónde hay un mueble-bar por aquí? Tienes razón, necesito algo bien fuerte.

Audrey nunca había visto beber a su padre, ni siquiera una simple cerveza. Le dijo dónde estaban las botellas de alcohol y trajo una cubitera llena de hielo desde la nevera de la cocina. Andrés se sirvió algo que bien podría ser whisky o brandy y se lo bebió de un trago, hizo una mueca de desagrado y luego se sirvió otro. Ella se sentó en uno de los sofás y trató de pensar con rapidez.

—Yo estaba con ella en un restaurante del barrio del Trastevere. Habíamos visitado la fontana di Trevi y otros lugares y nos moríamos de cansancio y hambre. Comimos entre risas y contándonos lo que nos habían parecido los monumentos y la cantidad de turistas, hablamos del calor que hacía y del olor de algunas calles. Luego ella se levantó para pagar la cuenta y aprovechar para ir al baño. Yo estuve durante media hora esperando, no me di cuenta de la tardanza porque el local tenía WI-FI y aproveché para contestar el correo



electrónico con el iPad. Me pasó el tiempo volando y un camarero puso la cuenta en un pequeño plato sobre la mesa. Entonces comprendí que algo malo pasaba. Busqué en el baño, pregunté a los camareros y nadie había visto salir a mamá del restaurante.

—Y fuiste a la policía.

—Bueno, solo conocía a Angelo en la ciudad. Me había dado su teléfono un día antes por si necesitaba algo. Le llamé sin pensarlo y me está ayudando a buscarla.

—No me lo puedo creer —se veía muy nervioso—. En estos casos se llama a la policía, ¿cómo has podido ser tan irresponsable? Además, si no conoces a ese chico de nada, ¿cómo sabes que no está implicado en la desaparición?

—Nadie ha pedido ningún rescate, y Angelo me ha protegido todo este tiempo.

—¿Protegido? ¿De qué hablas? ¿De qué o quién te tendría que proteger? Audrey, ¿me estás contando la verdad?

Era imposible engañar a su padre, que leía sin dificultad su mente a través de sus ojos incluso bajo la penumbra del salón. Audrey no sabía hacia dónde mirar ni por dónde continuar en el laberinto sin salida en el que se había metido. Aquella situación se estaba volviendo más angustiada de lo imaginado. Deseaba contar toda la verdad a su padre, pero solo lograría enfadarlo por semejante atajo de mentiras fantasiosas y sin fundamento. Recordaba cómo ella misma no creyó lo que Angelo le contaba en el barco unos días antes, y eso que había sido testigo de lo que ocurría en los locales secretos donde se reunían los demonios de Maimón.

—Papá, puedes confiar en el chico, te lo garantizo.

—Pero si lo conoces desde hace cinco o seis días. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Tú confía en mí.

—¿Y tu madre? Sigue perdida o secuestrada por la ciudad, o vete a saber dónde, ¿te parece bien estar viviendo una aventura con un chico mientras ella sigue desaparecida?

Audrey rompió a llorar con la intensidad de cuando era pequeña, como si los pulmones fueran a explotarle en el pecho y las lágrimas inundaron sus mejillas. Así estuvo unos minutos, en los que su padre no supo si consolarla o seguir enfadado por la irresponsabilidad que estaba observando en ella. Entonces buscó un pañuelo para sonarse la nariz.

—No sabes lo que hemos hecho por mamá, las noches buscándola y los... tipos a los que nos hemos enfrentado en callejones. No sabes lo que han sido capaz de dar Angelo y algunos de sus amigos por ella, por encontrarla y traerla de vuelta a casa. Jamás lo imaginarías. No juzgues tan a la ligera y sin saber lo ocurrido estos días. Tal vez tenga solo dieciocho años, pero no soy tan estúpida como para no reconocer a quienes me hacen el bien o el mal.

—Está bien, tranquilízate. No solucionaremos nada hablando. Creo que lo más sensato es descansar y mañana dividirnos para buscar a tu madre por las zonas de la ciudad en las que aún no hayamos...

La puerta se abrió de un golpe y Angelo entró demasiado rápido como para que Andrés lo viese venir.

—¿Qué le has hecho?

—No le he hecho daño, solo está inconsciente.

—¿Pero por qué le has...?

La horda de esbirros vestidos de negro entró en ese momento y Audrey solo pudo gritar.

## Capítulo 28

Las noticias eran claras. Si algo funcionaba bien en el organigrama de Maimón, era el flujo de información inmediata entre los esbirros, lacayos, guerreros y espías con que contaba. Lailah aún no había asimilado las categorías, razas y funciones de cada uno, incluso empezaba a pensar que toda la jodida ciudad de Roma trabajaba para el líder de los demonios, que a su vez ostentaba el cargo más alto de la Iglesia Católica.

Ya conocía la mayor parte de la andadura de Maimón, tanto en su etapa como demonio como en la anterior, formando parte del escuadrón al que ella misma y Angelo pertenecían; tras convertirse Lailah en demonio le fueron revelados los detalles que le faltaban. Maimón se hizo cardenal en el año 606 y empezó a eliminar papas a una velocidad asombrosa; solo unas semanas para acabar con Sabiniano. Bonifacio III y Bonifacio IV duraron tanto como su lealtad hacia él. Y así siguió con el paso de los siglos, ocupando uno u otro cuerpo, siempre de cardenales *preferiti* y quedando a la sombra del pontífice de turno. Hasta el cuatro de agosto de 1903, entonces decidió dar un paso más y ostentar el máximo cargo eclesiástico asesinando al italiano Giuseppe Melchiorre Sarto y suplantándolo como el papa Pio X. Entonces se acabaron de repente las conspiraciones que acababan con un pontífice de la noche a la mañana. Claro, esas conspiraciones que acababan tras un sorbo de veneno eran todas provocadas por él mismo. Desde entonces ha ocupado el cargo, aunque fingiendo su muerte y volviendo a surgir en un nuevo cuerpo de cardenal, hasta hoy día.

No, no era tan estúpido Maimón como ella pensaba.

La red de información que había descubierto al ángel y a la chica en la última de las direcciones escritas por ella había demostrado una eficacia inimaginable.

Cuando apareció junto a Abigor en el ático que fue de Uriel, solo apreciaron una puerta destrozada y muchos demonios confusos olisqueando por aquí y por allá. Se acercó a la cocina y sacó una botella helada de vino blanco, buscó una copa, que encontró a la primera, y luego se dirigió con ambas al salón para sentarse en un sofá a contemplar las vistas mientras se escanciaba un poco del vino.

—Inútiles —rumiaba Abigor—. Las órdenes estaban claras, debíais esperar refuerzos antes de entrar. Ahora les hemos perdido y quizá ya no usen un piso de los habituales, podrían haberse marchado a cualquier parte de la ciudad.

Lailah daba un sorbo de vino mientras sonreía ante el enfado de su compañero. Los esbirros que comandaba eran fuertes pero demasiado idiotas e indisciplinados, quizá tanto tiempo en esos locales de fiesta había acabado con sus neuronas. A partir de ahora les costaría encontrar a Michelle, si seguía con vida, y mucho más acabar con él si había logrado la fórmula para sobrevivir a la herida fatal de una espada negra. No permanecieron durante más tiempo en el ático, pero fue suficiente para recordar a la chica tiempos más felices; se estremeció al pensar en lo que echaba de menos a Angelo y lo difícil que fue enfrentarse a él, tanto física como emocionalmente. Ya había pensado en ello esos dos días, pero aquel lugar que había sido refugio de amigos y donde habían compartido risas y confidencias, intensificaba el hormigueo de su estómago. ¿Qué pasaría si volvían a enfrentarse? Dudaba de que Abigor fuera capaz de hacerle frente. ¿Qué haría ella? ¿Sería capaz de herirlo de nuevo o matarlo? ¿Participaría Maimón en la pelea? No, su fuerza no se acercaba a la de Leonardo, así que no sería tan estúpido de enfrentarse al que fue su verdugo.

—¿No piensas decir nada?

Lailah salió de sus pensamientos cuando Abigor se plantó desafiante frente a ella. ¿Estaba a la espera de una disculpa o algo similar? Podía esperar sentado.

—¿Decir? Tus esbirros no parecen muy disciplinados. Quizá necesiten una nueva comandante que imponga más respeto.

—Pedazo de pu...

El aire alrededor de Abigor comenzó a emitir pequeños destellos, miles de descargas eléctricas que llegaban a tocar su cuerpo. Él quedó paralizado.

—Cuidado con lo que dices —susurró Lailah amenazante—. Aún no conozco mis nuevas habilidades al cien por cien y podría cometer el error de desintegrarte cuando solo me apetece hacerte un daño que no olvides durante mucho tiempo.

—Maimón...

—A Maimón le diré que Michelle apareció de repente y te partió en dos ese sarnoso cuerpo que arrastras desde hace milenios. Y sé lo que estás pensando, pero ¿cuántos de estos esbirros se enfrentarán a mi ira y castigo si

se atreven a contar lo que han visto aquí hoy? —Los presentes desviaron la mirada o, directamente, se marcharon a otra estancia del ático.

—A Maimón no se le pasará por alto que el lugar en el que se escondían los objetivos fue el último que escribiste en la lista.

—Lo siento, no sabía que querías un listado por orden alfabético.

Lailah cesó en la amenaza sobre Abigor y este intentó en vano tragar saliva. Tras apurar de un sorbo su copa de vino, se levantó y giró su cuerpo para observar la panorámica de la ciudad, con el Vaticano casi a tiro de piedra. Ofrecía su espalda a quien quisiera acabar con ella, si es que tenía el valor suficiente para intentarlo. Estaba tan cerca de Abigor que la multitud de gruesas rastas de su cabello blanco llegaban a rozar su cuerpo, pero él no se atrevió a mover un músculo mientras ella sonreía por su triunfo.

«Así que tú eres lo mejor que tenía Maimón hasta que yo aparecí. Debimos aniquilaros hace milenios. Y pensar que nos daba pánico un enfrentamiento final por la fama de Abigor el Devastador...».

Tras esos pensamientos, la chica abandonó el ático. Allí no podrían hacer nada por localizar a Michelle.

Abigor contaba con el poder de dar golpes de espada capaces de partir un edificio en dos, pero era demasiado lento y sus batallas no dejaban más que escombros a su paso. Ningún oponente rápido sucumbía ante sus poderosos mandobles, menos aún si no podía usar dicho poder por orden de Maimón, hubiese destruido los cimientos del Vaticano de haberlo intentado en su enfrentamiento con Michelle. De buena gana habría destruido toda ciudadela, media Roma incluso, si con ello hubiera quitado de en medio a esa puta que ahora cuestionaba su autoridad, le desafiaba ante sus guerreros y ponía en peligro su misión de hacerse con el poder entre los suyos. Pronto... muy pronto tomaría el control y reservaría unas horas para divertirse con ella, disfrutaba imaginando las torturas a las que la sometería. Y eso ocurriría tan pronto que ya casi podía oler su sangre y vísceras derramadas por el suelo.

Un camión de limpieza del ayuntamiento acababa de pasar por la calle, dejando los adoquines relucientes y reflejando las luces de los hospitales en la isla Tiberina. Tras cruzar el puente Cestio, condujo despacio, dejando a la izquierda y su espalda los hospitales y aparcó frente a la puerta de la sacristía de la Basílica de San Bartolomeo, en el lado izquierdo de su pequeña y blanca fachada.

Golpeó la puerta seis veces, articulando una contraseña que anunciaba su presencia, y esta se abrió para dejarle entrar en la penumbra de una red de pasillos que se adentraban en la tierra, conduciéndolo a una sala de reuniones que no visitaba desde hacía casi un siglo. En ningún momento prendió las numerosas antorchas que se encontraban en la pared a su derecha, aún recordaba el camino de memoria y se movía bien en la más absoluta oscuridad.

Al fondo se apreciaba el parpadeo de una luz anaranjada. Sonrió al pensar en lo poco que evolucionan esos lugares a pesar de la cantidad de dinero de que disponían para sufragar reformas. La chimenea estaría encendida y el murmullo, que crecía a medida que se acercaba, anunciaba que estaban todos esperándole. Más que un murmullo parecía una pelea medieval. Sí, así eran sus fieles.

No anunció su entrada, se limitó a observar desde el quicio de la puerta con una sonrisa de satisfacción. No habían cambiado nada desde la última misión. Pendencieros, malhumorados, salvajes, algo indisciplinados —salvo cuando era él quien requería sus servicios— y tan fuertes como hábiles en combate. No procedían de ángeles, habían sido convertidos directamente desde simples mortales; aunque lo de simple era una forma de hablar. Todos ellos eran reyes y generales de la talla del mismísimo Alejandro Magno.

La estancia medía veinte pasos de largo por diez de ancho, el techo no se sabría a qué altura estaba porque no se apreciaba en la penumbra. Destacaban la enorme mesa de madera negra en el centro y una chimenea tan grande como para que caminase en su interior el más alto de los guerreros que allí se encontraban devorando los seis cerdos asados que él mismo les había enviado para que comenzasen el festín antes de comunicar las órdenes. ¿Dónde se ocultarían semejantes bárbaros? Medían más de dos metros y pesarían ciento cincuenta kilos, vestían armadura metálica y portaban espadas y hachas capaces de partir una vaca en dos. A veces pensaba que no se movían de aquella sala durante décadas, a la espera de una nueva misión. De arrasar otra ciudad hasta dejarla reducida a cenizas.

Poco le importaba a él que eso le sucediese a la propia Roma. O al mismísimo Vaticano.

—Habréis guardado algo de vino y asado para mí, ¿verdad?

Todos se giraron hacia él, en silencio, para luego brindar por su jefe y continuar con el banquete sin interesarse siquiera por la misión. Cualquiera

cosa que ordenase su comandante sería divertido, además de ejecutado sin hacer una sola pregunta.

Cuando Lailah defendía el bando de los buenos, eso al menos le habían dicho, se divertía infiltrándose en los locales de fiesta de sus rivales. Disfrutaba seduciendo a uno o varios de los más grandes y presuntuosos demonios que encontraba, los alentaba a pelear entre ellos, a veces a muerte, por conseguir el trofeo de marcharse a casa con ella. Los mataba en cuanto salía del local y comenzaba de nuevo en otro lugar de la ciudad. Siglos atrás era diferente, entonces jugaba a enamorar a algún mortal, por restaurantes o calles, cuya belleza le recordase a Michelle. Era dulce con ellos, pero no pasaba de una noche y los amaneceres le traían el recuerdo de no haber logrado meter en su cama a quien realmente deseaba, además de tener que deshacerse del, a menudo, pesado mortal que se volvía empalagoso. En una ocasión arrojó a uno de ellos por la ventana, cayó sobre un árbol y solo se partió las dos piernas, pero eso la obligó a cambiar de residencia antes de que llegasen los guardias del orden.

Tendría que buscar una nueva forma de divertirse y pasar el tiempo por las noches. Ni deseaba volver a seducir mortales ni jugar con los demonios era lo mismo desde que ella misma se había convertido en una igual. El local en que se encontraba en ese momento era nuevo, pero todo lo que contemplaba a su alrededor era lo mismo que había encontrado en otras madrigueras. Pasaba más desapercibida que nunca y eso a pesar de ir vestida completamente de blanco. Se había extendido la voz de su incorporación a las hordas de Maimón y eso hacía perder todo el encanto a la situación.

Por si todo eso no fuera suficiente, no había alcohol.

Se marchó aburrida y sin ganas de hacer nada más por esa noche. Entró en el descapotable que había aparcado en la misma fachada del edificio y partió a toda velocidad hacia su nueva casa. Para tratarse de seres popularmente imaginados bajo tierra o en algún tipo de inframundo, les gustaba vivir en áticos, en una posición lo más cercana al cielo. Al menos los que habían estado al otro lado, como Lailah, Abigor y Maimón, aquellos que en otra época disfrutaron de una larga estancia en el hogar del Creador y sus tropas.

La nueva residencia de Lailah era magnífica, prácticamente diáfana y repleta de obras de arte y muebles de diseño que ella misma había elegido. Todo era blanco menos el suelo de madera de roble gris oscuro. La pared

principal era de cristal y ofrecía una panorámica perfecta de casi toda la ciudad, además de la enorme terraza con piscina. A pesar de esos lujos y comodidades, ella prefería pasar los días y las noches en la calle.

Metió la mano en el pequeño bolso para buscar la llave de la puerta...

¡¡¡BOOOM!!!!

La explosión acabó con todo el edificio. Una montaña de escombros aparecía tras llevarse el viento de la noche la nube de polvo que tapó las fachadas de los edificios colindantes; ahora sin cristales en sus ventanas. El silencio nocturno dio paso al sonido de sirenas lejanas, llantos de niños, alarmas de coches y gritos de vecinos tratando de explicarse lo qué había sucedido. Todavía se sentía alguna pequeña detonación y focos de fuego en un punto u otro, seguiría así hasta que se agotase el gas natural que había quedado libre de las tuberías rotas.

Entre todos los espectadores de semejante barbarie, había uno más sorprendido que el resto. Casi no podía cerrar la boca ante lo que acababa de contemplar desde una azotea cercana. No, aquello no estaba en su planes horas atrás, cuando acordó con sus fieles guerreros el ataque a quien estaba suponiendo una dura amenaza en su puesto de mano derecha de Maimón. Abigor no comprendía lo que acababa de pasar, solo que había perdido a su legión de honor, a los doce guerreros que lo habían acompañado en innumerables contiendas.

Un ligero y familiar olor a flores llegó a su olfato y lo obligó a fruncir el ceño.

—Qué suerte que hayas sobrevivido a la explosión —gruñó.

—Deberías saber que las explosiones que yo misma provocho no pueden hacerme daño.

—¿Cómo supiste...?

—La próxima vez que mandes contra mí a un grupo de descerebrados como ese, diles que mastiquen unos chicles de menta para no delatar su posición con el fétido aliento a carne asada que dejan a su paso.

Abigor se giró justo cuando ella acababa de recuperar su aspecto habitual. La explosión había desintegrado su ropa y la piel que le confería su aspecto humano.

—Siento haber matado a tus amiguitos —añadió con una sonrisa—, espero que no les tuvieses mucho aprecio.



—Esa docena de demonios ha arrasado ciudades desde hace dos mil años. Vas a pagar cara tu insolencia. Pero no creo que sea necesario que sigamos conversando. Entre tú y yo no cabe más negociación que esta. —Sacó su espada despacio y se puso en guardia.

—Disfrutaré informando a Maimón de tu muerte. —Lailah sacó la suya.

—Ya no tienes poder para más explosiones. Al menos tengo media hora hasta que puedas producir otra de esa magnitud. —Abigor sonreía al pensar en lo fácil que sería su victoria.

Y no hubo más palabras. Una sucesión de pequeños destellos, producidos por los choques de las espadas, era lo único visible desde la calle, donde los transeúntes se preguntaban por el extraño fenómeno que se producía sobre el edificio. Muchos pensaba que acabaría por derrumbarse por haber sufrido daños tras la gran explosión del edificio de enfrente.

Lailah trataba de frenar una espada más lenta pero fuerte que la suya, y eso que Abigor aún no había sacado su espada secundaria. No estaba completamente segura de poder vencer a su rival, pero sabía que aquel enfrentamiento llegaría tarde o temprano y era absurdo postergarlo más. Quizá recuperase el poder necesario para generar otra explosión como la anterior, o tal vez lo suficiente como para herirlo de gravedad. Un mandoble estuvo a punto de partirla en dos por la mitad, eso dejaba claras sus opciones de salir con éxito del lugar.

## Capítulo 29

Sin contar con las habilidades de Lailah para lograr anular la voluntad de los hombres, conseguir una habitación de hotel no hubiera sido sencillo si Angelo no lo hubiera previsto todo. Sacó una cantidad de dinero importante de la caja fuerte del ático de Uriel en cuanto tuvo la oportunidad, justo al llegar con Audrey y su padre, de ese modo pudo pagar esa noche dos habitaciones sin problema; dando una generosa propina para no tener que mostrar sus documentos de identidad.

El padre de Audrey aún no había recuperado del todo la conciencia, pero pudo pasar por el vestíbulo del hotel caminando algo aturdido y con la ayuda de su hija y el chico; dijeron en recepción que se encontraba mareado y el conserje no dudó ante dos chicos bien parecidos y vestidos de primeras firmas. Lo ayudaron a subir a la habitación y, una vez tumbado en la cama, Angelo volvió a poner los dedos alrededor de su cuello para que durmiese a pierna suelta durante unas horas más.

—Quiero aprender esa técnica para dormir a la gente —susurró Audrey, temiendo que su voz despertase del sueño profundo a su padre.

—Es una técnica oriental, se basa en la presión de tres puntos a la derecha de tu cuello. Cuesta más de lo que imaginas, necesitas tener cada dedo en la posición exacta y hacer una presión concreta con cada uno de ellos.

—Pensaba que me dirías que era un truco mágico de ángeles.

—Pues ya has visto que no todo es magia.

Audrey no esperó un solo minuto más para darse una ducha caliente. Lamentó no tener otra muda de ropa para cambiarse, pero al menos había comprado un conjunto de lencería en una tienda de las que abren las veinticuatro horas del día y que, junto al kit de higiene compuesto, entre otras cosas, por cepillo de dientes y dentífrico, salvaría la sensación de indigente que la azoraba en esos momentos.

«¿Qué va a ocurrir ahora? —comenzó a pensar bajo el agua caliente—. ¿Será siempre mi vida así, huyendo de explosiones y ataques? Mira quién duerme en la habitación, al otro lado del tabique. Él no merece esta vida, como tampoco Matilde... Ni siquiera sé con seguridad si ella sigue con vida. ¿Qué voy a contarles cuando todo esto termine? ¿Terminará esta pesadilla algún día? ¿Viviré para contarlo? Parece que fue ayer cuando vine a visitar

cuatro estúpidos lugares que salían en una película más estúpida aún. Parece que fue ayer cuando mi vida era la de una niña que iba a la universidad y que consideraba una mala infancia como el mayor infierno posible. La última semana me ha demostrado que existen lugares y experiencias peores a las que jamás habría imaginado. La última semana ha traído a mi vida un amor imposible y el karma lo ha compensado con el secuestro de mi madre y la pesadilla que vivo ahora. ¡Ojalá todo fuera tan fácil como chasquear los dedos y volver atrás en el tiempo. Ojalá todo fuera tan fácil como despertarme en mi cama de Madrid y que solo quedase el recuerdo de los dulces labios de Angelo en mi memoria! ¿Por qué la vida tiene que ser tan compleja, tan llena de altibajos? ¿Por qué no puede ser como en las puñeteras películas de Disney? ¿Dónde están las perdices y cuándo llegará ese final para comerlas en paz?».».

—¿Estás bien?

La voz del chico hizo que se sobresaltase. El agua caliente recorriendo su cuerpo la había relajado hasta el punto de perder la noción del tiempo. Cerró el grifo para afrontar la difícil tarea de recuperar aquello que antaño llamaba cabello.

—Estás preciosa.

—¿Acaso me lees el pensamiento?

—¿Por qué dices eso? Claro que no.

—Sabes de sobra que tengo un aspecto horrible. Necesito productos para el cabello y cremas para las quemaduras del sol en la cara. Ni siquiera me maquillo desde hace días y solo tengo una muda de ropa, que empieza a oler a cuadra.

—Yo te veo radiante.

—Gracias, pero no me lo creo.

Angelo se acercó para darle un fuerte abrazo y un beso. Ella no lo hubiera reconocido, pero necesitaba esa muestra de cariño más que nunca. A falta del afecto de su familia, el apoyo del chico resultaba muy valioso.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Ya no tenemos un piso seguro donde planificar los siguientes pasos. Me asusta tener a mi padre a mi lado y no poder garantizar su seguridad mejor de lo que lo hice con mi madre.

—El ático de Uriel era temporal, y no nos ofrecía tanta seguridad como tú creías. Lailah lo conocía, por eso pensé que estuviésemos allí un día o quizá menos. La situación en la que nos encontramos es muy volátil, pronto se librará una batalla entre ellos y yo, una que pondrá fin a la guerra que se

originó hace miles de años. Siento haberte mezclado en ella, más aún porque tú y tus padres también habéis sido arrastrados, pero te prometo que haré lo posible por recompensarte y ponerlos a todos a salvo.

—¿Una batalla? Sabes que me asusta la idea de perderte de nuevo. Quizá no vuelvas a resucitar si te hieren de más gravedad. ¿No podríamos desaparecer? Sé lo egoísta que suena, pero prefiero pasar el resto de mis días lamentándome por la pérdida de mi madre que por la de todos los seres que amo. Hablo de ti y de mi padre.

—No puedo dejar pasar lo ocurrido. La pérdida de mis hermanos, el ataque de Maimón, el regreso del sanguinario Abigor. Tampoco puedo olvidarme de Lailah.

—Es por ella, al final todo se reduce a ella. Sé que Maimón y los demás te dan igual; durante milenios has estado sin luchar contra ellos porque no eran una prioridad para ti. Pero no puedes digerir que alguien tan cercano, casi una hermana, te haya traicionado.

Angelo no respondió, ni siquiera fue capaz de mantener su mirada. Se levantó y fue a observar la noche a través de la ventana. Audrey fue tras él y se abrazó a su espalda.

—Lo siento —añadió—, no quería que sonase de ese modo.

—Pero tienes razón. Es ella, siempre fue ella. Lailah impidió que diese el paso adelante que lo habría cambiado todo, el paso que me hubiera convertido en uno más junto a Leonardo y Maimón. Ella me acompañó desde el principio y no puedo contemplar una vida o un futuro alejado de su frivolidad, sus carcajadas socarronas y su superficialidad. Ella es la única familia que he conocido, esa hermana pequeña que te avergüenza a la vez que te produce una sonrisa de orgullo. Tal vez resulte difícil de comprender, pero los lobos solo nos tenemos entre nosotros para darnos calor.

—Ahora lucha junto a la manada enemiga.

Angelo no respondió, permanecía con la mirada perdida en el infinito. Tras unos segundos, la chica volvió a preguntar:

—¿Qué haremos mi padre y yo cuando tú te marches a esa batalla de la cual no sabes si regresarás?

—Dile a tu padre que lo del sueño se debe al cansancio acumulado, que cayó rendido y le trajimos aquí, no te costará convencerlo con lo fatigado que está tras días recorriendo las calles y casi sin comer. Luego ya sabes lo que hacer. Espera seis horas y desaparece si no he vuelto. Toma el resto del dinero de la caja fuerte de Uriel, habrá unos treinta mil euros, suficiente para regresar

a España alquilando un barco pequeño con tripulación y sobornar al prefecto del puerto para no registrar tu documentación. Ya te dije dónde ir para lograr que te ayuden.

—Preguntaré en el restaurante la Zanzara por el encargado y le diré que he visto humo blanco en el Vaticano. Luego haré todo lo que él me diga. Así estaremos a salvo en unas pocas horas.

—Tienes una excelente memoria.

—Prefiero no tener que usarla para recordar estos días con lágrimas en los ojos por tu ausencia.

—Te doy mi palabra de que eso no sucederá. Te dije que lo nuestro sería eterno, que tu madre biológica se equivocaría con nosotros.

—No lo dijiste, fue más bien una promesa.

—Y no faltaré a ella. Dentro de muchos años, nos reiremos en alguna playa lejana al recordar este momento. Comeremos langosta, pasaremos al amanecer por la arena blanca y fría, bailaremos hasta que nos duelan los pies y haremos el amor hasta quedar dormidos con las estrellas observándonos desde el cielo.

—¿Y tú aún amarás a esta viejecita que se arrugará día tras día mientras permaneces con el mismo aspecto?

—Cuando termine la batalla y regrese con tu madre, quiero que vuelvas a preguntarme eso mismo; te sorprenderé con una respuesta que no esperas.

—Tú regresa, eso es todo lo que necesito, que regreses para no separarme de ti nunca más.

—¿Qué es aquello de allí?

Ambos quedaron atónitos ante una gran explosión que se produjo en la zona centro de la ciudad. Una nube de polvo y escombros precedió el derrumbe de un alto edificio.

—Esa es la señal que esperaba —dijo Angelo antes de separarse de ella y encaminarse a la puerta de la habitación.

—¿De qué hablas? ¿Adónde vas?

—A terminar con todo esto. Eso que acabas de ver es la invitación de Lailah para que me sume a la batalla.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Reconozco su poder aun desde la distancia.

—Te estarán esperando. Será una encerrona como la del Vaticano.

—No. Están peleando entre ellos, puedo sentirlo. Es el momento perfecto para vencerlos mientras merman sus fuerzas. Regresaré, te lo prometo. Te he

prometido mi corazón.

—El corazón del último ángel... ¿Y si no lo haces? Si no regresas, seis horas...

—Seis horas para saber si tendrás mi corazón para la eternidad. —Y se acercó para abrazarla.

Al otro lado de la ventana la brisa de la noche mecía los árboles, balanceándolos en un lánguido baile; una danza fúnebre y silenciosa que llenó de desconsuelo el alma de la chica. Audrey oía los latidos del corazón de Angelo al apoyar la cabeza en su pecho, y se preguntó si volvería a tenerlo de nuevo entre sus brazos. Entonces extendió su mano, pero no obtuvo recompensa, como tampoco pudo verle desaparecer ante ella. Una cortina de lágrimas puso el efecto final a la sensación más que probable de que nunca volvería a verlo. Y se derrumbó sobre un extremo de la cama, más fría y grande que nunca, hasta sentir que el pecho se le partiría en dos si seguía llorando. Tras unos largos minutos, se levantó a duras penas y se acercó a la ventana. Angelo ya estaría en el lugar en que antes había visto la gran explosión, donde ahora se elevaba una gruesa cortina de humo gris, el que sería con toda seguridad su tumba.

«No me dejes sola. Me has prometido que regresarías. Si una persona no dede faltar a una promesa, mucho menos un ángel. Recuerda que me has prometido tu corazón para toda la eternidad».

El libro estaba manchado, deteriorado y faltaban páginas que quizá fuesen esenciales, pero no se podía pedir más de un ejemplar que había sido escrito hacía tanto tiempo y del que nadie había pensado nunca hacer una copia para conservar su sabiduría. Ese fue uno de sus más grandes errores, se sentía un estúpido al haber salvado el libro y no confiar en escribanos o frailes que lo transcribiesen para salvaguardar las enseñanzas de el Caído. Las ásperas yemas de sus dedos producían un crepitar desagradable al pasarlas sobre el reseco papel. Un araño en la frágil membrana que divide la dimensión de los mortales de la que rige a los seres divinos. Maimón se sentía circulando por una carretera que tendría en algún momento un desvío hacia el destino al que llevaba siglos ansiando llegar. Todo era cuestión de saber esperar y leer bien para no perder el camino a seguir. Su sabiduría le había llevado a dirigir a los suyos tras la muerte de el Caído a pesar de no ser el más fuerte en

combate. Un dato que Abigor nunca debía saber para no transformar a un aliado en verdugo y sucesor.

Maimón suspiró ante la responsabilidad que se cernía sobre él, la de ocupar definitivamente el lugar de el Caído y guiar el camino de sus seguidores hacia el cie.... hacia la venganza.

La pantalla de su teléfono móvil parpadeaba por enésima vez sobre la mesa del escritorio. Estaba en modo silencio para no distraerle de cuestiones más importantes, como descubrir en qué había fracasado durante la invocación anterior de las tres llaves de los ángeles. ¿Por qué no había logrado su ascenso al reino del Creador para poder tenerlo por fin frente a él y pedirle explicaciones? ¿Dónde estaba el error en su conjuro? ¿Era algo que estaba en las páginas perdidas del libro de Leonardo y que había extraviado siglos atrás? En ese último caso, no podría cumplir con su deseo ni vengar a su maestro. Tantos siglos, incluso milenios, perdidos para nada.

Los dibujos que el Iluminado detalló de su puño y letra sobre el sagrado manual se mostraban difusos y no dejaban claro cómo había que colocar las manos cuando se pronunciaban las palabras que hacían abrir la puerta del ascenso divino a través del poder de los amuletos de los ángeles más poderosos. ¿Cómo iba Maimón a reproducir el ritual si aquello estaba tan confuso como incompleto?

El líder de los demonios pasó las páginas adelante y atrás, buscando algo que se le hubiera pasado por alto, pero era imposible, se conocía aquel libro de memoria. Sacó una daga y cortó las cubiertas forradas en piel ennegrecida, no había nada oculto, ninguna nota del maestro para sumar al ritual y hacerlo efectivo. No tenía nada más que aquel libro para lograr su objetivo, estaba solo ante semejante empresa, y eso le hacía temer por el fracaso final a la vez que se crecía por la talla de la misión. No se defraudaría a sí mismo, tampoco al maestro. Saldría victorioso tanto si lograba ascender de nuevo como si acababa con el último de los ángeles, nada menos que el Santo Arcángel Michelle, el último reducto de las grandes guerras, el favorito del Creador, el máximo emblema y estandarte del bien, el cruel verdugo de Satanás.

Se sirvió una copa de licor tras permanecer ante la chimenea unos minutos más y fue a sentarse a su escritorio, allí observó las llamadas perdidas de su teléfono. No esperaba actividad de importancia tras el intento de conjuro de unas horas antes. Las llamadas no procedían de Abigor ni de Lailah, sino de esbirros de una inferior categoría, por eso estuvo a punto de pasarlas por alto, pero el número de llamadas mostraba una insistencia inusual.

Esa última y débil explosión no había logrado ni arañar a un oponente de la talla de Abigor, quien seguía jugando con ella, disfrutando de un combate del que se sentía ganador desde antes de empezar. Sus dos espadas frenaban los débiles mandobles de Lailah sin esfuerzo. Casi sonreía al alargar la agonía y cansancio de quien había osado provocarle y faltarle al respeto: una sierva y amante del traidor Michelle. De nada serviría que pidiese clemencia cuando la hubiese mutilado lentamente y estuviera a punto de darle el golpe de gracia. Se llevaría su cabeza con esas rastas blancas para tener el recuerdo de su gran pelea. Con semejante trofeo impondría respeto a todos lo que osaran desafiarle en el futuro.

Los golpes que lanzaba Lailah eran cada vez más débiles, estaba al borde del colapso y él pronto tendría su venganza. Le contaría a Maimón la excusa que se le ocurriese; su líder no osaría cuestionar sus palabras cuando él era el único lugarteniente que le quedaba. La chica sudaba y no era capaz de mantener su espada en alto. Segundos, era cuestión de segundos.

Abigor lanzó un ataque final con todas su fuerzas, suficiente para partirla en dos y todo el edificio bajo sus pies. Entonces llegó la deflagración. Él no lo esperaba y sufrió un dolor jamás antes sentido, más fuerte que el de una espada atravesando su cuerpo. De repente se encontró aprisionado entre grandes y pesados trozos de hormigón de lo que había sido un alto bloque de viviendas, percibía el olor a madera noble mezclada con aguas fecales y cemento. Esa zorra de Lailah había jugado con él, se había reservado sus fuerzas para fingir debilidad y atacar con todo su poder en el momento menos pensado. Había caído en su trampa como un demonio novato. Una vez más se había burlado de él, la última vez... Pero no estaba tan malherido, ahora acabaría con ella de un solo golpe de espada. No había muerto en la explosión como esa zorra había imaginado, ella no era tan fuerte como se creía, y ahora pagaría por su insolencia y atrevimiento.

Trató de ponerse en pie y comprendió que su percepción de la realidad era demasiado optimista. Le faltaba la pierna derecha desde la rodilla y su brazo izquierdo era un jirón de piel alrededor de un hueso roto. Tardaría demasiado en curarse, en regenerar su cuerpo por completo, aunque quizás aún tuviese poder suficiente para acabar con la adversaria que lo había dañado más que ningún otro antes.



Sacó su espada y se lo jugó todo a un único ataque, en su estado físico no podría aspirar a nada más si quería salir con vida del lugar. Lailah apareció de la nada, empapada en sudor por el esfuerzo de la explosión, y trató de atravesarlo. Abigor la frenó a pesar de su rapidez, a continuación, cuando ella estaba abatida por el cansancio, alzó su espada y concentró todo su poder para partir el edificio y toda la zona en dos, eso bastaría para desintegrar a la zorra de una vez por todas.

El destello iluminó todo el cielo sobre la ciudad. La energía desprendida por el choque contra la espada celestial cegó a Abigor durante un segundo, sin que pudiera asimilar que existiese alguien tan fuerte como para detener su magia. A continuación observó los verdes ojos del ángel que lo partió en dos.

## Capítulo 30

El destello fue como ese molesto punto que sigues viendo tras mirar el sol directamente un día de verano, que aún con los ojos cerrados permanece durante eternos segundos en la retina y comienzas a pensar que pueda quedarse ahí para siempre. Audrey lo vio desde la distancia y supo que Angelo se había incorporado al combate, justo después de una nueva explosión que sumió el edificio en escombros como el anterior.

El corazón se le encogió en el pecho y contuvo las ganas de llorar ante un futuro incierto que se hacía más negro y distante a medida que pasaban los segundos. Si no olvidaría jamás las seis horas pasadas en el sótano del teatro, mucho menos las que tendría que sufrir observando desde la distancia cómo podía perder la vida quien se había llevado consigo su corazón.

Pensó en tumbarse en la cama y abrazar a su padre mientras dormía, pero Angelo le había garantizado que no despertaría en unas horas y de poco serviría estar llorando a su lado en lugar de hacerlo donde se encontraba. Casi mejor en la ventana. Para según qué cosas prefería sentirse a solas. Se acomodó en una butaca y abrazó sus rodillas con fuerza. Esperar a oscuras en el sótano anterior le resultó una tortura, pero hacerlo mientras observaba las explosiones y los truenos que podían estar matando a Angelo era mucho más duro.

«Al menos he tenido tiempo esta vez para decirle lo que siento por él. No es que sea un gran consuelo, pero he estado demasiado tiempo, casi toda mi vida, evitando mostrar mis sentimientos hacia las personas que eran importantes para mí, así como aquellas para las que yo también lo soy».

Pensaba también en su padre, que lo había dejado todo, al igual que su madre días antes, para ir a ayudarla.

«Tanto tiempo considerando importante la fortaleza mental que se logra tras edificar un muro que me aísla de las emociones, y no he comprendido que esos sentimientos forman parte de mí y que podría hacer daño a quienes les niego el afecto que ellos no temen ofrecerme de forma desinteresada. Tantos años desde la muerte de Isabel y sigo creyendo que volveré a sufrir por amar a otras personas, aun cuando ellos me demuestran su amor sin esperar respuesta alguna».

«No puedo mantenerme al margen de lo que me rodea, menos aún por miedo a que me haga daño. Va siendo hora de afrontar lo que llegue, sea bueno o malo, y luchar por lo que quiero ser, tener, vivir... en lugar de huir o mirar hacia otro lado. Debo involucrarme, estar con los míos, con quienes me quieren. Debo estar junto a mis padres y Angelo».

Varias pequeñas explosiones y media docena de rayos cayeron sobre el Vaticano. La cara de Audrey se iluminaba con cada uno de ellos, y su mirada asustadiza dio paso lentamente a un semblante de rabia, ira, coraje. Se puso en pie de un salto, limpió sus lágrimas con la manga de la camisa y fue a despertar a su padre, lo lograría aunque tuviese que arrojar agua fría sobre su cara.

¿Cómo había logrado esperar pacientemente durante milenios, si ahora cada minuto pasaba como si fuese una eternidad? Quizá porque tenía muy cerca su venganza, el fin de la tortura que supuso el exilio; no era capaz de pensar en otra cosa salvo en lo que haría cuando estuviese ante el verdugo de su mentor. Ante el castigador de todos los suyos. Sería una suerte que Michelle hubiese sobrevivido al desastroso ataque planificado por Abigor y Lailah, eso le daría la máxima esperanza de lograr su ansiada meta, aunque tuviese que ser él mismo el que se enfrentase al santo ángel y vengar al Caído con sus propias manos. Sea como fuere, todo estaba en su mano, o en su llave. El colgante de Michelle había sido siempre la clave, nunca lo había visto de un modo tan claro como en la última semana.

La misión encomendada por el Creador no era otra que una lucha final entre sus fieles y los que no profesaban ya sus creencias. De un lado las huestes de Michelle y del otro las del gran y todopoderoso Leonardo. Una guerra fratricida con el único resultado posible de un solo superviviente. Y ese debía ser él. Había sido el más listo y el que sobreviviese a todos los demás. No había cometido errores como ser débil y confiar en el amor hacia un hermano traidor, lo que le costó la vida a Leonardo. El Iluminado no fue capaz de luchar con todas sus fuerzas contra quien le dejó solo ante el Creador. Maimón, Abigor y una decena más de ángeles dieron el paso adelante que la sanguijuela de Michelle no fue capaz de dar. En cambio, unos siglos después no tuvo reparos en aparecer para dar la puntilla a quien lo seguía amando más que a nada en el mundo.

Siglos ninguneando, despreciando, apartando la vista de los que habían caído junto a él por devoción, lealtad, admiración... y amor. Maimón lo había dado todo por Leonardo y este pasó siglos recluido vete a saber dónde; buscando la forma de regresar junto al Creador y lamiendo las heridas que Michelle había producido en su corazón. ¿Y para qué? ¿Para ver cómo este lo atacaba a muerte por orden de un dios miserable que los había creado para librar sus batallas, que los había usado durante milenios para acabar desterrándolos a aquel nauseabundo lugar y disfrutar viendo cómo se exterminaban entre ellos?

Leonardo no tuvo el valor de matar a Michelle, pero ese error no lo cometería él. No, él atravesaría el cuerpo del traidor con la misma espada del Caído; la espada que había conservado desde entonces para, llegado el momento, cumplir con su destino. Maimón había sabido mantenerse al margen y esperar. Esa era la clave de todo. La clave del éxito final. ¿Cómo podría el Creador defenderse ante quien había aniquilado hasta el último de sus defensores, de sus fieles y todopoderosos guerreros? ¿Cómo podría impedirle reinar sobre su mundo, sobre todos los mundos, una vez lo obligase a apartarse o morir bajo su negra espada? Siglos llevaba, no... milenios llevaba soñando con el instante en que volviese a tenerlo ante él.

Maimón observó su aspecto en el gran espejo del pasillo que conducía desde sus aposentos al despacho oficial. La cara redonda, la piel blanca, los ojos bondadosos, los hábitos discretos de un pontífice que había recuperado la fe de muchos fieles, de millones de imbéciles que creían sus palabras sin analizar sus actos. Entonces más que nunca estaba protegiendo a pedófilos, ladrones, señores de la guerra en África... Entonces más que nunca estaba recaudando millones de euros al día con sus acuerdos con gobiernos para no pagar impuestos por sus negocios ni por los ingresos y donaciones. Entonces más que nunca estaba trabajando por destruir todo lo que la Iglesia Católica debía significar para la salvación de aquellos crédulos, ignorantes y aborregados mortales.

Entonces más que nunca estaba decidido a exterminar todo lo que el iluso del Creador, el miserable de Simón Pedro y el traidor de Michelle habían edificado, o permitido que sucediese.

Maldito apestoso olor a manzanas verdes. Décadas pidiendo que cambiasen el ambientador y seguían con el mismo. ¿Tendría que hacer arder el edificio, la ciudad del Vaticano entera, para que se respetasen sus órdenes? Porque estaba dispuesto a hacerlo, más que eso, estaba entusiasmado con la

idea de ver a aquel atajo de gusanos que reptaban por los edificios e iglesias gritando entre las llamas. Sería un placer indescriptible e infinito contemplar el culmen de la obra de La Bestia<sup>1</sup>.

Las escaleras que ascendían a la azotea del edificio, tras atravesar la puerta de seguridad del final del pasillo, hubieran sido difíciles de subir para un anciano de la edad que él aparentaba, pero no para el guerrero que fue y que aún seguía siendo bajo aquella piel grasienta que recubría su verdadero aspecto. Caminar o subir escaleras no suponía esfuerzo alguno, pero ya le hubiese gustado disponer de la habilidad de Michelle para teletransportarse adonde gustase. Quizá lograra adquirir ese poder tras aniquilarle, disfrutaría observando su cara inmaculada de ángel en una mueca de dolor y desesperación cuando comprobase que la espada del gran Leonardo atravesaba su pecho. No había nada que desease más que contemplar cómo se apagaba el brillo de los ojos del traidor tras arrebatarse la vida.

La superficie de la azotea estaba cubierta de grava. En una de las esquinas se apreciaban los efectos de los cientos de rayos que cayeron el día antes durante el conjuro fallido. Carbón y polvo negro que el viento aún se llevaba lentamente y que le recordaron su fracaso. Maimón emitió un chasquido de decepción tan grande por aquel error que hizo desaparecer su envoltorio terrenal, y la forma demoníaca tomó el control. Cada vez se sentía más cómodo con ese aspecto. Largos cuernos crecían desde su frente, así como los colmillos de una boca llena de llagas; las mismas que recorrían el cuerpo delgado y calloso que se apoyaba en el suelo sobre deformes pezuñas. Una piel oscura y áspera, como la de un lobo gris chamuscado y mil veces apaleado y acuchillado, cubría cada extremidad de su cuerpo y daba al líder de los caídos el aspecto más aterrador que pudiera imaginarse. Sus seguidores, sus cachorros, renegaban de aquel aspecto desde hacía siglos, pero era la nueva armadura de la que disponían para mostrar su máxima fuerza ante los enemigos. Quizá los ataques de Michelle y Lailah no hubieran tenido efecto una semana atrás si los estúpidos que pelearon contra ellos hubieran aceptado su nuevo aspecto.

Alzó la vista y contempló la ciudad que se mostraba ante él, se veía más grande y hermosa que nunca. A esa hora de la noche se encontraba prendida de millones de luces, como si nadie decidiese dormir en Roma en el momento en que se decidía el destino de la humanidad. Incluso podía, si se esforzaba lo suficiente, ver a cada mortal curioso, o temeroso, tras las ventanas. A su derecha, a menos de un kilómetro, destellos y rayos anunciaban la batalla que

su mano derecha Abigor libraba contra los que osaban cuestionar su poder. Maimón confiaba en que pudiera, junto a sus leales guerreros legendarios, de los que tanto tiempo llevaba alardeando, acabar con Michelle y los ángeles que quedasen sobre la faz de la Tierra.

Si Lailah ayudaba a su comandante, como había hecho en la pelea anterior, podría disfrutar de las mieles de la victoria en unas pocas horas. Seguro que el Creador no imaginaba un final tan triunfal como aquel a su reinado. La sonrisa que brotó de sus labios tornó en carcajada descontrolada.

Entonces miró de nuevo a su alrededor, a la enorme y milenaria ciudad que se había edificado alrededor de un falso dogma de fe que solo le provocaba carcajadas, y disfrutó pensando que sería la primera que destruiría tras su ascenso al reino que siempre debió gobernar. Roma —toda Italia— sería la primera región que ardería entre llamas y azufre, como lo hicieron las dos últimas ciudades que arrasó el Caído antes de sufrir el castigo de quien no valoró la entrega, la lucha, el sacrificio y la opinión del que habría dado su vida por cumplir los designios de un dios que no merecía tales presentes.

«Vamos, Abigor, confío en ti para que acabes de una vez con ese traidor y me traigas la llave con la que entrar en el reino de los cielos, donde arrasaremos con todo el que se nos ponga por delante, incluyendo el Creador, y gobernaremos con hierro y fuego como debimos hacer desde el principio, como habría querido Leonardo».

Un destello más intenso que los anteriores iluminó todo el cielo sobre la ciudad y Maimón se estremeció al no saber quién había logrado el triunfo, si su lugarteniente o su mayor enemigo.

—¡Oh, dios mío!

Maimón se giró tras oír el grito a sus espaldas. Allí encontró a un sacerdote con el rostro desencajado.

—Lo sabía —añadió el religioso—. Todo lo que está ocurriendo estos días en la ciudad es un castigo del altísimo. Nos ha abandonado en las manos de Satanás.

Una llamarada lo calcinó antes de que pudiese añadir otra palabra.

—No. Estáis abandonados en las manos de alguien mucho peor.

Entonces aparecieron dos nuevas figuras ante él, dos seres que no sucumbirían a su fuego como lo había hecho el sacerdote. Y que provocaron un gruñido desgarrador al hacerle comprender su nueva situación.

<sup>1</sup>La bestia hace referencia al emperador Nerón. Que fue llamado La Bestia por San Juan Evangelista en Revelaciones del Nuevo Testamento. Usó el número 666 como Número de la Bestia tras sumar la posición de cada letra de «Nerón Caesar» en el alfabeto hebreo por su posición numérica en la

misma. A día de hoy se asocia al diablo, pero es una referencia a Nerón. El autor usa «la obra de La Bestia» para referirse al incendio de toda la ciudad de Roma que provocó Nerón por pura diversión. N. del A.

## Capítulo 31

Algunos gritaban asustados desde las ventanas y balcones, otros, ya insensibilizados de lo que pudiera ocurrirle al mundo, se limitaban a grabar con sus teléfonos móviles. Los que invadían las calles a esa hora de la madrugada estaban paralizados, boquiabiertos o rezando y preguntándose qué estaba pasando. A su alrededor había muchos coches que no podían avanzar por el número de viandantes que ocupaban las calles. La policía no lograba calmar a la población, menos aún cuando ellos mismos estaban también desconcertados y temerosos ante el espectáculo; llamaban a la central, pero sus superiores se encontraban en la misma situación.

Otro edificio se había derrumbado y la zona estaba acordonada. Audrey y su padre tuvieron que dar un rodeo abriéndose paso entre la multitud de curiosos y los grupos que se habían reunido para rezar. «*L'apocalisse, l'apocalisse è arrivata! Pentiti dei tuoi peccati prima di affrontare l'Altissimo!*» eran algunos de los gritos que más se oían. Todos temían el Apocalipsis y el castigo por los pecados no confesados ante Dios. Las iglesias estaban tan llenas de fieles que algunos debían permanecer escuchando la misa desde el exterior.

A pesar de la locura que se vivía en las calles, incluso con saqueos a tiendas de electrónica, joyerías y de telefonía móvil, el espectáculo que brindaba el cielo sobre la ciudad del Vaticano lo eclipsaba todo. ¿Estaba Dios castigando a sus siervos eclesiásticos por los pecados que acumulaban? Esa era la pregunta que los ciudadanos se hacían al estremecerse ante los rayos y explosiones que observaban desde la distancia.

Podría parecer peligroso, y lo sensato sería alejarse lo máximo posible de la zona, pero la peregrinación hacia el pequeño estado era un hecho, y no solo por parte de Audrey y Andrés. Tal vez por curiosidad, quizá para rezar lo más cerca posible del papa, otros deseaban ver qué acciones llevaba a cabo el pontífice para calmar a su jefe. Muchos de los que se dirigían hacia allí pensaban que no se trataba de un castigo, que aquellos rayos eran una bendición y querían ser partícipes de ella. Audrey pensó en los ciudadanos que fueron a recibir a las naves espaciales en la azotea del Empire State Building de Nueva York en la película Independence Day. Claro que ella



estaba cometiendo la misma imprudencia y eso le provocaba un extraño escalofrío en la espalda. Además, arrastraba con ella a su padre.

—¿Por qué tenemos que ir al Vaticano? Explícamelo de nuevo, por favor.  
—Andrés estaba cada vez más asustado. Miraba el lugar al que se dirigían sin mucha convicción.

—Por favor, papá, debes confiar en mí. Angelo, y posiblemente mamá, se encuentran en esa zona. Pero puedes quedarte aquí, no te muevas de esta calle y regresaré a por ti.

—Ni hablar, no pienso separarme de ti, y menos si me dices que mamá puede estar allí. Claro que me vas a tener que dar muchas explicaciones sobre lo que has hecho esta semana en Roma, sobre la desaparición de tu madre, que no me ha quedado tan claro, y especialmente sobre ese tal Angelo que ha aparecido en tu vida y ahora parece estar metido en algo que no puede ser de este mundo.

Audrey no respondió, seguía esquivando a una multitud cada vez más numerosa a medida que se acercaba a su destino. Ni siquiera había pensado en cómo podría ayudar a Angelo; seguramente sería un estorbo para él, pero no podía quedarse de brazos cruzados en la habitación del hotel mientras él daba la vida por su madre, por toda la ciudad o por todo el mundo que conocía. Quería sentirse lo más cerca posible de él y tratar de darle fuerzas del modo que fuese.

La presión de la mano de su padre en la suya propia le recordaba que habría daños colaterales, como lo estaba siendo su madre desde que llegó para ayudarla. Ya habría muerto mucha gente con los edificios derrumbados y las explosiones. ¿Cuántos más tendrían que caer hasta que la lucha terminase? ¿Qué posibilidades tenía la población si Angelo fracasaba y no quedaba nadie para frenar a Maimón y los suyos?

—Ya me pareciste una zorra interesada y oportunista cuando te conocí milenios atrás. Y veo que no me equivocaba.

—Siempre me gustó esa palabra: zorra —apuntó Lailah con una sonrisa—, sobre todo cuando la emplea un miserable como tú, una rata que se arrastra y huye de la pelea para sobrevivir a costa de la muerte de los demás. No imaginas la de veces que nos reíamos, tras cada batalla, recordando cómo te quedabas el último, o te escudabas tras Leonardo o Michelle, para evitar una

muerte más que segura. ¿Cuánto habrías sobrevivido sin permanecer bajo sus sombras?

—¿Tratas de enfurecerme? —Maimón, a pesar de querer ocultarlo, se veía preocupado por la situación—. He sido el más longevo de los míos, el que más tiempo ha acumulado poder, incluso absorbiendo el de algunos de mis enemigos que han caído bajo mi espada. Y precisamente lo dices tú, que te has vendido al mejor postor cuando te interesaba, para luego volver con quien te proporcionase una victoria segura. Yo no apostaría por el lado de la luz. Esta noche comenzará la era de las tinieblas.

Angelo permanecía al margen de la conversación, escoltaba a Lailah tras llevarla consigo en un salto desde el edificio que se derrumbó a consecuencia del choque contra Abigor hasta la azotea del Palacio Apostólico. El lugarteniente de Maimón había caído y ahora le tocaba el turno a él mismo. Siglos llevaba oculto en su vigilada madriguera, pasando de una identidad a otra tras acabar con los cardenales *preferiti* que lograban el cargo de papa. Maimón era un cobarde, como Lailah lo había descrito, que rehuía el combate directo y se parapetaba para sobrevivir sin importar el coste. ¿Qué tendría preparado para enfrentarse a ellos? Porque estaba seguro de que no jugaría limpio, no tenía opciones contra dos guerreros superiores.

—Nunca me he vendido ni he traicionado a los míos, a quienes me importaban —respondió Lailah—. Solo cumplí órdenes, aunque estas supusieran abandonar mi fe, a mi propio hermano, e incluso matarle para ganarme vuestra confianza.

—No llegaste a atravesarlo con tu espada como aseguraste, ¿verdad?

—Sí, ya te digo que cumplí sus órdenes a pesar de las consecuencias que pudieran tener. Angelo me pidió que lo atravesase con mi espada y eso hice.

—Es imposible. Ningún iluminado puede sobrevivir a una herida mortal producida por una espada negra. Salvo que reciba la bendición del propio Creador o de su stirpe... —Maimón retrocedió dos pasos y su mandíbula temblaba de pánico ante la idea de un adversario inmortal. ¿Cómo acabaría con él si su plan era atravesarlo con la espada negra del Caído?

Lailah y Angelo se acercaban lentamente, tratando de acorralarlo contra el filo de la cornisa del palacio o hacia el gran patio interior. Juntos eran y se sentían más fuertes. No importaba lo que guardase Maimón bajo la manga, tendría la partida perdida si se enfrentaba a ellos. Angelo portaba la armadura divina, un metal plateado que recordó a Maimón los milenios de envidias hacia el gran Leonardo y su perro faldero. Pero no, no se dejaría amedrentar

aunque estuviese en minoría. Se acabó el huir o permanecer a la retaguardia de quienes librasen las batallas por él. De hecho, ya nadie podría hacerlo, Abigor era el último demonio de alto poder que estaba a su mando.

Los dos adversarios que tenía enfrente, si además peleaban juntos, eran rivales imposibles de detener; aunque seguía contando con su intelecto y capacidad de leer el combate, su punto fuerte. Durante milenios y cientos de guerras estuvo perfeccionando la forma de estudiar la batalla, los movimientos de adversarios y compañeros. No era un gran luchador cuerpo a cuerpo, pero nadie sabía más de estratagemas para vencer a soldados de superior fuerza.

Ante la atónita mirada de Angelo y Lailah, arrojó su espada al suelo, con un gesto apesadumbrado, y levantó las manos en señal de tregua. Casi parecía a punto de rogar clemencia por su vida. Aquello solo era la mitad de su magistral plan.

—No será tan fácil engañarnos. No tendremos piedad aunque hayas arrojado tu espada al suelo.

—No estoy pidiendo perdón o clemencia, estúpida. —Ahora que tenía ambas manos libres, pudo lanzar su ataque en forma de llamarada mortal; ni el mismísimo Creador hubiera esperado una jugada como aquella, menos aún los ilusos de Michelle u Lailah.

Maimón aún recordaba el día en que el traidor fue nombrado arcángel y sucesor del Iluminado, el gran Leonardo, al que acababa de vencer, mientras el resto de caídos buscaban un sucio y oscuro rincón en el que esconderse para evitar el castigo por su supuesta traición. También recordaba el momento en que los mortales lo eligieron santo por su entrega y valiosa empresa. ¿Qué mérito tenía anunciar el nacimiento de Isaac, proteger al pueblo de Israel durante su marcha por el desierto, ser la voz de Dios para hablar con Moises y proteger a la estirpe de...? ¡No, eso era imposible! Aquel pordiosero era un simple carpintero, un charlatán como muchos otros antes, uno que fue elegido por Simón Pedro para su Biblia... pero sin más poder que... ¡No, no era posible!

El cuerpo de Lailah se había desplomado sobre el suelo tras un ataque mucho más rápido y fuerte del que jamás Angelo hubiese esperado. El arcángel esperaba ser atacado en primer lugar. Lailah no suponía tanta amenaza para el demonio y no tenía sentido alguno lo que acababa de contemplar. Maimón huyó a toda prisa hacia las escaleras que descendían hacia el interior del palacio.

—No dejes que se escape.

—No pierdas tus últimas fuerzas pensando en él, debes conservarlas para que pueda sanarte. —Angelo se arrodilló y acunó a la chica entre sus brazos.

—No hay tiempo para eso, ni siquiera contaba con la posibilidad de que... —un estertor la hizo vomitar sangre.

—Debí enfrentarme a solas con él, debí suponer que sería tan cobarde como para hacer algo así.

—Me lo merezco, le he traicionado. Él creía que me había unido a su causa y entiendo que quisiera desquitarse eliminando a una traidora.

—Pero aquello fue idea mía. Yo te pedí que hicieras el máximo sacrificio.

—También me pediste que te matase, algo que me costó mucho más que vender mi alma. Y sin mi ayuda, Abigor no hubiese matado a nuestros hermanos en la cripta.

—Todo esto ha sido culpa mía, no me lo perdonaré jamás.

—Somos soldados, y obedecemos órdenes. Yo obedecí las de mi superior y afronto las consecuencias.

La quemadura por la llamarada de azufre y fuego de Maimón se extendía rápido por el cuerpo de Lailah, haciendo que la voz de esta sonase cada vez más débil y pausada.

—Ella logrará...

—No, no hay tiempo para eso. Pero me alegro de que la hayas encontrado. Ella conseguirá lo que nadie pudo antes, te colmará de la felicidad que tantos intentamos procurarte durante nuestra vida. Aprovecha el regalo que se te ha concedido y recuerda nuestros rostros cuando estés a punto de rendir cuentas al Creador.

—Él no lo merece. Es lo que he aprendido durante estos años. Él no merece las vidas que han ido consumiéndose por sus deseos, ni las de los caídos que se postulaban contra su voluntad. No merece la mía y mucho menos la de quien lo ha dado todo sin cuestionar un solo instante las órdenes: la tuya.

—No pienses en él ahora, ni en Maimón. Olvida todo esto y márchate lo más lejos posible. Y pídele a la chica que te ame como mereces.

Un hilo de vida escapaba de sus ojos cuando Angelo se inclinó y la besó con suavidad en los labios. La luz la había abandonado, dejando su hermoso rostro con una mueca de sonrisa. Él acarició sus mejillas, luego el cabello y cerró despacio sus párpados justo antes de su cuerpo se consumiera entre cenizas negras. Jamás podría devolverle el amor recibido, miles de años de devoción y entrega, de fidelidad que sobrepasaba el fanatismo. Se había

marchado el último miembro de su familia. Los pocos ángeles que quedasen escondidos por el mundo portaban rostros que ya ni siquiera recordaba.

Pero aún tenía a alguien: Audrey. Le había prometido que encontraría a su madre y la llevaría a su lado. Y esa promesa sí iba a cumplirla. Como vengaría la muerte de sus amigos, especialmente la de quien quería como a una hermana.

Los alrededores de la plaza de San Pedro eran un hervidero de personas rezando, otros gritando o llorando. Grupos que trataban de acceder al interior de la basílica eran contenidos por la Guardia Vaticana, insuficiente aun contando con el apoyo de los carabinieri romanos destinados a la zona. A derecha e izquierda había fanáticos pidiendo a los presentes que se arrepintiesen de sus pecados o que se preparasen para arder en el infierno. También imprudentes que se encontraban metidos en semejante caos con sus propios hijos pequeños. Avanzar era prácticamente imposible, y aún más acercarse al Palacio Apostólico, donde hacía unos minutos se había observado una enorme llamarada. Eso era positivo, que aún se observaran signos del combate quería decir que Angelo seguía con vida.

—No podemos quedarnos aquí. Es absurdo permanecer entre la marabunta, y si hay una estampida o una explosión, estaremos encerrados. —El padre de Audrey tenía razón. Pero, ¿adónde ir?

—Sígueme, rápido —gritó ella.

Audrey tomó la mano de Andrés y comenzaron a empujar a quienes tenían a su derecha, a punto estuvieron de ser golpeados por fanáticos y devotos en varias ocasiones, tardando casi una hora en recorrer los cuatrocientos metros que les separaban de la via Sant'Ana. Allí parecía haber menos gente. Dejaron a su derecha la iglesia de mismo nombre que la calle pero no lograron burlar a la pareja de guardias que impedía el paso a toda persona ajena al estado pontificio. Solo dos guardias, aquello daba fe de los problemas que estarían sufriendo en la zona de la plaza y la basílica, donde parecía a punto de estallar una batalla campal. Durante el trayecto habían visto más explosiones a través de las ventanas de los dos pisos superiores del palacio Apostólico, que ya se encontraba a solo cien metros de distancia pero rodeado por dos docenas de guardias y tres camiones de bomberos que trataban de apagar las llamas.

«Ten cuidado, por favor, ten mucho cuidado», pensaba Audrey al observar el edificio siendo consumido por el fuego. Una lágrima recorrió su mejilla y

Andrés prefirió no preguntar más; comprendía que algo difícil de entender había ocurrido en las vidas de su mujer y su hija durante los días pasados en la ciudad, algo tan difícil como lo que observaba a su alrededor. Solo podía tener fe en que todo quedase atrás y pudiera recuperar a Matilde antes de regresar a Madrid.

Tras ver cómo su cuerpo quedaba convertido en cenizas que el viento se llevaba hacia el norte, Angelo tomó el anillo que Lailah siempre había portado, su llave inservible desde que cruzó al lado de las sombras, y se lo colocó en el meñique de su mano derecha. Besó el anillo y de un salto se teletransportó al despacho del pontífice, allí estaba la sabandija leyendo a toda prisa un libro oscuro.

—Ni el propio Leonardo podría impedir lo que te ocurrirá en unos segundos. Mucho menos ese libro que escribió cuando su mente divagaba entre el arrepentimiento y el dolor por haber perdido todo aquello que respetaba y amaba.

—No te referirás a ti, ¿verdad? El Iluminado redactó estos conjuros para regresar y rendir cuentas a sus dos mayores enemigos, a quien lo desterró a esta cloaca y al que creía su hermano. Fueron el odio y el deseo de venganza los que motivaron este libro, además de los años que invirtió en escribirlo.

—¿Tratas de hacer tiempo para reunir el poder necesario para lanzar otra llamarada? ¿Crees que eso será suficiente conmigo?

—Quizá no te mate, pero te debilitará para atravesarte luego con la espada.

—Adelante, aquí me tienes.

Angelo no había terminado de pronunciar esa palabra cuando todo el despacho estalló en una bola de fuego. El picor que le produjo en el cuerpo fue considerable, pero solo eso, ni siquiera hizo temblar la mano con la que sujetaba su espada. Forzó la mirada para estar alerta ante un ataque directo que no se produjo, el cobarde había vuelto a huir.

Maimón no disponía de más fuerzas para otra llamarada, ni tiempo suficiente para recargar su poder, pero iba prendiendo fuego a cada estancia que atravesaba en su huida por el palacio. Tapices, alfombras y madera centenaria ardían con una facilidad pasmosa. Aquello frenaría al ángel y le daría una oportunidad para desaparecer, o para aprovechar una distracción que sería mortal para su enemigo. No le importó incinerar a los colaboradores

que llevaban años trabajando para él, no eran más que simples mortales que se arrimaban al poder como las moscas a un cadáver.

Llegó al final del pasillo y descendió por las escaleras; no tenía intención de quedar atrapado en el ascensor, donde podría aparecer ese traidor de Michelle y usar su superior fuerza para doblegarle. ¿Hacia dónde podría ir? Solo contaba con guerreros de fuerza menor a sus órdenes, de los que no durarían más que unos segundos en combate contra un arcángel. La cripta sería una buena solución, la red de laberintos mostraba infinitos escondrijos y puertas de salida secretas. Tal vez pudiera usar alguna que Michelle no conociera.

Tardó unos eternos minutos en llegar a la planta baja y usar la entrada oculta tras *La conversión de San Pedro*, el mural realizado por Miguel Ángel en la Capilla Paolina del palacio. Corría con todas sus energías por los oscuros pasillos de piedra, contando con que Michelle se habría quedado buscando a la madre de la chica y ese tiempo sería vital para su fuga. Había prendido fuego a todo el palacio y eso frenaría el poder de teletransportarse del arcángel. Una vez más había sido más listo, había leído mejor el combate y había salido victorioso después de acabar con uno de sus dos enemigos. Jamás volverían a subestimarle.

Angelo contaba con una desventaja en tiempo considerable, y se incrementaría tras la tarea de buscar a la madre de Audrey, que se había propuesto hacer en primer lugar cuando vio arder el edificio. Comprobó nueve aposentos hasta dar con el que la tenía retenida, la mujer estaba desmayada por el humo pero permanecía con vida. Angelo la llevó a la calle, dejándola lo bastante cerca de los bomberos como para que la encontrasen en solo unos minutos. Regresó luego al edificio y se dirigió a la cripta, sabía que allí encontraría a la rata que había abandonado el barco antes de hundirse.

Otra vez entre aquellos oscuros pasadizos, otra vez sin contar con la certeza de lograr su objetivo, otra vez pensando que quizá no volviese a ver a Audrey. Maimón no era tan fuerte como Abigor, pero era más listo y no sería fácil acabar con él, mucho menos en el laberinto que conocía a la perfección. Angelo jugaría con desventaja, pero no pensaba bajar la guardia y daba por sentado que la venganza por la muerte de Lailah y el resto de hermanos se produciría esa noche. Se lo había jurado a sí mismo sobre las cenizas de su último familiar. Corría por los estrechos y oscuros pasillos hacia donde estaba completamente seguro que encontraría a la rata escondida, no podía

teletransportarse para no gastar unas energías que podría necesitar en combate. Tardó quince minutos en llegar y comprobar su teoría.

—Espero que no pienses que voy a frenarme en mi ataque por parapetarte detrás de esas tumbas. Para mí la tumba de Pedro y las del resto de papas no significan nada.

—Lo sé, aunque sí te frenarás ante esto. —Lo que mostró Maimón a continuación dio un vuelco a la situación y al corazón del chico.

Unos minutos antes:

La pareja de guardias conversaba por radio cada pocos minutos, Audrey supuso que se trataba de órdenes o que les mantenían al corriente de la situación, de lo que estaba ocurriendo en el palacio y en la plaza. Quizá ellos supieran algo sobre Angelo, claro que no iban a decírselo por mucho que les insistiera. Lo único que podía hacer era estudiar sus movimientos y aprovechar el momento adecuado para atravesar la barrera. Cien metros, solo cien metros para llegar al lugar en el que Angelo buscaba a su madre y libraba una batalla a muerte. El edificio estaba siendo consumido por las llamas, pero seguro que podría acceder al recinto por alguno de las construcciones anexas.

—Quédate a mi lado —le dijo a su padre— y estate atento a los movimientos de estos dos, vamos a salir corriendo en cuanto vuelvan a recibir un mensaje y mientras miran en dirección a la plaza.

—Es una temeridad —susurró Andrés—. Si nos atrapan en una noche como esta, podrían hacernos lo que quisieran sin tener que dar explicaciones. Nos dispararían como a terroristas.

—Entonces tenemos que darnos mucha prisa y tener el máximo cuidado.

Ninguno de los dos estaba preparado cuando se produjo el momento esperado, a pesar de ello corrieron todo lo rápido que sus pies les permitieron hacia el punto elegido, bordeando la iglesia de Sant'Ana y escondiéndose al doblar la esquina de entrada de la vía del Pellegrino. Solo eran unos veinticinco metros, pero tardaron mucho más de lo previsto y, antes de lograr su objetivo, oyeron a los guardias gritar a sus espaldas. Estarían perdidos si les disparaban desde tan corta distancia.

—¡Deténganse, no pueden entrar sin permiso. Alto o disparo! —gritaron en italiano.

Rápidamente aparecieron cuatro soldados más, estos venían desde el palacio y asumieron el control de la situación instando a los dos guardias a



mantener su posición. Esposaron a Audrey y su padre y los llevaron con muy malos modos a un edificio rosado que lindaba con el palacio.

—Nos estáis haciendo daño. ¿Adónde nos lleváis?

—Calla, zorra.

Andrés miró a Audrey entre enfadado e intrigado. El supuesto policía o guardia había hablado en castellano, por no mencionar que aquellas palabras no eran las que hubiera pronunciado un policía o soldado de la Guardia Vaticana.

—Eres un perro de Maimón —musitó ella con el rostro desencajado.

—Tengo orden de llevaros con vida ante él, pero no se me da bien cumplir las órdenes. Vuelve a abrir la boca y le llevaré tu cadáver.

El semblante de Andrés mostraba más dudas y desconcierto que nunca ante aquella breve conversación que finalizó en el acto. Fueron llevados a una sala en la que se ocultaba una trampilla bajo una enorme alfombra, descendieron por escaleras excavadas en la propia roca hasta perder la cuenta de los escalones, la profundidad solo podía medirse por el descenso de temperatura y el aumento de la humedad. No había más luz que las de las antorchas que sembraban la pared de la izquierda cada diez u once peldaños. Tras el descenso vino el eterno deambular por pasillos que ni sus cuatro captores conocían a la perfección, regresaban sobre sus pasos o discutían a voces en un extraño idioma cada vez que se encontraban con un callejón sin salida.

Audrey se mortificaba por su torpeza. Angelo estaba arriesgando su vida por rescatar a su madre y ella no había hecho más que desobedecer su consejo de esperar en el hotel. Ahora Maimón tendría tres rehenes y ni siquiera sabía si el ángel seguía con vida. Bueno, era muy probable. ¿Para qué si no iba a necesitar rehenes Maimón si ya tuviera a su merced al chico? Intuir que Angelo seguía con vida no era más que un momentáneo consuelo, su padre acababa de quedar atrapado en la misma red que tenía a su madre desde hacía una semana. Como también lo estaba ella.

Llegaron a una estancia enorme, como una gran cueva con algo más de iluminación y una zona, a su derecha, que mostraba un típico cordón de terciopelo rojo para separar a los turistas de la tentación de tocar cosas o reliquias valiosas. Se fijó en los bloques de piedra que les rodeaban por todas partes y comprendió que se encontraban bajo la basílica, la capilla Sixtina o los jardines vaticanos, ya que no podía recordar con claridad bajo qué lugar se ubicaba la cripta o mausoleo donde se enterraba a los papas desde el primero de ellos, Pedro.

Una figura les aguardaba allí, un hombre vestido de blanco impoluto y que, cuando lo tuvieron tan cerca como para reconocerlo, sonreía tras un rostro que jamás hubieran imaginado.

Treinta esbirros de Maimón armados con grandes sables rodeaban a Angelo, aunque este no parecía prestarles la más mínima atención. Se acercó despacio hacia el demonio que había decidido adoptar de nuevo la imagen del pontífice. Y que parecía esperarlo con una mueca de sonrisa que no auguraba nada bueno. El lugar estaba más iluminado que la última vez que lo visitó, el doce de marzo del año seiscientos cuatro, cuando despidió a su amigo Gregorio, enterrado a menos de veinte metros de donde se encontraba ahora. El olor del aceite y la parafina en los quinqués y antorchas no eclipsaba el que emanaba de aquellos retorcidos esclavos. Por algún motivo que no lograba comprender, todos menos Maimón habían adoptado la forma callosa y repugnante que el Creador decidió para distinguirlos de mortales y ángeles. Esa colección de cuernos y colmillos no suponía la más mínima amenaza para él, podría fulminarlos a todos de un solo golpe.

—Me alegro de que hayas venido a traerme tu llave —dijo Maimón con una sonrisa—. Ha sido un detalle por tu parte.

—Yo también me alegro de que hayas traído a los pocos perros que te quedan, así los podré aniquilar tras acabar contigo. Ha sido un detalle por tu parte.

—No creo que aniquiles a nadie hoy. Es más, este se recordará como el día en que logré vencer a quien nos arrebató injustamente y en una pelea sucia al Iluminado. Hoy te venceré sin sacar la espada siquiera.

—Espero que no pienses que voy a frenarme en mi ataque por parapetarte detrás de esas tumbas. Para mí la tumba de Pedro y las del resto de papas no significan nada.

—Lo sé, aunque sí te frenarás ante esto. —Lo que mostró Maimón a continuación dio un vuelco a la situación y al corazón de Angelo—. Lucharás contra mis lacayos y procurarás no matar a ninguno de ellos, o yo mataré a quienes sí te importan en cuanto el primero de mis chicos caiga.

Con el rostro bonachón y anciano aún adoptado, el mismo que guiaba las almas de miles de millones de fieles en todo el mundo, tenía sujetos por el cuello a Audrey y a su padre. Una amenaza ante la que nunca antes se había

enfrentado. La chica le miró con un gesto de súplica, pero eso no ayudaba en nada.

Sin previo aviso, todos los demonios se abalanzaron sobre él a la vez, pero solo podía repeler su ataque. Si decidía acabar con uno de ellos, Maimón no tendría más que girar su mano y acabar con la vida de quien más le importaba en el mundo. ¿Cuánto tiempo duraría aquello? Si vencía en la batalla, perdería a la chica; si perdía y se dejaba vencer, moriría. Podría permanecer luchando toda una eternidad sin agotarse, pero era mucho más de lo que vivirían Audrey y su padre. Estaba sometido a una tortura que solo un demente cobarde y retorcido como aquel podría haber ideado. Una tortura diseñada para hacerle rendir o que se sacrificara.

Mandobles de espada se sucedían más rápido de lo que un ojo humano pudiera registrar, Angelo se veía obligado a dar pequeños saltos por la zona para evitar el asedio de tantos esbirros a la vez. Desde su posición observaba el mal momento que vivía Audrey, seguramente martirizada por haberse dejado atrapar y ser ahora un arma contra él. Las lágrimas que derramaba eran un incentivo para obligarle a pensar más rápido. Tenía que hallar la solución; y debía hacerlo ya.

La pelea se iba desplazando hacia allí donde aparecía el ángel cada pocos segundos, al principio por los exteriores de la cueva y, poco a poco, casi imperceptiblemente, al sarcófago que contenía los restos de Simón Pedro, donde se parapetaba Maimón. La treintena de demonios empezaba a acusar el cansancio por el esfuerzo, por atacar y perseguir corriendo al ángel, y por no lograr más que golpear el aire o una recia espada que no temblaba bajo sus fuertes embestidas.

—¡Márchate, huye, no sucumbas a su tortura! —gritó Audrey antes de recibir un golpe en la cabeza.

—¡Ven a por mí! ¿Te resulta fácil golpear a una mortal? Inténtalo conmigo, únete a tus perros y acaba con esta lucha aquí y ahora. —Angelo trataba de provocar a Maimón, pero solo consiguió otra sonrisa de seguridad y que Audrey sufriese un nuevo golpe.

Su adversario era mucho más complicado de lo que había imaginado, no era impulsivo y fuerte como el resto de su especie, sino astuto y capaz de cualquier cosa con tal de conseguir el éxito de su misión. Angelo no sabía cómo pelear contra alguien así, pero debía buscar una solución antes de agotar el tiempo de Audrey.

Cada vez que la batalla se acercaba peligrosamente a la tumba principal del lugar, Maimón apretaba el cuello de la chica hasta hacerla gritar de dolor. Angelo se marchaba de un salto y obligaba a sus ya muy cansados adversarios a correr tras él. Una, dos, tres, diez veces. No sabía qué hacer para dar un vuelco a la situación. No podía perderla a ella también, no podía perder a Lailah y Audrey la misma noche, no sería capaz de seguir viviendo con ello.

—Está bien, está bien, tú ganas.

Las lágrimas brotaron en los ojos de la chica cuando vio rendirse a Angelo. No, no podía claudicar ante un miserable que acabaría con la vida de todos a la mínima oportunidad. No podía rendirse ante el mal. Mejor luchar hasta que se extinguiese su vida, y las de ella misma y su padre. Antes la muerte que capitular ante quien sometería al mundo a una era de fuego y muerte.

Angelo se acercó despacio, con semblante derrotado, miraba a Audrey con pesar, casi con vergüenza por su derrota. A pocos menos de tres metros, y escoltado por una docena de demonios que lo amenazaban con sus espadas tocando la armadura y piel del ángel, se inclinó hasta quedar de rodillas. Entonces soltó su espada, el arma que había puesto fin a la vida del Iluminado, el metal que había atravesado el corazón de Leonardo, de Lucifer. Maimón casi no creía lo que contemplaban sus ojos. Era tan idílico y perfecto que... sencillamente no se fiaba.

—Si parpadeas la mato —dijo mientras apretaba el cuello de Audrey.

—No habrá más lucha, no habrá más muerte que la mía propia. Pero con una condición que no podrás eludir.

—Sorpréndeme —dijo un Maimón aún escéptico.

—Te daré el colgante para que lo uses en tu regreso al reino del Creador, pero no podrás matar a la chica ni a ningún miembro de su familia. Así como tampoco dar la orden para que lo haga alguno de tus perros. —Angelo pasó la yema del dedo pulgar de su mano derecha por el filo de su espada en el suelo y vertió una gota sobre el colgante de su cuello.

—Si te quitas el colgante, morirás. No me creo que lo hagas por una mortal.

—¡Qué sabrás tú sobre sacrificios, gusano! —Miró a Audrey con pesar, ella lloraba—. Quizás haya llegado el día en que ya no me merezca la pena luchar por obligación, por órdenes, solo por deseos, y ya no deseo seguir peleando.

—¡No, no lo hagas, no te fíes de él!

Maimón apretó el cuello de la chica y esta dejó de hablar.

—Recuerda que si le haces daño este colgante no te servirá de nada.

—Está bien, acepto el trato. Dame el colgante.

—Primero suelta a la chica y a su padre.

—Buen intento, pero no eres quien tiene la jugada ganadora en esta partida.

Angelo, haciendo caso omiso a las miradas y lágrimas de Audrey, se despojó del colgante, extendió la mano con un esfuerzo más que notable y lo depositó sobre la lápida de Pedro. La joya ensangrentada parecía provocar un embrujo sobre Maimón, que la observaba como si fuese el primer amanecer ante sus ojos. El ángel se desplomó sin vida en el suelo.

La fina cadena y el pequeño ángel elaborados en plata relucían entre la sangre oscura y la basta roca de la lápida. Los tesoros más valiosos de la humanidad estaban en manos de quien ostentaba el cargo de pontífice de la religión católica, pero ninguno de ellos era tan significativo ypreciado como aquella pequeña pieza de bisutería. Arrojó los cuerpos de la chica y su padre al suelo con desdén, ya no les servirían para nada. Debía centrarse exclusivamente en pronunciar bien el conjuro que Leonardo había detallado en su libro, quizá pensado para ejecutarse con la llave de su verdugo, de su hermano, de quien más amaba a pesar de haberlo traicionado sin pestañear. La llave del ser más despiadado era la clave para regresar.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de subir a ningún punto elevado, aquello era absurdo y no pensaba perder más tiempo. Tomó el colgante y notó el cosquilleo que pasaba de sus dedos hasta el cuello. Por fin. Se acabó el exilio. Regresaría como el superviviente y sobre el cadáver del arcángel favorito del Creador. Alzó sus manos sin hacer el más mínimo caso a los comentarios de admiración de sus guerreros ni los llantos de la chica. La hubiera matado si no fuera por el miedo a que el colgante no funcionase tras faltar a su palabra. No habría un segundo intento.

El conjuro que había recitado docenas de veces antes adoptó ahora un tono mucho más solemne, un volumen más alto y un sentimiento que parecía brotar de un alma que ya pensaba extinta con el paso de los milenios. Casi creyó sentir la luz que emanaba de él cuando aún era un ángel. Pronunció las palabras dos veces, como decía el libro. Nada. Ni siquiera truenos como la vez anterior.

Miró hacia la lápida y observó el colgante. Bisutería sumida en una carcajada.

¿Una carcajada?

El destello plateado fue más rápido de lo visto jamás antes. Entonces comprendió que aquel traidor era mucho más letal de lo que había imaginado, que sería capaz de acabar con él, con el Caído y con el mismísimo Creador si se lo proponía. Michelle tenía la fuerza y velocidad de un rayo. No pudo más que titubear al contemplar la espada plateada que atravesaba su pecho tras haber partido en dos a sus treinta mejores guerreros en una fracción de segundo.

—Leonardo nun... nunca se dejó vencer, ¿verdad?

—Nunca.

—Jamás he visto nada más rápido y fuerte.

—Ni volverás a verlo.

—Tu colgante...

—Tampoco sabrás el secreto de mi colgante.

Maimón cayó de rodillas y perdió la mirada al infinito. Había fracasado, se había confiado a su suerte, a su forma de leer la batalla y sacar provecho de ella, a la mayor inteligencia que la de sus adversarios. Hasta ese día.

Audrey se puso en pie para abrazar al arcángel. Aún lloraba por lo ocurrido, ya le creía muerto, sacrificado por ella y su familia. Un error que llevaría a la humanidad al gobierno de semejante ser diabólico.

Y de repente una enorme espada negra surgió de la oscuridad para atravesar la espalda de la chica.

## Capítulo 32

No era posible. Audrey pasó de ver el último ataque del moribundo Maimón a contemplar de nuevo una sonrisa que siempre le recordaría aquella primera vez en el restaurante, cuando Angelo robó su bolso. En esos ojos contemplaba el paraíso, pero bajando la vista pudo ver el infierno en todo su esplendor y crudeza. Había pasado de la sorpresa por ver vivo a Angelo sin el colgante a la estupefacción por la espada negra que atravesaba ahora su pecho. Se había movido lo bastante rápido como para ocupar el lugar de ella y frenar con su cuerpo el impacto de la espada.

Y se desplomó sin que ella pudiera sostenerlo en peso.

—No, no, no, no puede ser, ¿por qué no has dado un salto?

—Demasiado... agotado... —musitó el chico.

—Pero no puedes irte ahora, no puedes irte de nuevo, no puedes dejarme sola otra vez. Eres inmortal, recuerda que te recuperaste la otra vez, que nada puede acabar contigo, que nada nos separará jamás. Recuerda que permanecerás a mi lado hasta que yo sea una viejecita como prometiste.

—A veces las promesas no dependen de uno mismo.

—No digas eso, no lo vuelvas a decir. Me dijiste una vez que somos almas perdidas que nos encontramos una medianoche, no lo olvides.

—No lo olvido.

—Por eso no te marcharás.

—No depende de mí. Soy un soldado, regresaré cuando mi general lo solicite.

—¿Es por el colgante? Lo buscaré para volver a colocarlo en tu cuello.

—Aquello no es más que bisutería, hace una semana que me deshice de mi llave. Lo que portaba al cuello era una baratija que encontré en un puesto de souvenirs en el centro.

—¿Cómo? No es posible.

—Claro que sí. ¿No recuerdas cuando te descubrí dormida bajo el arco de Septimio? Te entregué mi llave, me alegro de ver que aún la llevas en el cuello.

—¿Esto es tu llave? —Audrey se quitó el colgante y lo puso sobre su cuello.

—Es un poco tarde, ahora te pertenece. Como siempre te ha pertenecido mi corazón. Solo permanecí esperando a que llegaras para tomarlo y salvarme de los horrores que he tenido que vivir. Gracias por todo.

—No, no, no, no digas tonterías, no puedes morir por darme tu colgante.

—Esa herida de Maimón ha sido mortal, ni siquiera tus lágrimas podrían resucitarme de nuevo. He cumplido mi misión y debo regresar.

—¿Regresar a dónde? Tu sitio está aquí a mi lado, lloraré ríos si es necesario para traerte de vuelta.

Angelo sonrió mientras acariciaba con sus últimas fuerzas los largos y oscuros cabellos de Audrey. Y en ese instante, una intensa luz apareció desde el techo de la cueva e iluminó al ángel ante la sorpresa de la chica.

—¡Nooooooo! ¡No puedes arrebatármelo! ¡Me pertenece, su corazón me pertenece como el mío a él! ¡No te lo puedes llevar! —gritó con todas sus fuerzas hacia la luz mientras abrazaba el cuerpo de Angelo, pero no logro evitar que este se convirtiese en polvo blanco que se elevó hasta desaparecer.

Y cuando la oscuridad se hizo, cuando su desconsuelo no podía ser mayor, una voz brotó tan grave como plácida y cálida. Una voz que susurró:

**—Una vez hubo cientos de desterrados... todos aquellos que decidí alejar de mí. Cientos de caídos e iluminados... cientos de hijos enviados para descubrir el sentido de su existencia. Pero solo uno, el último de ellos, ha sabido encontrar el sendero de vuelta a casa. Ese colgante era su vida, y aún así la sacrificó por el pensamiento más puro que existe. Entregó su inmortalidad por quien deseaba tener a su lado durante el resto de su vida mortal. Angelo renunció a su vida eterna para envejecer a tu lado. Esa y no el colgante era la llave para regresar.**

—Pero él quería estar junto a mí, quería vivir una vida mortal a mi lado. No es justo que me lo arrebates. Quiero tenerle conmigo hasta que agote sus días de un modo natural, hasta que envejezca.

**—Aún no lo has comprendido. Él siempre estará contigo, hasta el último de tus días. Él va dentro de ti.**



## Epílogo

El mas bello amanecer que se haya recordado, y extraño al contar con todos los colores del arcoiris en el cielo, y las nubes más hermosas imaginables, obsequiaron su viaje de regreso a Madrid desde el otro lado de la pequeña ventanilla del avión. El dolor en su pecho y las lágrimas no le permitieron disfrutarlo, aunque el mismo extraño fenómeno se repetiría cada doce de julio de su vida. Estuviese en la ciudad del mundo que fuera, allí se mostraría de nuevo el lienzo multicolor sobre la bóveda del cielo. Aquellas luces de ensueño barrían un suelo impregnado de deseos sin cumplir cuando su mente viajó durante unos segundos a una desierta plaza de España, con su interminable escalinata y las blancas torres siamesas ocultas tras la bruma de la oscura noche. La película era diferente a como la había visto mil veces antes, a color y con una Audrey menos bella pero igual de a la deriva en el mar de dudas de su corazón.

Matilde y Andrés no se atrevían a perturbar su duelo. Puestos al corriente de lo sucedido y habiendo jurado no mencionar jamás aquellos datos que habían vivido como testigos de excepción, regresaban a casa con la seguridad de que su pequeña nunca se repondría de la aventura vivida y de la pérdida del chico.

Audrey sintió el calor y suavidad de la mano de su madre al asir con delicadeza la suya. Siempre les tendría a ellos, y siempre se lo agradecería como no lo había hecho antes. Pero un último pensamiento fue para Isabel, para ella y para Angelo, la última vez que volvió a pensar en la película:

«—¿Lo has visto? ¿Lo has oído, Audrey?

—Sí mamá.

—El periodista camina despacio cuando sale del palacio porque no quiere irse, no quiere dejar de verla. Espera que ella corra tras él y sigan con su historia de amor, pero eso no sucede. Las grandes historias siempre acaban mal, porque ese final debe compensar la enorme felicidad que supone vivir semejante aventura.

—A lo mejor, después de la película y las letras del final, acaban juntos.

—No, cariño. No pueden acabar juntos porque el amor ha sido tan intenso que se ha agotado muy rápido y ya no queda nada. Era un amor envenenado por las mentiras, cada uno ocultaba al otro su identidad, ella para sentirse viva fuera de palacio y él para sacar dinero por el artículo.

—¿Las mentiras son malas?

—Las mentiras son muy malas. Quizá, sin mentiras, aún estarían juntos. Aún... juntos...».

Y el rostro del ángel se difuminó lentamente entre las nubes que dieron paso a un nuevo día, el primero de su larga y feliz vida.

«Una solo se enamora de verdad cuando cae al vacío de unos ojos que desean su compañía con más fuerza que el mero parpadeo en una existencia alejada de la luz de quien los contempla».

Y así Audrey regresó con sus padres a Madrid, con ellos y con una nueva vida que crecía en su interior; y nunca más volvió a Roma. Siempre albergó en su corazón a Angelo, sus historias de ángeles y demonios y de merovingios que descendían de aquella perseguida Sarah, hija primogénita de Jesús.

Los aplausos se extendieron por todo el auditorio, algunos comenzaron a levantarse de sus butacas y el resto hizo lo propio. Los elogios y vítores se prolongaron durante más de media hora. Ella lo agradeció levantándose también de la cómoda butaca que los organizadores le había colocado en el centro del escenario, a duras penas por su avanzada edad, e hizo una reverencia al respetable.

Un chico con un minúsculo micrófono, que surgía de su propia oreja, le hizo una señal y la ronda de preguntas de los periodistas comenzó.

—¿Por qué ha decidido lanzar una novela después de más de veinte años del anuncio de su retiro? No lo necesita después de vender más de seiscientos millones de ejemplares de sus novelas anteriores. Aún hay algunas de ellas entre las más vendidas en la actualidad.

—¿Cuánto de realidad y cuánto de ficción hay en la historia de su nueva novela: *El corazón del último ángel*?

—¿Qué opina del rechazo que la Iglesia Católica, a través de un comunicado, ha pronunciado junto a la prohibición para todos sus fieles de leer el libro? ¿Es cierto que piensan excomulgarla por blasfemar, mentir sobre el dogma de fe y la pureza de Dios?

—¿Ha cedido su nombre a la protagonista, por primera vez en su carrera literaria, por algún motivo especial? ¿Es, quizá, una despedida definitiva?

Audrey respondió con una sonrisa amable las preguntas que pudo y, tras manifestar su cansancio, un chico joven y apuesto de largos cabellos, su nieto, apareció para acompañarla al coche que la llevaría de regreso al hotel. Allí pasaría la noche para regresar a Madrid a la mañana siguiente.

—Abuela, no deberías haber aceptado hacer esta presentación. Mucho menos teniendo que tomar un avión en tu estado. Mira cómo estás, te llevará semanas recuperarte.

La anciana observó los bellos rasgos de su nieto predilecto, facciones que la transportaban a su juventud, recuerdos que ya casi había perdido en el océano de su deteriorada memoria.

La ciudad de Roma estaba irreconocible tras más de setenta años sin visitarla. La última vez llovía en pleno verano, una lluvia que logró apagar muchos fuegos, y no solo en los edificios... La anciana abrió la ventanilla de la limusina y comprobó que el olor no había cambiado. Pizza, helados y contenedores de basura. Sonrió y una lágrima recorrió su ajada mejilla. En la bruma que formaba el atardecer en la distancia se formó un rostro familiar, el rostro de un bello chico con mirada y sonrisa de sinvergüenza. De repente le apeteció un helado de vainilla y sentarse en un escalón de la Plaza de España.

—No podía dejar esta historia sin contar y sin presentarla como es debido. A él le habría gustado que lo hiciese así.

—¿A él? ¿De quién hablas?

—Miguel.

—Dime, abuela.

—¿Sabes qué es un merovingio?

## Agradecimientos y recomendaciones

Suelo agradecer en primer lugar a mis padres y a mi pareja en esta sección, además de a quienes me apoyan en este duro arte de la escritura y a aquellos que siempre están disponibles para echar un cable con la documentación, pero hoy decido comenzar con una frase de Oscar Wilde para su novela *El retrato de Dorian Gray*: *No hay nada parecido a libro moral o inmoral. Los libros están bien escritos o mal escritos. Eso es todo.* El motivo es que tuve muchas dudas mientras desarrollaba esta historia que acabas de leer. Un autor no suele decidir hacia dónde ir con la trama, ni siquiera los diálogos que brotan espontáneos de los protagonistas cuando estos ya cuentan con vida propia. Todo surgió sin pretender llegar a un punto u otro, solo dejar salir lo que tuviera que ser: una historia que nacía viva y con voluntad inherente. Huelga decir que no he tenido en ningún momento el deseo de molestar u ofender por la estrambótica visión de la Iglesia Católica que aborda la historia. Jamás se me ocurriría atacar la ideología de nadie, o faltar de forma intencionada a ningún colectivo. Lo que habéis leído es una obra de fantasía y ficción como cualquiera de mis anteriores novelas.

Me hubiese gustado escribir esta novela en Roma, como hice con *El otro lado del retrato* en París, pero las circunstancias impidieron coordinar el viaje con la redacción del borrador y tuve que tomar mucho más tiempo para la documentación. Espero que los lectores de ambas novelas no hayáis notado un descenso en la calidad de las descripciones de lugares, comidas, ambientes, aromas, etc... entre las dos novelas; sentiría mucho defraudaros.

Esta novela es la segunda entrega de mi *Trilogía de la Madre*, aunque no tengo del todo claro si habrá esa tercera y última novela. Habréis visto que *El otro lado del retrato* comparte muchas similitudes con esta: una madre biológica y unos padres adoptivos; una chica joven, independiente y fuerte como protagonista; un viaje a una ciudad mágica para vivir una aventura loca y fantástica; un amor para toda la vida; malvados que les persiguen... Ojalá pueda sacar tiempo para hacer una tercera entrega y cerrar el círculo, claro que eso depende de vosotros y de la acogida que tenga esta novela.

Espero que hayáis disfrutado y que la historia, al igual que sus protagonistas, ya formen parte de vuestras vidas. Un abrazo y gracias por seguir ahí.

Si te ha gustado este libro, estos otros lo harán también:

### **El otro lado del retrato:**

Ivette nunca pensó que viajar a París para buscar respuestas acabaría por sumergirla en la mayor aventura de su vida. Inmersa en una búsqueda frenética para superar las pruebas de acceso en una sociedad secreta, tendrá que elegir entre sus sentimientos o la razón; entre naufragar ante sus deseos o dejar atrás la magia que ha envuelto el último mes de su vida.

El Retrato de Dorian Gray (Oscar Wilde) es el punto de partida de esta ofrenda que el autor hace a la fantástica novela del dramaturgo irlandés. Un homenaje y secuela no oficial que pretende sumergir al lector en una historia llena de aventuras, fantasía, magia, amor, sociedades secretas y un viaje inolvidable por el París de Baudelaire.

Viaja por capital francesa a través de sus rincones más secretos y acompaña a Ivette por los monumentos y escenarios más emblemáticos de la bella Ciudad de la Luz. Conviértete en testigo de una fascinante historia escrita en París y que formará parte de ti para siempre.

### **Herencia de cenizas:**

«Las líneas que dibuja sobre el mar la bruma de los barcos al marcharse del puerto volvieron a traerme el sonido de tus pasos sobre el embarcadero. Recordándome una vez más que la huella de tu primavera impresa en mi alma no se borrará jamás como se desvanece la espuma tras el paso de las olas. Lo que por las mañanas es un espejismo de recuerdos tras el velo del cruel tiempo, torna nítido en suaves y cercanas caricias cada atardecer»

Newhaven (Inglaterra), 1867. La joven Elizabeth Heep parece divagar entre los sueños y recuerdos de una vida plena de agridulces acontecimientos, cuando, en realidad, esta narrando a alguien muy especial los hechos que la han llevado a sufrir tan dramático destino.

Novela actual con temática victoriana y homenaje especial a la figura de Charles Dickens y su maravillosa obra. Sumérgete magistralmente en una Inglaterra en plena expansión industrial, con la terrible e injusta lucha social que se vivía por todo el mundo, y acompaña a Lizzie a lo largo de las etapas de su vida.

### **Lluvia de otoño:**

Con 83 años, a Manuel no le queda mejor cosa que hacer en la vida que rememorar cada día su agri dulce pasado, etapas que se suceden en su mente a medida que avanza el día y la convivencia con su esposa y compañera en la vida.

Se conocieron en 1954 en Madrid; él hacía el servicio militar y ella terminaba las clases en un instituto femenino. De ese punto de partida surge una historia que homenajea la que podría ser la vida de cualquiera de nuestros padres o abuelos; con sus altibajos y la lucha constante en una España más que difícil.

Lluvia de otoño es una ofrenda a quienes se han dejado la vida por sacar adelante su matrimonio, sus hijos, la vida en general. Una historia dura con un final inesperado. Lluvia de otoño es también una denuncia social; no permitamos que se dé la espalda a quienes menos lo merecen.

### **Wanda y el robo del cristal:** (fantasía para todos los públicos)

Hace milenios que el Cristal de Arkhul se quebró en cinco pedazos. El egoísmo y ambición del rey Sartan por reunir los trozos y recuperar su poder se verán frenados por la valentía de la joven Wanda, una simple terran que se enfrentará a toda la cruel raza frogg para salvar a su reino.

Arriesgará la vida en una peligrosa travesía por el mar Inexplorado. Un viaje fantástico por la Tierra Conocida en busca de aliados para frenar la invasión de los sanguinarios frogg.

Y desde Renzar, una pequeña y humilde aldea en el sur de la región de Silian, el joven Pek tendrá que organizar las defensas de todo su reino, mientras espera a la chica que robó su corazón y partió en un viaje desesperado y suicida. ¿Conseguirá Renzar contener la invasión hasta la llegada de la chica?

Sumérgete en la primera aventura de la valiente y divertida Wanda. Un mundo de fantasía como nunca has visto, sin orcos, elfos, enanos, tragos, etc... Completamente original y protagonizado, por primera vez, por una fantástica heroína.

Para todos los públicos, aunque especialmente recomendada para chicos y chicas de entre diez y veinte años.

Regala libros que hagan apología de la igualdad de género, de los valores y fortalezas de las mujeres. Hagamos de este un mundo mejor desde la educación de las nuevas generaciones.